

JORGE NAVARRO LÓPEZ

Revolucionarios y parlamentarios

La cultura política del Partido Obrero Socialista, 1912-1922



JORGE NAVARRO LÓPEZ

Revolucionarios y parlamentarios

La cultura política del Partido Obrero Socialista, 1912-1922



Jorge Navarro López

Revolucionarios y parlamentarios

La cultura política del Partido Obrero Socialista, 1912-1922



LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

© LOM Ediciones

Primera edición, 2017

ISBN impreso: 978-956-00-0977-7

ISBN digital: 978-956-00-0997-5

Motivo de portada: Estación Mapocho, Santiago, 2016.

Etapa participativa del proceso constituyente.

Las publicaciones del área de
Ciencias Sociales y Humanas de LOM ediciones
han sido sometidas a referato externo.

Diseño, Composición y Diagramación

LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 2 860 68 00

www.lom.cl

lom@lom.cl

A Jorge Navarro Rivera (1947-2014), hípico de cuna, «niño Jesús» del Callejón Lo Ovalle, recolector de huesos para peinetas, centinela de partera, telefonista de apostadoras camufladas, modelo de peluquería, obrero ebanista, futbolista, obrero textil, gráfico de Quimantú, poblador, socialista, allendista, suplementero, dirigente sindical y contador de historias.

A María Eugenia López, emigrante, obrera textil, singerista, overlockista, sindicalista perseguida, pobladora, costurera, colera de las JAP, bibliotecaria poblacional, socialista, allendista, suplementera y artista autodidacta.

En su ejemplo nació el interés por estos temas.

Agradecimientos

Este libro es producto de la investigación realizada para obtener el grado de Magíster en Historia en la Universidad de Santiago de Chile. Finalizado este largo camino, me gustaría agradecer a las personas que, de una u otra manera, aportaron a ella. Las ideas siempre tienen un comienzo, que ni las lecturas o las orientaciones ideológicas pueden soslayar. Las mías comenzaron en el tierral de mi población, en la casa de madera con ventanas sin vidrios ni entretecho, que en invierno se calentaba con la salamandra forjada por algún vecino metalúrgico. Allí se fundó la intención de plasmar alguna vez toda esa memoria sin resonancia escritural. El tiempo llevó a que me trasladara casi un siglo más atrás para contar historias de mujeres y hombres que compartieron la iniciativa de organizarse para conseguir beneficios que entendían como sus derechos. Son las historias de otras mujeres y hombres, pero en ellos visualicé la historia de mis padres, de mis hermanos y cuñadas/os, de mis vecinos. Los une a todos las ganas de forjarse una vida mejor a través de la organización, la lucha, la protesta. Entonces, el agradecimiento primigenio es para mi familia.

La formación es un aspecto que sobrepasa a la institucionalidad educacional, por ello, debo también agradecer a mis amigas y amigos, que me han enseñado a vivir y compartir, y que han escuchado por más tiempo de lo recomendado mis historias, mis ideas... mis discusiones. Con ellas/os he comprendido que el compañerismo no es monopolio del partido. Mucho de lo que aquí se propone ha surgido de las latas tertulias en que nos hemos embarcado. También, mucho de lo que he aprendido se debe al aporte de mis amigos carteros, mecánicos, empleados, meseros, cientistas sociales y profesoras/es. Muchos de ellos comparten el oficio y me han enseñado a entender de mejor forma la historia.

Mi paso por el Pedagógico y por la Universidad ARCIS fueron fundamentales para lograr escribir este trabajo. En este último lugar, hoy por hoy socavado institucionalmente, compartí con viejos y no tan viejos luchadores/as que contaban viejas historias, que muchas veces resonaban más actuales que ninguna. Esta historia de viejas y viejos socialistas, recogió mucho de aquello.

El acompañamiento diario y vital de Lorena permitió, gracias a su empuje y generosidad, que esta larga investigación saliera adelante. Mi crecimiento

intelectual ha sido, también, uno de los frutos de esta relación. Ya sea como profesora, historiadora o compañera, siempre ha estado disponible para invocar una idea, una corrección, una sorpresa, una felicitación. Mil gracias por todo.

Finalmente, me gustaría agradecer todas/os las que de alguna forma se vieron involucrados en este trabajo, a quienes leyeron parte de él y entregaron comentarios que me permitieron ordenar y dar nuevo aliento a muchas ideas. A los funcionarios de la sección periódicos de la Biblioteca Nacional, que a pesar del tiempo y las condiciones laborales mantienen el servicio de archivos. Y también a todos los profesores y profesoras del programa de Magíster en Historia de la USACH, gracias por aceptarme, becarme y re-formarme en esta disciplina. Su dedicación a la historia política fue el impulso que me influenció a introducirme en estos temas y problemáticas.

Por último, me gustaría agradecer al profesor Rolando Álvarez V. quien, desde los lejanos tiempos del ARCIS, ha estimulado mi formación como historiador y me ha entregado herramientas fundamentales para desenvolverme en este oficio. Gracias por la amistad, por el método, por las oportunidades y, cómo no, por los conocimientos.

Introducción

En junio de 1912, un grupo compuesto por mujeres, empleados, tipógrafos, obreros salitreros y niños fundaron en Iquique el Partido Obrero Socialista (POS). Al poco tiempo en Santiago, quienes se sentían sus compañeros siguieron el ejemplo y firmaron solemnemente en un local de la calle San Diego el acta de fundación del nuevo partido. Entre los nuevos socialistas santiaguinos había trabajadores y trabajadoras, comerciantes, artesanos y un abogado. A este hecho le siguió la fundación de una sección en el puerto de Valparaíso. Estos tres grupos estaban integrados por antiguos militantes del Partido Democrático (PD).

En mayo de 1912, en el extremo sur del territorio un grupo de obreros había fundado el Partido Socialista Chileno. Con el correr de los meses los socialistas puntarenenses se pusieron en contacto con el POS iquiqueño para manifestarle sus intenciones de poner marcha una organización de alcances nacionales. Sin compartir las raíces demócratas de sus compañeros nortinos, los puntarenenses se reconocían como parte de un esfuerzo común: la construcción del socialismo en Chile.

¿Cuál era el punto de encuentro de estos grupos? La política, sin duda. También, el deseo de generar una instancia de representación de los intereses populares en torno a los postulados del socialismo, es decir, un partido declaradamente anticapitalista. ¿Cuáles eran las características de este socialismo? ¿A quiénes buscaba representar y a quiénes dejaba fuera? ¿Se comprendían como parte de una tradición política o como una organización totalmente nueva? ¿Existía comunión entre la acción de los socialistas nortinos, del centro y los de Punta Arenas? Son algunas de las preguntas que pretende abordar este libro mediante el análisis de la acción socialista en diferentes zonas del país, estableciendo tanto los aspectos comunes como sus particularidades y diferencias.

Uno de los puntos relevantes al analizar el tránsito histórico de la clase obrera es preguntarse por el desarrollo de su representación política, debido a la variedad de agentes movilizadores que han existido en las manifestaciones políticas de los trabajadores. Por un lado, están los intentos de la clase dominante por arrastrar a

la arena política a una clase obrera heterogénea y muchas veces disruptiva. Por otro, es posible identificar los esfuerzos de los trabajadores por construir organizaciones que contrarrestaran los efectos de la modernización capitalista y, desde ahí, luchar por un proyecto propio. En este segundo plano, la génesis de la izquierda chilena se encuentra con la historia del mutualismo, del anarquismo y del socialismo. Fueron estas vertientes las que dieron forma a la cultura política del movimiento obrero chileno.

Es posible identificar en una parte importante de las organizaciones de los trabajadores de principios del siglo xx un progresivo acercamiento e inserción en el sistema político formal. Sin desestimar a aquellos que se mantuvieron al margen de la política partidista en el período que comprende esta investigación (movimiento anarquista), es ineludible la importancia que los partidos políticos alcanzaron en la lucha y negociación con el poder de los sectores dominantes. Es por esto que creemos que el momento histórico en que surgen los partidos políticos obreros entrega claves para entender el desenvolvimiento posterior de estas organizaciones en el universo político nacional.

Este libro analiza el período formativo de la cultura política de la vertiente obrera de la izquierda chilena. Debido a esto, el espacio temporal está determinado por el período inicial de aquel fenómeno, que lo constituye el momento en que al interior de la representación política obrera se comenzó a comprender como necesaria la constitución de un partido político autónomo y representativo de la clase trabajadora. Es por ello que esta investigación tiene como inicio la formación, en 1912, del POS y finaliza en 1922, cuando el partido recoge la influencia de la Revolución bolchevique y cambia su nombre a Partido Comunista de Chile (PCCCh)¹, coyuntura que lo encuentra con una orgánica asentada, con más secciones a lo largo del país y desarrollando una estrategia de inserción en el movimiento obrero que se demostraba exitosa. En este período comienza a tomar forma una cultura política que será decisiva para la izquierda chilena, ya que a pesar de la introducción de los nuevos elementos soviéticos, la importancia de los partidos políticos con una lectura clasista de la sociedad, la invocación de estos a los trabajadores como sujetos de cambio al interior del sistema institucional y los vínculos entre la organización sindical y el partido, son fenómenos visibles en buena parte del siglo xx, demostrando así el apreciable aporte del POS.

La cultura política de la izquierda chilena partidista no se agota con el estudio de los lineamientos ideológicos de los principales dirigentes ni de los partidos a los

cuales pertenecían. La cultura política, utilizada de manera histórica, nos permite desplazar el lente más allá de las luces programáticas de los partidos, enfocándonos en la actuación discursiva y práctica de los diversos actores que influyeron en la construcción de la forma de hacer política de la corriente socialista. Como el foco de nuestra investigación es la construcción de la cultura política asociada a la creación y afianzamiento del POS, tendremos que transitar por la actuación de los y las militantes, tanto en su esfera discursiva como práctica.

La militancia en el POS implicaba, por una parte, participar de las reuniones partidistas donde se definían los supuestos ideológicos del partido y las estrategias para lograr el objetivo de, en último término, alcanzar el socialismo. También suponía desarrollar una activa participación en las organizaciones obreras allí donde existían y, en donde no, organizar a los trabajadores para luchar por mejores condiciones sociales y económicas. Sumado a estas actividades, los militantes socialistas tenían que desenvolverse por el espacio público, ya fuera a través de la publicación y difusión de medios escritos o mediante actividades de agitación por las principales ciudades del país. Alrededor de todas estas actividades se fue construyendo la militancia socialista, dando forma a la cultura política del POS.

Cuando hacemos mención a las y los militantes socialistas, nos referimos a aquellos actores del mundo obrero (o cercanos a él) que se decidieron por la participación en el POS y desde esa plataforma desarrollaron su actividad de agitación y proyección política. Desde la última década del siglo XIX es posible apreciar la actuación de los trabajadores en la política chilena, principalmente, al interior del PD. No obstante, en el período 1912-1922 la participación política de los trabajadores no se circunscribió exclusivamente a la militancia «política» (es decir, en un partido), existieron también otros actores relevantes que se decidieron por la movilización apartidista, como los anarquistas o los dirigentes netamente gremiales. La particularidad de los militantes socialistas es que su trayectoria integra la vertiente estrictamente política con la movilización social y la organización gremial. Es decir, cuando hablamos de militantes socialistas nos referimos a los sujetos que participaron de la construcción de un partido político (POS) y que desde esa plataforma proyectaron su actividad gremial y de lucha por mejorar las condiciones de los obreros. El POS se formó sobre la base de la idea de que las y los trabajadores tuvieran un organismo de representación política que fuera dirigido por elementos de la misma clase, de lo que derivó un discurso fuertemente obrerista que operó al interior del espacio laboral y en el

sistema político institucional.

La condición obrera de la mayoría de los militantes marcó su desenvolvimiento político, debido a que en el período estudiado el POS combinó la lucha electoral con las acciones que apuntaban a disminuir la explotación capitalista. Esta característica es fundamental, pues con la formación del POS surge un partido político con la intención manifiesta de representar a los trabajadores en la lucha anticapitalista. Si bien es cierto que en su origen el PD se propuso representar los intereses de los sectores populares, su actuación prontamente asumió las prácticas de los partidos políticos del Régimen Parlamentario (1891-1925), perdiendo gravitación como elemento de cambio y representante de los sectores populares². Así, con la aparición del POS surge un partido con un discurso netamente obrero, con la intención de derrocar el régimen capitalista y de situar en la dirección del país a los trabajadores como representantes de los sectores populares. Debido a esto, la particularidad de los militantes socialistas está en que ellos/as, en su mayoría, eran trabajadores urbanos asalariados que se dedicaban a promover la organización sindical, a difundir los ideales socialistas y a intentar ponerlos en práctica mediante las acciones de un partido político. Los socialistas, por lo tanto, eran obreros, sindicalistas y políticos a la vez. Estas características los diferenciaban de los demás actores al interior del mundo obrero.

Enfocarnos en la acción socialista en su conjunto permite conocer las actividades de los diferentes militantes del POS y no sólo centrarse en la figura de Recabarren o de los dirigentes más visibles. Esta intención implicó ampliar el estudio hacia las ciudades del centro y sur del país, para integrar la acción socialista de Santiago, Valparaíso y Punta Arenas a la historia del POS, lo que hace posible comprender la construcción de la cultura política socialista no solamente como un fenómeno tarapaqueño, sino de alcances nacionales. Creemos que con esta ampliación del foco de estudio se pueden encontrar diferentes sujetos, con diversos contextos, representatividades y horizontes políticos, enriqueciendo con ello la matriz analítica sobre el proceso de politización que realizaron las organizaciones obreras de principios del siglo pasado.

En este sentido, este trabajo pretende aportar a la ampliación de la historia del POS, entendiéndolo como un fenómeno que rebasó los límites del norte salitrero y, por lo tanto, que tuvo influencia en los principales centros urbanos en el curso de la segunda década del siglo xx. Con esto, buscamos complementar la línea

investigativa iniciada por Julio Pinto, Verónica Valdivia y Sergio Grez³, enfatizando en las particularidades locales del movimiento obrero y la representación política de los trabajadores, cuestión que estimamos que hasta ahora no ha sido lo suficientemente estudiada.

Una parte importante de la historiografía que se ha dedicado al estudio del POS se ha concentrado en los principales dirigentes y su práctica pública. Desde esta perspectiva, la figura de Luis Emilio Recabarren actúa como depósito de todas las virtudes y expresión de las dificultades de los primeros intentos por conformar autónomamente organizaciones políticas para la clase obrera⁴. En términos generales, resulta difícil cuestionar el valor de Recabarren en el proceso de constitución de un movimiento político obrero autónomo y con perspectivas clasistas. No obstante, sería ingenuo pensar que, por ejemplo, la formación del POS fue obra excluyente de la mente y acción de Recabarren. Esta constatación nos obliga a indagar en las particularidades del movimiento obrero en las diferentes ciudades donde los socialistas lograron influencia.

Las primeras dos décadas del siglo xx chileno es uno de los períodos más estudiados al interior de la historiografía nacional. Un sinnúmero de hechos han sido destacados con la finalidad de explicar la puesta en práctica de la modernización y la instauración del capitalismo en el país, proceso iniciado a mediados del siglo xix. En esta línea, el movimiento obrero ha ocupado un papel importante en los trabajos historiográficos y de las ciencias sociales, principalmente, por la relevancia histórica que alcanzó en la segunda mitad del siglo xx. A partir de los estudios que los historiadores «marxistas clásicos» realizaron desde la década de 1950, el movimiento obrero fue ocupando un papel importante en la historiografía chilena. En términos generales, estos historiadores se enfocaron en el estudio de las primeras orgánicas de los trabajadores y comprendieron la relación de la clase obrera con la política como un subproducto de la explotación capitalista⁵. En esta línea, la formación de los partidos políticos obreros se insertaba en el progresivo camino de la toma de conciencia proletaria. Es por ello que estas investigaciones privilegiaron las reivindicaciones laborales que expresaban el fortalecimiento de las organizaciones obreras, entendiendo a la política y a la cultura como un epifenómeno de las condiciones materiales. Especialmente en los trabajos de Hernán Ramírez N., el POS y la cultura socialista aparecen como la prehistoria del PCCh, una etapa en la cual no se apreciarían aún los componentes

eminentemente revolucionarios que, según su opinión, aparecerían posteriormente con la bolchevización del partido⁶.

La renovación de este enfoque se produjo a fines de la década de 1980, a través de los estudios de un grupo de historiadores e historiadoras que desde distintas posturas teóricas enriquecieron el análisis de los sectores populares, abordando su identidad desde un enfoque más amplio y diverso que la exclusiva participación en el movimiento obrero, reconociendo a otros actores anteriormente ignorados⁷. En términos generales, sus investigaciones destacan el papel de la lucha política en el mundo popular, comprendida como un fenómeno no necesariamente institucional ni restringido a los partidos obreros. A partir de los aportes realizados por esta corriente historiográfica, se abre una línea analítica que reconoce la complejidad de los espacios de sociabilidad de la clase obrera y la producción de diversas manifestaciones político-culturales. Ya sea con la «política incluida» o sin ella, en los trabajos de estos historiadores es posible apreciar al mundo popular como un espacio diferenciado de los sectores dominantes. En este escenario es donde se articula lo que se ha denominado «cultura obrera ilustrada», que intenta definir las prácticas políticas propias de los movimientos que los trabajadores formaron hacia fines del siglo xix y que prefiguraron un proyecto político popular⁸. Fundamental en este proyecto fue la participación y formación de los partidos, que se comprendió al interior del mundo popular como una posibilidad certera de alcanzar sus aspiraciones de una participación política activa y de relaciones laborales y económicas más favorables a sus intereses⁹.

Este proyecto político de un sector de la clase obrera no surgió de la nada, ni tampoco fue una parte inherente de su condición de clase. Por el contrario, fue producto de la congruencia de diversos sujetos con diferentes historias y anhelos. Es, por tanto, un «producto social» posible de estudiar y rastrear a partir de las acciones políticas de sus agentes. En esta esfera se encuentra la fundación del POS como hito histórico.

Uno de los primeros en problematizar el análisis de la etapa «política» del movimiento obrero asociado al POS fue Julio Pinto. En una amplia gama interpretativa, sus estudios han perfilado la construcción del movimiento obrero desde sus aspectos económicos hasta discursivos, principalmente en el norte salitrero. Pinto propone que la constitución del obrero como sujeto político es de

largo alcance y se nutre desde distintas vertientes. Así por ejemplo, plantea que el discurso de clase despuntó hacia fines del siglo xix a través de los canales del balmacedismo, el cual buscaba recomponerse políticamente luego de la derrota en la guerra civil de 1891, para lo cual levantó un discurso que apelaba al obrero como sujeto político. Este origen exógeno no impidió que los trabajadores dotaran a su construcción ideológica de elementos que le fueran propios y de utopías propiamente proletarias. Se desprende de esta interpretación que el tránsito del discurso político de la clase obrera incluye distintas variantes, dependiendo del tipo de ideología y estrategia que adoptaran los grupos que la constituían¹⁰.

Respecto a los procesos de politización en la pampa salitrera y bajo el marco de la «opción por la política», Julio Pinto y Verónica Valdivia analizan los distintos procesos que se dieron en la zona salitrera en el primer tercio del siglo xx de acuerdo a dos categorías: «rupturista» y de «conciliación social» o «populista». En este marco, el POS se insertaría dentro de la vía de politización «rupturista», en donde los autores agrupan además a la corriente anarquista. Las características principales de esta vertiente serían un enérgico contenido de clase y la convicción de que la emancipación obrera estaba sujeta a la constitución autónoma del sujeto popular. La segunda vertiente que analizan («populista»), es un proceso similar al «rupturista» en uno de sus aspectos y a la vez opuesto en su fundamentación ideológica: la politización de los sectores populares, pero a través del desarrollo de una acción política menos hostil al sistema establecido y con liderazgos ajenos a la clase obrera. En esta última vertiente, la figura emblemática sería Arturo Alessandri Palma¹¹.

Específicamente para el caso del POS, Pinto plantea que la activa participación de Recabarren luego de su llegada a Iquique en 1911, permitió que se recompusiera el movimiento obrero local, haciendo posible la fundación de un partido obrero clasista. Los postulados de dicho partido habrían sido bosquejados por este dirigente y estarían en consonancia con su ideal partidista¹². Si bien es innegable que Recabarren es la figura más importante del POS hasta su muerte (1924), el estudio de este partido necesita de una visión de conjunto que nos permita recoger las complejidades de la cultura socialista, no sólo en el norte salitrero sino también en ciudades importantes como Santiago y Valparaíso.

Con el objetivo de otorgar un panorama más completo del fenómeno socialista del primer cuarto del siglo xx, Sergio Grez en su Historia del Comunismo en

Chile aporta un acabado estudio sobre el desarrollo de la acción política del POS más allá del espacio salitrero. Según Grez, en sus primeros tres años (1912-1915) las dificultades organizativas de este partido se debieron a la heterogeneidad de los grupos socialistas repartidos por el territorio nacional, lo que influyó que en este período la tónica fuera la dispersión, la poca coordinación y la falta de una política unificada. Recién hacia 1920 el POS mostraría indiscutibles capacidades de liderazgo en el movimiento sindical, lo que le permitió, a su vez, proyectarse en el escenario público a nivel nacional. En esta última etapa, de acuerdo a Grez, la «conquista» de la FOCH fue el acontecimiento más importante en la vida partidaria¹³. En su trabajo se plantea que desde la fundación del POS, en junio de 1912, hasta su transformación en PCCh en enero de 1922, existe un afianzamiento de los supuestos del partido pionero. Es decir, una agitación política constante, una fuerte inserción en los sindicatos y organizaciones laborales y la participación en los espacios políticos institucionales.

En la vereda contraria a estas interpretaciones se encuentran autores como Peter DeShazo y Gabriel Salazar, reacios a reconocer que los socialistas ocuparon un lugar relevante en el movimiento obrero de comienzos del siglo pasado, planteado además su debilidad en Santiago y Valparaíso. El primero señala que la filiación socialista tuvo una débil implantación en estas ciudades debido a que allí el anarquismo logró mayor influencia entre los trabajadores por su capacidad de conseguir mejoras económicas a corto plazo. En tanto Salazar, reconociendo en el «socialismo mancomunal» (de raíz anti-partidista) la principal corriente entre los obreros organizados, desestima la influencia de los partidos políticos entre estos¹⁴.

En lo que se refiere a la relación del POS con las organizaciones internacionales del movimiento obrero, Olga Ulianova ha destacado la autonomía del movimiento socialista-comunista chileno respecto a las concepciones teóricas del comunismo internacional (a partir de 1919, año del primer Congreso de la III Internacional). Ulianova plantea la existencia de una autonomía socialista-comunista con respecto al «centro ideológico» que conformó la URSS, a través de la Komintern, desde la década de 1920. Esta historiadora señala que el POS sólo informaba ocasionalmente de sus actividades a Moscú, sin consultar los pasos a seguir, actitud que refrendaría el PCCh en sus primeros años¹⁵.

La bolchevización del PCCh es también el tema de un libro publicado recientemente por la historiadora Ximena Urtubia, aunque su foco está puesto en

el quehacer de los militantes socialistas-comunistas. Aunque se enmarca en un período posterior al que trata el presente libro (1924-1933), la investigación de Urtubia contribuye a definir los contornos de la cultura política que el PC heredó del POS, resaltando el carácter subjetivo de una práctica militante fundamentada en el trabajo sindical y la actividad política cotidiana, lo que constituyó uno de los focos del conflicto con el modelo jerárquico y despersonalizado que planteaban los bolcheviques. La autora, además, enfatiza que la revolución era el lugar de enunciación de los comunistas, concepto que mutó desde 1912 hasta la bolchevización, donde cambió nuevamente. Según su planteamiento, no fue una transformación mecánica, se construyó por los militantes y estuvo en función de los intereses de estos, aportando a desentrañar el complejo proceso de la articulación cultural y política de las disputas al interior del partido¹⁶.

Como es posible apreciar, no son pocos los trabajos que se han dedicado a estudiar al POS. A pesar de esta importante producción historiográfica, en la mayoría de ellos no se profundiza en el análisis de la relación de los diferentes grupos socialistas del país, enfatizando en el papel preponderante que le cabe a los militantes del norte salitrero en la organización y consolidación del partido. Aunque este es el innegable aporte de Sergio Grez, en su investigación no profundiza en las diferencias locales existentes entre los socialistas, cuestión fundamental para comprender su cultura política. Es por esto que este libro ahonda en el estudio de las secciones del centro y del extremo sur del país, con la finalidad de integrarlas al conjunto de la historia del POS desde una perspectiva monográfica que permita comprender el por qué de sus acciones políticas, discursos, conflictos e intereses.

Por ejemplo, a diferencia de la composición social del norte salitrero, dispersa geográficamente y más uniforme y estratificada socialmente, la acción política en Santiago y Valparaíso se desarrolló en un ambiente más diverso y políticamente más complejo. La sólida presencia de mutualistas, demócratas y anarquistas en el mundo obrero de estas ciudades dificultó la acción de los socialistas, demandándoles mayores esfuerzos sociales, culturales y políticos. Por otro lado, el caso de los socialistas puntarenenses da cuenta de una complejidad que hasta ahora no había sido atendida por los trabajos dedicados al POS. Es innegable que este grupo mantuvo relaciones distantes con el resto de las secciones, pero también es cierto que en muchas ocasiones reivindicaban su labor para la lucha que llevaba el partido en el resto del país. Igualmente el tratamiento de la problemática femenina entre los socialistas expresa las diferencias locales, tanto culturales como del estado de la organización obrera.

En esta línea, este libro se propone analizar la construcción de la cultura política del POS y sus aportes a la configuración desde el mundo obrero de la opción por la política formal. Hemos decidido enfocarnos en la etapa formativa de este proceso (1912-1922), porque es en este período donde se consolidan ciertas prácticas y elementos ideológicos-políticos que van a incidir en el posterior desarrollo histórico de la izquierda chilena.

Debido a que la configuración «socialista» no es del todo original, dado que se levantó sobre prácticas y conceptos ya existentes, los cuales se van transformando y/o adaptando de acuerdo a las exigencias de la nueva realidad política que van experimentando los militantes, esta investigación se propuso también examinar los conflictos entre la «vieja» cultura política (demócrata) y la «nueva» (socialista). Además, la existencia de otras vertientes políticas al interior del movimiento obrero contrarias a la propuesta socialista (anarquismo), le exigieron a estos nuevos planteamientos discursivos y prácticos. Estas disputas dan cuenta de la tensión y dinamismo de la práctica social y política. Para enfrentar este ambiente conflictivo, los socialistas pusieron en práctica la «estrategia de diferenciación», que tenía como finalidad diferenciar al POS tanto del rechazo de los medios políticos como de la aceptación de la forma oligárquica de hacer política. Es decir, buscaba posicionar las propuestas y acciones de los socialistas en contraste con lo efectuado por anarquistas y demócratas.

Como los estudios del POS han estado fuertemente asociados al norte salitrero, otro objetivo de este trabajo es integrar a la historia del partido la actividad socialista en las principales ciudades del centro del país. Debido a las características fragmentarias de los primeros tiempos del POS, las diferentes secciones fueron desarrollando diversas acciones para desplegar lo que entendían como la labor particular de los socialistas. Para lograr conocer las particularidades de las secciones del centro del país, hemos decidido prestar especial atención a la actividad socialista de Santiago y Valparaíso, pero sin dejar de lado lo que sucedía en el norte salitrero. Además, hemos incorporado a los socialistas de Punta Arenas, una sección que presenta características que no formaban parte del conjunto de la cultura política socialista, lo que permite comprender las dificultades para integrar a este grupo al conjunto del partido.

Por otro lado, planteamos que las elecciones de 1918 fueron un momento crítico en la formación de la cultura política socialista. Tanto las elecciones parlamentarias como municipales de ese año fueron un episodio crucial para el

proceso iniciado en 1912, ya que a la fecha el partido ejercía una mayor influencia en el movimiento obrero y su estructura orgánica se encontraba asentada. A partir de estas condiciones, ¿cómo desplegó su propuesta el POS? ¿Siguió comprendiendo a las elecciones como un espacio político relevante? Al responder estas preguntas evaluaremos el nivel de consolidación de la propuesta política del partido.

Por último, hemos incorporado un estudio sobre el lugar que ocuparon las mujeres en la historia del POS, puesto que hasta ahora no se ha profundizado en los temas que las socialistas pusieron en discusión, así como tampoco en las reivindicaciones que el partido respaldó y los ideales femeninos que difundió. Mediante el examen de las acciones de las militantes en su proceso de politización y el análisis de las representaciones femeninas que el discurso socialista difundió durante el período 1912-1922, es posible apreciar las diferencias y puntos comunes existentes entre los distintos grupos de socialistas del país.

Integrando al análisis todos estos elementos podemos acercarnos a comprender de mejor manera qué significaba ser socialista y cómo se desarrollaba su acción política en Chile hacia la segunda década del siglo pasado.

Nuestro interés por la historia política obrera, y específicamente la cultura política del POS, nace de la convicción de que los procesos históricos contienen una potente variedad explicativa. Una de estas es la interpretación sobre el desarrollo político de los sectores subordinados. Para nosotros, las manifestaciones políticas de este grupo social se corresponden con la intención de hacerse parte de la construcción de su realidad y no sólo dejarse llevar por la marea de la clase dominante. Comprendemos entonces que buena parte de los obreros, por formar parte de los grupos subordinados, demuestran impetuosamente la intención de constituirse como agentes activos de la sociedad y lo hacen de manera organizada y sistemática —es decir, de forma política—, a diferencia de otro tipo de manifestaciones, menos orgánicas y abstraídas del «escenario público», presentes también en este grupo social¹⁷. Para visualizar este fenómeno nos enfocaremos en el momento de constitución del movimiento obrero como actor político autónomo y activo, es decir, el período en que la clase obrera comenzó a demostrar capacidad para incidir en la toma de decisiones, con la finalidad de transformar el lugar que ocupaba en la estructura social¹⁸. En

Chile, este proceso comenzó a ser sistematizado por el POS y proyectado al conjunto de la clase obrera, en momentos donde la producción capitalista se encontraba afianzada en la estructura económica.

Evidentemente, no se puede circunscribir dicho proceso solamente a la instauración de un modo de producción en una estructura económica determinada, debido a que los procesos históricos no se desarrollan únicamente de forma «económica» para luego reflejarse en las diferentes esferas de la sociedad. Es por esto que el cambio que se produce con la toma de una posición política activa de los trabajadores, contiene un ámbito práctico-cultural que debe ser integrado al análisis histórico. Concebir la cultura dinámicamente, en una relación dialéctica con la estructura social, permite comprender el actuar de los sujetos subordinados de forma más completa. Esta postura teórica permite sacudir a los sujetos históricos de las férreas amarras de las estructuras y dotar de sentido a sus prácticas. Entendido de esta manera, cada coyuntura histórica contiene una problemática –un conjunto de variables– que, a su vez, hace posible la explicación de los acontecimientos. Como plantea Raymond Williams, la base de un análisis que busque integrar la teoría cultural es la «verdadera existencia social» de hombres y mujeres, es decir, las particularidades estructurales y las prácticas de los sujetos en determinadas coyunturas históricas, no entendidas como áreas o categorías separadas, ni en una relación subordinada las segundas respecto de las primeras, sino como un proceso dinámico e históricamente situado¹⁹. Y, por lo tanto, son expresiones históricas específicas de acuerdo a las coyunturas, en estricta relación con el actuar cotidiano y las prácticas (económicas, sociales y culturales) de los sujetos.

Importante también es lo que sostiene William H. Sewell respecto a la forma de comprender la cultura. Este historiador estadounidense plantea que es necesario concebir a la cultura como práctica y sistema, dado que ambos fenómenos constituyen una «dialéctica indisoluble» y, por ello, se articulan entre sí. En este sentido, la cultura no es entendida como una práctica autónoma, sino como un fenómeno constreñido tanto por las acciones como por la estructura social. Si bien como sistema de símbolos la cultura trasciende los contextos particulares (por ejemplo, el concepto «obrero» tiene una carga semántica que proviene de una realidad social), en la práctica los actores sociales pueden construir y re-construir significados culturales. Por lo tanto, los sentidos que adopta un símbolo en un determinado contexto pueden estar sujetos a ser re-significados por dinámicas completamente ajenas a un ámbito institucional²⁰. De esta manera, es posible apreciar los cambios y redefiniciones que se producen en la cultura

política de acuerdo a los diferentes contextos: por ejemplo, un militante demócrata se conceptualizará como militante socialista no sólo porque la organización a la que pertenece cambió de nombre, sino porque la nueva definición política demanda ciertas prácticas para cobrar sentido.

De acuerdo a esto y para nuestros intereses historiográficos, la politización de los sujetos populares del primer cuarto del siglo xx chileno no podrá ser explicada solamente por el peso de la estructura capitalista, la corrección política «para sí» o por los mecanismos utilitarios de los sectores dominantes. Igualmente, es necesario ahondar en la complejidad de la recepción y proyección de la práctica política popular, tanto en su manifestación estrictamente política como en la conexión de esta con los fines económico-sociales de los trabajadores y en la construcción de una cultura política específica asociada a estas prácticas.

Las propuestas de Williams y Sewell nos introducen en la discusión sobre los componentes culturales que existen en la práctica política, es decir, lo que en las ciencias sociales se conoce actualmente como «cultura política». En torno a la cultura política hay dos reconocidas líneas de reflexión. Por un lado, una corriente vinculada a la politología, inclinada a comprenderla de acuerdo a marcos institucionales, llegando a ello mediante el uso y análisis de instrumentos cuantitativos²¹. Y por otro, una visión asociada a las ciencias sociales, donde se rescata el carácter constructivo del proceso político, atendiendo a los factores históricos, sociales y culturales.

En este segundo plano teórico, nos interesa destacar brevemente los planteamientos del antropólogo Esteban Krotz sobre la relación entre el poder y las tradiciones culturales. Krotz entiende a la «cultura política» como el conjunto de los universos simbólicos asociados a los ejercicios y estructuras del poder. En este marco, propone adicionar a la «utopía» como una de las dimensiones fundamentales de la cultura política. Este autor plantea una noción de la cultura política cercana a las prácticas cotidianas y los imaginarios de los actores sociales, poniendo el acento en la historicidad de los universos simbólicos, lo que a su vez implica reconocer el aspecto subjetivo y la posibilidad creadora de los agentes involucrados en el sistema social²². En la propuesta de Krotz, la utopía no remite a la irracionalidad o a una visión alejada de las condiciones materiales, sino que la entiende como una manifestación de la inconformidad con el presente y de las esperanzas futuras. A partir de esta concepción, la utopía se construiría desde las relaciones sociales e ideas existentes en una coyuntura histórica y, por lo mismo, podría modificar y/o crear a la cultura política²³.

Desde la ciencia política, Norbert Lechner ha planteado que las instituciones políticas están estrechamente relacionadas en la formación y configuración de la cultura política, debido a la movilidad y variedad de factores que le otorgan un carácter productivo constante. Es decir, no existe una esfera política autónoma, desprendida de las realidades concretas de los individuos y grupos. A partir de este reconocimiento, Lechner sostiene que no existe «una» sino, más bien, «las» culturas políticas. Esta propuesta nos permite observar el conflicto entre las culturas políticas y la intención que tienen los actores de implantar una forma específica de comprensión de la política a través de las particularidades de la militancia («estilo»)

24.

Quien desde la disciplina histórica ha hecho operativo el concepto de cultura política es Cristina Moyano. Esta autora entiende la cultura política en una visión muy similar a la de Lechner, enfatizando en su dimensión partidista, donde se integran como elementos constitutivos los discursos políticos, la formación de auto y heteroimágenes, las prácticas políticas, las formas de organización y lucha, las redes sociales y los modos de expresar discursivamente las experiencias de vida. Su concepción de la cultura política recoge tanto la práctica como los universos simbólicos, poniendo el acento en la visión que los militantes tienen de dicho proceso. Para Moyano, la cultura política está estrechamente vinculada a los procesos subjetivos y a la memoria de los «militantes», pues sería esta comunidad de actores la que la configura mediante la apropiación significativa de los discursos y acciones políticas, creando una «identidad social» definida²⁵. Dado que no posee una visión normativa ni universalista, la investigación de Moyano nos permite visualizar una cultura política particular –como plantea Lechner– y dinámica –como sostiene Krotz–, reconociendo el carácter «constructivo» del concepto.

Dentro de este marco teórico se moverá nuestra investigación, entendiendo que la construcción de la cultura política es: primero, un proceso dinámico y dialéctico; segundo, que en dicho proceso entran en juego variables estructurales, como la condición social y económica; tercero, que los actores políticos consumen y producen sentidos, es decir, que poseen una autonomía relativa en cuanto a la actividad semántico-política; y cuarto, que estos sentidos se expresan de manera efectiva en la práctica política de los actores del proceso, es decir, en los militantes. El conjunto de estas variables constituirá, teóricamente, una cultura política particular. A lo largo de este libro,

intentaremos hacer operativo este planteamiento y aplicarlo para estudiar la historia del POS.

De acuerdo a los aportes y problemáticas abiertas en los trabajos revisados hasta aquí, podemos identificar ciertas expresiones propias de la cultura política socialista: la movilización sindical, la práctica discursiva propagandística, una estimación regenerativa de la democracia (como sistema político y «estilo»), la inserción en la política institucional mediante la postulación a cargos de representación y la acción política en función de la construcción del socialismo.

El período 1912-1922 es fundamental en la formación del movimiento político popular, por estar circunscrita en este marco temporal la construcción de una cultura política socialista al interior del sistema político chileno, tendiente a actuar en él y modificarlo. Es sabido que en este período comenzó a profundizarse la crisis del orden oligárquico, que en buena medida se debió a la actividad de los militantes socialistas y del resto de activistas anticapitalistas que se desenvolvían por el espacio político nacional. En estos años el movimiento obrero estuvo asediado desde diferentes flancos de la esfera social (huelgas, crisis económicas, alianzas políticas, competencia electoral y sindical) y, por lo tanto, la actuación de los militantes socialistas en este período fue sustancial en la configuración de la cultura política de la futura izquierda partidista.

A partir de lo anterior, este trabajo plantea que la estrategia de diferenciación estuvo en la base de la propuesta del POS, lo que activó un proceso histórico que consistió en llevar a cabo acciones novedosas en lo relativo a la relación entre los trabajadores y la política formal. Además, a lo largo del libro sostengo la hipótesis de que el enfrentamiento ideológico y político que produjo este fenómeno presentó distintas manifestaciones de acuerdo a las particularidades locales del movimiento obrero y del ambiente social, cultural y político. De esta forma, espero que este trabajo contribuya a comprender por qué los militantes del POS se consideraban socialistas, parlamentarios y revolucionarios a la vez.

Para estudiar la construcción de la cultura política de los socialistas entre 1912 y 1922 nos apoyamos en el trabajo heurístico, centrándonos en la revisión y análisis de la prensa del período. La base del corpus documental serán los periódicos orientados a un público lector específico: los trabajadores. Nos enfocamos, principalmente, en los órganos de difusión ideológica y de

informaciones gremiales del mismo partido y de sus adversarios. Los primeros tomaron la forma de periódicos de propiedad del POS o donde algún militante destacado oficiaba como «director-propietario». En el segundo grupo, se encuentran los periódicos bajo la dirección de grupos anarquistas y los que estaban asociados al PD.

La prensa obrera asociada a estas organizaciones políticas posee la particularidad de instalar entre los trabajadores los problemas e intereses de la clase obrera y, también, de interactuar con un público más extenso, al debatir con otros grupos o partidos políticos. Al mismo tiempo, fue el espacio donde se divulgaron los principios rectores de la cultura política de los distintos grupos y, en el caso de los socialistas, fue el lugar donde los militantes desarrollaron su labor intelectual en función de los intereses y principios políticos de su partido. Este tipo de prensa interpelaba a los trabajadores a movilizarse para construir una realidad opuesta a la sociedad capitalista; por ello, su revisión y análisis otorga la posibilidad de conocer las características sociales, culturales y políticas de estas organizaciones

26.

La prensa socialista es fundamental para conocer el proceso de construcción de la cultura política, debido a que es en estos medios donde se expresan los supuestos ideológicos y sindicales, las estrategias políticas y la composición cultural de lo que entendían los militantes del POS como la forma de ser socialista. En este sentido, la prensa partidista fue la base de la autoformación de los socialistas y su proyección política hacia el conjunto del espacio público, y justamente allí radica su importancia para el análisis que proponemos.

La prensa obrera fue uno de los baluartes de los socialistas; por ello, además de El Despertar de los Trabajadores, en todas las ciudades donde el POS desarrolló su acción, la publicación de periódicos fue uno de los aspectos centrales de su actividad política. Por lo mismo, para conocer y analizar las características de su cultura política más allá de los límites del norte salitrero, el enfoque estuvo puesto en los periódicos editados por el partido en Santiago, Valparaíso y Punta Arenas. No obstante esto, no desestimamos a aquellos periódicos que se fueron publicando en diversas ciudades del norte y que aportan a la visión de conjunto de la formación de la cultura política socialista.

Pero como los socialistas se desenvolvían en un ambiente mayor que el de los

círculos de trabajadores organizados, recurriremos también a la prensa liberal moderna, que divulgaba y representaba la opinión de los sectores dominantes²⁷. Este tipo de prensa permite conocer la mirada de los sectores dominantes sobre la labor que desarrollaban los socialistas en el espacio público de la época y los puntos de acercamiento u oposición con su despliegue cultural. Esto era necesario, principalmente, porque el POS vislumbraba su inserción en el sistema político, hegemonizado en este período por la oligarquía y la burguesía. Estos periódicos también son fundamentales para conocer el desenvolvimiento de las huelgas y manifestaciones obreras, debido a que en su mayoría se publicaban diariamente y contaban con corresponsales y redactores en distintas ciudades del país.

Con la finalidad de mejorar la exposición de las fuentes se ha actualizado la ortografía, manteniendo la puntuación original.

*

Este libro está organizado en seis capítulos que dan cuenta de manera cronológica de la formación de la cultura política del POS y de sus distintos elementos.

El primer capítulo se centra en lo que denominamos la «estrategia de diferenciación». Se plantea que desde 1912 hasta 1915, los socialistas desarrollaron diversas acciones que –en conjunto con el fortalecimiento de la estructura partidaria– estuvieron en función de diferenciarse de sus adversarios políticos al interior del mundo obrero: los demócratas y los anarquistas. Si bien fue un proceso común a las secciones socialistas de diferentes partes del país, las mismas condiciones locales del movimiento obrero desembocaron en distintos énfasis y enfoques de este proceso. Este acto de contrastación les permitió a los socialistas dar una definición laxa de su propuesta, la que se complementaba con la justificación interna de la necesidad del POS, es decir, por qué debía existir en el sistema oligárquico un partido político que representara a los trabajadores.

El segundo capítulo se enfoca en la actividad socialista en Valparaíso (1913-1915), principalmente, en la activación del movimiento obrero local que se

produjo en 1913 y que desembocó en la huelga general de octubre de ese año. La importante presencia de los anarquistas en el puerto llevó al POS a articular sus actividades en función de la diferenciación respecto de los libertarios. En este sentido, las sociedades de resistencia fueron el espacio donde se situó el enfrentamiento. La diferenciación pierde fuerza cuando las energías de los militantes se volcaron hacia la elección de 1915, la primera en la cual participó el partido.

En el tercer capítulo se realiza un estudio monográfico sobre las elecciones de 1915, centrándose en lo sucedido en Valparaíso, donde la sección del POS promovió diversas manifestaciones y acciones para darse a conocer entre los trabajadores. La decisión de enfocarse en los socialistas del puerto tiene por objetivo enriquecer el conocimiento de las secciones socialistas del país, principalmente en lo que toca a los esfuerzos dedicados a las elecciones por los militantes del POS. Es interesante esta coyuntura, debido a que para la fecha se comenzaban a experimentar los efectos de la crisis producto de la Primera Guerra Mundial. En este contexto, los socialistas fortalecieron su organización, fomentando los lazos con las organizaciones obreras y también con las organizaciones de tipo «civil», a través de la movilización por la carestía de la vida. Toda esta agitación sirvió como plataforma de campaña para sus candidatos.

El cuarto capítulo aborda la preparación y las implicancias del Iº Congreso del POS, realizado en mayo de 1915 en Santiago. Para tal efecto, creímos necesario realizar un racconto con la finalidad de revisar la difícil articulación del partido en la capital y así configurar el escenario del primer evento partidista. La relevancia de la sección santiaguina en la historia del POS radica en sus esfuerzos por llevar a cabo este congreso, muy conectados con los conflictos internos que tenía el partido en la capital. Además, las particularidades locales imprimieron características propias a esta sección.

El quinto capítulo se desplaza hacia el extremo sur para estudiar las características de los socialistas de Punta Arenas. Formado en 1912, esta rama de socialistas no formaba parte del tronco «histórico» del POS, debido a la particular situación política de Punta Arenas y a la hegemonía que tuvo allí la Federación Obrera de Magallanes. A pesar de esto, los puntarenenses expresaron desde un comienzo la intención de integrarse al POS y, en función de aquello, fueron importantes promotores del primer congreso partidista. Sus conexiones con una parte de los socialistas de la capital los llevaron a enfrentarse con la

dirección del partido, profundizando así las dificultades que tuvo el POS para fortalecer su estructura.

El sexto capítulo analiza la actividad socialista entre 1916 y 1918. La incorporación de los demócratas al gobierno de Juan Luis Sanfuentes fue una oportunidad para que el POS reforzara la diferenciación con el PD, la cual se vio acrecentada con la huelga ferroviaria de marzo de 1916. Tras esta huelga comienza la introducción de los socialistas en la Gran FOCH, expresando el nuevo rumbo que buscaban imprimirle y que prefigura el triunfo socialista en esta federación, producido en 1919. Con un mejor pie en las organizaciones obreras, los socialistas enfrentaron las elecciones de 1918 con mayores expectativas. La cada vez más influyente posición al interior del movimiento obrero no alteró sus intenciones de llegar a los puestos de representación y llevar a cabo iniciativas para conseguir mejores condiciones para los trabajadores.

El capítulo final propone una periodización analítica para tratar el lugar que ocuparon las mujeres en el POS, comenzando con el examen de los tres primeros años del partido. Durante 1912-1915 las mujeres socialistas participaron activamente de las acciones del partido (a pesar del rol complementario que se les asignaba) y fue constante el énfasis anticlerical con que la prensa trató la problemática femenina. Luego analiza la tensión entre el discurso de la complementariedad femenina y la apelación clasista hacia las mujeres, profundizando en las particularidades de las diferentes secciones del partido y su influencia en la forma de abordar el tema entre 1915 y 1917. La última parte del capítulo examina el desplazamiento desde la visión complementaria hacia un reconocimiento político de la mujer, en un contexto de agudización de la movilización obrera, fenómeno que es apreciable también en la organización gremial de las mujeres (1918-1922).

[1 La influencia que la Revolución bolchevique ejerció en el imaginario político chileno y, en particular, en el movimiento obrero organizado políticamente ha sido destacada por Fernando Estenssoro, «La temprana valoración de la Revolución bolchevique en Chile, 1918-1920 \(estudio sobre un sector de la opinión pública\)», Memoria para optar al grado de Licenciado en Historia \(Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1992\); Evguenia Fediakova, «Rusia soviética en el imaginario político chileno, 1917-1939», Manuel Loyola y Jorge Rojas F. \(comp.\), Por un rojo amanecer: hacia una historia de los](#)

[comunistas chilenos \(Santiago, s/e, 2000, pp. 107-140\); Olga Ulianova](#)

,

«Primeros contactos entre el Partido Comunista de Chile y Komintern, 1922-1927», Olga Ulianova y Alfredo Riquelme, Chile en los archivos soviéticos, 1922-1991. Tomo 1: Komintern y Chile, 1922-1931 (Santiago, DIBAM, 2005, pp. 93-109); Leandro Lillo, «Los lejanos ecos de una gran revolución. La Rusia soviética en el discurso del anarquismo y socialismo-comunismo chilenos (1917-1921)», Informe de Seminario para optar al grado de Licenciado en Historia (Santiago, Universidad de Chile, 2008); y Santiago Aranguiz, «Rusia Roja de los Soviets. Recepciones de la Revolución Rusa, del bolchevismo y de la cultura política soviética en el mundo obrero revolucionario chileno (1917-1927)», Tesis para optar al grado de Doctor en Historia (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012).

[2 Sergio Grez, El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización política popular \(1887-1927\) \(Santiago, Lom ediciones, 2016\).](#)

[3 Las relaciones entre el POS y el movimiento obrero han sido tratadas por un número importante de trabajos, desde los historiadores de la denominada escuela «marxista clásica» hasta las investigaciones más recientes de Julio Pinto, Verónica Valdivia y Sergio Grez. Los trabajos de Julio Pinto sobre la vinculación del socialismo del norte salitrero con el movimiento obrero son «Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista», Historia, vol. 32, 1999, pp. 360-362; «El despertar del proletariado: El Partido Obrero Socialista y la construcción de la identidad obrera en Chile», Hispanic American Historical Review, 86: 4, 2006, pp. 707-745; «Crisis salitrera y subversión social: los trabajadores pampinos en la post-Primera Guerra Mundial \(1917-1920\)» y «Donde se alberga la revolución: la crisis salitrera y la propagación del socialismo obrero \(1920-1923\)», en Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social \(1890-1923\) \(Santiago, Lom ediciones, 2007\), pp. 151-182 y pp. 183-232, respectivamente; Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica \(Santiago, Lom ediciones, 2013\). Además de su trabajo en coautoría con Verónica Valdivia, ¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina \(1911-1932\) \(Santiago, Lom ediciones, 2001\). El libro de Sergio Grez, Historia del Comunismo en Chile. La era de Recabarren \(1912-1924\) \(Santiago, Lom ediciones, 2011\), es la](#)

investigación más completa del POS publicada hasta ahora.

4 Para conocer las diversas dimensiones de Luis Emilio Recabarren como actor político, además de la biografía histórica de Julio Pinto ya citada, véase el erudito trabajo de Jaime Massardo, La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren (Santiago, Lom ediciones, 2008).

5 Hernán Ramírez N., «Historia del Movimiento Obrero en Chile. Antecedentes-Siglo XIX» (1956), en Obras escogidas, Vol. I (Santiago, Lom ediciones, 2007) y también, «Origen y formación del Partido Comunista de Chile» (1984), en Obras escogidas, Vol. II (Santiago, Lom ediciones, 2007); Julio César Jobet, Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos, (Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1973); Jorge Barría, El movimiento obrero en Chile (Santiago, ediciones de la Universidad Técnica del Estado, 1971); Fernando Ortiz L., Movimiento obrero en Chile (1891-1919) (Santiago, Lom ediciones, 2005); Luis Vitale, Interpretación marxista de la Historia de Chile. Tomo V (Barcelona, Editorial Fontamara, 1980).

6 Para Ramírez N., el POS fue el paso inicial en una escalada que buscaba «encauzar la conciencia y la acción del proletariado en un sentido definitivamente revolucionario, [por ello] se consideró de urgencia construir un partido político poderoso, recio y combativo; sólo así se podía agrupar a las grandes masas trabajadoras, dirigirlas y educarlas en los principios del bolchevismo, esto es, del socialismo depurado [...]»; Ramírez N., «Origen y formación...», op. cit., p. 273. Una visión similar en Jorge Barría, op. cit., p. 45.

7 Dentro de esta línea de análisis se inscribe la corriente historiográfica denominada «nueva historia social». Entre los trabajos más emblemáticos en esta corriente se encuentran, por ejemplo, María Angélica Illanes, «Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)», Propositiones, 19, 1990, pp. 90-120; Gabriel Salazar, Labradores, peones y proletarios (Santiago, Lom ediciones, 2000); Julio Pinto, Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera (Santiago, Editorial USACH, 1998); Sergio Grez, De la «regeneración del pueblo» a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890) (Santiago, DIBAM, 1998); Mario Garcés, Crisis social y motines populares en el 1900 (Santiago, Lom ediciones, 2001). Para conocer las dos grandes posturas que predominan en esta corriente respecto al recorrido histórico de los sectores populares, véase Sergio Grez, «Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política

incluida?», Política, 44, otoño de 2005, pp. 17-31.

8 Eduardo Devés, «La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico», Mapocho, 30, 1991, pp. 127-136.

9 Sergio Grez, De la «regeneración del pueblo» a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890) (Santiago, RIL Editores, 2007).

10 Julio Pinto, «Discursos de clase en el ciclo salitrero: la construcción ideológica del sujeto obrero en Chile, 1890-1912», Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923) (Santiago, Lom ediciones, 2007, pp. 13-73).

11 Pinto y Valdivia, op. cit.

12 Interpretación presente en los trabajos de Julio Pinto citados más arriba. Como ejemplo de la extensión de este tipo de interpretación, Rolando Álvarez, refiriéndose a Salvador Barra Woll –uno de los fundadores del POS–, plantea que este dirigente se había «formado al alero del líder del POS-PC» y que, por lo tanto, sería uno de los «discípulos» de Recabarren; Rolando Álvarez, «Reflexiones finales, la herencia de Recabarren en el Partido Comunista de Chile: los casos de Orlando Millas y Salvador Barra Woll», en Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (ed.), 1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos (Santiago, IDEA-USACH, 2012), p. 508.

13 Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., p. 348.

14 Peter DeShazo, Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile. 1902-1927 (Santiago, DIBAM, 2007); Gabriel Salazar, «Luis Emilio Recabarren: Pensador Político, Educador Social, Tejedor de Soberanía Popular», en Simon Collier et al., Patriotas y ciudadanos (Santiago, Centro de Estudios para el Desarrollo, 2003) pp. 136-164; «Construcción de Estado en Chile: la asamblea constituyente de asalariados e intelectuales» y «Luis Emilio Recabarren: socialismo municipal y poder popular constituyente (1900-1925)», en Gabriel Salazar, Del poder constituyente de asalariados e intelectuales (Chile, siglos XX y XXI) (Santiago, Lom ediciones, 2009), pp. 25-120 y pp. 121-152, respectivamente.

15 Ulianova, op. cit., p. 103. Este es también el tema del artículo Augusto Varas, «Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Komintern», en

Augusto Varas (comp.), El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario (Santiago, CESOC-FLACSO, 1988) pp. 17-63.

16 Ximena Urtubia, Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924-1933 (Santiago, Ariadna Universitaria, 2016). Disponible en:
<<http://ariadnaediciones.cl/images/pdf/Hegemonia.y.Cultura.Politica.del.PCCh.pdf>

17 James C. Scott, Los Dominados y el arte de la Resistencia (México D. F., ediciones Era, 2000).

18 Francisco Zapata, Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano (México D. F., COLMEX-FCE, 1993, p. 15).

19 Raymond Williams, Marxismo y literatura (Barcelona, ediciones Península, 1980), p. 100.

20 William H. Sewell, «Los conceptos de cultura» (traducción de Gilberto Giménez), Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (ed.), Beyond the Cultural Turn (California, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1999), pp. 35-61. Disponible en Internet:
<<http://www.paginasprodigy.com/peimber/sewell.pdf>> (revisado en junio de 2017). Véase también, William H. Sewell, «Por una reformulación de lo social», Ayer, 62, 2, 2006, pp. 51-72.

21 Gabriel Almond y Sidney Verba, The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations, (Princeton NJ, Princeton University Press, 1963). Fueron estos autores los primeros en utilizar el término «cultura política» para dar cuenta de los conocimientos, sentimientos y evaluaciones que realizaban las sociedades en relación al sistema político. Estos autores plantearon un modelo analítico donde las prácticas políticas podían presentarse idealmente de tres formas: «localista», «subordinada» y «participante». En este modelo, la cultura política es valorada empíricamente en función de la integración al sistema político formal, considerándola como un atributo «nacional», desestimando con ello las características específicas de los grupos que participan (o no) de los sistemas políticos. El reconocimiento de diferentes patrones culturales en el ejercicio del poder y la «aparición» de los actores políticos y sus acciones han sido los principales aportes de estos análisis.

22 Esteban Krotz, «Hacia la cuarta dimensión de la cultura política», Iztapalapa,

12, 1985, pp. 121-127.

23 Pablo Castro Domingo, «Cultura política: una propuesta socio-antropológica de la construcción de sentido en la política», Región y sociedad, vol. XXIII, 50, 2011, p. 230.

24 Norbert Lechner, «El nuevo interés por la Cultura Política», Norbert Lechner (ed.), Cultura política y democratización (Santiago, Editorial FLACSO-CLACSO, 1987), pp. 9-14.

25 Cristina Moyano, MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973) (Santiago, ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009).

26 Un interesante trabajo que analiza las principales características de la prensa obrera y los tópicos con que se instala en el espacio público, así como las diferencias entre la prensa «gremial» y «partidista», es el libro de Mirta Lobato, La prensa obrera (Buenos Aires, Edhasa, 2009). Si bien está enfocado en el mundo del trabajo de Buenos Aires y Montevideo (entre 1890 y 1958), el tratamiento que realiza la autora entrega importantes claves de interpretación para comprender los alcances y características de la prensa obrera en el contexto latinoamericano. En esta línea, pero para el caso colombiano, interesante resulta el libro de Luz Ángela Núñez, El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia, 1909-1929 (Bogotá, ediciones Uniandes, 2006).

27 La modernización de la prensa chilena fue un proceso que comenzó en los primeros años del siglo

xx

e impactó en sus discursos, tecnologías y organización empresarial. Hasta esa fecha predominaba en la prensa un carácter «doctrinario», centrado en la discusión política y el contenido ideológico. Este cambio se inició con la publicación en Santiago de El Mercurio en 1900 y de El Diario Ilustrado en 1902, modelos de la prensa liberal moderna. Eduardo Santa Cruz, Análisis histórico del periodismo chileno (Santiago, Nuestra América ediciones, 1988); Eduardo Santa Cruz y Carlos Ossandón, Entre las alas y el plomo: la gestación de la prensa moderna en Chile (Santiago, Lom ediciones, 2001); Eduardo Santa Cruz y Carlos Ossandón, El Estallido de las formas: Chile en los albores de la «cultura de masas» (Santiago, Lom ediciones, 2005).

Capítulo I

La «estrategia de diferenciación», 1912-1915

Los socialistas perseguían y ansiaban diferenciarse. ¿Por qué esta intención de establecer, aclarar y exaltar diferencias con otros grupos? El proceso llevado a cabo por los obreros que fundaron el POS en Tarapacá a mediados de 1912, no implicó solamente definir a los trabajadores socialistas como «uno» de los grupos involucradas en la lucha contra la sociedad capitalista. Porque de ser así, ¿no bastaría con definirse «en positivo»? ¿Por qué, entonces, compararse con un «otro»? ¿Por qué levantarse como sujeto desde ese acto de oposición?

Este problema no se explica sólo por la operación típica de la construcción de identidad, es decir, el acto de contrastación con un «otro» que otorga sentido y unidad. Aunque, sin duda, hay mucho de esto, en este caso la explicación es más compleja y está relacionada con el espacio político en el cual se desenvolvían los socialistas. Por lo tanto, tiene que ver con la construcción de la cultura política que llevaron a cabo estos militantes.

El acto de oposición al cual hacemos mención se entiende cuando situamos a los socialistas en la sociedad del Chile de principios del siglo xx. A esta exigencia de lógica histórica, debemos sumarle las características propias del espacio político de aquella época. De esta manera, obtenemos el marco de la disputa por la hegemonía del espacio político y social que se propusieron los militantes socialistas.

Es claro que, dadas sus características y aspiraciones sociales, el espacio de la disputa hegemónica propuesta por los socialistas se encontraba al interior de la clase obrera. Para esto, identificaron a sus adversarios en las organizaciones o grupos políticos que tenían influencia y mayor arraigo entre los trabajadores: el PD y los anarquistas. En este nivel, la batalla por la hegemonía política entre los trabajadores organizados fue clara y se dio con ahínco, tanto en el plano ideológico (o «doctrinario», como gustaban llamarlo en aquella época) como en el de las organizaciones obreras.

Pero como la propuesta política de los socialistas contenía la aspiración de una ruptura con el sistema capitalista y, además, una crítica radical al sistema político liberal que existía en Chile a comienzos del siglo xx, el POS tuvo que batallar también en otra esfera. Nos referimos al papel que le cabía a las organizaciones obreras al interior del sistema político del Régimen Parlamentario. Para entrar en este debate, los socialistas difundieron una valoración positiva de la democracia y de los medios políticos de representación. Esta noción se articuló discursivamente con la finalidad de someter a la crítica las acciones de los demás partidos políticos y de posicionar entre los trabajadores la legitimidad de la participación política formal. A ese despliegue discursivo lo denominaremos en este trabajo «regeneración del sistema democrático». La mayoría de las veces, la noción de la regeneración del sistema democrático se desplegó para desacreditar a los demócratas, pero de igual manera contenía un alcance mayor, es decir, posicionar legítimamente a los obreros en el sistema político. Por ello es relevante integrar este fenómeno al análisis, ya que de no hacerlo no se lograría dimensionar históricamente la construcción de la cultura política de los socialistas (y, luego, de los comunistas) y sus posteriores consecuencias, debido a que es aquí donde se desarrolla la disputa de la hegemonía política con los sectores dominantes.

El primer nivel enunciado es fundamental, debido a la posición que ocupaban en las organizaciones populares los dos rivales políticos de los socialistas. A pesar de perseguir la representación de los sectores populares, los demócratas y los anarquistas se encontraban en las antípodas de la esfera política nacional. Los demócratas, por un lado, eran la expresión de la «política» al interior de las organizaciones populares: un partido que declaraba representar y canalizar los intereses populares en las instituciones estatales. Debido a esa opción, el PD se sumergió en las prácticas propias de los partidos políticos del período: alianzas que desconocían las diferencias ideológicas con fines electorales y participación en el cohecho¹. Y por otro lado, se encontraban los anarquistas, que eran la manifestación más clara de la «anti-política»: rechazo total a los medios políticos y con una propuesta de enfrentamiento directo con los capitalistas y el Estado, a los que veían estrechamente identificados².

Los socialistas, en cambio, no desdeñaban ni del enfrentamiento directo (como la huelga, a la cual dirigían muchos de sus esfuerzos organizacionales) ni de los medios políticos (formación de un partido y participación en las elecciones). No obstante este posicionamiento intermedio en la estrategia política que desarrollaban los sectores populares organizados, no basta para aventurar una

definición de los socialistas como el punto medio entre la acción directa y la inserción sistémica, ni menos como la opción moderada (una especie de «centro» político popular) entre dos vías de politización popular contrarias³. Esta opción llevó al POS a desarrollar una estrategia que le permitiera posicionarse y diferenciarse tanto del rechazo de los medios políticos como de la aceptación de la forma oligárquica de hacer política. Para enfrentar este desafío, los socialistas desplegaron al interior del movimiento obrero lo que denominamos como «estrategia de diferenciación». Esta estrategia le permitió al POS diferenciarse de demócratas y anarquistas, a través de enfrentamientos ideológicos y políticos que alcanzaron distintos niveles en función de las particularidades locales del movimiento obrero.

1. La disputa de la hegemonía política en terreno ajeno

La disputa hegemónica en la politización de los sectores populares era uno de los desafíos que enfrentaron los socialistas. El otro se desarrolló en un terreno ajeno, casi restringido para las organizaciones populares de comienzos del siglo xx: el sistema político institucional. Una de las implicancias directas de la constitución de un partido obrero como el POS fue la inserción de los socialistas en el sistema de representación democrática. La participación en los medios políticos formales no era del todo extraña para los militantes socialistas, por lo menos para el grupo fundador que arrastraba una larga militancia demócrata. De cualquier manera, la participación en la institucionalidad política no aseguraba inmediatamente la posibilidad de incidir en ella, debido a las características oligárquicas de la sociedad chilena de la época.

El triunfo de las tropas chilenas en la Guerra del Pacífico (1879-1884) produjo modificaciones fundamentales en la estructura económica y social del país, debido al aumento de las rentas generadas por la exportación de minerales (principalmente, del salitre) que dejó en una posición secundaria a los recursos obtenidos por la agricultura, mermando así el poder de la oligarquía terrateniente. A pesar de estas transformaciones, el poder político continuó en manos de la oligarquía. No obstante, posterior a la Guerra Civil de 1891, el poder estatal tendió a diluirse en el Parlamento, lo que significó en la práctica un fraccionamiento político de este grupo⁴. Es decir, si bien la «sociedad civil» se

expandió, permitiendo así que otros partidos y grupos lograran representarse en el Parlamento (como los demócratas), el carácter oligárquico de la sociedad y del sistema político chileno permaneció⁵.

El sistema y el actuar político del Régimen Parlamentario (1891-1925) estaban caracterizados por la constante exclusión de los intereses y actores populares. En el transcurso de este período la oligarquía desarrolló su acción política en el Estado, el cual le sirvió de plataforma para garantizar y reproducir sus intereses económicos y sociales de manera exclusiva. El Estado se convertía así en un «actor social», con actividades que iban más allá de las características represivas o lucrativas imprimidas por la oligarquía⁶. Comprendido así, es relevante para nuestro análisis insertar las iniciativas llevadas a cabo por los militantes del POS para «entrar en relación» con el Estado, puesto que es en este período donde se incuba y se instala la irrupción al sistema político de otros actores sociales, disputando así las prácticas políticas, administrativas y legales, monopolizadas por la oligarquía⁷.

Como puede deducirse, los socialistas formaban parte de esos «otros actores». Es durante el Régimen Parlamentario donde «la subjetividad del pueblo trabajador comienza a romper la dura forma del sentido común impuesto por la cultura oligárquica y van surgiendo en su seno como producto de las contradicciones sociales [...] los gérmenes de diversas culturas políticas». Este «pueblo trabajador» (al cual pertenecían los socialistas) fue desarrollando una sociabilidad política que se vio favorecida por una paulatina transformación en la política oligárquica: de la coacción al consenso organizado, permitiendo así la disputa de la «hegemonía civil»⁸. En este marco, la política desarrollada por los trabajadores socialistas asume un carácter «contra-hegemónico», sustentado en una particular forma de práctica política (POS).

El carácter «excluyente» del Estado en este período aporta el contrario de la acción «incluyente» que llevaron a cabo los militantes del POS. Con su discurso regenerador, la estrategia de diferenciación de los socialistas tiene asimismo una intención incluyente, con la cual buscaban exponer la «ilegitimidad» del sistema político al excluirlos del mismo. Evidentemente, entre los intereses de los socialistas la inclusión política no era la única –ni tal vez la más importante– de sus aspiraciones, pero la comprendieron como un paso fundamental para hacerse parte de la «cosa pública» y disputar la hegemonía oligárquica en la administración del país. Es por esto que orientaban su acción política hacia los órganos de la administración estatal donde estaba abierta la posibilidad –por lo

menos, teóricamente— de ingresar a través de elección popular: el Parlamento y las Municipalidades. Como entendían al Estado más allá de su dimensión coercitiva, el POS desarrolló una estrategia política-institucional para cimentar el camino al socialismo, dando cuenta que operaban en él otras determinaciones, nuevos mecanismos de legitimación y nuevas instituciones⁹. Una concepción amplia del Estado, entonces, necesitaba de nuevas herramientas y estrategias para lograr fines concretos. El POS se encaminó en esta dirección.

Como hemos mencionado, el Estado chileno de la segunda década del siglo xx no basaba su dominación solamente en la coerción de sus «enemigos». En otras palabras, la oligarquía no utilizaba únicamente el Estado como un aparato de represión, sino que también combinaba en él las acciones para ampliar y asentar su hegemonía: permisividad ante la formación de asociaciones gremiales (sociedades mutuales y de resistencia) y partidos políticos obreros, además de una relativamente amplia libertad de prensa y de opinión. En este escenario, los socialistas comprendieron y utilizaron las posibilidades democráticas latentes que existían.

Aunque los socialistas no perdían oportunidad en aclarar que su partido no era «político», sino «social y económico», indudablemente su aparición marcó el ingreso autónomo de los trabajadores al campo político institucional. No bastaba, sin embargo, el origen «de clase» del POS para asegurar unas prácticas políticas cabales a los intereses de los sectores populares. La experiencia del PD —el cual, desde su fundación en 1887, se planteaba como objetivo fundamental la «emancipación social, política y económica del pueblo»— había demostrado que se podía pasar de las buenas intenciones a las malas prácticas del parlamentarismo. Por lo tanto, se hizo necesario para los socialistas justificar la aparición del nuevo partido como una «justa democrática», congruente con las aspiraciones sociales de los obreros.

Con el surgimiento del POS, el sistema político se configuró como un espacio de disputa hegemónica con múltiples opciones. En la visión del POS, el escenario político se configuraba de la siguiente manera: por una parte, se encontraban los enemigos históricos de la clase obrera, es decir, la oligarquía y sus partidos, el Estado y sus funcionarios (que venían a representar los intereses de la clase dominante); y por otra, el PD con su viraje sistémico (por lo tanto, ajeno a los intereses populares) y la acción de los anarquistas, que de acuerdo a la opinión de los socialistas conducían al sacrificio «innecesario» de las organizaciones obreras. Por lo tanto, existían dos flancos donde el POS tenía que batallar y que

estaban en congruencia con la división social del país: por una parte, los sectores dominantes, es decir, la oligarquía y el Estado; y por otra, la lucha por la representatividad política de los sectores populares.

2. La construcción de la «verdadera democracia»

Mencionamos que los anarquistas negaban toda participación en el sistema político institucional y que el PD había asimilado las prácticas propias del Régimen Parlamentario. En un escenario como este, el POS debía instalarse como un desplazamiento de ambas opciones. Para ello, construyeron su discurso político a través de una matriz «regeneradora», comprendida como la iniciativa que le impondría ética, honradez y conciencia al sistema político, todos atributos que ansiaban ver realizados en, y proyectados por, la clase obrera. Tal vez por proceder en su mayoría del PD, los militantes socialistas que estaban a cargo de los órganos de prensa, tanto como los que se dedicaban a difundir diariamente en los puestos de trabajo los ideales del nuevo partido, entendían a los medios políticos como prácticas adecuadas y necesarias para conseguir los anhelos reivindicativos de los obreros y los sectores populares. De ahí que la mayor parte de los primeros esfuerzos de estos militantes se enmarcaran en la configuración de un campo discursivo inclusivo, donde «democracia» y «socialismo» se vinculaban y se encontraban a la par en su horizonte ideológico. Ambos conceptos se sustentaban en la práctica militante cotidiana, ya que a la lucha sindical y gremial sumaban grandes esfuerzos por consolidar al POS como un partido firme y con proyección en el futuro, principalmente, en las instituciones de representación política. Esta articulación entre discurso y práctica constituye la base de la estrategia de diferenciación que realizaron los socialistas para situarse como alternativa a los políticos tradicionales y al modelo de sociedad imperante.

En la concepción de «democracia» que formularon y difundieron, existía una particular simbiosis entre socialismo y democracia. Comprendieron a la democracia como el ideal que sintetizaba los valores socialistas y se la identificaba con la ejecución de propósitos como la igualdad, la realización plena del individuo y la justicia social. De manera práctica también, la búsqueda del socialismo implicaba el uso de la democracia como medio de acción política.

Así, entre los medios del POS para llegar al socialismo estaban la lucha política a través de las acciones de un partido «obrero» y la participación en las elecciones, pero también la lucha económica, mediante la búsqueda de la disolución de la propiedad privada y la formación de instituciones económicas de corte «socialista», como las cooperativas.

Esta concepción particular sobre el significado de la democracia se fundó en el contraste con la noción que pregonaba el PD. De acuerdo a Alejandro Escobar Carvallo, activo participante de las organizaciones obreras desde fines del siglo xix y militante demócrata por décadas, el PD nunca logró vincular los problemas sociales con la democracia, dado que entendían a esta última como un «régimen político donde impere el sufragio universal y las cargas y prebendas se repartan proporcionalmente entre todas las clases sociales», es decir, como «una democracia burguesa y nada más»¹⁰. En este sentido, la formulación socialista sobre la democracia iba más allá de la dimensión procedimental y formal de la igualdad en el voto.

Desde antes de la fundación del POS, es decir, cuando la acción política de muchos de los futuros militantes socialistas se concentraba en el PD, la participación en las elecciones ya se entendía como un deber de los trabajadores. La activación socialista que se produjo con la llegada de Recabarren a Iquique en 1911, no hizo sino reafirmar la idea de la necesidad de que los trabajadores se hicieran parte de la política a través de la participación en las elecciones¹¹. Esta era comprendida como un deber ético, que implicaba el saneamiento de la actividad política, necesario debido a los efectos que tenía la compra-venta de votos, o cohecho, en las elecciones de representación popular. Unos pocos meses antes de la fundación del POS, los todavía militantes demócratas-socialistas iquiqueños manifestaban –a través de su órgano periodístico recientemente creado, *El Despertar de los Trabajadores*¹²– la necesidad de participar en las elecciones parlamentarias y municipales de marzo de 1912, aclarando para ello que ningún correligionario «que desee el triunfo de esta causa [el socialismo]» debía «quedarse sin votar en las elecciones de marzo». Además, como un gesto propagandístico, los militantes debían preocuparse de «invitar a todos los amigos a votar»¹³.

Para lograr cambiar el sistema (o reformarlo), los demócratas-socialistas comprendían a las elecciones como un medio fundamental de la práctica política. Aún en el contexto de la corruptibilidad palpable del Régimen Parlamentario, estos militantes veían en el voto una posibilidad de cambio, pues mediante el

ejercicio electoral los trabajadores tenían la facultad de «castigar y corregir todos los abusos de que se quejan». De lo que deducían que si «habían malas autoridades es por culpa de no saber emplear el voto electoral»¹⁴.

A pesar de las esperanzas demócratas-socialistas cifradas en las elecciones, las prácticas fraudulentas con que los sectores dominantes actuaban en el sistema electoral eran evidentes. Una de las acciones predilectas de corrupción electoral fue la compra de votos, sustentada en las grandes sumas de dinero que la oligarquía «invertía» en las elecciones. El futuro senador del PCCh Elías Lafertte, en su calidad de apoderado del PD para las elecciones de 1912, presencié cómo un mensajero del senador Arturo Del Río, cacique balmacedista de Tarapacá, «entregaba un sobre al presidente de la mesa [...] [que] contenía quinientos pesos». Posteriormente, fue testigo de cómo el mismo presidente, «en la forma más prepotente y arbitraria, hacía expulsar a empujones del recinto al apoderado radical y rompía todos los votos obtenidos por los candidatos de ese partido»¹⁵.

Prácticas como estas llevaban a un redactor de El Despertar de los Trabajadores a señalar que el cohecho servía de justificación del accionar político de la oligarquía debido a que «si ellos ocupan ese sillón [parlamentario] es porque les ha costado veinte o treinta mil pesos, y de consiguiente nada le deben al pueblo». El mismo cronista se lamentaba que aunque la compra de votos evidenciaba la corrupción de los candidatos de los sectores dominantes, los trabajadores igualmente participaban del cohecho, aceptando el «dinero corruptor que derraman [los candidatos burgueses] en ese día feliz para ellos y desgraciado para el pueblo, que más tarde tiene que pagar bien caro la maldad que cometió al recibir ese puñado de dinero»¹⁶. De acuerdo a la opinión de los militantes demócratas-socialistas, el dinero era visto como el agente corruptor de la práctica política de la época, objeto además propio de la oligarquía dominante y casi inexistente en las filas de los trabajadores¹⁷. Argumento que a la vez era utilizado como un aliciente legitimador de la práctica política de los demócratas-socialistas, los cuales al carecer del colchón monetario podían desarrollar una práctica electoral honrada y leal a sus principios¹⁸.

Si bien la mayoría de las veces el dinero seducía a los obreros cuando concurrían a las urnas, los programas políticos de los partidos tradicionales o «históricos» se levantaban también como un enemigo más para las filas demócratas-socialistas. Al parecer, su baja capacidad de conseguir votos no era sólo producto de los efectos del cohecho. Según un artículo de El Despertar de los Trabajadores, los

programas tendían a confundir a los trabajadores y sus decisiones políticas; por lo tanto, era necesario dejar claro que todos estos estaban escritos con la misma pluma, la de la oligarquía, independiente del ropaje con que se presentaban:

Todas las distintas agrupaciones políticas del país, elaboran sus programas que, según ellos han de defender, si los electores los eligen para regir la cosa pública.

Todos los programas están cortados por el mismo molde. [...]

Hay comerciantes usureros, prometiendo perder en las ventas de sus mercaderías. Hay industriales que juran no explotar más al género humano. Y todos con programas flamantes, hechos para estos días, que después ya no sirven. Programas hay muchos; pero... y hombres? Hombres muy pocos.

Examinad la vida de los pretendientes; estudiad sus movimientos, frecuentad sus círculos, abrid sus libros de caja, festejad con ellos y veréis que su ateísmo es por la gracia de Dios; su religión está, en el cepillo de las ánimas; su moralidad, en los garitos y lenocinios; su largueza, en el mayor tanto por ciento.

Sus programas son pura fórmula, vanas promesas, indignas mentiras

¹⁹.

Según los demócratas-socialistas, la práctica política de los trabajadores requería de menos formulaciones retóricas y de más acción, de menos discurso y de más «verdad», precisamente lo que no podía proveer la oligarquía, debido a la oposición de intereses entre ambos. En cambio, en las filas de los trabajadores, sus candidatos actuaban «con menos formulaciones, pero con más sinceridad»²⁰.

La «sinceridad» era realzada como un símbolo de la conciencia clasista que promovían.

Como vemos, las explicaciones de los demócratas-socialistas a la extensión de la venta de votos no pasaban sólo por el hecho de que los trabajadores aceptaran dinero a cambio de votar por los candidatos de los sectores dominantes. El problema era más profundo. El cohecho se asentaba allí donde existía poca o nula conciencia política de los trabajadores, en su falta de educación política y, también, en sus necesidades económicas. Todo el trabajo propagandístico y el discurso crítico hacia los partidos históricos buscaba la instauración de una identidad obrera en política que proporcionara a los trabajadores una motivación para actuar decididamente por el socialismo. Mediante la descalificación de la política oligárquica, marcada por la corrupción y el actuar personalista, proponían una forma de hacer política que permitiera el saneamiento del sistema con los valores que creían propios de la cultura obrera: lealtad, honestidad y dedicación ante la causa de los trabajadores²¹. Mediante la apelación a estos valores, los obreros intentaban romper la exclusión política en que los sumía el sistema oligárquico y, además, legitimaban su instalación en un sistema que les negaba la posibilidad de mejorar sus deplorables condiciones socioeconómicas. Tanto el trabajo ideológico que realizaban los demócratas-socialistas, que se expresaba en la producción de una visión y discurso particular sobre la política, así como sus prácticas cotidianas de divulgación, agitación y propaganda, confluían en una construcción simbólica que los presentaba como figuras ejemplares en el ámbito privado y público. De esta manera, se comenzaba a configurar la cultura política socialista.

Según la proyección que realizaban, estos objetivos se lograrían con el ingreso de los trabajadores al lugar en donde se tomaban las decisiones (el Estado), y su participación en el Parlamento era el objetivo más próximo para ello. En el contexto de la polémica designación de Luis Emilio Recabarren como candidato a diputado del PD por Tarapacá a comienzos de 1912, un militante aclaraba a sus compañeros que «la entrada de Recabarren al Parlamento Nacional, significa el ingreso de los trabajadores al manejo de la cosa pública», por lo tanto, de no participar aquel de la contienda electoral, el poder no cambiaría, quedando nuevamente en las «manos burguesas»²².

Es posible apreciar que en el discurso obrero se comienza a articular la lucha por el poder político (la «cosa pública») a través del uso de los boquetes que se abrían en el macizo del Régimen Parlamentario. No se trata aquí de la rebeldía

soterrada de los cangalleros²³, ni de la lenta consolidación de un proyecto de empresariedad popular²⁴, sino que desde el norte salitrero los socialistas bregaban por hacerse políticos, por insertarse en un sistema corrupto para traer la «buena nueva» del socialismo y así, con los valores innegables de la igualdad y la justicia, «sanar» a la República. Comprendían estos trabajadores que su lucha se imponía por la lógica: «¿Buscaremos esos hombres en la clase burguesa, bastante desprestigiada ya durante su gobierno? [...] La respuesta no merece ni tiempo para pensarla», pues con la organización política de los obreros, el «dominio de la clase burguesa desaparece por injusta y desigual»²⁵.

En el contexto de las prácticas excluyentes del Régimen Parlamentario, los obreros no sólo debían luchar para que sus candidatos salieran elegidos, sino que también debían combatir contra todo un sistema que les negaba el derecho a participar en las instancias representativas. Desde El Despertar de los Trabajadores se recordaban las características excluyentes del sistema: «¡Es claro! Los burgueses siempre obstaculizarán la entrada y aún la labor de todo obrero en las Cámaras. [...] Ya lo sabéis vosotros, obreros conscientes ¡Arma al brazo y... alerta!»²⁶. De seguro que los demócratas-socialistas estaban pensando en la frustrada investidura de Recabarren como diputado en 1906²⁷. Sin embargo, no era del todo preciso plantear la ausencia obrera en el poder legislativo, debido a que la candidatura de Recabarren para las elecciones de marzo de 1912 se proclamó en desmedro del diputado demócrata vigente, el también obrero tipógrafo Pedro Segundo Araya²⁸.

Lo que sí era claro es que ningún obrero «socialista» había llegado a participar de las altas instancias de decisión política. Era lo que le expresaban sus correligionarios al diputado Araya, muy criticado por deslegitimar el nombramiento de Recabarren. José Zuzulich, uno de los futuros fundadores del POS, envió desde la Oficina Argentina una carta abierta al diputado Araya, publicada por El Despertar de los Trabajadores, en la cual lo acusaba de funcionar como un instrumento del Directorio General del PD, abiertamente contrario a la figura de Recabarren. Al final de aquella misiva, Zuzulich, ya en un tono conciliador, le pedía al diputado saliente acatar la opción de los militantes pampinos, ya que con Recabarren llegaría al Parlamento alguien «que como Ud. va no por el interés del lucro sino para defender los derechos del proletariado, de aquel que llora desesperado por salir de un abismo». En esa misma edición, se daba cuenta del apoyo explícito a Recabarren de las secciones del PD de Abra, Agua Santa, Argentina, Barcelona, Centro Lagunas, Gloria, Pan de Azúcar, Pisagua, Pozo Almonte, Primitiva, San Lorenzo y San Pablo²⁹.

Con la candidatura de Recabarren se daba el primer paso en la estrategia de diferenciación, pretendiendo poner de manifiesto quién era quién en el PD, esto es, quiénes estaban con el socialismo y la regeneración de la democracia y quiénes con la antigua manera de hacer política, propia de los partidos históricos. Debido a esto, los que desacreditaban a Recabarren eran calificados como «traidores», «desgraciados», o «ruines sirvientes de los balmacedistas»³⁰.

Si bien muchas de las recriminaciones recayeron sobre el diputado Araya, los demócratas-socialistas insistían que finalmente eran los sectores dominantes los que buscaban impedir que Recabarren llegara al Parlamento. Dichos grupos se encontraban también al interior del PD. Así lo planteaba el futuro militante del POS Evaristo Ríos, cuando insistía que la conflictiva actitud de Araya se debía a que obedecía «el mandato del papi [Malaquías] Concha y divide a los trabajadores para servir a los burgueses»³¹. «No es Recabarren el odiado por la burguesía», planteaba un artículo publicado a fines de enero, más bien era «la causa y la doctrina que representa», es decir, la intención de «transformar, corregir y regenerar todo lo malo que existe en nuestra vida social»³².

Lo que ponían de manifiesto los demócratas-socialistas al dar cuenta de los esfuerzos de exclusión de la oligarquía, era la expresión política de la lucha de clases, pues, a la negación del elemento obrero en la explotación económica, se sumaban las prácticas excluyentes cuando estos desarrollaban sus esfuerzos políticos y electorales. Para contrarrestar esta negación política, los futuros militantes socialistas confeccionaron un cuadro discursivo donde la «explotación política» era una parte primordial a subsanar para lograr la ansiada emancipación de los trabajadores. De esta manera, la lucha política se erigía como un aspecto más de la lucha de clases. Gracias al trabajo político desarrollado por los socialistas, el ingreso de los representantes obreros al Parlamento, así como los constantes obstáculos para que ello no ocurriera, pasaba a formar parte fundamental de la lucha entre capital y trabajo.

Aunque en esta coyuntura electoral existieron intentos claros por mantener la unión de los demócratas de Tarapacá, finalmente Araya mantuvo su posición. Esta situación llevó a que los demócratas tarapaqueños concurrieron a las elecciones de marzo de 1912 con dos candidatos. Ambos fueron derrotados³³.

Como se puede apreciar, los socialistas comprendieron a las elecciones como una coyuntura favorable para intentar cambiar la situación de los trabajadores y también como momentos propicios para presentar sus aspiraciones ideológicas y

para configurar el discurso que los diferenciaría de los demás grupos políticos. En estas coyunturas, los esfuerzos se dirigieron hacia la sistematización de los postulados socialistas para depurar el sistema, así como también resultaron útiles para desacreditar a sus adversarios políticos. Por ello, no es casual que haya sido una elección la que decantó la fundación del POS. Los socialistas que actuaban al interior del PD, al constatar que este partido se hallaba sumido en las prácticas políticas de la oligarquía y sin posibilidades de retorno a una línea más clasista, impulsaron la construcción de un instrumento político que canalizara los intereses propiamente «socialistas» y no someramente «democráticos». La justificación de la necesidad de llevar a cabo la separación fue la actuación de los sectores del PD más reacios al discurso socialista, reacción que hizo crisis en la elección de marzo de 1912. Con esto, se reforzó en los socialistas el carácter novedoso, salvífico y regenerador de su propuesta.

3. La disputa de la hegemonía política en terreno propio.

La formación del POS y la diferenciación con el PD (1912-1913)

A pesar de la derrota sufrida por Recabarren, a mediados de 1912 se abrió la posibilidad de encauzar los esfuerzos socialistas en un nuevo referente político netamente socialista. Con el rechazo de la candidatura de Recabarren, el PD había demostrado una actuación coherente con las prácticas del Régimen Parlamentario, las cuales formaban parte fundamental de las críticas de los socialistas. Frente a esta coyuntura, los socialistas dieron curso a la idea de fundar un nuevo órgano político que canalizara sus ideales, es decir, «la completa transformación de la sociedad capitalista en colectiva o común». Objetivo que sólo sería alcanzable mediante la actuación política autónoma de los trabajadores, impidiendo así que, como antes había sucedido, la maquinaria del PD desvaneciera sus esfuerzos:

en adelante no seremos así; no nos arrastrará a la lucha el caudillaje político ni el desbarajuste social. Y si resolvemos apartarnos de caudillos y capitanes y guiarnos por un perfecto y mutuo acuerdo, con sincera conciencia, triunfaremos

en nuestro ideal cumpliendo las palabras del maestro: La emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos

34.

En este contexto, en una carta fechada el 24 de mayo de 1912, la sección demócrata de la Oficina Cholita informaba que «vista la innoble conducta observada por el Directorio general del Partido Demócrata en Santiago, y el ningún esfuerzo hecho para defender nuestra representación parlamentaria, decidía romper con el PD», acordando al mismo tiempo «formar una sección del Partido Obrero Socialista». Como presidente de dicha sección firmaba José Zuzulich, y como vicepresidente, Tránsito Salas, dos militantes que se destacarían al interior del POS³⁵. Por esos días, lo suyo habían hecho en esta dirección Recabarren, mediante la publicación del artículo «Vamos al socialismo», y Eduardo Gandolfo con su artículo «Conciencia socialista»³⁶. En ambos escritos se daba cuenta explícitamente que en la militancia iquiqueña y en la del interior de la pampa, la discusión del nuevo partido se encontraba muy avanzada. La decisión definitiva fue tomada en la reunión del 4 de junio, donde se expuso el quiebre con el PD y la adopción del nombre de Partido Obrero Socialista³⁷.

Fundado el nuevo partido, y apoyados en la idea que la explotación económica era el bastión principal de la dominación oligárquica, los socialistas buscaron dar un sustento práctico a su lucha reivindicativa más allá de la organización gremial. Para combatir el régimen de explotación que sufrían los trabajadores, adoptaron la política como un medio para agilizar las reformas a las cuales aspiraban. Como hemos visto, su discurso se sustentaba en la convicción de que la práctica política de la época no tenía legitimidad, principalmente, por la exclusión de ella de representantes de los sectores populares, precisamente, la gran mayoría de la población del país. Para subsanar esta situación, la incorporación de los trabajadores en los instrumentos de poder fue comprendida por los socialistas como el remedio necesario para regenerar y rectificar a la democracia. Debido a que este argumento no era hegemónico en la totalidad de las organizaciones populares, los socialistas tuvieron que desarrollar discursivamente su idea regenerativa y, también, tuvieron que demostrar prácticamente que su idea de la política no terminaría cooptada como había sucedido con otros partidos políticos de representación popular, como el PD. Se

trataba de una empresa difícil, acosada críticamente desde distintos grupos, tantos sociales como políticos: la oligarquía, los demócratas y los anarquistas.

El primer acto de diferenciación que allanaría el camino socialista, fue la necesidad de sacudirse de su pasado demócrata para así instalarse con legitimidad en el espacio político. Para lograr este objetivo, las noticias que llegaban desde lo profundo de la pampa salitrera se transformaban en un importante aliciente: a menos de un mes de la escisión, once secciones demócratas se transformaban en socialistas. Sorprendidos por el rápido efecto que lograban entre los trabajadores salitreros, los socialistas expresaban su felicidad al verificar que «la ola regeneradora inicia su acción», presagiando que la «bandera obrera socialista enarbolada en Tarapacá extenderá su acción bien hechora de aquí hasta el extremo Sur de la República y no dudamos que todos los demócratas honrados de Chile evolucionarán sacudiendo el yugo vergonzoso de la dictadura del agente de los burgueses introducido entre nosotros, llamado Malaquías Concha»³⁸.

Extendida la noticia de la fundación del POS, los militantes demócratas de variados puntos del país fueron expresando la satisfacción de la noticia a través de cartas remitidas a Iquique. Uno de ellos, el sastre y futuro dirigente del POS en Valparaíso, Benjamín Rojas C., en una carta fechada el 22 de junio censuraba al Directorio General demócrata por alejarse de los intereses obreros, «lo que prueba a las claras la poca autoridad moral del partido demócrata en las masas trabajadoras». Continuaba aconsejando a los «trabajadores del salitre no poner mala cara ni combatir este nuevo cambio de rumbo de las ideas demócratas, deben fijarse que un representante que tuvieron, el pobrecito más resultó una momia que otra cosa»³⁹, lo que era una clara alusión al ex diputado Pedro Segundo Araya. «Basta ya con 24 años de lucha demócrata sin conseguir nada para la clase proletaria», sentenciaba desde La Serena el futuro dirigente del PCCh Tomás Conelli, para luego comprometerse a «secundar la obra, porque la misión de todo socialista es sembrar la semilla de transformación social en todo el Universo»⁴⁰.

En esta primera etapa, los militantes socialistas dedicaron gran parte de las columnas de El Despertar de los Trabajadores a desacreditar a su antigua tienda política. A mediados de julio, se calificaba a los demócratas como los «mayores enemigos y culpables que han tenido los trabajadores», atendiendo a la oposición de dicho partido a los intereses socialistas. Esta actitud habría redundado en una «política rastrera», «oponiéndose en todo momento y ocasión» a la defensa de la

clase obrera⁴¹.

Es posible que la escisión socialista provocara un llamado de atención entre las filas demócratas, estimulando un aumento de la agitación y actividad política. Ante las noticias de las actividades demócratas que llegaban desde diversos puntos, los socialistas espetaban: «Estos ridículos defensores del pueblo, quieren agitarse ahora que ven que los sanos elementos se distancian de ellos». Según el diagnóstico socialista, ello no causaría efecto, debido a que los demócratas «no tienen la honradez para expulsar de su seno a los traidores y vendedores políticos, como el célebre don Malaquías Concha, el traidor ex diputado Pedro Segundo Araya y otros más de que está lleno». Por ello, indicaban que era necesario convencerse de que el «Partido Demócrata no sirve a los verdaderas necesidades de los trabajadores»⁴². A comienzos de octubre llegaba a Iquique la noticia que el Directorio General preparaba una gira al norte de importantes dirigentes, precisamente, para contrarrestar la creciente organización socialista a expensas de la anterior militancia demócrata. En un tono mordaz, los socialistas iquiqueños informaban que dicha gira se financiaría con «las utilidades que les deja el garito de la Democracia, que es propiedad de don Malaquías con otros honorables burgueses de la democracia»⁴³.

Una opinión similar tenía el ex anarquista Abel Cruz Cañas, al comentar las acciones demócratas en Valparaíso. Cruz denunciaba que el Club de la Democracia de ese puerto –lugar de reunión de los dirigentes locales del PD– era una «taberna clandestina donde son bien atendidos los que van a despellejarse» y un «centro de corrupción, donde se juega día y noche». Esta situación no le causaba extrañeza, debido a que en dicho partido se concentraban «politicastos que se cobijan bajo el emblema democrático para sumir más al pueblo en la ignorancia y la miseria». Sustentaba su crítica en la acción de dicho partido entre los sectores populares: «Jamás han pensado esos que se dicen verdaderos demócratas, en organizar centros demócratas, en organizar centros de estudios, en formar asociaciones de resistencia, ni aun de socorros mutuos». Según su diagnóstico, los esfuerzos realizados desde la región salitrera para la formación del POS demostraban que era el momento de «pasar por sobre las ruinas del Partido democrático y enarbolando la bandera regeneradora, levantando con valentía el emblema del Partido Socialista». «Del campo socialista saldrán los verdaderos representantes del pueblo»⁴⁴, finalizaba concluyente.

Matizando el constante «ajuste de cuentas» que los socialistas realizaban con la dirigencia del PD, la activación demócrata y su preocupación sobre lo que

sucedía en el norte salitrero pueden leerse como una reacción ante los efectos de la movilización del POS en esa región. Según los cálculos que sacaban los socialistas en noviembre de 1912, la sola publicación de El Despertar de los Trabajadores constituía un triunfo frente a la inactividad demócrata en la zona. Además, a esa fecha contaban con diecisiete secciones en Tarapacá y la reciente formación de la sección socialista de Antofagasta (hacia donde Recabarren se dirigiría unos meses más tarde), en la mayoría de las cuales funcionaban escuelas nocturnas⁴⁵. Sumaba también a la acción socialista la reciente formación, en agosto de ese año, de la Sociedad de Defensa del Trabajo y Oficios Varios, la cual se proponía proteger los intereses de los trabajadores salitreros en cuanto a mejoramiento salarial y carestía de los alimentos⁴⁶. Sin perjuicio de aquello, el programa y reglamento de esta sociedad, aprobados en octubre, ampliaba la convocatoria al «proletariado de todos los oficios sin distinción de sexo, nacionalidad ni ideas, ya sean políticas o religiosas», además incluía a los «empleados de todos los ramos de la industria y comercio»⁴⁷. Con el correr de los meses, se unirían a esta sociedad los gremios de fundidores, artes mecánicas y lancheros⁴⁸.

A pesar de los constantes ataques al PD, los avances de la organización obrera seguían ocupando un lugar preferencial entre las preocupaciones de los socialistas. Por ello, la formación de la Sociedad de Resistencia de Carpinteros y Ramos Similares en Santiago era recibida con regocijo por los socialistas tarapaqueños, principalmente, porque veían en sus estatutos una semejanza de intereses. Esta organización se proponía luchar por el establecimiento de la jornada de ocho horas, por el mejoramiento de las condiciones laborales, la prohibición del trabajo infantil y la protección de sus asociados. Sumado a estos principios, esta sociedad de resistencia declaraba aceptar la lucha de clases, algo que seguramente leyeron los socialistas como coherente a sus intenciones, pero más abajo se leía «que como medio para poder realizar sus propósitos y aspiraciones, recurrirá al método de lucha de la acción directa»⁴⁹. Es posible que el sólo hecho de verificar el crecimiento de la organización obrera en el país haya llevado a los socialistas a esta concesión doctrinaria, ya que es claro que entre sus medios de lucha no contemplaban la acción directa. O quizás, la participación de algunos socialistas en esta sociedad les haya llevado a abrigar las esperanzas de que su acción mantuviera la noción de «lucha de clases», pero decantándola hacia los medios políticos.

A la luz de esta concesión táctica, resulta interesante constatar que en octubre de 1912 el Directorio iquiqueño del POS decidiera restarse de participar en las

elecciones municipales del año siguiente, llamando a sus militantes a no inscribirse en los registros electorales⁵⁰. Una decisión de este tipo se debía más bien a las deficiencias organizativas que tenía el nuevo partido para enfrentar una elección, que al abandono de la visión regenerativa de la política que los socialistas habían pregonado y que seguiría estando en el centro de su discurso político.

Promediando 1913, Recabarren recomendaba a sus pares santiaguinos profundizar la estrategia de diferenciación con los demócratas, proceso que en el norte salitrero se encontraba bien encaminado y que en la capital, debido al apoyo socialista a manifestaciones demócratas, no lograba concretarse:

Conviene no cesar un momento en la campaña socialista para que se dé a comprender la diferencia entre la obra devastadora de los demócratas y la regeneración y educación socialista, aun cuando a los socialistas de Santiago todavía les falta más para que se impongan de todos sus deberes. Me he impuesto que han tomado parte en la manifestación que debían de haberse abstenido por cuanto esa no es la verdadera realización del programa y reglamento, y aspiraciones del socialismo

⁵¹.

A pesar de este tipo de desaciertos, la activación socialista iba tomando cuerpo, sustentada en una agresiva práctica política, en la constitución de cooperativas de consumo y en la formación de organizaciones gremiales e ideológicas. Estas acciones permitieron un «ciclo de ascenso» del POS⁵² que culminó en septiembre de 1913 con la primera convocatoria autónoma del partido a una serie de manifestaciones en distintos puntos de la pampa, con la finalidad de «despertar la conciencia pública e interesarla a la defensa de sus derechos y de sus intereses»⁵³.

Este activo ciclo propagandístico permitía una favorable evaluación de la actividad socialista del mes de octubre de 1913, que contaba diez conferencias por distintas zonas de la pampa, un picnic familiar, la organización de tres sociedades obreras y la participación del partido en la huelga de los obreros

gráficos de la imprenta La Académica (además de la organización de un beneficio para sostener dicho movimiento). También, el partido había convocado a dos mítines para protestar por la carestía de la vida. El primero se efectuó el 5 de octubre, donde cincuenta y siete oradores y casi cuatro mil personas participaron en distintas oficinas salitreras. El segundo se realizó el 12 del mismo mes en el puerto de Iquique y participaron mil quinientas personas – según las estimaciones de los socialistas –, apoyados por las organizaciones de los trabajadores zapateros, gráficos, empleados, carpinteros y mecánicos, además de las sociedades femeninas. Todo este recuento no integraba las asambleas y reuniones de los comités, propias del trabajo interno del POS⁵⁴. A todas estas actividades se sumaban la puesta en marcha de la Cooperativa Obrera del Pan en Iquique, la formación del Centro Femenino Anticlerical «Belén de Sárraga»⁵⁵ y de la Cámara del Trabajo⁵⁶. Además, con el fortalecimiento de las secciones socialistas en la pampa y la formación de otras a lo largo del país, el partido iba ampliando su base de apoyo entre los trabajadores y minando la representación e influencia de otros grupos políticos en la zona salitrera.

La escasa presencia anarquista en Tarapacá no alcanzó a concitar la atención de los socialistas, por lo que en esta primera etapa los depositarios predilectos de sus dardos fueron los demócratas, a diferencia de lo que sucedió con la acción socialista en Valparaíso. En este puerto, debido a la alta influencia que habían alcanzado los anarquistas en las organizaciones obreras, la diferenciación socialista estuvo marcada fuertemente por los ataques hacia los libertarios. Como ya había ocurrido con los demócratas, cuotas de descalificación se mezclarían con las propuestas socialistas, dando curso así a un nuevo capítulo en la estrategia de diferenciación.

4. Los medios políticos y la diferenciación con los anarquistas

Como en muchas ocasiones lo había hecho y a pocos meses de fundado el POS, Recabarren salió a proclamar la opción de los socialistas por los medios políticos. En el folleto *El Socialismo: ¿Qué es y cómo se realizará?*⁵⁷, el dirigente socialista reconocía el horizonte de posibilidad de la acción política, debido a que su máxima manifestación legal, las constituciones de los Estados, «se han modificado, se modifican (también se violan) y continuarán modificándose por

la intervención de los socialistas en los congresos». Por ello defendía la «acción revolucionaria legal» que los socialistas esperaban desplegar en el parlamento y en las municipalidades, contrastándola negativamente con la «acción revolucionaria violenta», propia del «pasado» y la desorganización, puesto que «a medida que se organizan los socialistas, en sus actos va disminuyendo la violencia sangrienta».

De esta forma, Recabarren reconocía la cualidad transformadora de la acción política, apoyado en la constatación histórica de que el marco legal que regía los Estados era modificable. Por otra parte, vislumbraba la acción política al interior del sistema («acción revolucionaria legal») como una posibilidad de acceder a mejores condiciones socioeconómicas para los trabajadores. Y por último, desdeñaba la violencia política, señalando que iría desapareciendo en la medida que la acción socialista fuera asentándose, en una clara alusión a la disputa que enfrentaba a socialistas y anarquistas.

Imbuido de una visión evolucionista, muy común entre los militantes del POS de esa época, Recabarren planteaba que el progreso de las instituciones y las prácticas de su tiempo exigían métodos revolucionarios pacíficos: «La acción desde hoy hacia el futuro se presentará, cada momento, más fácil y su marcha será más en más rápida, porque los medios de que dispone el socialismo de hoy hacia el futuro, son como todas las cosas más perfectos». Entre los recursos existentes para lograr la «perfección» del sistema se encontraban el «libro, la tribuna, el periódico, el folleto, la conferencia, el teatro, la organización, su representación en congresos y municipios, todos esos medios cada día más poderosos acercan la era de la vida socialista». Con esta descripción, Recabarren nos da una muestra de los componentes de la cultura política socialista, agregando además, que el socialismo se iba a imponer por el convencimiento más que por la imposición violenta: «porque todos esos medios, irán convenciendo a los burgueses que se vivirá mucho mejor dentro del régimen socialista que con la actual organización de la sociedad».

En este punto surge una interrogante: ¿si el socialismo sería la «obra máxima» de la organización y lucha de los trabajadores, por qué era necesario plantear que se realizaría tras un acto de convencimiento a sus más claros enemigos, los burgueses? ¿Los socialistas debían rendir examen no sólo frente a sus compañeros de clase, sino también ante los detentadores del sistema político al cual querían ingresar para regenerarlo? Como planteábamos más arriba, los socialistas buscaban insertarse no sólo entre las organizaciones de los

trabajadores y sectores populares, también buscaban posicionarse en el sistema institucional y para alcanzar este objetivo debían dar muestras de suficiencia en este campo. Debían dar señales de respeto por la institucionalidad que generaran confianza en las altas esferas políticas, o por lo menos, que posibilitara el mantenimiento y prolongación de su actividad política. Es por esto que no sólo los obreros debían internalizar el mensaje de que el socialismo era «la» opción para mejorar sus condiciones de vida, sino que también la sociedad en general debía comprender que «la doctrina socialista aduce y aporta todas las pruebas necesarias para demostrar que todo puede corregirse y perfeccionarse hasta hacer desaparecer todas las causas humanas de la desgracia». Y para demostrar que en Chile existían las condiciones para la «acción revolucionaria legal» que proyectaban los socialistas, señalaba que en «países despóticos como Rusia, los socialistas se han visto forzados a una obra violenta para poder conquistar libertades democráticas», de lo que se deduce que en la realidad chilena el contexto era propicio para la acción política («pacífica»). El discurso de la regeneración del sistema político que promovían los socialistas, marcaba un distanciamiento de las prácticas de los sectores populares del período anterior (1903-1907)⁵⁸, caracterizado tanto por la inexistencia de una orgánica proyectada en el tiempo como por la violenta respuesta estatal. Igualmente, se diferenciaba de la acción de los anarquistas, contrarios a la acción política institucional.

La matriz regeneradora de los socialistas era la mayor justificación de su inclusión en el sistema institucional. Por ello el «Programa y Reglamento del POS», elaborado a fines de 1912, se fundó sobre la idea de realizar una «obra de saneamiento político». Con ese fin, los socialistas declaraban que «realizaremos lucha política, para arrebatarse a la burguesía el poder político dominante» y así llevar a cabo el «perfeccionamiento de nuestro sistema político y administrativo»⁵⁹. «Nuestro», significaba la apropiación de un sistema político claramente excluyente, lo que implicaba, entonces, intentar reformarlo, no reemplazarlo directamente por otro. Es decir, integrarse políticamente para modificarlo en beneficio de los sectores populares.

La constante referencia a conceptos generales insertos en el discurso socialista (Estado, sociedad, burguesía y, por supuesto, trabajadores), nos muestra una necesidad inclusiva y aglutinadora de lo social. Para ello, este discurso integraba simbólicamente a la totalidad de la sociedad en sus propósitos regenerativos, como una manera de dejar claro que el socialismo pretendía mejorar la condición de la sociedad en su conjunto y no constituía un acto de «egoísmo» realizado por los trabajadores en contra del conjunto social. Esto queda más claro aún cuando

el foco de esta acción regeneradora se centraba en el Estado, lo que señala que los socialistas veían a Chile como una sociedad donde existían las condiciones para el desenvolvimiento político-institucional de los trabajadores. Es decir, los socialistas comprendían que el Estado tenía la capacidad para desarrollar acciones que tuviesen efecto social y, por ello, su discurso y práctica política siempre tuvieron como objetivo a los órganos estatales de decisión, como el parlamento y las municipalidades.

Es lo que expresaba un artículo de mediados de 1913 («Los trabajadores y la organización integral»), en donde se vinculaban la organización gremial, cooperativa y política como elementos esenciales de la estrategia socialista. La organización política de clase (POS) vendría a ser la proyección en el escenario institucional de las dos primeras, «para que la emancipación o redención a que aspira el proletariado se alcance desde todos los puntos de vista en que se ampara la clase capitalista». Aún más, la política era una esfera ineludible para luchar por el poder y por el asentamiento de los beneficios para los trabajadores:

La organización política del proletariado en partido de clase significa aspirar a la conquista de los poderes públicos desde los cuales la burguesía realiza la opresión económica y social del pueblo, y es desde allí donde el proletariado debe denunciar al poder burgués para ampliar sus libertades sociales y económicas que le permitan alcanzar y hacer efectivas las conquistas que obtenga por medio de la acción cooperativa y gremial.

Comprendían, por lo tanto, que la política era una dimensión más compleja que la simple participación electoral y, para asegurar las conquistas obreras, era fundamental incidir en el Estado y sus instituciones de elección «popular»: «Es deber elevar y dignificar la función electoral del pueblo y es por eso que aparece como una necesidad la acción mancomunada del Partido Socialista con los gremios, con las cooperativas y con las organizaciones de educación». Si bien advertían que la organización económica (cooperativas y sindicatos) significaba de por sí un avance en la emancipación del proletariado, no era suficiente sin contemplar la lucha política, «porque no será posible que un obrero se organice gremial y cooperativamente para romper las cadenas de la opresión económica y con su voto refuerce el poder de los autores de la tiranía económica».

En extremo cautos, se cuidaban de que el POS fuera entendido como una organización escindida, autonomizada del conjunto del movimiento obrero, más bien la comprendían como una iniciativa que buscaba solidificar los logros de la lucha «económica» mediante la disputa de la hegemonía política de la oligarquía: «Entonces, se impone que la organización realice la propaganda que prestigie la acción del Partido Socialista como organización obrera de lucha exclusivamente económica y social, que recurre al arma política sólo para reforzar los esfuerzos y la actividad del gremio y de la cooperativa». Como fuera, la confianza en la acción política no era equivalente a una comprensión ingenua, dado que para lograr beneficios para los sectores populares la política debía ser ejecutada por los elementos que efectivamente perseguían la modificación equitativa de la sociedad, es decir, los socialistas: «Muy poca confianza abrigamos de que ningún bienestar venga [de la acción legislativa] si no es por nuestra obra»

60.

A diferencia de los anarquistas, los socialistas persiguieron y planificaron su relación con el Estado, que tomó forma de participación política en el sistema institucional. Por otra parte, la «intensa» –aunque no necesariamente «efectiva»– relación que desarrollaron los socialistas con el aparato estatal, estaba también determinada por el carácter urbano y estratégico de los trabajadores de los cuales provenían y representaban, y por lo tanto, por su inserción en la estructura socioeconómica. Característica que no compartían con los trabajadores rurales, los cuales se relacionaron de forma «pasiva» –y la mayoría de las veces «nula»– con el Estado, condicionados, principalmente, por la coacción terrateniente y la inacción de los organismos estatales para integrarlos como ciudadanos de plenos derechos⁶¹.

La sistematización y argumentación a favor de los medios políticos que realizaron los socialistas tuvieron como consecuencia directa la disputa con los grupos anarquistas que se desplegaban por gran parte del territorio. Esta conflictividad se fundaba en la disputa por la hegemonía en la representatividad de los trabajadores (que, como vimos, también incluía una mirada crítica hacia la labor de los demócratas). El conflicto con los anarquistas llevó a que los socialistas buscaran argumentos para defender su opción por la política, situación que variaba cuando se enfrentaban con los demócratas, debido a que estos tenían una visión favorable de la participación en el sistema político institucional. Por ende, la argumentación socialista transitó desde una defensa de

la lucha política institucional (anarquistas) hasta los ataques éticos y defensa de una «verdadera» democracia (PD)⁶².

El conflicto socialista/anarquista no se inició con la fundación del POS. Ya en 1904, Recabarren hacía frente a las críticas de una supuesta indefinición política efectuadas por Alejandro Escobar y Carvallo, a la sazón anarquista. En dicha ocasión, Recabarren se definió como un «socialista revolucionario» que intentaba por los medios parlamentarios llegar a la revolución⁶³. La tendencia inaugurada a principio de siglo encontraría su continuidad en los militantes del nuevo partido. Incluso antes de formado el POS, los demócratas-socialistas de Iquique avivaron las brasas de la disputa contra los anarquistas. Desde la tribuna de El Despertar de los Trabajadores, un militante demócrata-socialista separaba aguas ante la eventual confusión de las prácticas políticas de ambos grupos: «Ellos son antipolíticos por convención y nunca se ocupan de la política, mientras nosotros hacemos política», comenzaba aclarando. A continuación explicaba que los demócratas-socialistas perseguían la transformación social mediante la «evolución», mientras los anarquistas creían conveniente «emplear medios violentos y hacer uso de ellos utilizando la pólvora o la dinamita». El articulista creía necesaria la aclaración, porque en las altas esferas políticas «no saben distinguir entre anarquistas y socialistas, entre políticos y antipolíticos, entre obreros de sociedades de resistencia y destructores de todo lo existente»⁶⁴.

«¿Se llaman anarquistas aquellos que haciendo uso de sus derechos ciudadanos de una República libre se atreven a protestar de las matanzas verificables por ese ejército contra sus mismos hermanos?», se preguntaba José Zuzulich en una carta fechada el 15 de mayo de 1912 (una semana antes de enviar la carta en la que informaba sobre la creación del POS en la oficina Cholita) ante el repetido artilugio de las autoridades para presentar a socialistas y anarquistas como un conjunto político unitario y como enemigos de la «unidad» social. Al mismo tiempo, anunciaba a sus compañeros la llegada de «una nueva era de regeneración para la hasta hoy día miserable raza proletaria», animándolos a «tomar parte con ellos en la política para arrebatar a esos indignos gobernantes las riendas del gobierno». Finalizaba sentenciando: «¡El pueblo sabrá gobernar con justicia y equidad! ¡Paso al Socialismo!»⁶⁵.

En este sentido, es significativa la editorial de la primera edición (15 de noviembre de 1913) del periódico de la sección socialista de Valparaíso La Defensa Obrera, en donde se expresa la extensión de la cultura política que impulsaban los militantes del POS. Su redactor era nada menos que Víctor

Manuel Roa Medina, obrero tipógrafo, ex militante demócrata-socialista y principal dirigente de los socialistas porteños. Comenzaba el artículo aclarando que la base de la acción socialista era la lucha económica, en la cual buscarían «unir a todos los elementos productores [...] para detener el carro de la explotación capitalista que se sostiene en el peso de las metrallass y las bayonetas». Esclarecido este punto, agregaba una importante definición: «en política somos socialistas revolucionarios y parlamentarios». Lo explicaba así:

Revolucionarios, porque anhelamos revolucionar la conciencia popular y formar la personalidad en la concepción de sus derechos y deberes.

Parlamentarios, porque a medida de las fuerzas socialistas en el parlamento se desterrarán las leyes impositivas que hoy protegen al agiotista usurero y gravan a la piedra angular de la sociedad que es el pueblo productor

^{66.}

En este artículo se sintetizan las bases de lo que significaba hacia 1913 ser socialista en Chile, por lo menos, desde lo que proponía el POS. En primer lugar, la base desde donde se fundaba la acción socialista era la necesidad de cambiar el régimen de explotación capitalista, para lo cual se precisaba ser «revolucionario» y «parlamentario». Luego, que la concepción de revolución socialista se diferencia aquí de la idea del asalto al poder, algo que ya se vislumbraba en el fondo del discurso construido por los militantes que fraccionaron el PD en mayo de 1912. La «revolución» socialista transitaba más bien por el camino de una pedagogía cultural, asociada al crecimiento intelectual de los sectores populares (en estrecha vinculación con lo que se entiende por «cultura obrera ilustrada»), y también política, con la intención de impulsar la conciencia de los trabajadores hacia la construcción de organizaciones que incidieran en el escenario político nacional. Más allá de los fines estrictamente educacionales, la insistencia socialista en el desarrollo intelectual de los trabajadores estaba vinculada con la política, debido a que uno de los requisitos para ejercer el derecho a voto era saber leer y escribir⁶⁷. De ahí que se puedan

relacionar también los esfuerzos puestos en la instrucción obrera (escuelas nocturnas, bibliotecas, conferencias, etc.) con los fines políticos de una organización como el POS, aunque los medios de prensa del partido nunca explicitaban este carácter instrumental de la educación de los trabajadores.

Por último, se definían como «parlamentarios» porque era, principal aunque no exclusivamente, en el parlamento –bastión oligárquico y sistémico por excelencia– donde advertían la potencialidad del cambio social, a través de la reformulación de las leyes que regulaban las relaciones laborales, que mejoraran las condiciones habitacionales y que redujeran la carestía de la vida, principales reivindicaciones de los sectores populares del primer cuarto del siglo xx. Mediante la radicalización de estas medidas, se instauraría un régimen colectivista o socialista.

Es inconfundible en el artículo de Roa, así como en la sistematización del discurso político socialista, la herencia del pasado demócrata de muchos de sus militantes. La estrechez de las definiciones está condicionada por la idea-fuerza de la lucha política en un sistema que ofrecía escasos espacios para cuestionar la dominación de la oligarquía. Sin embargo, la utopía es de una escala mayor: detener la explotación capitalista para construir una sociedad socialista. Por ello, no es para nada casual que el artículo inaugural del periódico socialista La Defensa Obrera haya tenido como eje la definición «revolucionaria» y «parlamentaria» que proponía el POS. Como tampoco lo es que esta definición haya sido expuesta por Víctor M. Roa, principal promotor de la concepción «socialista revolucionaria y parlamentaria» en Valparaíso, pues será precisamente este militante quien mostrará mayor dinamismo en los primeros años del socialismo porteño. Una actividad basada en un sinnúmero de conferencias, artículos, reportajes y apoyo a movimientos huelguísticos, en consonancia con la cultura política que construían los socialistas y que buscaba diferenciarse del horizonte político de los principales agentes de politización popular hasta ese minuto en el puerto del centro del país: los anarquistas.

[1 Grez, El Partido Democrático de Chile, op. cit.](#)

[2 Sergio Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de «la Idea» en Chile, 1893-1915 \(Santiago, Lom ediciones, 2007\).](#)

3 Julio Pinto y Verónica Valdivia sitúan a los socialistas y anarquistas dentro de la «vía rupturista», es decir, de aquella que promovía la politización de los sectores populares mediante un discurso de reafirmación clasista y una práctica tendiente a la destrucción del sistema capitalista. Sin estar en desacuerdo con este planteamiento, lo que proponemos permite complejizar las «vías» de estos autores, ahondando en las características que convertían en adversarios a socialistas y anarquistas, y tomando en cuenta también la crítica de los primeros hacia los demócratas. Pinto y Valdivia, op. cit., pp. 10-11.

4 Marcelo Cavarozzi, «El orden oligárquico en Chile, 1880-1940», Desarrollo Económico, vol. 18, n°70, Instituto de Desarrollo Económico y Social (Buenos Aires, julio-septiembre de 1978), pp. 231-263.

5 Un proceso similar ocurrió en el último cuarto del siglo

xix

en Europa. El fenómeno del «bonapartismo», primeramente identificado y analizado por Marx para el caso de Francia (en El dieciocho de brumario de Luis Bonaparte), fue luego retomado por Engels para dar cuenta de la capacidad adaptativa de la burguesía, la cual –como sucedía en Gran Bretaña y Alemania– podía desarrollarse óptimamente en un sistema político en el que estuviera a la cabeza la oligarquía. Eric Hobsbawm, Cómo cambiar el mundo (Buenos Aires, Crítica, 2013), pp., 79-83.

6 Enrique Fernández, Estado y Sociedad en Chile, 1891-1931 (Santiago, Lom ediciones, 2003).

7 Haciendo referencia al concepto de «relación» con el Estado, Enrique Fernández explica: «[...] se entiende por relación la forma en que los habitantes concibieron y actuaron en función de sus propios intereses respecto al Estado. Es decir, la concepción que diversos sectores sociales fueron desarrollando de lo que este debía ser o las características que debía adoptar, y que fue orientando determinadas decisiones y acciones.» Ibíd., pp. 23-24.

8 Jaime Massardo, Luis Emilio Recabarren (Santiago, Editorial USACH, 2009), pp. 34-39. Cursivas en el original.

9 Carlos Nelson Coutinho, Marxismo y política (Santiago, Lom ediciones, 2011), pp. 13-52.

10 Alejandro Escobar Carvallo, «La organización política de la clase obrera a comienzos de siglo», Occidente, 122, año XV, 1960, p. 14.

11 Para conocer la labor de agitación demócrata-socialista que realizó Recabarren en Iquique antes de la formación del POS, ver Pinto y Valdivia, op. cit., pp. 23-38 y Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 97-108. Si bien es claro que las acciones desplegadas por la Agrupación Demócrata de Iquique llevaron a la formación del POS, es necesario mencionar la movilización que años antes realizara la Mancomunal de Obreros de dicha ciudad. Estas acciones habían conducido en 1903 a la creación de un órgano político de orientación clasista, declarado ideológicamente como socialista: el Partido Obrero Mancomunal. La proyección de este partido fue breve y con resultados electorales negativos, desapareciendo hacia marzo de 1909. Sobre el tema, véanse los trabajos de Pablo Artaza, «El impacto de la matanza de Santa María de Iquique. Conciencia de clase, política popular y movimiento social en Tarapacá», Cuadernos de Historia, 18, 1998, pp. 169-227; Movimiento social y politización popular en Tarapacá. 1900-1912 (ediciones Escaparate, Concepción, 2006); y «De lo social a lo político en el movimiento social salitrero: el caso de la Mancomunal de Obreros de Iquique, 1900-1909», Atenea, 509, Iº semestre del 2014, pp. 139-158.

12 El Despertar de los Trabajadores fue creado por Recabarren en enero de 1912 y rápidamente se constituyó en el órgano de difusión de los demócratas-socialistas de Iquique. Luego de la fundación del POS, este periódico fue la base de las informaciones sobre la acción socialista y le correspondió la divulgación de los postulados del partido.

13 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 16 de enero, 1912.

14 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 15 de febrero, 1912.

15 Elías Lafertte, Vida de un comunista (Páginas autobiográficas) (Santiago, Empresa Editora Austral, 1971), p. 79.

16 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 16 de enero, 1912.

17 Luis Barros y Ximena Vergara, El modo de ser aristocrático (Santiago, Ariadna ediciones, 2007), pp. 61-96.

18 La plena identificación de la oligarquía con el cohecho es expresada de esta

manera por Julio Heise: «La compra del voto llegó a transformarse en verdadero resorte del mecanismo electoral que permitió a la alta burguesía controlar casi todo el contingente electoral de los centros urbanos». Julio Heise, El período parlamentario, 1861-1925. Tomo II (Santiago, Universitaria, 1982), p. 229. Para otros autores, la compra de votos en el Régimen Parlamentario debe ser entendido como una «gratificación» de los partidos políticos para sus votantes. Es el caso del análisis que realiza el politólogo J. Samuel Valenzuela, para quien la compra de votos en el período fue un ejemplo de los «esfuerzos» de los partidos políticos oligárquicos para aumentar su representatividad en un «mercado electoral» amplio. Además, según el mismo autor, es «atendible» pensar que los «electores racionales y de modestos recursos [...] exigieran una «gratificación» en la sede de la candidatura al enterarse que esta era ofrecida». De acuerdo a este análisis, el cohecho se instituyó como práctica común del sistema político chileno, producto de la «competitividad» que existía en este. De esta forma, Valenzuela realiza una valoración positiva del cohecho, al comprenderlo como un agente movilizador de votantes, lo que le permite criticar a la historiografía por su afán de «exagerar» las implicancias de la compra-venta de votos en la configuración política del país. J. Samuel Valenzuela, «Orígenes y transformaciones del sistema político en Chile», Estudios Públicos, 58, otoño 1995, pp. 5-80. El extracto citado, en la página 24. La idea de que el cohecho fue un elemento dinamizador del ambiente político de principios del siglo

xx

es también planteada por María Rosario Stabili en «Mirando las cosas al revés: Algunas reflexiones a propósito del período parlamentario», en Luis Ortega (ed.), La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy (Santiago, USACH, 1991), pp. 157-169.

19 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 6 de febrero, 1912.

20 Ídem. Ya desde fines del siglo

xix

, los sectores dominantes acostumbraban a utilizar a los sectores populares como recurso discursivo en los tiempos de elecciones, para luego alejarse de sus promesas políticas. Al respecto, ver Pinto, «Discurso de clase en el ciclo salitrero: la construcción de la ideología del sujeto obrero en Chile, 1890-1912», op. cit.,

especialmente pp. 17-34.

21 La creación y sostenimiento en el mundo obrero de valores como la lealtad entre pares, la higiene, la honestidad y la dedicación en las labores productivas, están estrechamente relacionados con los procesos de construcción de género al interior de la clase obrera. Para conocer la construcción de masculinidades y su importancia dentro de la identidad obrera, en un gremio específico como los metalúrgicos, véase Rodrigo Jofré, ««Porque hay que exigir y no mendigar: seamos hombres». Representaciones de género en los trabajadores ferroviarios y metalúrgicos de Santiago y Valparaíso, 1917-1925», en Mario Matus (ed.), Hombres del Metal. Trabajadores ferroviarios y metalúrgicos chilenos en el Ciclo Salitrero, 1880-1930, (Santiago, ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades-Universidad de Chile, 2009), pp. 207-236. La difusión de estos valores se dio también en otras latitudes de Latinoamérica, como Argentina y Uruguay. Para estos casos, véase Lobato, op. cit.

22 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 10 de febrero, 1912.

23 Respecto al robo de material en las faenas mineras por parte de los trabajadores como una práctica de resistencia a la dominación capitalista, denominada «cangalla», véase Daniel Palma, «Historias de cangalleros. La sociedad minera y el robo en Atacama, 1830-1870», en Colectivo de Oficios Varios, Arriba quemando el sol. Estudios de Historia Social Chilena: Experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830-1940) (Santiago, Lom ediciones, 2004), pp. 17-56.

24 Gabriel Salazar, Labradores, peones y proletarios (Santiago, Lom ediciones, 2000).

25 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 6 de febrero, 1912.

26 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 18 de enero, 1912.

27 Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 45-55.

28 Osvaldo López, Diccionario biográfico obrero (Santiago, Imprenta y Encuadernación Bellavista, 1912), pp. A26-A27.

29 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 15 de febrero, 1912.

30 Ídem.

31 Ídem. Cursivas en el original.

32 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 30 de enero, 1912. Negritas en el original.

33 Recabarren obtuvo 839 votos, mientras que Pedro Segundo Araya sólo 105. Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., p. 115.

34 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 20 de abril, 1912. Cursivas en el original.

35 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 28 de mayo, 1912. Toda la bibliografía revisada, cuando se refiere a la formación del POS, se remite a establecer a Recabarren como el fundador insigne de dicho partido y, en algunos casos, el espectro se abre para adicionarle a este la presencia de un «grupo de obreros». Hasta la aparición de Historia del comunismo chileno de Sergio Grez, la actuación que le cabe a la Oficina Cholita y en particular a José Zuzulich en la fundación del POS, sólo había sido relevada por Julio Pinto («Socialismo y salitre», op. cit., p. 316, cita 1). El libro de Grez resalta el papel de este dirigente y pone en orden las fechas fundacionales del partido; Historia del comunismo chileno, op. cit., pp. 27-36. Ver también Pinto, Luis Emilio Recabarren..., op. cit., pp. 120-125.

36 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 21 y 28 de mayo, 1912, respectivamente.

37 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 6 de junio, 1912.

38 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 15 de junio, 1912.

39 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 9 de julio, 1912.

40 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 27 de julio, 1912. En el Norte Chico, el trabajo político de los demócratas-socialistas se venía arrastrando, por lo menos, desde mediados de la década anterior. En Ovalle, se editó desde junio a agosto de 1907 el periódico El Libertario, donde se publicaron artículos de Luis Emilio Recabarren y Paul Lafargue. En La Serena, entre agosto de 1907 y abril de 1908, circuló el periódico demócrata El Obrero, que en sus páginas dio

[una importante cobertura a las acciones de los militantes que intentaban orientar al PD hacia posiciones más radicales.](#)

[41 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 16 de julio, 1912.](#)

[42 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 30 de julio, 1912.](#)

[43 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 3 de octubre, 1912. En el contexto de esta vinculación de los demócratas con el alcohol, es digno de mención un pasaje de las memorias del escritor chileno José Santos González Vera, de reconocida filiación anarquista. Al recordar sus travesías por el barrio Independencia en la década de 1910, relata: «Solían efectuarse reuniones matinales los domingos. Se hablaba de los derechos y deberes del ciudadano y un poco en favor del pobre. Tal vez allí se me grabaron las palabras democracia, expoliación, paria, etcétera. Durante años me limité a saber la palabra democracia. No era de mi agrado y nunca la usé. Debió influir en mi prevención la circunstancia de tenerla asociada a bebedor y tabernero: en el barrio menudeaban las cantinas y sus dueños eran demócratas. Muchos de los bebedores también lo eran.»; José S. González, Cuando era muchacho \(Santiago, Editorial Universitaria, 1996\), p. 84.](#)

[44 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 5 de octubre de 1912. La asociación de las actividades demócratas con el juego y la bebida fue un tópico permanente en la prensa socialista, señalándolas como una de las bases de la movilización electoral del PD. Sobre este tema, Grez, El Partido Democrático de Chile, op. cit., pp. 226-234.](#)

[45 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 16 de noviembre, 1912.](#)

[46 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 8 de octubre, 1912.](#)

[47 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 1 de octubre, 1912.](#)

[48 Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., p. 122](#)

[49 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 25 de julio, 1912.](#)

[50 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 5 de octubre, 1912.](#)

[51 AHN, Fondos Varios, vol. 1157, Epistolario Recabarren \(en adelante AHN-](#)

ER), carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Antofagasta, 16 de junio, 1913.

52 Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 125-130.

53 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 30 de octubre, 1913. Informaciones sobre estas manifestaciones, en las ediciones del 2, 6 y 9 de septiembre, 1913.

54 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 6 de noviembre, 1913.

55 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 19 de abril, 1913.

56 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 22 de abril, 1913.

57 Publicado por entregas parciales en El Despertar de los Trabajadores de Iquique, entre el 8 octubre y 21 de noviembre de 1912. Las citas que siguen corresponden al documento del mismo nombre disponible en Internet: <<http://www.archivochile.com/Homenajes/Recabarren/MShomenajreca0005.pdf>> (revisado en junio de 2017).

58 Garcés, op. cit.

59 Las citas que siguen corresponden al archivo del mismo nombre disponible en Internet: <<http://www.archivochile.com/Homenajes/Recabarren/MShomenajreca0007.pdf>> (revisado en junio de 2017).

60 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 8 de mayo, 1913.

61 Característica que, según Juan Carlos Gómez, se habría prolongado hasta fines de la década del sesenta, cuando el sistema político integró a los trabajadores rurales mediante la Ley de Sindicalización Campesina (1967), transformando con este hecho al sistema político chileno en un «régimen democrático pleno». Juan Carlos Gómez, La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile, 1925-1973 (Santiago, Lom ediciones, 2004).

62 En el contexto eleccionario de marzo de 1913 en Santiago, los socialistas iquiqueños planteaban: «El elemento sano de la democracia, si tiene amor por el programa del pueblo, no tiene otro camino que marchar hacia el socialismo. [...]

Los buenos demócratas, si los hay, tienen el camino señalado.»; El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 19 de abril, 1913. El destacado es nuestro.

63 Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit., pp. 169-174; Massardo, La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 104-105; y Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., p. 33.

64 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 23 de enero, 1912.

65 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 1 de junio, 1912.

66 La Defensa Obrera, Valparaíso, 15 de noviembre, 1913.

67 En 1888 se eliminaron en Chile los requisitos patrimoniales del derecho a sufragio, estableciéndose como únicas condiciones ser varón, mayor de 21 años, saber leer y escribir y estar inscrito en los registros electorales del departamento correspondiente al domicilio.

Capítulo II

La acción socialista en Valparaíso y la articulación de la diferenciación «política» con los anarquistas, 1913-1915

De acuerdo a lo comunicado por el sastre Benjamín Rojas a sus compañeros de Iquique, la sección porteña del POS se organizó el 11 de marzo de 1913. En esa carta, Rojas –quien desde la aparición de *El Despertar de los Trabajadores* había oficiado de espontáneo corresponsal– daba cuenta de las dificultades que tuvo la iniciativa en un comienzo, debido a algunos «espíritus que se mostraron tímidos en los primeros momentos al asegurar que era inoportuna la fundación del socialismo en Valparaíso». A pesar de aquello, la sección socialista había surgido «robusteciéndose con el ingreso de escogidos y valiosos elementos de la clase obrera», con la esperanza de «tornarse formidable en muy poco tiempo». «Para desarrollar el socialismo no se necesita época, sino convicción y voluntad»¹, culminaba Rojas, dejando una velada crítica a quienes se habían mostrado reticentes a la fundación del POS en aquella ciudad. Tal vez como una forma de vencer las trabas que indicaba Rojas, los socialistas de Santiago habían decidido dos semanas antes enviar un comité para apoyar la fundación de la sección porteña².

Si bien la instalación del POS en Valparaíso volvió más complejo el escenario político popular, todavía la confrontación entre socialistas y anarquistas no alcanzaba niveles punzantes, sobre todo cuando ambos grupos tenían que hacer frente a los embates represivos de las autoridades³. Así, ante las imputaciones del Intendente de Valparaíso sobre el origen común de las movilizaciones obreras de fines de 1913, los socialistas aceptaban las responsabilidades que le cabían en conjunto con los anarquistas, entendiendo que ambos grupos eran «los únicos defensores del trabajador». Y aclarando aún más estos intereses mutuos, expresaban: «Los socialistas y anarquistas son malos, muy justo: combaten a los capitalistas burgueses que desean la esclavitud y ceguera perenne de los trabajadores; combaten a los políticos traficantes, anhelando un estado donde no haya explotación del hombre por el hombre». Explicaban, a su vez, que los

socialistas tenían por misión «enseñar al trabajador sus derechos en la ciudadanía de la república universal para que cese la explotación capitalista»⁴.

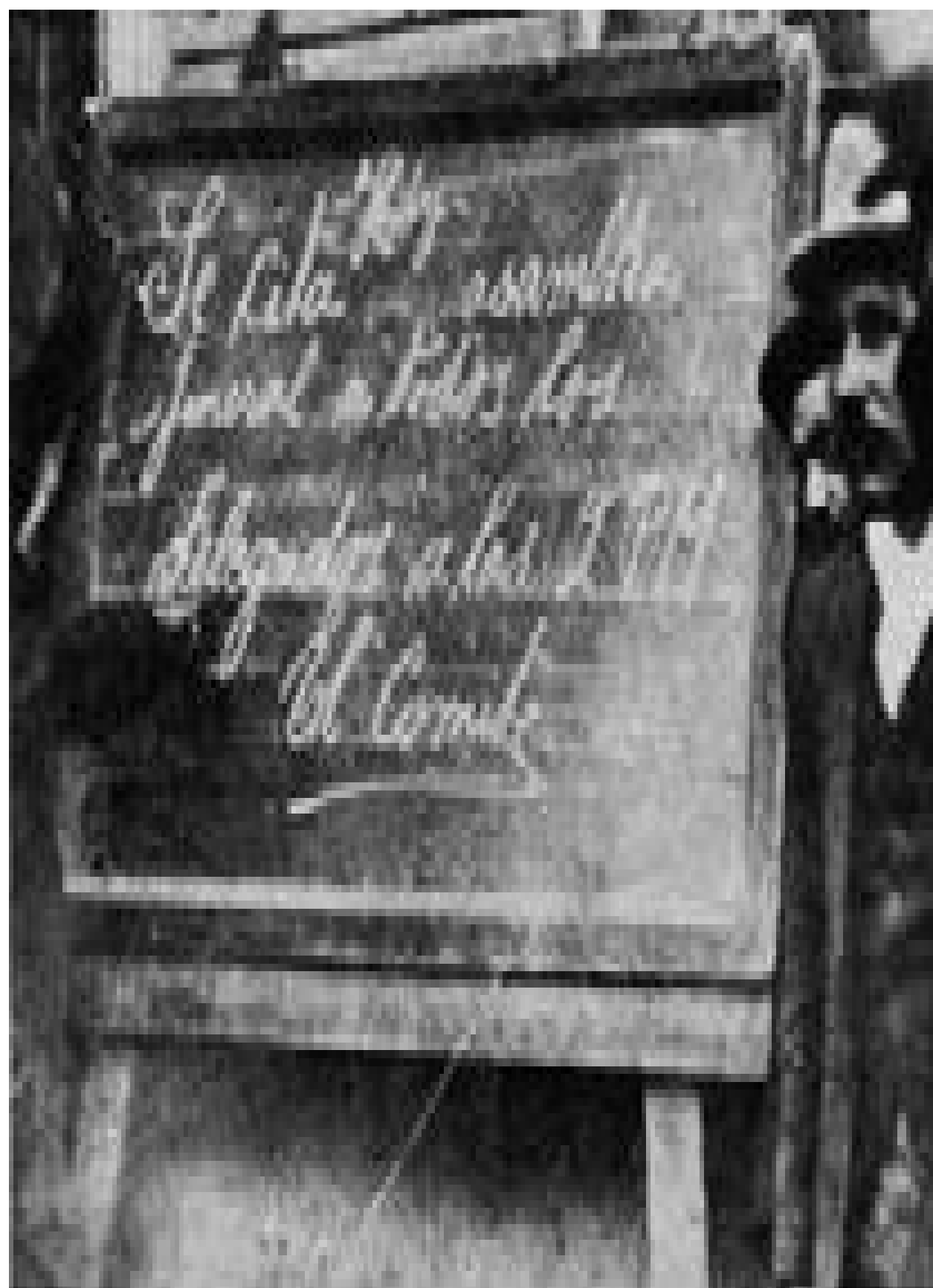
1. La participación socialista en la huelga general de

octubre-noviembre de 1913 en Valparaíso

Debido al aumento gradual de la movilización obrera en Valparaíso, la relación entre socialistas y anarquistas fue mutando desde la solidaridad hacia una flagrante oposición, motivada, principalmente, por la disputa en la representación del movimiento obrero. Fue en esta ciudad donde se llevó a cabo el mayor número de huelgas entre 1912 y 1913⁵, alcanzando su cenit en la huelga general de octubre de 1913, iniciada como respuesta a la imposición de las autoridades de FF.CC. del Estado de registrar fotográficamente a los trabajadores. De acuerdo a los trabajos disponibles, la principal influencia en este movimiento provino desde las filas libertarias, destacándose como líderes el obrero marítimo Juan Onofre Chamorro (ex demócrata) y el dirigente peruano Eulogio Otazú⁶. Sin embargo, al revisar las crónicas periodísticas sobre la huelga asoman nombres asociados a las actividades socialistas, revelando así una heterogeneidad que permite revisar el cuadro político en que se desarrolló dicho movimiento.

La huelga de los palanqueros, cambiadores, armadores y enganchadores (sección Vía y Obras) correspondiente a la Primera Sección (Valparaíso) de FF.CC. del Estado, se inició formalmente el 16 de octubre⁷. A los pocos días de declarada, el número de gremios que apoyaban el movimiento comenzó a sobrepasar las filas ferroviarias, insinuando así el carácter «general» que tomaría más adelante. El diario conservador La Unión de Valparaíso, al reproducir la convocatoria a un mitin para el 21 de octubre, declaraba con preocupación: «Se ve, pues, que la huelga no tiene visos de terminar, por la importancia de las firmas que subscriben la proclama». La «importancia» atribuida por el cronista se fundamentaba en la capacidad de movilización y combatividad de quienes adherían al llamado. Entre los firmantes se encontraban los militantes socialistas Francisco Olguín, por el Comité Pro Regional (Federación Obrera Regional de Chile, FORCH⁸), y Francisco Ortega y Abel Cruz Cañas, por la Federación de

Carpinteros y Ramos Similares⁹. El 25 del mismo mes, el periódico de orientación mutualista La Locomotora informaba que la huelga iniciada por una de las ramas ferroviarias tenía ya perspectivas de huelga general. Con la intención de modificar la intransigencia de la dirección de la empresa y apelando a una acción resolutive de los órganos legislativos, advertían que «la tranquilidad y la paz pública, la ruina y la desgracia del país, depende hoy solamente del buen juicio de los señores Senadores»¹⁰. Unos días después, el mismo periódico llamaba a los trabajadores a oponerse rotundamente al registro fotográfico, pues si en ese momento se trataba de un fichaje obligado, «mañana puede imponerle la castración forzosa a todo el personal para que no dejen crías, transformándolos en eunucos». Concluían con una proclama a la movilización, que distaba bastante de la tradición mutualista a la cual adscribía: «Todo el personal debe prepararse para una huelga general, pues no es posible permanecer sumisos en estos tiempos de opresión y despotismo»¹¹.



«Una citación». Sucesos, nº583, Valparaíso, 6 de noviembre, 1913

A poco de declarada, la huelga comenzaba a trascender los límites porteños. En Santiago, desde el 30 de octubre se realizaban manifestaciones de apoyo, contando con la participación de diversas sociedades de resistencia (carpinteros, panaderos, zapateros, maquinistas y cobradores de los tranvías, todos declarados en huelga) y militantes santiaguinos del POS¹². Estos últimos, venían desde abril de ese año trabajando en la organización de sociedades de resistencia entre los carpinteros, empleados del comercio, zapateros y ferroviarios (principalmente con los palanqueros, cambiadores y revisadores)¹³. En el cenit de la huelga, el periódico de la sección santiaguina La Voz Socialista publicó un extenso «Manifiesto de los obreros en huelga» donde se exponía que los trabajadores de Valparaíso habían decidido movilizarse en conjunto para lograr las reivindicaciones que cada gremio levantaba, tomando como bandera común el establecimiento legal de las ocho horas laborales. En la misma edición, un artículo proponía que el único medio para cambiar el estado de crisis general del «pueblo chileno», ya fuera para bien o para mal, era la revolución. En esa línea, el levantamiento de los obreros porteños constituía el «primer grito»¹⁴. En términos prácticos, el movimiento porteño fue acompañado en la capital por una intensa actividad, con diversos actos y mítines que fueron reprimidos por la policía, la cual detuvo a los oradores e irrumpió en las casas de algunos dirigentes obreros¹⁵.

A diferencia del apoyo explícito de los socialistas de la capital, la huelga general de Valparaíso despertó cautas expresiones de solidaridad en el POS iquiqueño, que finalmente no germinaron en huelgas o grandes movilizaciones. Al dar cuenta de la actividad realizada en octubre, los socialistas iquiqueños no mencionaban ningún acto o manifestación en apoyo a lo que sucedía en Valparaíso. Por aquellos días, su actividad estaba puesta en las regulares manifestaciones en contra de la carestía de la vida. En El Despertar de los Trabajadores, los socialistas aclaraban a la opinión pública (y tácitamente a las autoridades provinciales) que no se encontraban promoviendo una huelga general en Tarapacá, como insinuaban los «enemigos del socialismo». Es más, recomendaban a los trabajadores de Iquique no «dejarse sorprender ni aceptar invitaciones a huelga de ninguna clase», y los llamados a replicar lo que sucedía

en Valparaíso debían ser considerados «como una trampa preparada en contra de la buena organización que se están dando los trabajadores». No obstante la suspicacia a replicar el movimiento en Iquique, expresaban su total solidaridad y apoyo a los reclamos –que consideraban totalmente justos– de los trabajadores porteños, anunciando, además, una colecta para ir en ayuda de los huelguistas¹⁶.

En tanto, en el extremo sur del país, la Federación Obrera de Magallanes realizaba gestiones para demostrar su apoyo a la huelga porteña. En un tono moderado, esta federación invitaba a los «obreros amantes de la libertad y del derecho» a discutir sobre la «actitud que los obreros de Punta Arenas deben adoptar con motivo de las peticiones que hacen los huelguistas de Valparaíso»¹⁷. Luego de esta asamblea, se decidió apoyarlos mediante la paralización por veinticuatro horas de los gremios adheridos a la federación y un mitin realizado el 13 de noviembre, tras el cual entregaron las conclusiones al Gobernador y se decidió enviar telegramas de apoyo al comité de la huelga. Los socialistas de Punta Arenas también participaron en esta manifestación y en su órgano de prensa criticaron fuertemente el discurso nacionalista de uno de los oradores. Además, respaldaron la huelga expresando –en un dialogo imaginario con la burguesía– que los trabajadores pedían «lo que les pertenece en justicia; lo suyo, lo que vosotros usufructuáis ilegalmente y que no os pertenece porque no lo habéis producido»¹⁸.

Volviendo a lo que ocurría en Valparaíso, hay que señalar que no todos los socialistas estaban en condiciones de dar muestras de su combatividad, principalmente, aquellos que se encontraban en una incómoda situación debido a sus compromisos en las organizaciones gremiales. Este era el caso del futuro Secretario General del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) del POS, Luis A. González R., quien como secretario de la moderada Gran Federación Obrera de Chile (Gran FOCH) firmó una carta dirigida a los huelguistas, ofreciendo una mediación entre la empresa y los trabajadores movilizados. Esta propuesta, sin embargo, estaba condicionada a que las peticiones de estos últimos estuvieran «dentro del terreno del derecho, de la verdad y de la justicia, siguiendo formal tramitación». Así también, se permitían recomendarles a los huelguistas volver al trabajo, para desde esa posición buscar la anulación del decreto que exigía registrarse fotográficamente ante la administración de la empresa. En su respuesta, la Federación de Empleados a Jornal informaba que no aceptaba el arbitraje ofrecido por la Gran FOCH «por estimar que la forma en que se va a proceder es tan débil que no puede dar resultado alguno». Y agregaban: «Esta Federación cree que debe proceder con energía para que, una vez por todas, se

aprecie en la Administración de los Ferrocarriles de esta Sección, que los obreros deben ser respetados en tal forma, que jamás se vulneren los derechos que legítimamente les corresponden». Señalaban, además, que estaban dispuestos a demostrar que en «su seno no existe cobardía moral y, por el contrario, está dispuesta a sacrificaciones [sic] en beneficio de todos los hermanos de la República». Finalizaba la carta con una ampliación de la esfera de influencia de la huelga: «pues el movimiento producido por ella tiene que redundar en beneficio de toda la clase proletaria»¹⁹. De cualquier manera, unos días después de haber rechazado la mediación de la Gran FOCH, los trabajadores a jornal agradecían públicamente los \$335 reunidos en beneficio de los huelguistas²⁰.

Sin duda, la posición moderada de la Gran FOCH no representaba el actuar político y sindical que siguió más adelante Luis A. González R., debido a que fue precisamente él uno de los socialistas que en mayor medida luchó al interior de esta organización para superar sus posiciones mutualistas y conservadoras. Además, González R. tuvo una importante participación en las acciones que lograron revocar los poderes que tenía en la Gran FOCH su fundador, el abogado conservador Pablo Marín Pinuer²¹.

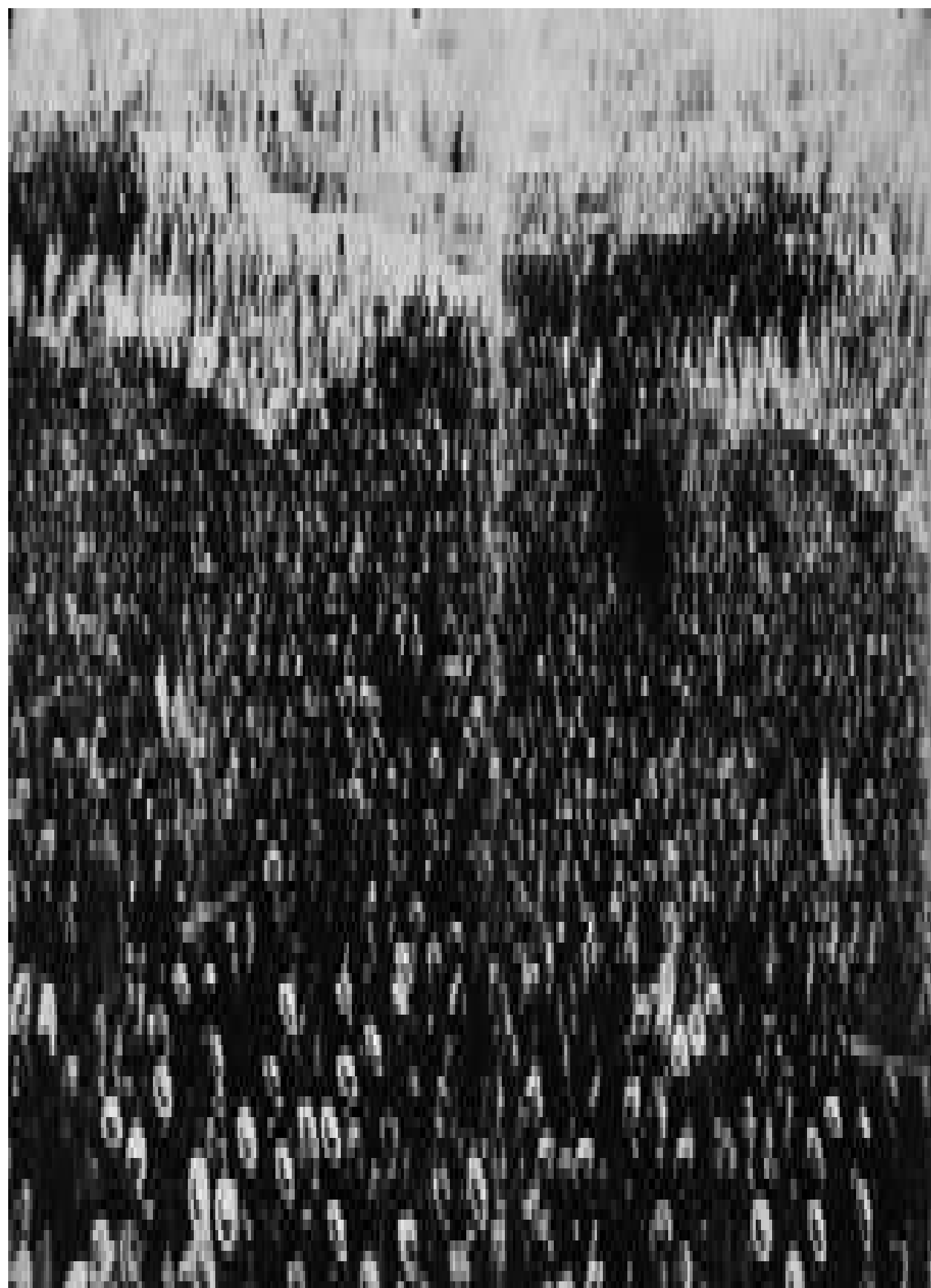
La demostración de que el actuar socialista estaba alejado de las posiciones moderadas que representaba la Gran FOCH, se encuentra en el posterior desarrollo de la huelga general y en el papel que ocuparon en ella los militantes del POS. Ejemplo de aquello, fue la carta pública que Abel Cruz C. envió al Intendente de Valparaíso para protestar por la represión y la violencia policial en contra los dirigentes de la huelga²².

En la manifestación efectuada el 1 de noviembre en la Plaza O'Higgins, la apertura de los discursos estuvo a cargo del periodista socialista Primitivo Ajagan Maruri, quien subió a la tribuna en nombre del Comité General de la Huelga, explicando que el mitin se realizaba como protesta por el atropello de las garantías individuales y de reunión llevado a cabo por la policía bajo orden del Intendente. Más adelante en esa jornada, el sastre socialista Benjamín Rojas tomó la palabra para protestar por el encarcelamiento del obrero peruano anarquista Eulogio Otazú (más tarde deportado)²³. Lo siguió el zapatero socialista Ramón Sepúlveda Leal, quien en un tono más legalista pidió que se propendiera a la educación del pueblo por todos los «medios lícitos», agregando que en el contexto de la huelga se debían evitar los saqueos al comercio, por estar ligado a este el bienestar del pueblo (en una opinión diametralmente

opuesta a las futuras luchas de los socialistas en contra de la carestía de la vida, especialmente en el escenario de crisis económica de 1914). En representación del Gremio de Pintores en Resistencia, el socialista Armando Zamora disertó largamente sobre la misión de la prensa en la educación de los trabajadores, alabando al conservador diario La Unión por informar las «verdaderas causas de la huelga». Con su discurso sobre la necesidad de la prensa obrera, Zamora insinuaba la inminente publicación del órgano del POS porteño, La Defensa Obrera, del cual sería uno de sus principales promotores.

El mitin fue clausurado por el anarquista y presidente del Comité Directivo de la huelga Juan Onofre Chamorro, el cual, según la crónica de La Unión, planteó que «después de los sacrificios hechos por los Padres de la Patria en bien del país y la estéril labor de los figurones políticos actuales, que no pudiendo abordar las situaciones que ellos mismos han creado, empiezan a atropellar las leyes y la Constitución». De haber sido estas las expresiones de Chamorro, llaman la atención las referencias patrióticas y legalistas del dirigente marítimo, especialmente si se le contrasta con la trayectoria política consignada por algunos autores («la más notable personalidad en la nueva generación de anarquistas») y el papel que jugó en el horizonte libertario²⁴. Seguramente, su pasado demócrata influía en este tipo de referencias. Finalmente, Chamorro cerró la manifestación preguntando a la concurrencia si deseaban que se pusiera fin la huelga, a lo que la multitud respondió enérgicamente que «no». Las sociedades y gremios obreros reunidos ese día se retiraron pacíficamente a sus locales, impidiendo que la policía, que en gran número custodiaba los alrededores, tuviera la oportunidad de intervenir²⁵.

De los tópicos de cada orador socialista es posible extraer los pilares del discurso político del POS: exigencia de un marco legal que garantizara los derechos individuales y que permitiera la práctica política (P. Ajagan); solidaridad obrera frente a la represión policial (Rojas); necesidad de orientar a los trabajadores hacia las prácticas legales (Sepúlveda L.); e importancia de la prensa obrera como mecanismo de agitación y educación (Zamora).



«Obreros asistentes al último meeting celebrado en la Plaza O'Higgins».

Sucesos, nº583, Valparaíso, 6 de noviembre, 1913



Trabajadores frente al local de reunión del Comité de la Huelga.

Sucesos, nº583, Valparaíso, 6 de noviembre, 1913





Trabajadores frente al local de reunión del Comité de la Huelga. Sucesos, nº583,
Valparaíso, 6 de noviembre, 1913

Frente a esta activa presencia socialista, la intervención de Juan Onofre Chamorro en el mitin del 9 de noviembre puede ser leída como una demostración de la disputa por el liderazgo que existía al interior del movimiento huelguístico: «¿Está dispuesta la clase trabajadora a volver al trabajo o esperar la resolución que se tome en la reunión de patrones y obreros que ha patrocinado la representación parlamentaria de la provincia?». Los trabajadores que se encontraban presentes respondieron que estaban dispuestos a seguir en huelga. Frente a esto, Chamorro interrogó a la concurrencia: «¿Están dispuestos los obreros a que se mantenga el mismo Comité Directivo de la huelga o quieren que otras personas se pongan al frente del movimiento?». Esta pregunta era una clara demostración de que el dirigente anarquista buscaba hacer explícito el apoyo al Comité, posiblemente ante una legitimidad cuestionada desde otros flancos políticos. Los trabajadores dieron su apoyo al Comité. Lo que llevó a Chamorro a plantear, antes de cerrar el mitin, que cualquier acuerdo que resultara de la reunión entre patrones y obreros debía contar con la aprobación de los concurrentes al próximo mitin, para luego ser aceptados por el Comité Directivo²⁶. Con esta acción, Chamorro se posicionaba como un eficaz tribuno popular, capacitado para transformar una manifestación ordinaria en una asamblea resolutive de grandes proporciones, con la facultad de decidir el eventual curso de la huelga. Esta estrategia le permitía situar la suerte de la huelga en la decisión de los trabajadores, aumentando, eventualmente, el grado de compromiso con la misma y a la vez deslegitimando el acercamiento entre patrones y obreros propiciado por los representantes parlamentarios de la provincia.

Ese mismo día, evidenciando la extensión que alcanzaba la movilización, los trabajadores de Viña del Mar (donde alrededor de dos mil quinientos obreros se encontraban paralizados) salieron a la calle para reafirmar su compromiso con la huelga general. En la plaza Vergara, todos los oradores –entre los que se encontraba Ramón Sepúlveda Leal– «tuvieron palabras de aliento para los trabajadores de la Refinería de Azúcar y Fábrica de Paños, quienes vuelven a sus labores después de haber obtenido las mejoras que solicitaban»²⁷. En aquella

época Viña del Mar distaba de ser la ciudad turística que actualmente conocemos. Desde fines del siglo xix, se desarrolló allí un intenso proceso de industrialización que la llevó hacia la década de 1950 (cuando ya se encontraba en un proceso de des-industrialización) a contar con 82 fábricas que daban trabajo a 15.599 obreros²⁸. Entre las primeras fábricas que convirtieron a esta ciudad en un importante polo industrial, se encontraban la Maestranza Lever y Murphy, la Refinería de Azúcar, el Matadero (con fábrica anexa de jabones y velas), la Barraca Berger, la Fábrica de Cerveza, la Fábrica de Aceite de Coco, la Fábrica de Tejidos Gertry (conocida como Fábrica de Paños y Tejidos), entre otras de menor magnitud.

La Refinería de Azúcar, fundada en 1872, fue una de las primeras industrias en conectarse con la red de FF.CC., lo que le permitió expandir rápidamente sus ventas. En 1875 producía diariamente 18 toneladas (con un valor de venta de \$8.000) y trabajaban en ella 170 obreros (que en conjunto ganaban \$6.500 mensuales). En 1903, los trabajadores habían aumentado a quinientos. Su rápido crecimiento le permitió ampliar su capacidad de oferta. En 1912 absorbió a la Compañía de Azúcar de Santiago y una década después a la Refinería de Azúcar de Penco (Concepción), concentrando para sí la demanda de los tres principales centros urbanos del país²⁹. Por otra parte, en 1911 trabajaban en la Fábrica de Paños 400 obreras/os, en su mayoría mujeres. Cuatro años más tarde, el número de operarias/os había aumentado a 700, que producían 3.000 metros de tejidos diariamente³⁰. Debido al nivel de producción de ambas empresas, que también exportaban un importante porcentaje de su producción, podemos advertir el poder estratégico que poseían sus trabajadoras/es y, debido a esto, el temprano éxito de sus reivindicaciones en el contexto huelguístico de 1913. Los socialistas advirtieron el potencial de ambos gremios y mediante conferencias y reuniones fueron importantes promotores de su organización sindical.

Ante los primeros logros de la huelga general, fueron aumentando el entusiasmo y la organización entre las filas obreras. El 12 de noviembre se formó, a instancias de las mujeres socialistas, El Despertar de la Mujer, con la finalidad de reunir en torno a ella «a todo el sexo femenino que sufre las consecuencias de la crisis económica porque atraviesa el país, sin que haya distinción de oficio, nacionalidad, ni edad»³¹. Desde el momento de su fundación, esta organización impulsó la educación política femenina y la adopción de posiciones clasistas³².

En la medida en que las negociaciones cumplían las aspiraciones obreras, un importante número de gremios comenzó paulatinamente a volver a sus faenas,

autorizados por las respectivas sociedades de resistencia que los agrupaban. Así también, las autoridades y los empresarios comenzaron a presionar para que los obreros aún movilizados volvieran al trabajo. En esta línea, el coronel del ejército Manuel Moore, en su calidad de jefe militar de la zona, envió una nota a publicarse en los diarios de Valparaíso indicando que «todo el que desee trabajar será protegido por las fuerzas del ejército»³³.

Como era de esperar, poco favorable a las reivindicaciones obreras fue la actitud que adoptaron los «patrones» en la reunión de mediación patrocinada por el senador del PD Ángel Guarello, el diputado monttvarista Santiago Severín y los diputados liberales Enrique Bermúdez y Víctor Prieto. De acuerdo a lo informado por La Unión, los «patrones» se mostraron inflexibles ante la proposición del senador Guarello de crear comisiones paritarias que resolvieran el conflicto por cada rama de producción. Un dueño de lanchas manifestó que, a su juicio, la huelga no existía, porque la mayoría de los trabajadores quería volver a las faenas y que «si no lo hacían era por temor a las amenazas y represalias de algunos agitadores». Un gerente marítimo indicó que la puesta en práctica de una comisión de este tipo sentaría «un precedente funestísimo». Un dueño de vapores, por su parte, agregó que «si se nombra la comisión, las peticiones van a aumentar considerablemente». La actitud de los industriales del calzado fue similar. Al no mediar acuerdo para la creación de una comisión, se llegó a la conclusión de que cada empresa negociara directamente con sus trabajadores las condiciones para la fin de la huelga. Frente al rechazo patronal, a los gremios de trabajadores sólo les quedó la posibilidad solicitar a Guarello su presencia en las tratativas, para tener una garantía de ser recibidos y así poder, a lo menos, negociar. El senador demócrata aceptó³⁴. Los socialistas de la lejana Iquique evaluaban negativamente esta disposición, ya que en su parecer «con un candor de bobos los obreros se habrían dejado engañar con la promesa de políticos de la burguesía, que han engañado siempre la sencillez de los obreros»³⁵. «Candor», «sencillez»... los fundadores del POS demostraban nuevamente sus aprehensiones sobre la huelga general de Valparaíso.

De esta manera, se hacía realidad la previsión que hiciera Chamorro unos días antes, cuando recomendaba no declinar la huelga hasta que los obreros, reunidos como una gran asamblea, aceptaran las propuestas patronales. Ahora, al debilitarse el carácter general de la huelga, aumentaba el poder de negociación de los empresarios y se perdía el poder estratégico de buscar un arreglo favorable a los trabajadores con la ciudad paralizada.

La necesidad de contar con un medio de propaganda para enfrentar una coyuntura como la huelga general, pudo ser una de las causas de la creación a mediados de noviembre del periódico socialista La Defensa Obrera, «Semanario defensor de los Trabajadores»³⁶. A cargo de esta iniciativa estuvo Víctor Manuel Roa Medina, obrero tipógrafo de anterior militancia demócrata y de probada experiencia periodística (había creado en 1908 el periódico demócrata La Verdad de Valdivia³⁷).

Debido a que en esos momentos la huelga general comenzaba declinar, dejando claro que iba a ser muy difícil una solución para todos los gremios movilizados, los artículos de la primera edición de La Defensa Obrera eran moderados en la evaluación de sus resultados, planteando que se trataba más bien de un «triunfo parcial de los gremios». En esos momentos, a los socialistas les interesaba más dejar establecido que el desarrollo de la huelga había demostrado que los gremios obreros «unidos, respetuosos, enérgicos e indomables en la lucha» eran fuerza potente en la disputa entre capital y trabajo³⁸. Estas eran las características que les interesaba resaltar a los socialistas, por ser partes centrales de su cultura política, es decir, respetuosa del marco legal, pero enérgica en la consecución de los intereses de los trabajadores.

Similar opinión tenían los socialistas de Santiago, para los cuales la huelga general había dejado más enseñanzas que beneficios, principalmente, la necesidad de una organización que proveyera fondos a los huelguistas para hacer frente a la ofensiva de empresarios y autoridades. Por lo tanto, creían necesario que «como obreros, estudiosos y previsores, enmendemos los yerros y procuremos, antes de declarar la huelga general, organizarnos debidamente para presentar al Capital y al Poder no escaramuzas de combate, sino verdadera batalla capaz de vencerlos»³⁹. En este sentido, ambas secciones del POS compartían ahora las dudas manifestadas desde un comienzo por su par tarapaqueño.

Como se ha visto, el desarrollo de la huelga fue más bien pacífico, ya que aunque ocurrieron los típicos arrestos de dirigentes, los obreros participantes no se volcaron violentamente a las calles ni el gobierno reprimió con la dureza acostumbrada, demostrando con ello un cambio de actitud sustancial respecto a las grandes manifestaciones populares y obreras del período 1903-1907⁴⁰. El diario La Unión, uno de los principales medios no obreros que dio amplia cobertura a la huelga y que se había mostrado afín a las reivindicaciones de los trabajadores, informaba en su edición del 18 de noviembre que el movimiento

«se ha reducido ya a límites pequeños» y que, por lo tanto, podía «darse ya por terminada»⁴¹. Ante el debilitamiento de la huelga, la mayoría de los gremios que seguían movilizados decidieron aceptar las condiciones de los patrones, es decir, volver al trabajo, con la esperanza de negociar los puntos fundamentales: aumento de los salarios, fijación de las ocho horas laborales y mejoramiento de las condiciones laborales.

La realidad dijo otra cosa. Los empresarios en su mayoría adujeron falta de caja, precisamente a causa de la huelga, por lo que consideraron imposible el aumento salarial. Demostrando su benevolencia, se comprometían a no despedir a los huelguistas y a mantener el nivel que tenían los salarios antes de la huelga. Dado este panorama, el coronel Manuel Moore, jefe militar de la plaza, informaba que un total de 20.587 trabajadores habían vuelto tranquilamente a sus faenas, con lo que «decretaba» que la huelga estaba completamente terminada⁴².

Finalmente, los gremios movilizados regresaron a sus faenas, la mayoría de ellos sin conseguir gran parte de sus reivindicaciones originales y con el mantenimiento y aplicación del retrato obligatorio al personal a jornal de FF.CC. del Estado, un signo inequívoco de derrota. Sin embargo, la huelga general de 1913 marcó el punto álgido del ciclo huelguístico 1912-1913, que Eduardo Godoy denomina como de recomposición y rearticulación del movimiento obrero, constituyéndose en la primera huelga con alcance nacional desde 1907. Este autor, además, llama la atención sobre un aspecto novedoso: la huelga general no tuvo como origen una motivación estrictamente económica sino «socio-cultural» (el rechazo al retrato fotográfico obligatorio), enmarcada en una ofensiva de represión estatal⁴³.

No obstante, Godoy no toma en cuenta la dinámica interna de una empresa como FF.CC. del Estado, la cual presentaba constantes déficits presupuestarios y racionalizaciones por el lado de la mano de obra. El retrato obligatorio, en este sentido, puede leerse como una más de las reorganizaciones productivas promovidas por la dirección de FF.CC. desde 1907⁴⁴. Esta medida pudo ser la oportunidad que vieron los trabajadores de la sección Vía y Obras para revertir, mediante el llamado a huelga, la persistente reducción del salario y la constante pérdida de puestos de trabajo, reivindicaciones estrictamente económicas (precisamente, esta sección era la que recibía más bajos salarios en la empresa). De cualquier manera, lo significativo en este caso es que innumerables gremios porteños vieron en esta coyuntura una posibilidad de levantar sus propias reivindicaciones convirtiendo el movimiento en huelga general, situación que no

se repitió en otras huelgas importantes del período, como la huelga de los obreros tranviarios de Santiago, producida en marzo del mismo año.

Tampoco es claro que el curso de la huelga haya estado dirigido por militantes libertarios. Es indudable que los anarquistas, a través de la FORCH, tuvieron un importante rol en la extensión del movimiento. Pero como hemos visto, también los socialistas se movilizaron activamente y ocuparon puestos de importancia desde los primeros días de la huelga. Y si bien no alcanzó sus objetivos máximos ni significó mejoras para la totalidad de los gremios involucrados, el carácter pacífico que tomó el movimiento, las negociaciones con el Estado y el arbitraje de los parlamentarios aceptado por los trabajadores pueden considerarse como un desplazamiento de los postulados anarquistas, reacios a la intervención del Estado. En razón de aquello, las características de la huelga general de 1913 le demostraron al POS las favorables condiciones que se daban en Valparaíso para disputar la hegemonía anarquista entre los trabajadores más combativos. Por ello, la sección socialista porteña incrementó sus esfuerzos por organizar a los trabajadores aún desmovilizados y, también, comenzó a disputar de manera más abierta la dirección de los gremios de orientación libertaria. Sumado a esto, intentaron ganar influencia en donde los demócratas desplegaban sus actividades gremiales, como en el caso de los ferroviarios.

En esta línea se sitúa la creación, a mediados de noviembre de 1913, de la Sociedad de Oficios Varios de Viña del Mar, una instancia organizada por el POS que pretendía reunir en sociedades de resistencia «a todos los trabajadores no asociados o que deseen pertenecer al amparo de su estandarte de redención social»⁴⁵. Esta sociedad era calificada por Víctor Roa como un testimonio de la «grande actividad de asociación proletaria moderna» que llevaría a los trabajadores a «defenderse mancomunados de la explotación capitalista», dado que la «organización en resistencia es la base en que descansa el triunfo de los trabajadores». Consignaba que la organización, «lenta pero firme», de los trabajadores azucareros y de las trabajadoras de la Fábrica de Paños y Tejidos, estaba dando un «ejemplo de civismo a los compañeros reacios»⁴⁶. Se trataba de dos gremios que habían participado activamente en la huelga de octubre-noviembre de 1913, siendo los trabajadores de la Refinería de Azúcar de Viña del Mar los primeros que lograron el triunfo de sus reivindicaciones, mientras que las obreras de la Fábrica de Paños consiguieron la valiosa implementación de la jornada de ocho horas diarias⁴⁷.

Sin embargo, no todas las noticias de aquellos días tenían un tenor positivo. El

Centro de Estudios Sociales, un espacio de reflexión y aprendizaje ideológico de los socialistas porteños, informaba que la sociedad de resistencia de los tranviarios había decidido convertirse en sociedad de socorros mutuos, ante lo cual se preguntaba ácidamente: «¿es sólo por ignorancia que deja de ser de resistencia para convertirse en mutual?»⁴⁸. Como una manera de responder a esta pregunta, otro artículo de este centro de estudios incitaba a los trabajadores a estudiar los objetivos que diferenciaban a las sociedades de socorros mutuos de las de resistencia, aclarando que mientras las primeras implicaban el auxilio entre pobres, la «resistencia» significaba dar un paso cualitativo, es decir, luchar contra «el cruel abuso y explotación capitalista». El escrito concluía realizando una proclama que avizoraba hacia dónde se encaminaban los socialistas, desplazamiento que tendría como consecuencia directa el enfrentamiento con los anarquistas: «las sociedades en resistencia son el verdadero objeto que debe perseguir el trabajador actualmente»⁴⁹.

2. La disputa de las sociedades de resistencia: el posicionamiento de la opción política al interior del movimiento obrero de Valparaíso y la ofensiva gremial de los socialistas

De acuerdo a la cultura política de los socialistas, la participación en las organizaciones de los trabajadores constituía la base desde donde se sostenía la actuación política del partido. En el entendido de que este partido no era «político» sino «social y económico», los socialistas buscaban influir en las organizaciones gremiales y desde ahí proyectar su acción política. Así lo manifestaba uno de sus principales líderes, Víctor Roa, al expresar que la base del POS era «la organización gremial de los trabajadores en resistencia contra la explotación capitalista». Por ello, la disputa hegemónica que habían logrado establecer con los anarquistas aumentaba en la medida que se asentaba el POS en el puerto y crecía su radio de influencia entre los trabajadores. Casi sorprendidos, consignaban con entusiasmo que «hacía tiempo que no se presenciaba una asamblea socialista bastante concurrida», en referencia a la reunión de la primera semana de diciembre de 1913, lo que en su lectura indicaba «que hay interés en luchar por las ideas socialistas»⁵⁰. Con el mismo entusiasmo informaban del aumento en las ventas de La Defensa Obrera —del cual varias organizaciones obreras se habían hecho suscriptoras—, además de la

formación de un Comité Pro La Defensa Obrera en Viña del Mar, ciudad donde el trabajo de Ramón Sepúlveda Leal comenzaba a rendir importantes frutos⁵¹.

Al despuntar el nuevo año, el aumento de la influencia de los socialistas en las organizaciones de los trabajadores del puerto quedó demostrado en la reunión para recibir al nuevo directorio de la sociedad de resistencia Federación de Carpinteros y Ramos Similares. La mañana del domingo 4 de enero, al son de la Marsellesa, las organizaciones obreras asistentes fueron instalando sus estandartes en el escenario. La sesión se abrió con el discurso del vicepresidente saliente, el carpintero socialista Francisco Ortega. De los ocho oradores que hablaron esa mañana, siete eran militantes socialistas. El discurso principal de la jornada estuvo a cargo de Roa, el cual disertó sobre la «cuestión social», ahondando en que la deplorable situación en que se encontraban los trabajadores se debía a que «la sociedad burguesa siente odio por el obrero». Roa terminó su conferencia recomendando las tareas que debían seguir los trabajadores, lo que nos otorga una síntesis de las principios rectores de la cultura política socialista: «la unificación de los explotados en el estandarte de la resistencia, apartarse de la taberna, concurrir a las bibliotecas o centros de recreación moral, adquirir folletos y periódicos de propaganda obrera para formar la conciencia ciudadana». La concurrencia lo despidió aplaudiendo con «frenético entusiasmo». Como corolario de esta jornada, varios socialistas quedaron en los puestos de la nueva directiva⁵².

El umbral abierto por la huelga general de octubre-noviembre de 1913 se reforzó con una activa movilización obrera fomentada en importante medida por los socialistas. En esa dirección apuntaba un artículo de Francisco Olguín que conectaba la reciente huelga con el aumento de la organización obrera, apoyada en las sociedades de resistencia. Según Olguín, eran precisamente estas «las únicas que luchan por el bienestar de todos los productores en el orden social, económico, material e intelectual», pues organizarse en resistencia era la única forma para «detener el avance imperioso del enemigo que en toda ocasión trata de vilipendiarnos y explotarnos miserablemente»⁵³.

A mediados de enero de 1914, en momentos donde quedaba formalmente constituida la Cooperativa Tipográfica La Defensa Obrera, finalizaba satisfactoriamente para las aspiraciones de los obreros gráficos una huelga que se arrastraba desde fines de noviembre del año anterior. A la paralización de los litógrafos de la Imprenta y Litografía Universo, que tenía como motivación la nivelación de los salarios de los obreros nacionales con los de sus pares

extranjeros, le siguió la adhesión a la huelga de estos últimos y luego la paralización de toda la empresa. A este movimiento se sumaron luego los obreros de las imprentas Inglesa, Moderna, Excelsior y Victoria de Valparaíso, los gráficos de Concepción y los litógrafos de la Imprenta Universo de Santiago. Los ecos de la huelga general todavía resonaban en los oídos obreros. El 18 de diciembre, la Federación de Artes Gráficas declaró la huelga en todas las imprentas porteñas. En este conflicto se repitió la táctica común entre los obreros gráficos (y también entre los zapateros) de aislar la huelga en una fábrica mientras los operarios de las otras empresas seguían trabajando, permitiendo así que estos pudieran mantener a los obreros que se encontraban paralizados. De esta forma, además, hacían perder a los patrones los pedidos a favor de los demás establecimientos que seguían trabajando, forzando una decisión favorable hacia las peticiones de los trabajadores. De no llegar a acuerdo, se iban sumando los demás establecimientos a la huelga⁵⁴, como efectivamente sucedió en este conflicto.

Los socialistas participaron activamente en este movimiento, ya fuera informando profusamente en su órgano de prensa o interviniendo en las asambleas de la Federación, donde se destacó la participación del también obrero gráfico Víctor Roa⁵⁵. Para los anarquistas, en cambio, la actuación de dicha federación distaba mucho de la combatividad que ellos esperaban de los trabajadores. Desde el medio anarquista santiaguino La Batalla se informaba de esta huelga, recordando las reticencias que encontraron en la Federación de Artes Gráficas cuando se la invitó a participar de la conmemoración del 1 de mayo del año anterior, por considerar a dicha reunión como propia de «revoltosos» y por no tener razones «económicas» por las cuales protestar. En ese escenario, el corresponsal porteño se preguntaba irónicamente: «¿Si estaban en buenas condiciones y no tenían de qué quejarse, para qué están ahora en huelga?»⁵⁶.

Respaldados por el crecimiento que verificaban entre los trabajadores organizados, los socialistas fueron aumentando gradualmente el nivel de beligerancia y descalificación contra los anarquistas. Este despliegue conflictivo puede entenderse como una respuesta a la real influencia que tenían los libertarios entre los trabajadores de Valparaíso. Al mismo tiempo, los ataques que los anarquistas dirigían hacia los socialistas y su inclinación por los medios «políticos» demuestran el riesgo que estos representaban. A mediados de 1913, un mitin anarquista encabezado por Modesto Oyarzún planteó entre sus conclusiones una abierta crítica a la orientación política promovida por los

socialistas. Rechazaba la búsqueda de reformas políticas debido a que «son absolutamente nulas en el sentido de que no han podido, ni pueden, ni podrán nunca mejorar las trágicas condiciones en que se desenvuelve la vida obrera». Lo que lo llevaba a declarar, «en nombre del pueblo», que «el arma suprema para destruir todas las causas engendradoras de males y miserias, es primero la educación e instrucción revolucionaria, y segunda, la huelga general»⁵⁷.

La respuesta socialista a este tipo de cuestionamientos llegó de la pluma de Roa, señalando que la crítica anarquista no iba al fondo de lo que significaba la opción política, pues los «antipolíticos atacan a las ideas políticas sin más que mencionar que son malas, sin analizar sus causas», y por lo tanto, estimaba que con esa estrategia los anarquistas no ayudaban a enriquecer el acervo político-ideológico de los trabajadores⁵⁸. Como señalamos, estos ataques se arrastraban desde fines del siglo xix, debido a que el movimiento anarquista chileno siempre se mostró refractario a los medios políticos y, por ende, siempre criticaron dicha táctica, sobre todo entre las filas obreras. Con el crecimiento que experimentaba el POS en Valparaíso, se abrió un nuevo flanco para ese tipo de críticas.

La Batalla publicó a fines de 1913 un artículo de Pedro Pralo que separaba aguas entre los luchadores obreros. Según Pralo, en el seno del anarquismo se congregaban los que venían «escapando de la atmósfera malsana de los partidos, desde el republicano hasta el socialista, emancipados de todos los prejuicios, de todas las ilusiones», definiéndolos como «filósofos, amantes desinteresados, y buscadores incansables de un ideal de vida superior». Precisamente por estas características, no tenían «confianza alguna en los que a sí mismos se titulan «representantes del pueblo»» e iban en «contra de todo parlamentarismo». Esta actitud era refutada por los socialistas, que acusaban a los anarquistas, de acuerdo al mismo Pralo, de ser «soñadores de utopías»⁵⁹.

Desplazando la disputa a un terreno más teórico, el militante del POS Juan Morán aclaraba tajantemente que «el Socialismo se nos presenta como un ideal; la Anarquía no pasa de la categoría de utopía». La diferencia fundamental estaba en que el socialismo tomaba «elementos del mundo real y ha de estar en conformidad con la evolución que el mundo nos ofrece», en cambio la anarquía, conforme a sus «rasgos utópicos [...] entraña un divorcio entre el pensamiento y el mundo real». Según Morán, la anarquía se sostenía en la idea de una «sociedad en que los hombres obedecen únicamente las leyes que emanan del funcionamiento de las agrupaciones libres en que se constituyen», donde no existiría «autoridad ni fuerza que imponga su cumplimiento», concepción que se

divorciaba del estado «real» de la sociedad, donde «la autoridad, la fuerza, extiende más y más los dominios de su imperio». Por lo tanto, comprendía a la autoridad como un mecanismo necesario «para obligar a la clase capitalista al salario mínimo y más tarde para imponer la expropiación». Morán planteaba, finalmente, que los trabajadores debían hacer uso de aquellos mecanismos desde donde emanaba la autoridad, como la labor legislativa y ejecutiva. Para ello, la organización en partido político y la consecuente participación en las elecciones eran irrefutables⁶⁰.

Una semana después, Morán dedicaba sus reflexiones a las características e implicancias de lo que cada grupo político entendía por «revolución». Rechazaba, por «erróneo», el concepto de revolución de los anarquistas, puesto que sólo pretendía «sembrar la rebeldía, apartada de la política y rechazando su colaboración en toda obra de reforma social». Esto se debía a que la «anarquía fía en lo catastrófico, es decir, en lo rápido y violento, que, si excelente para cambiar el régimen político, sería del todo ineficaz para cambiar el régimen económico». Según su opinión, los anarquistas no eran más que «rebeldes, fanáticos, impenitentes soñadores», por lo tanto, inferiores respecto de los socialistas en cuanto a la labor educativa obrera, ya que «el Socialismo, aunque alentando los odios contra el régimen, pretende conquistar y conquista los puestos desde donde ejerce su influjo la clase dominante, educa al obrero para la gestión de los asuntos públicos, le hace conocer las dificultades con que tropiezan las ideas cuando bajan a la realidad, le capacita y prepara, en una palabra, para que pueda emanciparse». Utilizar los medios políticos, por lo tanto, era situarse en la realidad histórica y realizar el mejoramiento de las condiciones de los trabajadores, y no pura idealidad y discurso, debido a que «la sociedad, como dijo Marx, no puede salvar por decreto las etapas de su desarrollo»⁶¹.

Para explicitar aún más los elementos que separaban a socialistas y anarquistas, Roa señalaba la tríada que estaba en la base de la organización obrera que pretendía imponer el POS: «la resistencia asociados; las cooperativas de consumos; la política honrada». Según Roa, los anarquistas afirmaban que abandonando los trabajadores la actividad política y los esfuerzos por constituir cooperativas, caerían los privilegios sociales. Para los socialistas esta visión constituía un profundo error, pues para «llegar a la realidad de matar los privilegios hay que emplear la acción política, puesto que por ese mismo medio las minorías aplastan, regulan y dominan a las mayorías»⁶².

En cambio, para los anarquistas –de acuerdo a lo expresado en el periódico La

Batalla—, la práctica parlamentaria «es hoy más que nunca un grosero anacronismo, no sólo completamente inútil sino perjudicial, porque el pueblo recurre a él como a una panacea que jamás le ha dado el menor alivio, haciéndolo perder inútilmente tiempo y energías». Precisamente por aquello consideraban a los socialistas como un elemento conservador entre las filas obreras, dado que buscaban «dentro del régimen que sufrimos, una reforma, un cambio, un equilibrio que no será jamás solución al gran problema social, porque subsistirán siempre las causas generadoras de todos los males que aquejan a la humanidad»⁶³.

Como hemos visto hasta aquí, la actividad política constituía un punto de diferenciación con los anarquistas; en cambio, respecto a las sociedades de resistencia sucedía algo diferente. Es conocida la influencia que lograron los anarquistas en estas organizaciones gremiales, principalmente, hasta la coyuntura de debilitamiento de la organización obrera de 1904-1905. Según Grez, el renacer de las sociedades de resistencia posterior a esa fecha facilitó la convergencia de distintas tendencias en su interior⁶⁴. Sin embargo, con la activación de las luchas obreras de 1913-1914 que se dio en Valparaíso, el aparente espíritu de unidad —influenciado en gran parte por las necesidades de la huelga general— dio paso a una abierta disputa por el predominio en su conducción.

Las sociedades de resistencia fueron reivindicadas por los trabajadores, que esperaban conseguir de la asociatividad laboral beneficios a través del enfrentamiento con los empresarios. El método para lograr estos fines era la huelga, ya fuera por empresa, por oficio o, en último término, general. A diferencia de las sociedades mutuales o de socorros mutuos, que se organizaban para mejorar las condiciones de sus asociados a través del ahorro (dirigido, principalmente, a crear escuelas nocturnas, financiar entierros dignos y dotar de una pensión a los trabajadores que sufrían accidentes laborales), los fondos de las sociedades de resistencia eran utilizados, fundamentalmente, para el sostenimiento de los trabajadores en huelga y la propaganda a favor de la organización obrera. Quienes reivindicaban a estas últimas criticaban la pasividad de los mutualistas y entendían el ahorro mutuo como un mecanismo de contención de los conflictos laborales. Estimaban que, de no tomar la ofensiva, los trabajadores no lograrían mejorar sus condiciones de vida. Eso en términos generales, porque la actitud de cada sociedad de resistencia dependía de la orientación que le imprimieran sus asociados. Existieron sociedades de resistencia por empresa, por gremio (oficio) y de una escala geográfica mayor

(como la FORCH, de orientación anarquista, o las distintas iniciativas que promovieron los socialistas). Unos buscaban la promoción de la huelga general, otros la consecución de los fines particulares de cada gremio. Así también, algunas sociedades declaradas como de resistencia eran más proclives al ahorro preventivo para enfrentar los siniestros de sus asociados, como la muerte o accidentes laborales.

En la perspectiva organizativa del POS, la promoción de las sociedades de resistencia formaba parte integral de su discurso y práctica, debido al carácter combativo que habían logrado al interior del movimiento obrero y las perspectivas clasistas que sostenían. Desde sus inicios, este partido propició la organización de los trabajadores bajo esta modalidad⁶⁵.

A mediados de 1913, se contaban en Valparaíso sólo dos sociedades de resistencia: la Unión del Personal de Tranvías Eléctricos y la Unión y Resistencia de Expendedores de Diarios (suplementeros)⁶⁶, una realidad que en el curso de aquel año cambió, fundamentalmente, por la experiencia y perspectiva que dejó en los trabajadores la huelga general de octubre. A fines de marzo de 1914, la agrupación socialista de esa ciudad convocó a un Congreso Nacional de Sociedades en Resistencia para lograr la efectiva «acción mancomunada y colectiva del trabajo frente al capital». En este llamado, los socialistas reconocían la posible heterogeneidad ideológica de sus participantes y veían en ello un valor para lograr «la unidad de los obreros y su ilustración en el terreno de la lucha». Denunciaban, no obstante, que los anarquistas buscaban imponer la supremacía de sus postulados, lo que dificultaba este llamado a la unidad⁶⁷. Frente a la combativa actitud de los anarquistas, el POS modificó al poco tiempo el tono de su convocatoria. Kurteche (seudónimo de Víctor Roa) emplazaba ahora a los «hombres del taller» y a las mujeres proletarias a activar la «campana de unificación, cimentando sólidamente la organización societaria y socialista, despreciando a los infames»⁶⁸. El rechazo al llamado de unidad de los socialistas demostraba que los anarquistas no estaban dispuestos a perder la influencia que habían alcanzado en las sociedades de resistencia, sobre todo en la coyuntura de la huelga general de octubre-noviembre de 1913, donde la FORCH había jugado un rol central.

Como una respuesta a esta ofensiva socialista puede ser entendida la nota del anarquista porteño J. Noguero, en la que indicaba que la principal dificultad en el movimiento obrero se encontraba en las acciones de los «sesudos y estomacales socialistas, que no quieren entender que la emancipación de los

trabajadores será un hecho cuando no reconozcan ningún gobierno constituido», es decir, cuando las sociedades de resistencia lucharan a través de la «acción directa». Y en un guiño polémico contra Víctor Roa, declaraba: «no es entregados a la política, como asegura el Propietario, director y administrador de “La Defensa Obrera”, que los trabajadores encontrarán su emancipación»⁶⁹.

Hacia mayo de 1914 era un hecho que las posiciones de los socialistas y anarquistas se encontraban totalmente distanciadas. La reedición de la cooperación y participación conjunta en la pasada huelga general y en otras manifestaciones obreras⁷⁰, aparecían ahora muy lejanas. A mediados de ese mes, Roa acusaba a los anarquistas Ortúzar, Oyarzún y Barrera⁷¹ de haberlo llamado el «individuo más malo de los socialistas porteños», en una reunión de la FORCH. Ante tamaña imputación, Roa contraatacaba señalando: «Combato con energía y de frente a los cínicos burgueses como también a los cínicos que en el campo obrero explotan a los trabajadores». Aprovechaba la ocasión de defender la opción por la política, planteando que él no participaba de la opción antipolítica «para no humillarme ante los políticos en los movimientos obreros». Enfrentado a una acción que interpretaba como un ataque a la libertad de conciencia, citaba en su defensa extractos de los autores anarquistas M. Bakunin y L. Fabbri para demostrar la «inconsecuencia» de sus adversarios. Finalizaba declarando que su aspiración era «que los trabajadores no tengan mentores de oficio y se levanten de la corrupción social burguesa, capacitándose en la libertad sin cercenarla»⁷².

En esa misma edición de La Defensa Obrera, A. Claro arremetía contra los anarquistas realizando una interesante crítica a la extravagancia que identificaba en estos: «Hay quienes creen que con usar anchas corbatas, dejarse largas melenas y andar desarrapados es ser anarquistas». «Otros creen que con no trabajarle un día a nadie», continuaba, asestando un ataque sensible al interior del movimiento obrero, «odiar a los políticos aunque estos sean sus compañeros en el trabajo, es ser anarquistas». A las formas verbales utilizadas por los libertarios las calificaba como «raras», tal vez por el mayor contacto con las artes y la literatura que existía entre los círculos anarquistas, donde un importante número de artistas, o proto-artistas, convivía con obreros autodidactas⁷³. Sintetizaba su crítica: «Tal vez creen que con el odio y el “raro” lenguaje, la sociedad futura aparecerá, creen que con usar el acero estilo “Batalla” [en referencia al periódico anarquista santiaguino La Batalla], van a transformar la sociedad». Sin duda, estas críticas «formales» hacían eco del carácter obrerista que sustentaba el POS (que lo heredaría luego a su

continuador, el PCCh, partido que hasta la década de 1930 fue muy refractario a promover –o permitir– la participación entre sus filas de cuadros estrictamente intelectuales o artistas)⁷⁴, un orgullo obrero que distaba de la concepción del trabajo asalariado que tenían muchos anarquistas⁷⁵. Esta crítica tiene relación, también, con el valor que los socialistas veían en el esfuerzo de la autoeducación, que como agregado del trabajo honesto y de una cultura ascética, se debían proyectar en un lenguaje simple y concreto, es decir, cercano a la comprensión de los sectores populares.

Pero no sólo la «forma» libertaria era objeto de los ataques de este militante, también iba al «fondo» de la diatriba, es decir, a la necesidad de la utilización de la política «como un medio para conseguir más pronto el triunfo de nuestras aspiraciones, porque no sería correcto que le dejáramos el paso expedito a la burguesía para que se apoderara del poder». Así, según su visión, era «el Socialismo el que más pronto triunfará y sin derramamiento de sangre», en contraposición a como entendía los métodos que promovían los anarquistas⁷⁶.

En el marco de este enfrentamiento, los socialistas veían confirmada su acción con el apoyo que llegaba desde otros flancos políticos y que reafirmaban su cultura política. A comienzos de abril de 1914, La Defensa Obrera informaba que la asamblea demócrata local había llegado a la conclusión de disolverse, «gritando los más honrados y sinceros individuos, que se harían socialistas antes que unirse con los cínicos y corrompidos caudillos de ese partido que siempre han vivido engañando a las clases trabajadoras». Un grupo de los disidentes expresó su intención de ingresar al POS, donde se agrupaban «los verdaderos luchadores que se sacrifican de verdad por el pueblo trabajador»⁷⁷. De esta forma, en la disputa por el liderazgo de las sociedades de resistencia, los socialistas sumaban nuevas fuerzas debido a la fragmentación del PD porteño (tal como había sucedido en Tarapacá con la fundación del POS).

Uno de estos militantes conversos, Ricardo Escobar, señalaba a la práctica sistémica en que había caído el PD como la causa de «que muchos obreros no acepten la política porque es perniciosa, sin tomar en cuenta que hay que hacer una escuela de ella para unirla a las luchas sociales y llevar una fuerte representación al municipio y el parlamento; y así poder obtener la legislación obrera». Según su visión, el POS venía a subsanar esta realidad, «presentando a las clases obreras en general un ancho campo de acción de política franca y despejada e instructiva». «Sin conocer la política que es el teje manejo de la nación», continuaba, «la obra de la sociabilidad nunca podrá ser obra completa y

los políticos burgueses seguirán consumando delitos sobre delitos y los obreros se darán cuenta sólo cuando el hambre los acose». Para remediar esta situación, finalizaba recomendando a las sociedades de resistencia existentes unir sus esfuerzos al alero del POS y a la acción política parlamentaria⁷⁸. Unos días más tarde, Escobar arremetía contra los anarquistas o «antipolíticos que trabajan por destruir la nueva era que emprende el Partido Socialista», donde se reunían «los más puros y honrados elementos trabajadores e intelectuales, que justamente anhelan el bienestar del pueblo trabajador, así el Partido Socialista trabaja por las sociedades de resistencia, firme y tesonero»⁷⁹.

Como una manera de demostrar su actitud abierta al debate y, también, de clarificación de sus postulados frente al mundo obrero, los socialistas abrieron la tribuna para la discusión ideológica en la conferencia del 9 de mayo de 1914, organizada con el objetivo de exponer su declaración de principios. Luego de ser nombrado el sastre Luis Rojas F. para presidir la asamblea, el secretario del partido, A. Hermenejildo Vergara, leyó la declaración de principios ante una expectante y numerosa concurrencia. Luego de esto comenzó el debate, en el que intervinieron tres militantes anarquistas, un demócrata, y los socialistas Vergara, Escobar y Roa. De acuerdo a la negativa impresión de los socialistas, la participación de los anarquistas no demostraba más que su acercamiento «teórico» al problema social y económico. En contraste, la opción socialista buscaba seguir «revolucionando la conciencia con el estudio teórico y práctico en las masas proletarias», con la intención de que «pueda llegar el proletariado al mundo comunista en terreno firme y preparado por la ley de la eterna evolución y no por la fuerza de la violencia engendradora de odios y venganzas bautizadas con sangre». Es decir, mediante la instalación en el aparato político y las reformas legales, que conducirían a la socialización de la propiedad⁸⁰.

En un tenor similar, un militante que firmaba con el seudónimo Zurca expresaba que la finalidad que perseguía el POS era «terminar con el sistema de explotación del hombre por el hombre». «No somos destructores de la sociedad», aclaraba en directa referencia a los anarquistas, declarándose como «constructores de una sociedad más justa» y, precisamente por eso, sus acciones eran «razonables y empezamos primero por transformar el régimen actual». Y bajo esa premisa concluía diferenciando los métodos: «No usamos ni la bomba, ni los insultos. Nuestras armas son: la pluma, la tribuna y el periódico, nuestra divisa la razón, la justicia y la verdad»⁸¹.

En un discurso que revela una mayor elaboración y que nos permite entrever el

desarrollo y alcance político que alcanzó con posterioridad, el zapatero viñamarino Ramón Sepúlveda Leal intervino en el debate mediante un artículo publicado en La Defensa Obrera. Según Sepúlveda L., los trabajadores disponían de dos medios para defender sus intereses: el «político parlamentario» y la «acción directa». En un tono marcadamente positivista, aclaraba que «científicamente» aplicados «los dos son útiles y necesarios, son dos fuerzas [...] necesarias para el desenvolvimiento y progreso social». Teniendo esto en cuenta, «la acción directa es un método que está sujeto a los poderes de la formación política de los estados», diferente, por lo tanto, a la «violencia» inorgánica e individual. Calificaba como problemática la confusión de los anarquistas, quienes comprendían la violencia como un método de lucha cuando sólo era una manifestación reactiva del individuo, motivada por el dolor en que los sumía el sistema. «Por esto», concluía empapado de autoridad, «es que somos socialistas parlamentarios, porque hemos estudiado, aunque en bosquejo a medida de nuestras fuerzas, la evolución histórica de las diferentes civilizaciones y hemos sacado por consecuencia que las conmociones sociales producto del hambre no han cambiado jamás la faz de la organización social»

82.

La ventana que abrieran los socialistas al debate de las ideas prontamente se demostró infructuosa. «¿Y cómo soportar a unos cuantos seres que pretenden por la fuerza hacer que todos sean anarquistas?», se preguntaba una editorial socialista a fines de mayo de 1914. Si el camino de la organización obrera era ya dificultoso, lo era más aún si en él «encontramos además de los enemigos de arriba, a los mismos hermanos de nuestras filas, del trabajo, que pretenden obstruir el paso sin tener razón para ello»⁸³. En un registro un tanto más conciliador, A. Claro se preguntaba «¿por qué esas luchas entre hermanos?», encontrando la respuesta en el tono del debate que imponían los anarquistas, ya que «precisamente el fuego salió de las barricadas acráticas en contra de los que sustentan otra idea». Rechazando la combatividad que había seguido el debate de las ideas, advertía sin embargo, «nos rebelaremos ante las imposiciones de los pequeños opresores del pensamiento, que no practican ni el amor ni la fraternidad»⁸⁴.

Como vemos, mayo de 1914 representó un punto álgido en el enfrentamiento socialista-anarquista, debido posiblemente al valor simbólico que aquel mes tenía para los trabajadores. Los socialistas terminarían ese mes con una nueva conferencia-debate, en donde intervinieron algunos militantes anarquistas. En

dicho evento, a Pedro Ortúzar le correspondió la defensa de las ideas anarquistas, pero a diferencia del primer debate, donde había indicado que el socialismo no tenía razón de ser, ahora señalaba estar «completamente de acuerdo con todo el programa del socialismo, menos en la parte política», reconocimiento que para los socialistas significaba todo un triunfo. Ramón Sepúlveda L. cerró la jornada analizando la «cuestión social» y terminó «felicitándose de haber llegado a un acuerdo tan amplio con Ortúzar, líder anarquista»⁸⁵. Sin embargo, lo que había expresado Ortúzar no constituía una diferencia mínima, más bien representaba el abismo que separaba a anarquistas y socialistas: la utilización de los medios políticos. Quizás el acercamiento de Ortúzar se debía a que compartía el espacio organizativo con muchos trabajadores socialistas, es por eso que en vísperas de la finalización de la huelga general de 1913 había publicado un artículo en La Defensa Obrera. Pero, en ningún caso, claudicaba en el punto central que diferenciaba, irreconciliablemente, a unos y a otros.

A mediados de aquel año, los socialistas porteños dirigieron sus esfuerzos a fortalecer su inserción en el movimiento obrero y a prepararse para las elecciones de 1915. Es por esto que el flanco de sus ataques se dirigió hacia el PD, su enemigo «político», partido que no contaba –salvo entre los ferroviarios– con una gran inserción en las organizaciones obreras. En esta línea se enmarcó la conferencia dada por el secretario de la agrupación, A. Hermenejildo Vergara, a comienzos de junio de 1914. En dicha conferencia, Vergara rememoró los inicios del PD, cuya fundación había respondido a la necesidad de «representar» a los trabajadores en la política nacional. Reconocía por ello que muchos de sus fundadores «fueron individuos de criterio sano, honrados a carta cabal, estudiosos y que se preocupaban con interés y sinceridad de los problemas y asuntos atinentes a las clases proletarias». Sin embargo, con el correr de los años lo que primó fue, más bien, el interés personal devenido en caudillismo político. Debido a esto, señalaba tajantemente que «el partido demócrata es un partido de pillos políticos». «El partido de los demócratas», agregaba, «no es el partido que representa al pueblo. El partido demócrata no tiene base popular, ni la esencia de los trabajadores. No es partido de clases ni de idea». Por ello, en la necesidad de «evolucionar» políticamente, había surgido la Agrupación Socialista de Valparaíso. Reconocía, con la inequívoca intención de liberar a la nueva organización de los viejos vicios, que si bien en el inicio de esta iniciativa habían actuado, como él mismo, ex militantes demócratas, estos no constituían un número importante, porque la mayoría de los militantes socialistas eran «casi todos ciudadanos jóvenes que se inician en la política y que si abrazan el credo

socialista, es porque están sedientos de justicia y redención para los hijos del infortunio». Imbuido de la idea de la regeneración del sistema político, explicaba que «todos somos socialistas porque queremos una política nueva, que derribe la podredumbre y que modifique nuestros sistemas sociales». Concluía planteando que el «socialismo parlamentario» «es una necesidad sentida del proletariado y es indudable que por sus luchas doctrinarias ha de ser el partido del porvenir», en el cual se agruparían los que «sinceramente se preocupen de las miserias y dolores de los hijos del trabajo»⁸⁶.

No es casual que esta conferencia haya sido dictada por A. H. Vergara. Él era una voz autorizada para hablar del PD, pues, como la gran mayoría de los que emprendieron la construcción del POS, arrastraba una larga militancia demócrata. Vergara había sido presidente de la Agrupación demócrata de Villa Alemana, localidad al interior de Valparaíso, y en esa condición había conocido de cerca los vicios en los que incurría el PD, especialmente en época de elecciones.

En el marco de la disputa con el PD, los socialistas se anotaban importantes triunfos gremiales, como por ejemplo la organización de una concurrida asamblea de ferroviarios, un gremio de marcada influencia demócrata. Dicha reunión fue presidida por el ferroviario socialista Tomás Toro Q., quien era dirigente de la Gran FOCH local junto Luis A. González. Toro relató las exitosas acciones realizadas ante la empresa para evitar el despido de ochenta y seis operarios y dio cuenta de su gira al sur como representante de los ferroviarios de Valparaíso, siendo aprobada su labor por la asamblea. En dicha reunión intervino también Roa, fustigando a los representantes de El Mercurio y La Unión, los cuales habían concurrido para ofrecer sus columnas a la organización ferroviaria. En un gesto inequívocamente táctico, felicitó a la Gran FOCH y a la Sociedad Santiago Watt, las que con su gestión en el reciente conflicto habían demostrado ser «mutualistas en la forma y de resistencia en el fondo, defendiendo por la acción directa a sus asociados». Un juicio que de seguro no compartían los históricos dirigentes fochistas, claramente identificados con las posiciones mutualistas. De cualquier manera, la táctica concesiva de Roa, sumada a las acciones gremiales de Toro y González, fueron triunfalmente recibidas por los asistentes, quienes ovacionaron al periodista obrero al finalizar su discurso⁸⁷.

3. La crisis económica y la movilización contra la carestía de la vida

El estallido de la «Gran Guerra» europea en julio de 1914 sirvió para que los socialistas reafirmaran su internacionalismo, criticando fuertemente el patriotismo que alcanzaba a algunas organizaciones obreras. En esta coyuntura, a través de sus medios de prensa los socialistas defendieron una posición pacifista, identificando las causas de la guerra con los intereses capitalistas y dejando en claro que ningún beneficio podían obtener los obreros del conflicto, más aún cuando conformaban el grueso de los ejércitos y de los muertos. Constantemente exponían que los trabajadores no debían dejarse engañar por el patriotismo, debido a que se trataba de una estratagema de los sectores dominantes de las diferentes naciones, con la exclusiva finalidad de defender sus intereses. El internacionalismo obrero fue una constante en la línea política del POS, basado en la idea del carácter universal del capitalismo y, por ende, en la proyección internacional de la lucha obrera. En la práctica, este internacionalismo se nutría con la frecuente información sobre el movimiento obrero internacional y de los socialistas en Europa, EE.UU. y América Latina, especialmente con las noticias de la acción política de los socialistas argentinos

88.

Las graves consecuencias en la economía chilena debido al conflicto bélico europeo provocaron que la movilización del POS se volcara sobre uno de los puntos centrales de sus reivindicaciones: la carestía de la vida. Este era un punto sensible entre los trabajadores, debido a que en el período 1912-1925 las familias obreras gastaban un 64% de sus ingresos sólo para cubrir sus necesidades alimenticias⁸⁹. A poco de iniciada la guerra, las consecuencias en la economía nacional eran manifiestas, agravando una crisis económica que los sectores obreros venían percibiendo desde hace algún tiempo. La caída de los salarios nominales durante la depresión de 1914-1915 se dio en un período de fuerte inflación, lo que llevó a disminuir aún más los salarios reales⁹⁰.

Tabla 1. Precios 1910-1914

Años	1910	1911	1912	1913	1914	1915
------	------	------	------	------	------	------

	Peso						
I. Alimentos							
Harina	100k	28.0	27.0	25.0	26.0	43.0	58.0
Arroz	46k	12.0	10.6	14.8	14.6	23.5	19.7
Frejoles	100k	35.0	33.0	30.0	29.0	35.0	48.0
Papas	100k	15.0	15.0	16.0	16.0	9.0	17.0
Azúcar	@	7.7	7.4	7.9	7.1	7.4	11.1
Sal	46k	2.5	2.5	2.6	2.7	3.0	3.6
Aceite	Docena	28.8	28.5	29.6	31.0	33.6	40.0
Mantequilla	46k	128.8	163.1	161.9	137.5	151.3	197.5
Queso	100k	173.9	229.6	256.8	337.0	274.5	236.4
Grasa	46k	46.3	54.0	57.0	60.5	68.0	82.0
Charqui	46k	271.0	270.0	257.0	364.0	400.0	299.0
Yerba Mate	@	47.0	60.1	71.3	58.5	58.8	63.4
Garbanzos	100k	26.6	32.9	34.2	35.3	38.0	49.5
Lentejas	100k	28.0	36.0	51.0	51.0	37.0	57.0
II. Combustible y luz							
Carbón	-	10.3	11.7	13.1	14.0	12.3	6.2
Velas	25k	32.5	27.3	33.0	35.8	31.5	26.8
Parafina	Caja	7.3	6.7	8.0	8.6	8.9	20.7
III. Vestuario							
Lana	100k	119.0	106.0	117.0	134.0	162.0	211.0
Suelas	100k	288.0	300.0	300.0	300.0	353.0	387.0
IV. Varios							
Cera blanca	46k	126.8	142.5	137.7	149.3	157.5	147.5

Fuente: Mario Matus, Crecimiento sin desarrollo. Precios y salarios reales durante el Ciclo Salitrero en Chile (1880-1930) (Santiago, Editorial Universitaria, 2012), p. 108.

Motivado por el evidente encarecimiento de los productos de primera necesidad (Tabla 1), el POS organizó en Valparaíso una manifestación de protesta para el sábado 8 de agosto. La proclama para dicha manifestación indicaba que el alza de los precios constituía una estrategia de los «cínicos comerciantes explotadores del público consumidor»; por ello convocaban a las sociedades de resistencia a movilizarse a través del boicot contra los especuladores. Pero también, muy en la tradición de los socialistas, se solicitaba a la autoridad tomar medidas en contra de las alzas, estableciendo almacenes de provisión y nombrando un comité que denunciara a los comerciantes que subían indiscriminadamente los precios. Así, se conjugaba en cada acción de los socialistas la movilización de los trabajadores y la apelación a las autoridades, como una manifestación práctica de su auto denominación de «revolucionarios parlamentarios»

91.

De acuerdo a lo informado por La Defensa Obrera, el mitin fue acompañado por unas cuatro mil personas, que escucharon los discursos del gasfiter socialista Carlos Flores, presidente de la Unión Federal de Hojalateros, y de Abel Cruz C., en representación de la Federación de Carpinteros y Ramos Similares. Otros socialistas que hablaron ante la concurrencia fueron A. H. Vergara, B. Rojas, R. Sepúlveda L., P. Ajagan M. y V. Roa. Este último aprovechó la ocasión para protestar a nombre del POS por el asesinato del socialista francés Jean Jaurès. Debido a la inexistencia de un local propio, los oradores socialistas hablaron desde los balcones del recinto del Partido Radical. Exaltados los ánimos luego de los discursos, los manifestantes marcharon hacia la casa del Intendente Aníbal Pinto Cruz, con la finalidad de hacerle entrega de las conclusiones del mitin. Debido a que la máxima autoridad de la provincia se encontraba en su cama descansando, no fueron recibidos. En un intento de no repetir antiguos episodios de violencia, Roa pidió a los concurrentes que partieran tranquilamente a sus casas, no sin antes sentar la «protesta del pueblo porque el representante del Ejecutivo faltaba a sus deberes impuestos por la Constitución Política del

Estado». De acuerdo a la histórica mala relación entre las organizaciones obreras y las autoridades, la actitud del Intendente no parecía nada extraña. Pero, en un hecho que demuestra una transformación de la predominante odiosidad y desatención de las autoridades ante las peticiones obreras, el Intendente envió a su secretario para recoger las conclusiones que él mismo no pudo (o no quiso) recibir⁹².

Este gesto expresa que no todo era represión cuando se trataba de las relaciones entre los obreros y las autoridades, en un rotundo cambio de las respuestas represivas de estas últimas para el período 1903-1907⁹³. Nos informa también, que los obreros que habían adoptado la estrategia «política» vislumbraban alguna luz de esperanza en los aparatos estatales, confirmando de cierta manera la viabilidad del «socialismo parlamentario». Las conclusiones del mitin demuestran lo anterior. En ellas se explicaba a las autoridades que las peticiones obreras estaban «inspiradas y reflejadas en los últimos decretos del gobierno», afirmando que se levantaban con la finalidad de «secundar en sus propósitos de tranquilidad social en que están inspiradas las autoridades superiores de la nación». Advertían sin embargo, apelando a la memoria de los violentos sucesos de principios de siglo, que «un pueblo huérfano de toda protección y defensa, amenazado por el espectro fatídico del hambre, producto todo esto de la sed especulativa de ciertos inhumanos comerciantes, puede ser arrastrado fatalmente a excesos, por el momento, fáciles de evitar». Entre las organizaciones que suscribieron estas conclusiones estaban las sociedades de resistencia de los gremios de panaderos, tranviarios, hojalateros, carpinteros y la Gran FOCH, todas las cuales concurrieron con sus estandartes al llamado del POS⁹⁴.

Por otra parte, la acción de Ramón Sepúlveda L. en Viña del Mar acrecentaba la influencia socialista entre los trabajadores de aquel centro industrial, quedando de manifiesto en la alta convocatoria del mitin del 17 de agosto, organizado también para protestar por la carestía de la vida. En esta manifestación, nuevamente, la mayoría de los oradores fueron socialistas⁹⁵.

Como hemos mencionado, llegado el último tercio de 1914 el distanciamiento entre socialistas y anarquistas se había profundizado, sobre todo en la medida en que los primeros lograban mayores grados de influencia en las organizaciones obreras y conseguían direccionarlas en la línea de su estrategia de solicitar al gobierno medidas para enfrentar la crisis. Este era el caso de la Federación de Carpinteros, en donde tenían activa participación los socialistas Abel Cruz C. y Francisco Ortega. Seguramente bajo la influencia de estos militantes, dicha

organización decidió a mediados de agosto de 1914 retirarse de la FORCH, debido al rumbo que esta tomaba, es decir, promover la acción directa desestimando los medios «políticos». Como sabemos, la FORCH estaba bajo la dirección de importantes cuadros anarquistas, es por esta razón que a los redactores de La Defensa Obrera les parecía «acertada» la decisión de los carpinteros «al no continuar perdiendo el tiempo ni dinero y dedicar sus energías a hacer obra positiva en los actuales momentos en que se necesitan actividad e inteligencia, y más que todo, obra efectiva»⁹⁶.

Como podemos imaginar, la «obra positiva y efectiva» que esperaban cumplir los socialistas era la regeneración del sistema político en función de los intereses obreros. A esto hacía referencia R. Sepúlveda L., cuando indicaba por esos días que la «moral sólida de que empiezan a hacer escuela los socialistas trae consigo una regeneración que ha de dar por el suelo con los que explotan la conciencia y las energías del pueblo»⁹⁷. «Hay que evolucionar y acelerar el progreso moral y para esto necesitamos una sana legislación», planteaba unos días más tarde el mismo militante, henchido de una confianza extrema en la «ley del progreso y la evolución»⁹⁸. Algo similar exponía V. Roa en una carta abierta al Intendente de Valparaíso, explicitando su «convicción profunda de que el Socialismo bien interpretado es el único ideal que llevará a los pueblos al establecimiento de la verdadera democracia social», diferenciándose de quienes postulaban que a través de los hechos violentos se podía conseguir el cambio social. Y muy en la línea «evolutiva» de Sepúlveda L., expresaba que la «reforma social es educando a la colectividad en que vivimos, en el sentido intelectual, económico y moral sin contrariar la ley de evolución»⁹⁹.

Sin embargo, la confianza en la evolución de los sistemas sociales y políticos caería rápidamente ante el peso de la realidad, debido a la casi nula acción del gobierno para hacer frente a la crisis económica y, particularmente, a las consecuencias que esta tuvo en los sectores populares. Es por esto que el anterior colaboracionismo planteado por los socialistas al Intendente, se transformó al poco tiempo en una acusación de las conexiones e intereses comunes entre el gobierno y los comerciantes. La indolencia de las autoridades frente a la miseria de los sectores populares se debía, según la visión de los socialistas, a que el gobierno se encontraba «encastillado en las alturas del poder», algo que parecía lógico ya que «no es gobierno del pueblo, sino que es gobierno de unas cuantas familias millonarias de Santiago». Lo peor de todo era que el «pueblo», el más afectado por la crisis, «en vez de ir enérgico y resuelto a una lucha sin cuartel obligado por la fuerza del hambre, se enmudece y encogido de hombros asemeja

a un niño de pecho»¹⁰⁰.

La crítica de los socialistas a la acción estatal no buscaba solamente sacar provecho político, sino que expresaba su estupefacción frente a la miseria real de los sectores populares afectados por la crisis. Si bien en Valparaíso las autoridades locales intentaron reaccionar, finalmente el Estado no se hizo cargo del problema. Enfrentados a la profundización de la crisis económica, los sectores dominantes desarrollaron una respuesta de corte «civil»: las «Ollas del Pobre». Así, la beneficencia y la caridad, tan presentes en las soluciones de los sectores dominantes a los problemas sociales de ayer y hoy, fueron las respuestas de la oligarquía ante la deplorable situación de los cesantes del puerto. Con este fin, la «clase favorecida» reunió recursos entre los notables de la ciudad y desplegó una serie de comedores populares para ir en auxilio del gran número de desocupados, fenómeno que a noviembre de 1914 afectaba también a los grupos intermedios, como los empleados¹⁰¹. Estos se consideraban –y eran considerados– como trabajadores de mejor pasar que los obreros, pero producto de la crisis su condición había empeorado, y tal vez por ello, el POS porteño los incorporará más adelante en su programa electoral de 1915.

La crítica situación económica de los sectores populares llevaba a los socialistas a incitar entre los trabajadores la movilización frente a las consecuencias de la crisis: «Agitémonos como ciudadanos en nuestros derechos y en nuestros deberes, ejerciendo con valentía y decisión en las horas de prueba». Esto significaba agitar la lucha política y prepararse para «que los cínicos no lleguen otra vez al parlamento ni al gobierno en nombre de las multitudes hambrientas que hoy sufren el escarnio de sus infamias», algo que se debía lograr «enviando a los nuestros, a los convencidos y sinceros de nuestras filas»¹⁰². Se insinuaba un discurso de clase más hostil a la autoridad, pero que de igual manera se inclinaba por la acción institucional.

Finalizaba 1914 y los socialistas aún no abandonaban la esperanza de que el gobierno tomara medidas para enfrentar la crisis. Por ello, en las manifestaciones que organizaban se apreciaba todavía un espíritu moderado, alejado de una retórica radical y con miras a proponer soluciones políticas. A fines de noviembre, el Comité Pro Carpinteros Desocupados, donde los socialistas ejercían una fuerte influencia a través de Aníbal Ajagan M. y Enrique de Belda (presidente de dicha organización), convocó a un concurrido mitin en donde se hicieron presente veinticuatro sociedades de resistencia de Valparaíso y Viña del Mar, que exigieron al gobierno medidas para enfrentar la creciente cesantía y el

alza de los artículos de primera necesidad. En este mitin, la mayoría de los discursos estuvieron a cargo de militantes del POS. Los oradores relacionaron el encarecimiento de los alimentos a ciertas medidas adoptadas por el gobierno, como el aumento en las tarifas de los fletes que realizaba FF.CC. del Estado. Las conclusiones de esa jornada iban en la línea de solicitar acciones del gobierno para enfrentar las consecuencias de la cesantía. Entre estas destacaban la reducción del precio de los fletes ferroviarios, la moratoria de las deudas por arriendo y la paralización de los desalojos por deudas, la reducción de las tarifas del transporte urbano y la rápida ejecución de obras públicas para aumentar los puestos de trabajo¹⁰³.

Como consecuencia de toda esta actividad, los socialistas vislumbraban un futuro promisorio en las elecciones de marzo de 1915. Dadas las condiciones de los sectores populares, profundamente afectados por la crisis económica, veían en esta coyuntura una posibilidad de salvar los obstáculos que le impedían elegir representantes en las instituciones estatales, apoyados fundamentalmente en la conciencia que creían alcanzarían los trabajadores de que los socialistas eran los únicos que podían cambiar su situación de pobreza. Con esta finalidad, el POS porteño creó el 22 de diciembre el Centro Juventud Socialista, instancia que pretendía fortalecer y posicionar las ideas socialistas entre las filas proletarias. Para propiciar estos objetivos, La Defensa Obrera pasaba a constituirse como órgano oficial de dicho centro. Como secretario general de esta nueva organización fue nombrado Víctor Roa, quien, junto a L. González R., P. Herrera, G. San José y A. Ajagan, integraba también la comisión de prensa que se haría cargo del periódico.

Por aquellos días, se creó el Centro de Propaganda Socialista de Viña del Mar, el cual también participaría en la redacción del periódico¹⁰⁴. Este Centro propagandístico buscaba fortalecer la inserción de los socialistas entre las industrias de dicha ciudad, impulsando la movilización de los trabajadores de acuerdo a los intereses del POS. Con esta finalidad, el partido inauguró el nuevo año con una conferencia donde participaron los ya recurrentes Roa y Sepúlveda L., además de otros tres oradores. Uno de ellos (el «compañero Ramírez») leyó un estudio sobre la mujer, lo que expresa el interés de los socialistas por movilizar políticamente y acercar a sus posiciones a la gran cantidad de obreras que trabajaban en las diferentes fábricas de Viña del Mar. El periódico informaba, con orgullo, que este tipo de manifestaciones daban cuenta que los militantes socialistas «día a día van desarrollando su inteligencia y surgiendo por medio del estudio»¹⁰⁵.

Claramente, estos dos centros, tanto de formación intelectual como de agitación, tenían por objeto fortalecer la propaganda socialista en la región y preparar el camino a los candidatos del POS para las elecciones de marzo de 1915. Como parte de esta estrategia, podemos leer también la participación del POS porteño en el mitin «Pro Instrucción Pública» del 17 de enero de 1915, organizado por la Federación de Estudiantes de Valparaíso. Esta manifestación representó una ampliación respecto de la composición social que pregonaba el POS, pues en ella participaron obreros y estudiantes. En la Plaza O'Higgins, Roa disertó sobre el problema de la educación pública, «señalando las causas y a los causantes del cierre de las 400 escuelas públicas en los cuales estaban envueltos los clericales y los representantes de todos los partidos desde el demócrata, indignos representantes que daban [...] el golpe de muerte al pueblo, privándolo de la instrucción, base de todo progreso». En este acto, además de Roa, hablaron dos representantes de las sociedades de resistencia y un dirigente de los estudiantes¹⁰⁶.

Esta novedosa alianza obrero-estudiantil, pretendía afianzar la inserción de las ideas socialistas en un movimiento social más amplio, concretizándola en el apoyo y fomento de la educación pública, a la cual identificaban como uno de los pilares del mejoramiento social. Tenía por intención, además, fortalecer al POS porteño con miras de las elecciones de marzo, ampliando su potencial de representación mediante el apoyo a las reivindicaciones universitarias, que posteriormente pasarían a integrar el programa político diseñado para las elecciones de marzo de 1915.

[1 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 15 de abril, 1913.](#)

[2 La Razón, Santiago, 25 y 26 de febrero, 1913.](#)

[3 En esa línea se inscribe la publicación en el periódico socialista La Defensa Obrera de las cartas del Eulogio Otazú, militante anarquista peruano expulsado del país debido a su actuación en la huelga general de octubre-noviembre de 1913. La Defensa Obrera, Valparaíso, 22 de noviembre, 1913. El órgano de los socialistas de Iquique también asumió la defensa de Otazú; El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 4 y 11 de noviembre, 1913. En la misma línea se puede entender la publicación del artículo «Despertar», del zapatero anarquista Pedro Ortúzar, en el primer número de La Defensa Obrera, Valparaíso, 15 de](#)

noviembre, 1913.

4 La Defensa Obrera, Valparaíso, 6 de diciembre, 1913.

5 DeShazo, op. cit., p. 202.

6 Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit., pp. 252-257; Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., p. 40; DeShazo, op. cit., pp. 203-205. La investigación más completa sobre este conflicto es el trabajo de Eduardo Godoy, el cual reafirma que la dirección de la huelga general estuvo en manos de militantes anarquistas. Eduardo Godoy, La Huelga del Mono. Los anarquistas y las movilizaciones contra el retrato obligatorio (Valparaíso, 1913) (Santiago, Quimantú, 2014).

7 Godoy, op. cit., p. 93.

8 La FORCH se había formado el 5 de octubre de 1913 en Valparaíso, compuesta por cinco gremios porteños. En ese acto estuvo presente el dirigente anarquista de la Federación Obrera Regional peruana, Eulogio Otazú. La Batalla, Santiago, 1ª quincena de noviembre, 1913.

9 La Unión, Valparaíso, 20 de octubre, 1913.

10 La Locomotora, Santiago, 25 de octubre, 1913.

11 La Locomotora, Santiago, 2 de noviembre, 1913.

12 La Batalla, Santiago, 10 de noviembre, 1913.

13 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 22 de abril, 1913.

14 La Voz Socialista, Santiago, 1ª quincena de noviembre, 1913.

15 La Batalla, Santiago, 2ª quincena de noviembre, 1913. La persecución y hostigamiento policial de los dirigentes obreros santiaguinos en el contexto de la huelga general de 1913, específicamente de dirigentes anarquistas (vinculados por las autoridades a tres atentados dinamiteros a instituciones católicas), en Godoy, op. cit., pp. 66-72.

16 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 6 de noviembre, 1913.

17 El Trabajo, Punta Arenas, 9 de noviembre, 1913.

18 El Socialista, Punta Arenas, 15 de noviembre, 1913.

19 La Unión, Valparaíso, 31 de octubre, 1913.

20 La Unión, Valparaíso, 10 de noviembre, 1913.

21 Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., pp. 78-79.

22 La Unión, Valparaíso, 1 de noviembre, 1913. Según Sergio Grez, Abel Cruz C. participó del «anarquista» Comité pro Primero de mayo de 1913, donde se congregaron diversas sociedades de resistencia (Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit., p. 250). Esta experiencia anarquista puede haber sido una de las causas de su alejamiento de las filas del POS hacia fines de 1915. Sin embargo, en su período «socialista» este obrero contribuyó agitando y organizando sociedades de resistencia, además de escribir profusamente en la prensa del POS, en donde defendió la opción socialista («política»). De cualquier forma, hay que dejar sentada la ambivalencia (o doble militancia) de Cruz C., ya que como vimos anteriormente dirige una carta a El Despertar de los Trabajadores en octubre de 1912, denunciando la actitud de los demócratas y augurando un auspicioso futuro a los socialistas, para luego, unos meses después, publicar un texto («El Odio») en el órgano anarquista La Batalla, Santiago, 2ª quincena de enero, 1913.

23 Eulogio Otazú fue detenido el 30 de octubre y llevado al acorazado O'Higgins de la Armada, que atracaba en Valparaíso. Cuando los dirigentes de la huelga general se enteraron de la suerte del obrero peruano, un grupo tomó una lancha y se dirigió hacia el O'Higgins, descendiendo en ella y exigiendo comunicarse con el detenido. El oficial de guardia les comunicó que Otazú no se encontraba a bordo y conminó a los dirigentes a descender. No conformes con la explicación del oficial, la lancha del grupo de dirigentes navegó rodeando el O'Higgins exigiendo a gritos noticias sobre Otazú. A poco andar, las exigencias de los dirigentes se transformaron en proclamas de sublevación dirigidas a los marinos de bajo rango. Incitaban a estos a descender del buque y a sumarse a los obreros en huelga, por compartir la situación de explotación. Debido a esta acción, la lancha fue perseguida por botes de la Armada, siendo detenidos diez dirigentes. Entre estos se encontraba el socialista Gonzalo San José, uno de los dirigentes de la sección del POS porteño. La Unión, Valparaíso, 2 de noviembre,

1913; Sucesos, nº583, Valparaíso, 6 de noviembre, 1913; El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 4 de noviembre, 1913; La Batalla, Santiago, 10 de noviembre, 1913. El desarrollo y desenlace, así como las manifestaciones de apoyo que concitó el secuestro de Otazú, en Godoy, op. cit., pp. 132-161.

24 La cita en DeShazo, op. cit., p. 200; ver también la entrada «Chamorro, Juan Onofre», en el Índice Onomástico de Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit., p. 414.

25 La Unión, Valparaíso, 2 de noviembre, 1913.

26 La Unión, Valparaíso, 10 de noviembre, 1913.

27 Ídem.

28 Eugenia Garrido, «Los orígenes de Viña del Mar y su proceso de industrialización. Un caso específico: Lever, Murphy y Cía.», Archivum, año V, 6, p. 80.

29 María Ximena Urbina, «Chalets y chimeneas: los primeros establecimientos industriales viñamarinos, 1870-1920», Archivum, año IV, 5, pp. 179-182.

30 Ibíd., pp. 193-194.

31 La Unión, Valparaíso, 13 de noviembre, 1913.

32 La Defensa Obrera, Valparaíso, 15 de noviembre, 1913. Un par de meses después, las socialistas de Viña del Mar formaron una sección de esta organización; La Defensa Obrera, Valparaíso, 14 de febrero, 1914. Sobre esta organización, ver el capítulo

vii

, pp. 248-269.

33 La Unión, Valparaíso, 12 de noviembre, 1913.

34 La Unión, Valparaíso, 14 de noviembre, 1913.

35 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 11 de noviembre, 1913.

36 Además de este periódico, la agrupación socialista porteña editaba quincenalmente una «Revista Sociológica» llamada Germinal. En La Voz Socialista (Santiago, 20 de octubre, 1913) se reproduce un artículo de Recabarren publicado por esta revista y en La Defensa Obrera (Valparaíso, 21 de febrero, 1914) se informa que una asamblea del POS decide su continuidad. Lamentablemente, la Biblioteca Nacional no dispone de ejemplares.

37 Existe otro periódico, posiblemente creado por Víctor Manuel Roa Medina. Se trata de La Luz del Pueblo, publicado en Linares, entre diciembre de 1906 y febrero de 1907, en cuya propiedad y redacción figura Baldomero Roa Medina. De la lectura de sus artículos, es casi seguro que se trata de Víctor Roa Medina, pues su estilo, intereses y manera de firmar son similares.

38 La Defensa Obrera, Valparaíso, 15 de noviembre, 1913.

39 La Voz Socialista, Santiago, 2ª quincena de noviembre, 1913.

40 Para el desarrollo y consecuencias de las grandes manifestaciones obreras del período 1903-1907, véase Garcés, op. cit. Sobre la huelga de Iquique en 1907, Eduardo Devés, Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907 (Santiago, Lom ediciones, 1997); y las compilaciones Pablo Artaza et al., A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique (Santiago, DIBAM- Lom ediciones-Universidad Arturo Prat, 1998) y Pablo Artaza, Susana Jiles y Sergio González M., A cien años de la masacre de Escuela Santa María de Iquique (1907-2007) (Santiago, Lom ediciones, 2009).

41 La Unión, Valparaíso, 18 de noviembre, 1913.

42 Ídem.

43 Godoy, op. cit.

44 Mario Matus y Sergio Garrido, «Trabajadores ferroviarios y metalúrgicos al despuntar el siglo XX en Chile», en Matus (ed.), op. cit., p. 28.

45 La Defensa Obrera, Valparaíso, 22 de noviembre, 1913.

46 La Defensa Obrera, Valparaíso, 13 de diciembre, 1913

47 Godoy, op. cit., p. 174.

48 La Defensa Obrera, Valparaíso, 29 de noviembre, 1913.

49 La Defensa Obrera, Valparaíso, 6 de diciembre, 1913.

50 Ídem.

51 La Defensa Obrera, Valparaíso, 13 de diciembre, 1913.

52 La Defensa Obrera, Valparaíso, 10 de enero, 1914.

53 La Defensa Obrera, Valparaíso, 17 de enero, 1914.

54 Sobre este tipo de estrategia huelguística, véanse DeShazo, op. cit., p. 175 y González Vera, op. cit., pp. 146-147.

55 La Defensa Obrera, Valparaíso, 22 de noviembre, 1913; 13, 20 y 27 de diciembre, 1913; 3, 10 y 17 de enero, 1914.

56 La Batalla, Santiago, 1ª quincena de enero, 1914.

57 La Batalla, Santiago, 1ª quincena de agosto, 1913.

58 La Defensa Obrera, Valparaíso, 14 de febrero, 1914.

59 La Batalla, Santiago, 1ª quincena de diciembre, 1913.

60 La Defensa Obrera, Valparaíso, 14 de marzo, 1914.

61 La Defensa Obrera, Valparaíso, 21 de marzo, 1914.

62 La Defensa Obrera, Valparaíso, 21 de marzo, 1914.

63 La Batalla, Santiago, 1ª quincena de marzo, 1914. Cursivas en el original.

64 Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit., pp. 131-134.

65 A las pocas semanas de fundado el partido en la región salitrera, se organizó la Sociedad de Defensa del Trabajo de Oficios Varios (1 de agosto de 1912), con la pretensión de ser un espacio de confluencia de las sociedades de resistencia

existentes en Iquique. En esa institución se congregaron diversas sociedades, como la de fundidores, artes mecánicas y lancheros, bajo el alero de los principios socialistas. Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., p. 122.

66 La Batalla, Santiago, 2ª quincena de junio, 1913.

67 La Defensa Obrera, Valparaíso, 28 de marzo, 1914.

68 La Defensa Obrera, Valparaíso, 4 de abril, 1914.

69 La Batalla, Santiago, 2ª quincena de abril, 1914. Cursivas en el original.

70 Como por ejemplo, en la adhesión socialista al llamado de la FORCH para el mitin de apoyo a los anarquistas argentinos afectados por la ley de residencia; La Defensa Obrera, Valparaíso, 31 de enero, 1914 y 7 de febrero, 1914.

71 Se trata, seguramente, de los dirigentes anarquistas Pedro Ortúzar, Modesto Oyarzún y Francisco Barrera, activos participantes del movimiento obrero porteño. Véanse las entradas con sus nombres en el Índice Onomástico de Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit. y DeShazo, op. cit., pp. 200-201.

72 La Defensa Obrera, Valparaíso, 16 de mayo, 1914.

73 Como un ejemplo de las relaciones entre obreros, intelectuales y artistas en los círculos anarquistas, es de inestimable valor el panorama presentado por el escritor José Santos González Vera, testigo y protagonista de la época; González Vera, op. cit., pp. 102-238. Además, el citado libro de Sergio Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit.

74 Jorge Rojas Flores, «Historia, Historiadores y comunistas chilenos», en Loyola y Rojas F. (comp.), op. cit., p. 20.

75 Según lo expuesto por González Vera: «Es difícil que el anarquista encuentre patrón a su gusto. Ser asalariado es para él imposición de las circunstancias. De consultarle es seguro que preferiría ser predicador, artesano o vagabundo. [...] El anarquista quisiera no ser explotado, pero le urge más no depender, no recibir órdenes, ser libre.» González Vera, op. cit., p. 176.

76 La Defensa Obrera, Valparaíso, 16 de mayo, 1914.

[77 La Defensa Obrera, Valparaíso, 11 de abril, 1914.](#)

[78 La Defensa Obrera, Valparaíso, 25 de abril, 1914.](#)

[79 La Defensa Obrera, Valparaíso, 9 de mayo, 1914.](#)

[80 La Defensa Obrera, Valparaíso, 16 de mayo, 1914.](#)

[81 La Defensa Obrera, Valparaíso, 9 de mayo, 1914.](#)

[82 La Defensa Obrera, Valparaíso, 30 de mayo, 1914.](#)

[83 La Defensa Obrera, Valparaíso, 23 de mayo, 1914.](#)

[84 Ídem.](#)

[85 La Defensa Obrera, Valparaíso, 6 de junio, 1914.](#)

[86 La Defensa Obrera, Valparaíso, 27 de junio, 4 y 11 de julio, 1914.](#)

[87 La Defensa Obrera, Valparaíso, 1 de agosto, 1914. Resultan sugerentes las palabras de Roa, porque permiten situar el acercamiento de los socialistas hacia la Gran FOCH mucho antes del giro estratégico encabezado por Recabarren en 1918-1919, que llevó a esta organización a posiciones marcadamente clasistas y sindicalistas. Sobre el giro de 1918-1919, véanse Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., pp. 81-88 y Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 174-177.](#)

[88 Sobre el Partido Socialista argentino, véase Hernán Camarero y Carlos M. Herrera \(eds.\), El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo \(Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005\).](#)

[89 DeShazo, op. cit., p. 109.](#)

[90 Ibíd., p. 68.](#)

[91 La Defensa Obrera, Valparaíso, 8 de agosto, 1914.](#)

[92 La Defensa Obrera, Valparaíso, 15 de agosto, 1914.](#)

[93 De cualquier manera, las esperanzas de los socialistas de desplegar la lucha](#)

política en un marco legal justo e imparcial se demostrarían como una ilusión. Con el correr de los meses, comenzó la persecución de los dirigentes socialistas. Primero, el robo e intento de incendio del taller del sastre Benjamín Rojas C. y, luego, el allanamiento por agentes de seguridad de la antigua casa de Víctor Roa, con la justificación de buscar allí artefactos explosivos. Estos hechos represivos dan cuenta, a su vez, de la incomodidad de las autoridades frente a la acción política de los socialistas. La Defensa Obrera, Valparaíso, 26 de septiembre, 10, 17 y 31 de octubre, 1914.

94 La Defensa Obrera, Valparaíso, 15 de agosto, 1914.

95 La Defensa Obrera, Valparaíso, 22 de agosto, 1914.

96 Ídem.

97 La Defensa Obrera, Valparaíso, 29 de agosto, 1914.

98 La Defensa Obrera, Valparaíso, 5 de septiembre, 1914.

99 La Defensa Obrera, Valparaíso, 17 de octubre, 1914.

100 La Defensa Obrera, Valparaíso, 10 de octubre, 1914.

101 Ernesto Guajardo, Valparaíso, la memoria dispersa. Crónicas históricas (Santiago, RIL editores, 2013), pp. 169-182.

102 La Defensa Obrera, Valparaíso, 31 de octubre, 1914.

103 El Chileno, Santiago, 27 y 30 de noviembre, 1914.

104 La Defensa Obrera, Valparaíso, 22 de diciembre, 1914.

105 La Defensa Obrera, Valparaíso, 23 de enero, 1915.

106 Ídem.

Capítulo III

La primera experiencia electoral como partido autónomo. Valparaíso, 1915

1. La instalación de la plataforma electoral socialista en un contexto de crisis

Tras el agitado período de formación de la sección porteña del POS, las elecciones de 1915 asomaron como una buena oportunidad para demostrar el grado de influencia que habían logrado los socialistas entre los trabajadores. Fueron también una oportunidad para poner en práctica la propaganda política bajo los presupuestos que daban sentido al partido.

Como preparación del terreno para las elecciones de marzo de 1915, los socialistas de Valparaíso organizaron la noche del viernes 22 de enero una jornada de agitación que contó con la participación de los principales dirigentes de la agrupación. Alrededor de quinientas personas se congregaron en la Plaza O'Higgins para escuchar a los conferencistas. Abrió la jornada el obrero mecánico y secretario de la agrupación Luis A. González R. con un discurso que encendió a la concurrencia, preparando el ambiente para el principal orador de la manifestación: el tipógrafo Víctor Manuel Roa Medina, proclamado como candidato a diputado por los socialistas y anunciado como la opción «de los ciudadanos que se consideran conscientes». Roa comenzó su disertación con su bastión legitimador: que el POS era un «partido político y social y no político como los demás partidos». Por casi una hora, expuso los medios de acción del partido, que incluían la política, la acción social y económica, además presentó las «justificaciones científicas» para la consecución del socialismo. El público lo ovacionó. Como cierre del acto, los socialistas marcharon hacia al local del Centro Juventud Socialista ubicado en la calle Pedro Montt, en un desfile marcado por las expresiones de apoyo al Centro y al socialismo. Al llegar al local, Roa habló nuevamente hasta las once de la noche. El martes 26 del mismo

mes subió nuevamente a la tribuna, ahora para disertar sobre la «socialización de la sociedad», en una actividad organizada por el mismo Centro Juventud Socialista

1.

Con estas dos actividades, se daba inicio a las múltiples jornadas de agitación que realizarían los socialistas porteños con el fin de dar a conocer sus postulados para cambiar la situación de los obreros a través de la participación parlamentaria. La plataforma electoral del POS porteño contenía quince puntos que constituían su «programa mínimo» y que serían la base de su esperada actuación legislativa. Entre estos destacaban: fomento a la educación en la región; la sustitución de las fichas salitreras por otras de origen fiscal, las cuales tendrían garantía estatal; protección de accidentes laborales y construcción de habitaciones obreras «saludables, cómodas y baratas»; medidas en contra de la mortalidad infantil; control y castigo de las acciones judiciales y policiales en contra de los trabajadores; promoción cultural que proporcionara al pueblo una «alegre distracción necesaria»; libertad de comercio y de movimiento en los campamentos salitreros; indemnización por cuenta del empleador ante los despidos; garantías de protección e inviolabilidad de la correspondencia; mayor inversión en el tren Longitudinal, con la intención de bajar los costos del flete y, por ende, de abaratar los alimentos; y la creación de un tribunal arbitral para los conflictos laborales (presentado como punto principal), que estaría compuesto por trabajadores y patrones, además de ser gratuito para «todos los perjudicados por los abusos patronales»².

Esta proyección programática parlamentaria estaba dirigida hacia el «pueblo laborioso y trabajador», es decir, a «todo el conjunto de familias que viven de su trabajo honrado, como obreros, jornaleros, empleados, o de pequeños comerciantes, sean hombres o mujeres, jóvenes o ancianos». A ese «pueblo» se dirigían y proponían representar, porque el POS era también «una parte del pueblo trabajador». Y debido a que no formaban parte del conjunto de «políticos profesionales», los socialistas buscaban alcanzar «con el medio político lo que podamos para el bienestar y felicidad de la población».

La definición amplia de «pueblo laborioso y trabajador» que da sentido al programa de 1915 resulta conflictiva, puesto que se incluía en ella a empleados y a pequeños comerciantes, grupos que normalmente no formaban parte de su discurso y que, en el caso de los segundos, unos meses antes habían sido

denunciados como uno de los explotadores de los sectores populares. Es probable que este acercamiento pretendiera establecer un vínculo entre las reivindicaciones programáticas del POS y la realidad de estos grupos tras la crisis económica. A pesar de esta convocatoria ampliada, el POS continuaba conceptualizándose como un partido «compuesto de trabajadores que sufren y que necesitan ese mejoramiento».

El programa político terminaba llamando a la movilización y apoyo de los trabajadores a su acción política, debido a que este partido era «el único que puede cumplir sus propósitos». Además, agregaban una cuota de realismo político a la proclama: «No podemos decir que vamos a realizar todo ese hermoso y grande programa que hemos señalado, sólo nos proponemos trabajar para realizarlo». Esta era una lectura objetiva de las desfavorables condiciones del sistema electoral en las cuales competían los socialistas y de la clausura práctica del sistema político para las organizaciones que se proponían actuar fuera de las alianzas oligárquicas. A muchos militantes del POS, la larga experiencia en estas coyunturas les indicaba que las artimañas de la oligarquía harían casi imposible su llegada al parlamento. Tal vez por lo mismo advertían, al final de dicho documento, que: «Todas estas aspiraciones de mejoramiento de la vida obrera, serán perseguidas por el Partido Obrero Socialista; hasta alcanzar su realización y serán perseguidas con o sin representación parlamentaria»³.

Esta plataforma electoral es idéntica a la de la agrupación socialista de Iquique para las elecciones de 1915⁴, lo que permite constatar que, a pesar de la inexistencia de una coordinación orgánica, entre los militantes del norte salitrero y de Valparaíso existía una comunión de intereses. Además, permite establecer que por lo menos entre estas dos secciones existía la noción de que el POS era efectivamente un partido de carácter nacional y no solamente grupos independientes de socialistas dispersos por el país. Entre los socialistas de Punta Arenas, esta noción no era del todo clara⁵. Algo similar sucedía entre los socialistas de Santiago, los cuales para subsanar esta indefinición comenzaron a promover desde fines de 1914 la idea de convocar a un congreso del partido, para aunar el programa y la acción socialista.

La agitación electoral en Valparaíso continuó con el mitin del jueves 4 de febrero en la Plaza O'Higgins, donde Roa señaló que la admisión de los medios políticos por parte de los socialistas se debía fundamentalmente al «fracaso de todos los partidos políticos en relación con los intereses de las clases trabajadoras». Si se constataba un fracaso, lo mismo denota que antes del POS existieron otras

opciones –otros partidos– que se dejaron en el camino, ya fuera porque se demostraron ineficientes o porque terminaron por representar los intereses de los sectores dominantes. Por ello, Roa reiteró el carácter autónomo de la lucha que emprendían los socialistas, exhortando a los partidos de la Alianza Liberal y la Coalición a que compitieran fuera de las alianzas políticas para comprobar así su real apoyo popular. Se despidió entre los vítores de los más de seiscientos asistentes, que rápidamente marcharon hacia el local del POS. Allí Roa subió a una improvisada tribuna desde donde propuso la socialización de las tierras baldías del Estado para proporcionar medios de subsistencia a los trabajadores cesantes, en una primitiva y vaga idea de reforma agraria⁶. Conviene aclarar que esta propuesta no incluía a los sectores subordinados del campo, dado que entre 1912 y 1915 los socialistas porteños no desarrollaron ninguna estrategia para organizar y movilizar a los inquilinos.

La cesantía –junto con la carestía de la vida– era uno de las principales preocupaciones «económicas» de los socialistas. Con el agudizamiento de la crisis económica producto de la Gran Guerra europea, se fueron acumulando en Valparaíso los cesantes que llegaban desde el norte salitrero tras la paralización de la exportación del salitre. A mediados de agosto de 1914, el órgano periodístico de los socialistas porteños consignaba la llegada, en un solo barco, de trescientos cesantes pampinos más sus familias⁷. Un mes después, denunciaba las deplorables condiciones en que se encontraban los trabajadores desocupados y sus familias, encerrados en vagones (anteriormente utilizados para el transporte de animales) a la espera de un definitivo asentamiento⁸. Para hacer frente a esta situación, los socialistas organizaron, junto a obreros ferroviarios y la Gran FOCH, una jornada de ayuda para los trabajadores nortinos albergados en los galpones de la Maestranza Habas, en donde repartieron ropa y víveres. En esa ocasión, Víctor Roa se dirigió a los obreros nortinos señalándoles que la ayuda provenía de los trabajadores de Valparaíso en solidaridad ante la precaria situación de sus pares salitreros, para lo cual se «desprendían de su reducido jornal para ayudarlos». A modo de agradecimiento, uno de los trabajadores nortinos tomó la representación de los albergados y conversó con el dirigente socialista⁹.

Además de estas acciones de solidaridad, el partido continuaba fortaleciendo su inserción en la actividad política en la región. Con esa finalidad formó, a fines de 1914, el Centro de Propaganda Socialista de Viña del Mar. En la tercera conferencia organizada por este centro, Roa expuso largamente sobre las propuestas socialistas para enfrentar la difícil coyuntura económica en que se

encontraba el país. Cuando el público escuchaba atentamente el discurso del candidato a diputado llegó la policía con la intención de dispersar al grupo que se encontraba reunido en la Plaza Vergara de Viña del Mar. En esos momentos, Ramón Sepúlveda L., intervino «censurando la conducta de la policía y deseando que ojalá no volvieran a ocurrir esas estupideces»¹⁰. Si bien no era la primera ni la única vez que la policía intentaría obstaculizar las manifestaciones obreras, la actitud de los policías sorprendió a los concurrentes por no formar parte de la cotidianidad del activismo político. Son pocas las veces que los socialistas informan de las acciones represivas de la policía, por lo menos, en el contexto de los mítines de agitación y, en especial, en las manifestaciones políticas de las elecciones de 1915. Al mismo tiempo, llama la atención que frente a las provocaciones policiales los obreros no reaccionaran y que Sepúlveda L. diera cuenta a viva voz de la «estupidez» policial sin que estos recogieran el guante. Este pequeño gesto expresa la dinámica de la actividad política desplegada por los socialistas y, simultáneamente, corrobora su nivel de confianza en las posibilidades existentes para desarrollar su movilización política mediante medios pacíficos. Hay que recordar que los socialistas –y de seguro otros grupos organizados de trabajadores– realizaban frecuentemente reuniones públicas de agitación y que para ello no pedían permiso a ninguna autoridad. Además, tenían un periódico que criticaba fuertemente al orden establecido, que se publicaba regularmente y que cuando no lo hacía, se debía más a la falta de recursos de la agrupación que a la persecución policial.

En un contexto como este, la diferenciación actuaba constantemente para expresar y clarificar la representatividad de cada actor en el sistema político chileno. En tiempos de elecciones, los socialistas desarrollaron un discurso diferenciador dirigido a establecer la ilegitimidad de los partidos históricos y la nula representación obrera en el sistema político. Una editorial de La Defensa Obrera denunciaba que «todos los partidos políticos [...] son instrumentos genuinos de la coalición que representa la horca y el cuchillo del despotismo y opresión a la libertad y al derecho». Así, la opción socialista, «fuerza nueva que representa la lucha de clases entre el capital y el trabajo», era la única que podía lograr el mejoramiento de los trabajadores, dado que los candidatos que presentaba eran «dos compañeros de trabajo, dos campeones que gran parte de su existencia la han dedicado al servicio de la causa popular en la prensa, en la tribuna y en la organización societaria»¹¹. Estos dos «campeones» eran Víctor Roa M. (candidato a diputado) y el obrero salitrero Tránsito Salinas (candidato a senador), nada menos que uno de los fundadores del POS en Tarapacá¹².

La condición obrera de ambos candidatos era fundamental para fortalecer la diferenciación buscada por los socialistas y que se expresaba al constatar que todos los demás partidos llevaban a las elecciones «caudillos politiqueros que no conocen la necesidad de los proletarios, porque no han sufrido la lucha ardua por la vida: las miserias y hambres del pueblo; porque en las organizaciones proletarias, no han soportado el embate quebrantador de voluntades en la batalla contra la ignorancia, la maldad y el vicio». Al contrario de los «caudillos politiqueros», los candidatos socialistas conocían esas dificultades debido a su condición obrera y por ello eran «reflejo fiel de esos dolores, de esas miserias», pues «en ellas viven y luchan por emancipar la conciencia obrera escarnecida y vilipendiada por el capital». Además, estaban ungidos de legitimidad representativa, porque «sin caudillismo se levantan sus nombres por voluntad decisiva y espontánea de sus camaradas»¹³. Es decir, ambas candidaturas eran expresión de la decisión de los militantes y no de las cúpulas partidistas, uno de los flancos principales de las críticas de los socialistas hacia los partidos tradicionales y, principalmente, hacia el PD.

En tanto, los socialistas santiaguinos continuaban con sus dificultades organizativas, expresadas ahora en la presentación de dos listas parlamentarias¹⁴. Sus compañeros porteños, como una demostración de las dificultades organizativas y de comunicación existentes entre los militantes socialistas, presentaban, hacia fines de febrero, a ambas listas de candidatos con una vaga explicación: «en Santiago hay desacuerdos». En seguida, creían pertinente aclarar que «ambos grupos van contra la burguesía y las sucias claudicaciones de principios». Entonces, ¿cuáles eran los candidatos que los militantes del partido debían apoyar en la capital? No se explicaba, sólo comentaban que cada grupo «lucha con fuerzas propias»¹⁵. Este hecho permite dimensionar las dificultades orgánicas del POS en sus primeros años (o como la denomina Sergio Grez, la «dispersión inicial»)¹⁶.

Si bien las elecciones extremaban la movilización de los socialistas, no eran, con mucho, su única preocupación. Las batallas por mejorar las condiciones laborales de los trabajadores constituían la base de la acción política del POS. Como una señal del compromiso de los candidatos socialistas con la causa de los trabajadores, se organizó un mitin de protesta en contra de las determinaciones del administrador de la Maestranza del Barón, Eulalio Vargas Salcedo, que afectaban a los obreros ferroviarios. Entre las medidas del administrador Vargas, se encontraban el despido de veintiún limpiadores de maquinas, el reemplazo de estos mediante el descenso a esa función de igual número de fogoneros (lo que

implicaba, a la vez, la rebaja de salarios) y el aumento de la jornada laboral del personal de la Maestranza (dos días domingos y dos sábados) por el mismo salario¹⁷. Para protestar contra esta situación, los socialistas congregaron a sus militantes y simpatizantes en la Plaza O'Higgins. Esa noche concurrieron los dos candidatos del POS. En sus intervenciones, Roa y Salinas protestaron por lo que entendían como abusos cometidos en contra de los trabajadores, insinuando que las arbitrariedades se debían más a la negativa de los trabajadores de prestar su apoyo político a los candidatos de los directivos de la empresa ferroviaria, que a las necesidades económicas de la misma¹⁸. Estas opiniones ponen de manifiesto que los socialistas aprovechaban cualquier coyuntura para convertirla en una acción política. Así, gracias a la intervención discursiva de los socialistas, una manifestación propiamente laboral podía transformarse en una crítica al sistema político y en una reivindicación democrática.

Desde que se conoció la designación de los candidatos socialistas a mediados de enero de 1915, hasta su proclamación pública en el mitin del 20 de febrero, los militantes del POS organizaron catorce manifestaciones públicas. Lo que quiere decir que aquel mes, aproximadamente cada dos días los militantes se desplegaron masivamente por las calles de Valparaíso o Viña del Mar, marchando y avivando a los candidatos socialistas. A esto hay que sumarles las innumerables conferencias, reuniones y comicios políticos espontáneos, que podía realizar cualquier militante para explicar las bondades del socialismo, denunciando las nefastas prácticas patronales y exponiendo su programa político a los trabajadores¹⁹. Toda esta actividad, sin embargo, no traspasó los límites urbanos de Valparaíso, ya que en la profusa información de las actividades socialistas de agitación y propaganda no se informa de ninguna gira por el interior, demostrando con ello el escaso interés por los trabajadores rurales entre las acciones del POS.

A pesar de la importante actividad propagandística de los socialistas porteños, no se compara con lo realizado por sus compañeros del norte salitrero. La sección de Tarapacá, la más poderosa del POS, realizó en dos meses ciento sesenta y siete manifestaciones públicas, con más de cincuenta oradores, desfiles con estandartes y música en vivo. Dirigidos por Recabarren, los socialistas tarapaqueños emprendieron este importante esfuerzo de agitación electoral, expresando la significativa capacidad de movilización de los militantes socialistas y, también, la relevancia que le otorgaban a las elecciones. Pese a esto, la elección se realizó en un negativo contexto de cesantía y éxodo de los trabajadores pampinos hacia las provincias del sur. Si bien algunos trabajadores

se quedaron en Iquique, la mayoría fueron enviados al sur en trenes dispuestos por la patronal Asociación Salitrera, que buscaba evitar la concentración de trabajadores descontentos y sus posibles efectos sociales y políticos²⁰. Este panorama de crisis y de desmovilización obrera afectó profundamente la base de apoyo de los socialistas del norte salitrero.

2. Competencia electoral: la insoportable propensión al cohecho

La mayoría de las reuniones políticas de los obreros se realizaban de noche, en el mínimo espacio que quedaba tras la larga jornada de trabajo. Por lo demás, no eran las únicas actividades que implicaba la militancia, pues debían también redactar artículos y proclamas, confeccionar y vender periódicos, atraer a nuevos militantes, participar en las asambleas y organizar las veladas culturales, además de ganar el sustento diario. A diferencia de los sectores dominantes, que veían en la participación política una prolongación de sus negocios, los trabajadores no conseguían beneficios directos en esta instancia. Ni siquiera la elección como parlamentario aseguraba un mejor pasar económico, debido a que en este período este cargo no se remuneraba²¹. Parece lógico imaginarse que, de haber participado en el parlamento, los socialistas habrían quedado excluidos de los negocios que allí consumaba la élite, por constituir la base de sus críticas al sistema político y su fuente de legitimidad. La actuación de sus dos primeros diputados en 1921, Luis Emilio Recabarren y Luis Víctor Cruz, reafirma esta idea.

Es necesario tener claras estas dificultades para dimensionar la labor política de los trabajadores socialistas y de los demás grupos de obreros organizados. Por estos motivos, la cultura política socialista comprendía la participación política como una labor de superioridad moral, pues la mayoría de las veces implicaba más costos que beneficios. De esta forma puede ser entendida la renuncia a la candidatura a senador del ex secretario de la Agrupación Socialista de Valparaíso, A. Hermenejildo Vergara, posta que recogería Tránsito Salinas²². Pero no en todas las tiendas políticas se daban casos como este. Como una confirmación del rumbo que seguía el PD, en este partido se experimentaban constantemente intensas luchas para lograr una designación como candidato, sobre todo en aquellos lugares donde las alianzas electorales aseguraban la

elección.

La complejidad de la tarea de posicionar al POS en el sistema político institucional fue reconocida por Víctor Roa en la arenga final de su campaña. En dicha ocasión, planteó la importancia del camino autónomo y regenerativo que había tomado el POS, al formar solo «enfrente de la maleza y podredumbre política y social que invade a la sociedad y a los partidos políticos ya viejos y caducos», y por lo tanto, «aceptamos la batalla y sus consecuencias, lanzándonos al combate en pro del ideal socialista». Como los medios políticos eran para los socialistas sólo uno de los caminos posibles para lograr la redención popular, aclaraba: «No se crea que aspiramos a un sillón parlamentario para codearnos con la clase privilegiada y tiránica. ¡Muy lejos de eso! Seríamos el apóstrofe de esta clase señorial, señalando sus maldades a la conciencia popular para que las juzgara como tribunal supremo». Concluía enfático ante sus adherentes que «un triunfo sería solamente una ayuda secundariamente política a la obra emancipadora emprendida por nosotros»²³, dejando claro así que las elecciones constituían uno más de los espacios de realización de la propuesta regenerativa de los socialistas.

De acuerdo a las palabras de Roa, la participación electoral, si bien movilizaba vigorosamente a los socialistas, todavía era comprendida como un aspecto «secundario» en la lucha del movimiento obrero, que tenía por objetivo inmediato el mejoramiento de las condiciones socioeconómicas de los trabajadores y por objetivo final la constitución de una sociedad socialista. En efecto, dadas las condiciones del sistema político era muy difícil para los socialistas imaginar que la representación parlamentaria lograría inmediatamente cambios efectivos en la estructura social. Y sin embargo, estos militantes promovían entusiastamente la participación política, legitimando con ello las elecciones. Los resultados del 7 de marzo revelaron que el medio «político» no era, hasta el momento, el más efectivo para situar al socialismo en el paisaje institucional chileno: ningún candidato del POS salió elegido.

Pero no todo era tan negativo. La lectura post elecciones de los socialistas de Valparaíso fue más bien optimista en relación con los resultados obtenidos. La editorial de La Defensa Obrera de la semana posterior a las elecciones planteaba que en la «batalla contra la burguesía y la corrupción política», las huestes socialistas «nuevas y muy reducidas, sentaron precedente en la política chilena», debido al «alto civismo» demostrado por estos en la jornada eleccionaria. Además, los votos obtenidos por los candidatos socialistas en Valparaíso y Viña

del Mar representaban «la esencia de la conciencia emancipada que echa raíces donde todo es escarnio y corrupción». Como tenían en sus registros inscritos a diecisiete votantes, los que al finalizar el conteo llegaron a veinticuatro, esa mínima evolución representaba un «triunfo moral que nos da fuerza y energía para continuar luchando». Un triunfo moral que se sostenía en la instalación autónoma y en el progreso de los ideales populares: «Fuimos solos a probar nuestras fuerzas doctrinariamente y ganamos terreno»

24.

De cualquier manera, los resultados no dejaban en buen pie al novel partido político. En las elecciones parlamentarias de marzo de 1915 no resultó electo ningún militante del POS. Sus resultados fueron realmente modestos, alcanzado un 0,4% de las votaciones nacionales. La zona minera del norte del país concentró la mayor proporción de votantes totales del partido: Pisagua y Tarapacá, 1.440 votos y 360 votantes (59,1%); Tocopilla y Taltal, 68 votos y 34 votantes (5,6%). En la región central, Santiago primó como el núcleo donde se alcanzó mayor cantidad de votos: 2.172 votos y 167 votantes (27,5%). Valparaíso junto con Concepción fueron los departamentos con más bajos resultados: 168 votos y 24 votantes (3,9%); 48 votos y 24 votantes (3,9%), respectivamente²⁵.

Frente a un escenario como este, y dada la importancia que le asignaban a las elecciones, ¿mermaría la lucha del POS por obtener mejores condiciones para los trabajadores? ¿Las elecciones de 1915 le demostrarían a los socialistas que el camino «político» no era el más fértil? ¿Cambiaría la estrategia del partido a partir de estos magros resultados? Nada de ello. Incluso con estos malos resultados en la mesa, la convicción de los socialistas en la participación política no desfalleció. Su convencimiento de que los medios políticos aún tenían un grado potencial de mejorar las condiciones de los trabajadores, se apoyaba tanto en la confianza de la fortaleza práctica de su ideal como en la certidumbre de que el sustento principal del parlamentarismo era el cohecho.

Unas semanas después, los resultados de las elecciones municipales revelaron un panorama más optimista. Como una demostración de que el norte salitrero era el lugar donde mejor se había desarrollado la influencia del naciente socialismo, El Despertar de los Trabajadores informaba que en la provincia de Tarapacá habían sido elegidos como regidores Pedro J. Sandoval (Iquique), el mecánico Lorenzo Crossley y el pescador Serapio Vega (Pisagua). En la provincia de Antofagasta,

se informaba la elección por Sierra Gorda del obrero salitrero Guillermo Flores y Juan Segundo Henríquez, y por el municipio de Calama, Luis A. Benites²⁶.



Pedro J. Sandoval.

El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 8 de abril, 1915.

Seguramente, estos resultados dieron nuevos bríos a la convicción de la utilización de los medios políticos. Sin embargo, el ímpetu y la confianza en los medios políticos que pudieron haber dejado estos modestos triunfos electorales se vinieron a tierra al poco tiempo, cuando el flamante regidor por Iquique, Pedro J. Sandoval, fue destituido de su cargo ante acusaciones de irregularidades en el conteo de votos²⁷. En Calama, en tanto, los regidores del Partido Radical consiguieron destituir a Luis A. Benites de su cargo²⁸. Situación que se repitió en junio de 1915 con los dos regidores socialistas de Pisagua, cuando un juez de ese puerto invalidó el registro electoral, declarando con ello la nulidad de las elecciones municipales²⁹. Si bien en estos dos últimos casos se lograron revertir las destituciones, era claro para los socialistas que el ambiente político no era favorable a sus reivindicaciones y que además de luchar en contra del cohecho, tendrían que defender en otras instancias sus pequeños triunfos electorales.

El diagnóstico que una y otra vez realizaban de la condición del sistema político chileno, le otorgaba a los socialistas la cuota de realismo necesaria para comprender que su llegada a los instrumentos de poder no sería fácil, ni mucho menos inmediata. Por eso, la derrota la comprendieron como pasajera, como un escollo más en el largo camino hacia el socialismo, planteándose como objetivo inmediato el reforzamiento de la conciencia de los trabajadores para evitar las consecuencias del cohecho. Incluso con la mayoría de sus regidores destituidos o cuestionados, declaraban su decisión de continuar luchando políticamente. Los tres años que pasaron desde la separación del PD hasta su bautismo electoral, les demostró a los militantes del POS que la lucha era incesante más que contingente, de inserción social tanto como política. Y si bien los esfuerzos realizados en las elecciones desgastaban a las bases y a los dirigentes del partido, también reafirmaban la moral partidista y la propuesta regenerativa que buscaban implantar en el sistema político nacional. Propuesta política sustentada –como señalaba el órgano porteño tras la derrota en las elecciones– en la «bandera roja de regeneración política y de justicia social»³⁰.

De todas las explicaciones posibles para los malos resultados en su primera justa electoral, la que más se repetía era la acción y el efecto del cohecho. Hacia 1915, era una práctica común la venta del voto por parte de los trabajadores y, por ello, los socialistas veían en este acto su principal obstáculo para situarse en el escenario político. Comprendían al cohecho como una demostración de la falta de compromiso de los trabajadores con la causa obrera, es por ello que arremetían con fuerza en contra de sus compañeros, sindicándolos como los responsables directos de sus malas condiciones: «Pierde tiempo el proletariado quejándose de la injusticia que le abruma. Repróchese la debilidad que le impide hacerse justicia y no lloriqueé más. Con los lamentos sólo conseguirá, cuando más, una limosna a cambio de gratitud hacia el usurpador que le priva de su debida participación en la riqueza social»³¹.

Lo que la pedagogía electoral de los socialistas buscaba evidenciar, era que la suerte del proletariado dejaba de estar en sus manos cuando el dinero corrompía la conciencia de los obreros al momento de ejercer su derecho a voto. El cohecho representaba exactamente lo contrario a la propuesta regenerativa y autonomista de los socialistas («la liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos»). A diferencia de la actitud de buena parte de la clase obrera que había concurrido a votar dando «palmaria prueba de la animalidad en los individuos electores», los socialistas estimaban que su movilización electoral era expresión de «la personalidad moral integral del hombre libre». Este diagnóstico les permitía plantear interesantes hipótesis históricas:

El pueblo chileno del presente es una herencia de la pudrición del pasado inmundo en que nació en medio de revoluciones violentas de la oligarquía. Esas revoluciones, únicamente políticas, son el producto de la animalidad que infecta los aires republicanos, donde hablándose de libertad y de democracia, se practica sin escrúpulos la más repugnante negación de tan hermosos sinónimos de igualdad y justicia social.

Si las revoluciones del pasado hubiesen sido económicas, la animalidad no existiría ya y el pueblo sería pueblo en sus deberes y derechos.

Es interesante la interpretación que plantea este artículo de anónima autoría, porque comprende que la condición de los sectores populares de principios del siglo xx tenía su génesis en las luchas políticas del siglo anterior que dieron forma a un sistema político liberal que, si bien aumentó la participación ciudadana, no generó cambios en la estructura económica. Este sistema estaba sustentado en la exaltación de «lo político» por parte de los sectores dominantes, quienes durante las coyunturas eleccionarias invitaban al pueblo a participar de la «fiesta democrática», aunque no como actores, sólo como espectadores. Una invitación restringida, como lo era también la participación en la repartición de la riqueza social. En esta lectura, la democracia chilena era sólo una máscara para encubrir la dominación. Se trata de la «doble construcción» de exclusión, tanto material como simbólica, que plantea Enrique Fernández. Una operación de exclusión que desde la guerra civil de 1891 (una de las «revoluciones políticas violentas» de las que habla el artículo) se institucionaliza con la monopolización del Estado que llevó a cabo la oligarquía y que dejó sin posibilidad de acción al resto de la sociedad

33.

De manera práctica, la «animalidad» a la que hacía referencia el artículo se expresaba en la compra-venta del voto, frente a lo cual había que reconocer, aunque fuera doloroso, que «una vez más se ha impuesto la fuerza del dinero ante el Socialismo». Con esta punzante constatación comenzaba una nota enviada desde Negreiros, cantón salitrero de Tarapacá, para luego denunciar la falta de conciencia de los obreros que habían caído «bajo el peso de la tentación que la debilidad de su carácter no ha podido rechazar», vendiendo por ello su voto. En su interpretación, este no era el caso de los socialistas, que «con la firmeza que caracteriza al hombre incorruptible en sus ideales, va y deposita su voto, sin recompensa, pero lleno de alegría haciendo con ello público su desinterés, lo sagrado de su causa»³⁴. Un sentimiento similar expresaba el militante socialista Ernesto Reyes, que en el poema de sugerente título «El saludo a la bandera del Partido Socialista» denunciaba:

Yo he visto en estos días de gran agitación

A muchos pobres hombres vendiendo su conciencia

Yo los he visto juntos, vendido y comprador
En íntimo consorcio marchando hacia la mesa.

[...]

Yo he visto pasar juntos, muy juntos y abrazados
Al rico propietario y al pobre arrendatario
Al jefe de oficina con todos sus empleados
Con el magnate rico al mísero peón.

[...]

En todo lo que dicho se ha fijado mi vista
A todos ellos los tengo grabados en mi mente
Pero por más buscar no he visto un socialista
Que lo hayan cohechado tan miserablemente.
No; porque los socialistas que saben y comprenden
Cuánto le cuesta al pobre para ganar un pan
Siguiendo sus doctrinas no compran ni se venden
Como infelices víctimas que al matadero van.³⁵

El cohecho llegaba incluso a producir situaciones irrisorias. Elías Lafferte relata que, en Iquique, la elección de 1915 fue particularmente agresiva, debido a que el diputado liberal Arturo Alessandri se propuso disputar a cualquier precio el cupo senatorial al caudillo balmacedista Arturo del Río. Agresiva fue también la compra de votos. Llegado el día de las votaciones, los balmacedistas ofrecían \$10 por voto. Los alessandristas respondían ofreciendo \$20 por voto. A instancias del cacique iquiqueño los balmacedistas subieron la oferta a \$30.

Como respuesta, «en un asqueroso remate en que lo subastado era la dignidad del hombre, los alessandristas ofrecieron cuarenta y cincuenta pesos». Finalmente, del Río abandonó este «remate» electoral, sometido ante el abultado bolsillo alessandrista que presagiaba su derrota³⁶.



«Cohechando a un elector: échele mano a los treinta pesos».

Sucesos, nº655, Valparaíso, 15 de abril, 1915.



«Sin clientes, la venta está mala; los zorzales andan altos,
no quieren bajar al agua». Sucesos, nº655, Valparaíso, 15 de abril, 1915.

El cohecho afectaba principalmente a los partidos que buscaban representar a los sectores populares. Hasta la aparición del POS, la representación popular en el sistema político institucional era asumida por el PD. Se podría suponer que, debido a que ambos partidos no contaban con los mismos recursos que la oligarquía, sustentaban sus esperanzas de triunfo en la fortaleza de la conciencia política de los sectores populares. Sin embargo, es preciso acotar que debido a las fuentes de legitimidad que lo constituyó, el POS –a diferencia del PD– rechazaba doctrinariamente cualquier posibilidad de participar en el cohecho. Por ello, sus recursos monetarios (realmente mínimos) se destinaban exclusivamente a la producción de material de propaganda.

A diferencia de lo que sucedía en el POS, los demócratas no percibieran al cohecho como la razón principal de sus derrotas en las elecciones. Las explicaciones apuntaban a las constantes divisiones del partido como las responsables de los magros resultados parlamentarios y municipales³⁷. Esta característica se puede comprender por la inmersión del PD en la dinámica de las alianzas con los partidos tradicionales, que los llevaban a buscar explicaciones intra-partidistas para sus derrotas en lugar de denunciar la operación estructural de exclusión que se materializaba en el cohecho.

Lo anterior queda de manifiesto al revisar la discusión que surgió entre los demócratas de Valparaíso inmediatamente después de finalizadas las elecciones de marzo de 1915. El periódico de los ferroviarios y órgano de difusión del PD, La Locomotora, imputaba la pérdida de las dos diputaciones porteñas a la división partidaria que produjo que compitieran tres candidatos en lugar de los dos impuestos por la dirigencia. Este acto de indisciplina partidista habría tenido como consecuencia «el más grande de los desastres sufrido por la democracia nacional», es decir, la derrota del director de ese periódico, Eduardo Gentoso, y del diputado en ejercicio Guillermo M. Bañados. Como factor secundario de esta derrota –en una clara distancia de los análisis socialistas– se consignaba la venta de votos, que de no haber ocurrido «tal vez habrían triunfado los candidatos

Además del carácter secundario del cohecho como causa de los malos resultados de los candidatos demócratas, algunos militantes estimaban que dicha práctica tenía la potencialidad de transformarse en una herramienta, imposibilitada, no obstante, por la escasez de dinero en las arcas partidistas. Un militante antofagastino relataba a La Locomotora las causas de la derrota de su candidato: «Para diputado, había que pagar \$15, pues nosotros no teníamos dinero para ofrecer esa cantidad o algo mayor, y entonces el pueblo en masa recibió los \$15 y votó por Prieto Echaurren. Este diputado salió en los brazos del pueblo carnero, y ese pueblo mató para muchos años en esta a la Democracia»³⁹. Esta breve crónica muestra que, para el grupo demócrata que representaba Gentoso, el problema residía tanto en la ausencia de conciencia «democrática» como en la insuficiencia de dinero para «movilizar» a los votantes.

La interpretación de los hechos ocurridos en Antofagasta es un buen ejemplo de las críticas que llevaron a los socialistas a constituir un nuevo partido. Este tipo de lectura presenta un claro distanciamiento respecto al discurso del POS, siempre dispuesto a denunciar, sin mediaciones, los vicios del cohecho y la «capacidad» de los partidos históricos para desenvolverse en las prácticas fraudulentas del parlamentarismo. Esta crítica incluía obviamente al PD, lo que permite apreciar la brecha que separaba ineludiblemente a estos dos partidos respecto de la justificación y el uso de los medios políticos.

No obstante, la venalidad electoral era un recurso que estaba disponible para todas las tiendas políticas cuando se buscaba desacreditar a los adversarios. Por ser uno de los principios rectores del discurso regenerativo de los socialistas, sus adversarios también levantaban contra ellos acusaciones que implicaban al cohecho, buscando así «demostrar» las falencias prácticas de su discurso. Con esta finalidad y en el contexto de las elecciones de 1915, desde la tribuna de La Locomotora Eduardo Gentoso acusaba a Recabarren de recibir dinero para actuar a favor del senador por Tarapacá Arturo Del Río y perjudicar la candidatura de Arturo Alessandri:

Se nos comunica de Iquique que el traficante y mercader político, Luis E.

Recabarren, se vendió a don Arturo del Río por unos cuantos miles de pesos. El famoso negociante y tráfuga, recibió esa suma de dinero para combatir a don Arturo Alessandri y porque obtuviera que el partido Socialista presentara candidato propio, debilitando así al candidato de la Alianza, dando facilidades para que triunfara el señor del Río.

El ciego Recabarren, supo pues, sacar partido de su neutralidad, y para sacarle a del Río ese dinero, amenazó con apoyar al candidato Alessandri.

Conozcan los socialistas de Tarapacá a su cínico explotador.

40

No era la primera vez que se le imputaban a Recabarren cargos relacionados con manejos irregulares de dinero. A inicios de 1914, el mismo Gentoso, con la intención de desautorizar el liderazgo de Recabarren al interior del movimiento obrero, recordaba que este había sido acusado del robo de los fondos del periódico demócrata La Reforma para financiar su viaje a Argentina en 1906⁴¹. Muchas fueron las críticas, acusaciones y elucubraciones en torno al autoexilio de Recabarren en 1906, frente a las cuales los periódicos de orientación demócrata-socialista prestaron su apoyo el líder obrero, ya fuera defendiéndolo a través de artículos o publicando los escritos que enviaba desde Buenos Aires⁴². En ocasiones, incluso, estas acusaciones vinieron desde sus propios camaradas o ex compañeros de partido u organizaciones gremiales. A mediados de 1913 y en el contexto de una disputa interna del POS, Salvador Barra Woll, uno de los fundadores del partido en Iquique y posteriormente un alto dirigente del PCCh, lo acusó de malgastar en asuntos personales el dinero que sus compañeros socialistas o de las organizaciones gremiales lograban recolectar con fines propagandísticos⁴³.

Las acusaciones relacionadas al mal manejo de dinero siempre resultaban dolorosas al interior de las organizaciones obreras. En muchas ocasiones, los trabajadores denunciaban a sus compañeros de organizaciones gremiales de malversación de dinero, produciendo así una lacerante herida al orgullo obrero.

Además, con este tipo de acusaciones se ponía en tela de juicio la honestidad de la clase obrera (y de los socialistas), valor que, supuestamente, los diferenciaba de los sectores dominantes (y de los partidos históricos).

Aún así, fueron poco frecuentes las acusaciones de venalidad política en contra de los socialistas, seguramente, por la crítica y el celo que ponían en la relación del dinero con la acción política. También, es posible que debido a su escaso número no llamaran la atención de la oligarquía para un eventual soborno. Lo que los socialistas no estaban dispuestos a callar era la connivencia de los partidos históricos con el cohecho. Por ello, no dejaron de denunciar y de recordar a sus lectores los hechos que demostraban las malas prácticas políticas existentes en el Chile de la segunda década del siglo xx. Su blanco predilecto, en este sentido, continuó siendo el PD.

[1 La Defensa Obrera, Valparaíso, 30 de enero, 1915.](#)

[2 Llama la atención la propuesta de un «tribunal laboral» integrado, justamente, por los actores contrapuestos de la «lucha de clases». ¿Cómo conciliar el desarrollo autónomo de los trabajadores con la participación de los patrones en un órgano jurídico laboral que se proponía defender los derechos de los primeros y afectar los intereses de los segundos? Este tipo de inconsistencias programáticas estaban presentes también en el Programa del POS, donde se planteaba que el socialismo se iba a imponer por un acto de «convencimiento» hacia la burguesía, la cual se daría cuenta de que en la sociedad socialista se viviría «mucho mejor» que bajo el régimen capitalista.](#)

[3 La Defensa Obrera, Valparaíso, 30 de enero, 1915.](#)

[4 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 11 de febrero, 1915.](#)

[5 Sobre las particularidades y el desarrollo de la acción socialista en Punta Arenas, ver el capítulo](#)

v

, pp. 159-188.

[6 La Defensa Obrera, Valparaíso, 6 de febrero, 1915.](#)

7 La Defensa Obrera, Valparaíso, 15 de agosto, 1914.

8 La Defensa Obrera, Valparaíso, 26 de septiembre, 1914.

9 La Defensa Obrera, Valparaíso, 21 de noviembre, 1914.

10 Ídem.

11 La Defensa Obrera, Valparaíso, 13 de febrero, 1915.

12 Tránsito Salinas ocupaba el cargo de vicepresidente de la Agrupación demócrata de la oficina Cholita, cuando esta anunció a sus compañeros de Iquique, en una carta del 24 de mayo de 1912, que habían decidido separarse del PD y proceder a formar el POS. Tras la formación del POS, Salinas desarrolló una intensa actividad propagandística por la pampa salitrera, disertando en varias oficinas sobre temáticas políticas e ideológicas. Intervino, además, en el debate interno del nuevo partido a favor de la consolidación de una visión regeneradora del sistema político. Véase Jorge Navarro López, «El Partido Obrero Socialista y la formación de la conciencia de clase de los trabajadores de Tarapacá (1912)», Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales (Santiago, Universidad ARCIS, 2010), pp. 78 y 95-96.

13 La Defensa Obrera, Valparaíso, 13 de febrero, 1915.

14 Grez, Historia del comunismo en Chile, op. cit., p. 44. Las implicancias y desarrollo de la acción socialista en la capital, así como los conflictos en torno a ella, son revisados en el siguiente capítulo.

15 La Defensa Obrera, Valparaíso, 27 de febrero, 1915.

16 Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., pp. 37-45.

17 La Defensa Obrera, Valparaíso, 23 y 30 de enero, 1915. Eulalio Vargas S. es imputado, por el redactor del diario conservador La Unión, como uno de los responsables directos de la huelga general de octubre de 1913, al despedir a Eleuterio Arce, vice presidente de la Federación de Empleados a Jornal de FF.EE., por su negativa a registrarse fotográficamente (La Unión, Valparaíso, 17 de octubre, 1913). Las críticas contra Vargas eran recurrentes y sobrepasaban, como vemos, las filas del socialismo. Desde La Locomotora, periódico gremial de los trabajadores ferroviarios y de clara inclinación demócrata y mutualista,

existía una constante denuncia de las malas prácticas de este funcionario. Por ejemplo, La Locomotora, Santiago, 1 de mayo, 1915, donde se denuncia la fabricación de cocinas en los talleres de la empresa para uso personal del Administrador; La Locomotora, Santiago, 3 de abril, 1915, donde se exponen las represalias de Vargas contra los trabajadores por no haber resultado electo su candidato a senador, Guillermo Rivera. Denuncias similares existieron por las conductas abusivas de los administradores de la Maestranza de Concepción, La Locomotora, Santiago, 20 de marzo, 1915. Las malas relaciones entre Vargas y los trabajadores se mantuvieron por mucho tiempo. Más de una década después de estos antecedentes, el órgano periodístico de los empleados a jornal continuaba denunciando las prácticas abusivas de este administrador (El Ferroviario, Valparaíso, mayo, 1926 y 30 de septiembre, 1926).

18 La Defensa Obrera, Valparaíso, 20 de febrero, 1915.

19 Sobre la manera en que los socialistas desarrollaban estos mítines espontáneos, interesante es el testimonio del dirigente comunista Salvador Ocampo, en el que relata la manera como, siendo un adolescente, congregaba a los oyentes con temas varios, como el fútbol, para luego anunciar a Recabarren. José Miguel Varas, Los tenaces (Santiago, Lom ediciones, 2010), pp. 14-15.

20 Pinto y Valdivia, op. cit., pp. 48-50.

21 Para los parlamentarios obreros, la actividad política podía significar el menoscabo de sus recursos económicos. Este fue el caso del tipógrafo Pedro Segundo Araya, el cual financiaba de su peculio las giras que realizaba hacia el norte como diputado demócrata. Además, para obtener ingresos trabajaba en el semanario demócrata La Tribuna, el cual había fundado en 1910 junto a Zenón Torrealba. Según el biógrafo obrero Osvaldo López, luego de su derrota en las elecciones de marzo de 1912, Araya «volvió a sus labores gráficas, trabajando por reponerse de las pérdidas de su actuación parlamentaria». López, op. cit., pp. A26 y A27.

22 La Defensa Obrera, Valparaíso, 6 de febrero, 1915. Otra causa de la declinación de Vergara a presentarse como candidato, puede haber sido un rumor que comenzó a circular a inicios de 1915. Se lo acusaba de que en su condición de presidente de la Agrupación demócrata de Villa Alemana había malversado fondos destinados a los candidatos del PD para las elecciones de 1912. Es probable que Vergara haya desistido de su candidatura para no afectar al POS y a

su credibilidad, sobre todo por el ahínco que ponían los socialistas en la crítica al rol del dinero en la actuación de los partidos políticos. Los descargos de Vergara se encuentran en La Unión, Valparaíso, 17 de enero, 1915.

23 La Defensa Obrera, Valparaíso, 27 de febrero, 1915.

24 La Defensa Obrera, Valparaíso, 13 de marzo, 1915.

25 Datos reunidos en Luis Durán, «Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile: 1903-1973», en Augusto Varas (comp.), El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario, (FLACSO, Santiago, 1988), p. 345. En este trabajo no se hace referencia de las dos listas que se presentaron en Santiago, por lo tanto, no explicita a cuál lista correspondieron la cantidad de votos y votantes mencionados.

26 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 13 de abril, 1915. El Socialista de Punta Arenas informó a mediados de junio de la elección de dos regidores socialistas en Taltal: Juan M. Peralta y Mauro L. Martínez. El Socialista, Punta Arenas, 17 de junio, 1915. Sin embargo, en La Aurora, periódico que desde comienzos de 1916 publicaban los socialistas de Taltal, no existen informaciones sobre algún regidor socialista en ejercicio. A casi un año de la elección, una carta enviada desde Sierra Gorda a El Socialista de Valparaíso informa al partido sobre la labor realizada por el regidor municipal Guillermo Flores. Destacaba el informante la labor de Flores, preocupado principalmente de la educación obrera, al propiciar la instalación de escuelas nocturnas, y del desarrollo de servicios de salud públicos para los trabajadores salitreros. En esta carta no se hace mención de Juan Segundo Henríquez como regidor de dicha comuna. El Socialista, Valparaíso, 19 de febrero, 1916.

27 El Diario Ilustrado, Santiago, 3 de mayo, 1915; El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 4 de mayo, 1915. Los compañeros de Sandoval recurrieron a los tribunales de justicia, pero finalmente la destitución del regidor socialista se mantuvo.

28 El Socialista, Valparaíso, 31 de julio, 1915; La Unión Obrera, Chuquicamata, 22 de diciembre, 1915.

29 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 2 de junio, 1915.

30 La Defensa Obrera, Valparaíso, 13 de marzo, 1915.

31 La Defensa Obrera, Valparaíso, 20 de marzo, 1915.

32 Ídem.

33 Fernández, op. cit., pp. 61-66.

34 La Defensa Obrera, Valparaíso, 20 de marzo, 1915.

35 La Defensa Obrera, Valparaíso, 13 de marzo, 1915.

36 Lafferte, op. cit., p. 111.

37 Grez, El Partido Democrático de Chile, op. cit., pp. 127-183.

38 La Locomotora, Santiago, 20 de marzo, 1915.

39 Ídem.

40 La Locomotora, Santiago, 24 de abril, 1915.

41 Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 137-138.

42 Es el caso del periódico La Luz del Pueblo, publicado en Linares entre diciembre de 1906 y febrero de 1907, cuyo propietario y redactor era Baldomero Roa Medina.

43 Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 131-133.

Capítulo IV

El POS en la capital: la difícil configuración de la acción socialista (1912-1916)

Las elecciones de 1915, y obviamente sus negativos resultados, marcaron un punto de inflexión para los socialistas. Seguramente, los negativos resultados electorales obtenidos influyeron para que reflexionaran sobre la real capacidad del partido para afrontar el desafío de avanzar hacia una sociedad socialista mediante la utilización de la política. El más claro ejemplo en esta dirección fue la realización del Iº Congreso Nacional del POS. Posiblemente por su céntrica ubicación, la ciudad elegida fue Santiago, lo que en teoría haría más fácil la conexión con las secciones del norte y del sur del país. Pero también Santiago se había demostrado como una de las secciones más débiles del partido. Hacia 1915, los socialistas capitalinos no habían logrado asentar su estructura orgánica como sí sucedía en otros lugares del país debido, principalmente, a los recurrentes conflictos internos. Tampoco habían logrado consolidar un órgano de prensa, como ocurría en Iquique (*El Despertar de los Trabajadores*), Valparaíso (*La Defensa Obrera*) y Punta Arenas (*El Socialista*).

Teniendo en cuenta lo anterior, entonces, ¿por qué el POS decidió realizar su más importante evento en la capital? Con el fin de responder esta pregunta, necesitamos adentrarnos en las características y particularidades de la acción socialista en Santiago y en la relación que durante los primeros años del partido desarrollo con las demás secciones.

1. Las relaciones entre los socialistas de Iquique y Santiago

Por estar situada en el centro político del país, las expectativas que creaba la

organización socialista en la capital eran altas. Este parecer llevaba a que tempranamente Recabarren, en una carta del 28 del julio de 1912, interrogara mordazmente a Carlos A. Martínez: «¿Existe allí el Partido Socialista? Si existe, ¿por qué no se relaciona con nosotros y realiza alguna labor?»¹. El tono era sin duda irónico, porque Recabarren conocía de cerca a los elementos que desde el interior del PD se habían inclinado por el socialismo –entre los cuales se encontraba Martínez–, más aún cuando El Despertar de los Trabajadores había publicado unas semanas antes una carta donde el dirigente capitalino saludaba con expectación la fundación del POS en Iquique. Martínez celebraba en aquella misiva la creación de un «partido netamente de clase que acepte y otorgue ardiente lucha para mejorar económicamente a la masa productora del país». Además, vislumbraba su extensión hacia el centro del país: «Los trabajadores de la capital también se aprestan para iniciar, con todas probabilidades de éxito, una cruzada por implantar en el mismo corazón de la República la fundación de este partido que ha de traer beneficios enormes para la organización proletaria»². Como una manera de reafirmar el compromiso con el nuevo partido, a fines de agosto de 1912 los socialistas santiaguinos enviaron a sus pares iquiqueños un esbozo de programa y reglamento para su discusión. Desde el norte se comprometían a dar su opinión sobre el documento, «a pesar del retraso con que hemos recibido esta noticia»³.

No obstante, como es posible apreciar en las cartas que dirigía a Martínez, Recabarren no tenía una buena impresión de los elementos socialistas de la capital, influenciado seguramente por el pasado demócrata de la mayoría de ellos y por las innumerables querellas políticas y personales en las cuales muchos habían estado involucrados, incluido él mismo. Una demostración de la profundidad de estas polémicas era el celo con que Recabarren atendía sus disputas políticas. En marzo de 1913 se había enterado que Pedro Segundo Araya (ex diputado demócrata por Tarapacá, que fue su rival en las elecciones de 1912 y responsable indirecto de la formación del POS) y Rudecindo Segundo Muñoz⁴ trabajaban en la capital en la imprenta de Ricardo Guerrero (integrante de la vertiente socialista al interior del PD). Ante esta noticia, advertía a Martínez: «Si trabaja allí un tal Rudecindo Segundo Muñoz, que se fue de Iquique, delo a conocer como un canalla y traidor más infame. Es un abyecto y degenerado capaz de hacer todos los males posibles a los trabajadores. ¿Es verdad que Guerrero trabaja con [Pedro Segundo] Araya y Muñoz? ¡Si así fuera, sería indigno!»⁵. Un año antes, cuando aún no se formaba el POS, Recabarren había planteado a Martínez: «Es necesario que arrojen a Guerrero de la Escuela [Socialista]»⁶.

La negativa opinión de Recabarren sobre la acción de los socialistas en la capital, se reforzó aún más cuando estos no lograron cumplir con el financiamiento de una gira que el destacado socialista español Pablo Iglesias realizaría por el país. En octubre de 1912 se anunció desde Iquique la posible extensión hacia Chile de la gira sudamericana de Iglesias⁷. «Como Ud. y todos allí comprenderán, la gira de Iglesias dejará indiscutibles buenos frutos para nuestra acción Socialista», informaba por aquellos días Recabarren a Martínez. Además, encargaba a sus compañeros capitalinos la tarea de financiar el viaje de Iglesias desde Buenos Aires: «Ahora corresponde a los Socialistas de Santiago, poner recursos a la obra»⁸. Pasaban los meses y desde Santiago no llegaban noticias de la recolección de fondos: «Nada me dice aún si Uds. han acordado costear los gastos de Iglesias de Buenos Aires a Santiago y si ya se está reuniendo el dinero»⁹. Debido al fracaso del financiamiento santiaguino, finalmente el viaje de Iglesias no se concretó.

En sus cartas a Carlos A. Martínez, Recabarren plasma un mosaico de críticas a la pasividad y falta de «doctrina» de sus compañeros capitalinos. Por ejemplo, cuestionaba la labor de agitación de los socialistas al enterarse que «la federación no hizo 1º de Mayo [...]. Pero fiestas patrias sí. Eso es una calamidad»¹⁰. Como una forma de contrarrestar esta negativa imagen, en unos extractos de una «carta particular» (seguramente de Martínez a Recabarren) publicados por El Despertar de los Trabajadores, los socialistas de Santiago indicaban que hacia abril de 1913 habían realizado una importante campaña de agitación que había culminado con la elección de Manuel Hidalgo como regidor, que trabajaban en la conmemoración del 1 de mayo, que habían influido en la organización gremial de los carpinteros, empleados de comercio, palanqueros, cambiadores y revisadores de FF.CC. del Estado (las mismas secciones que iniciaron el conflicto que derivó en la huelga general porteña de octubre de 1913) y que, además, habían participado en la organización de la sección socialista de Valparaíso, fundada un mes antes¹¹. «No podrá decirse que carecemos de actividad, ¿verdad?», sentenciaba la carta. Optimistamente, proyectaban un tiraje de 2.000 ejemplares para un futuro periódico que llevaría por título El Socialista¹².

Sin duda la acción socialista en la capital existía y el sustento más claro de aquello había sido la elección del único regidor socialista del país, Manuel Hidalgo. No obstante, desde Iquique continuaban las críticas, sobre todo por el carácter «político» de la agrupación santiaguina y por los esfuerzos realizados en la elección de Hidalgo, que los iquiqueños consideraban excesivos. Martínez

estimaba injustificados estos ataques, argumentando que al mismo tiempo que hacían campaña por Hidalgo, en el local del partido se organizaban dos sociedades gremiales, enfatizando, además, que se trataba de sociedades de resistencia¹³.

Detrás de las críticas de Recabarren aparecía la figura de Manuel Segundo Hidalgo¹⁴, elegido regidor por Santiago en 1913 y único socialista en un cargo de elección popular hasta 1915. Hidalgo, de oficio pintor dorador, había ocupado diversos cargos en el PD, llegando a ser presidente de la Agrupación democrática de Santiago e integrante del Directorio General en 1910. Para un contemporáneo suyo como Alejandro Escobar y Carvallo, esta destacada carrera política se debía a que Hidalgo era «uno de los obreros más instruidos en la democracia»¹⁵. Según el biógrafo obrero Osvaldo López, su trayectoria política se anotaba importantes logros al interior del movimiento obrero: por ejemplo, había sido el responsable de fortalecer la organización demócrata en la capital y, además, había encabezado la organización en 1909 de la conmemoración del 1 de mayo, desplazando a los anarquistas de la dirección de dicha manifestación, un verdadero logro para el PD¹⁶. También en 1909, junto a otros militantes demócratas (entre los que se encontraban Luis E. Recabarren, Ricardo Guerrero, Evaristo Ríos y Rafael Castro), formó un grupo denominado Escuela Socialista¹⁷, que diversificó las corrientes al interior de dicho partido («reglamentarios», «doctrinarios» y, desde aquel momento, «socialistas») y acrecentó las tensiones que terminaron por fragmentarlo en 1912. Estos conflictos llevaron a que en marzo de 1912, al igual como ocurrió en Iquique, el PD concurriera dividido a las elecciones de diputados por Santiago, sin resultar electo ninguno de los tres candidatos¹⁸. El desenlace de estos desencuentros políticos fue la fundación de la sección socialista de Santiago.

2. La fundación del POS en la capital y el despliegue de la acción socialista

A fines de septiembre de 1912, una asamblea a la que concurrió un buen número de trabajadores formó un comité con el fin de preparar la fundación definitiva del Partido Socialista en la capital. Casi un mes más tarde, dicho comité (integrado entre otros por Ricardo Guerrero, Luis A. Donoso, Juan M. Becerra, Juan de D. Zúñiga y Antonio Rodríguez) invitó a «todos los obreros socialistas

de la capital» a la fundación del partido, en una asamblea a realizarse el 20 de octubre de 1912 en el local de la Sociedad Andrés Bello

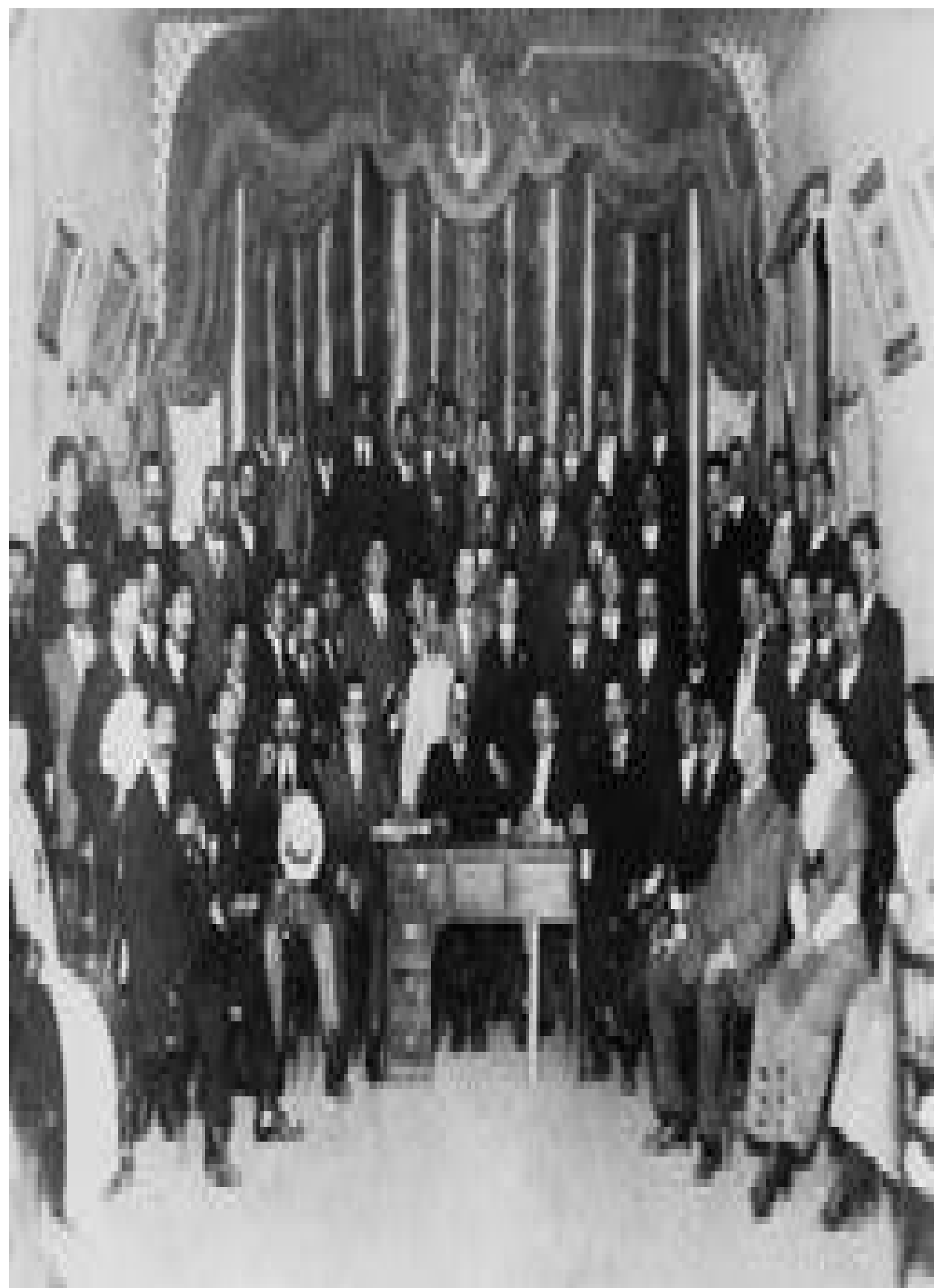
19.

Con un salón colmado, se dio inicio al evento dando cuenta de las múltiples adhesiones. Una de las más destacadas fue el ingreso a las filas socialistas del tipógrafo y ex-anarquista Manuel J. Montenegro, el cual ofreció «todo su concurso a la obra iniciada en bien del proletariado nacional». No es casual que se destacara la incorporación de Montenegro, debido a su dilatada participación en el movimiento obrero desde fines del siglo xix²⁰. La incorporación de dirigentes obreros venidos de otras filas fue siempre destacada por los socialistas, debido a que aparecía como la confirmación de su opción por configurar un nuevo referente político que representara los intereses populares.

La reunión continuó con un debate en el que intervinieron Manuel Hidalgo, Luis Zuloaga y Francisco Pezoa, todos defendiendo distintos puntos de vista sobre la «doctrina» socialista. Como veremos más adelante, esta temprana discusión teórica avizoraba las diferencias que desencadenarían importantes conflictos en la agrupación capitalina. A continuación se procedió a nombrar al Directorio, que quedó conformado por Andrés García en el cargo de presidente, mientras que M. Hidalgo y Carlos A. Martínez ocuparon los puestos de secretarios. La asamblea acordó unánimemente informar de su formación a los socialistas de Tarapacá y Punta Arenas²¹. Este gesto indica que los socialistas santiaguinos se reconocían como parte de un movimiento de alcance nacional, que sobrepasaba la esfera salitrera y se extendía hasta el extremo sur del país.

A diferencia de los actos fundacionales de las otras secciones, los socialistas santiaguinos dejaron como vestigio una fotografía que fue publicada en el periódico La Razón, dirigido por la juventud del Partido Radical. En la imagen se aprecia a medio centenar de hombres ataviados con chaqueta, corbata y sombrero, agrupados en torno a un escritorio de madera que otorga la cuota de formalidad que la ocasión ameritaba. En los límites del cuadro, cuatro militantes femeninas rematan el flamante grupo

22.



«El Partido Socialista en Chile». La Razón, Santiago, 23 de octubre, 1912.

Cinco meses después de la fundación del POS en Santiago, los socialistas intentaban posicionarse en el espacio político obrero con sus temas más característicos. Para lograrlo recurrieron a la estrategia de la diferenciación. Con este fin, organizaron dos conferencias en su local de la calle Brasil #95. En la primera de ellas, bajo el título de «Razón de ser del Partido Socialista en Chile», Manuel Hidalgo atacó a los partidos históricos por desarrollar una «política puramente individualista y autoritaria», por lo cual creía indispensable «desarrollar una actividad incesante para procurar el desenvolvimiento integral de la clase obrera de la República». La segunda conferencia estuvo a cargo de Cirilo Martín y versó sobre la distinción entre socialistas y anarquistas, indicando que estos últimos desconocían «la complejidad del vasto problema social». Según planteaba, los socialistas realizaban «obra revolucionaria práctica», es decir, anti capitalista. Agregó, además, que el POS no era un partido puramente electoral, sino «un organismo de transición, que presidirá la época de transformación del actual régimen capitalista por la nueva organización socialista mundial»²³. A través de estas acciones, la nueva agrupación inauguraba su entrada al ruedo político dando cuerda a la estrategia de diferenciación, marcando con ello los contrastes entre su propuesta y la de sus principales adversarios políticos en el movimiento obrero.

Por aquella época, el licenciado en Derecho y militante socialista Luis Zuloaga (vocal en el primer Directorio de la sección capitalina junto a Daniel Cuevas, Carlos Narváez, Antonio Rodríguez y Juan de D. Zúñiga) se encargaba de la sección «Página Obrera» de La Razón, que era una crónica semanal sobre el movimiento obrero internacional y nacional. Zuloaga había obtenido su grado académico con el trabajo titulado De la prestación del trabajo en general y particularmente por los criados domésticos²⁴, en donde relacionaba los problemas «económicos» con los de tipo «político». Allí criticaba las precarias condiciones laborales de los obreros en general y de los «criados domésticos» en particular, principalmente, en lo que decía relación a la fijación y en los descuentos sobre el salario que realizaban arbitrariamente los patrones. También analizaba la falta de mecanismos de conciliación en los conflictos entre los trabajadores y los empresarios, además de la necesidad de establecer un seguro

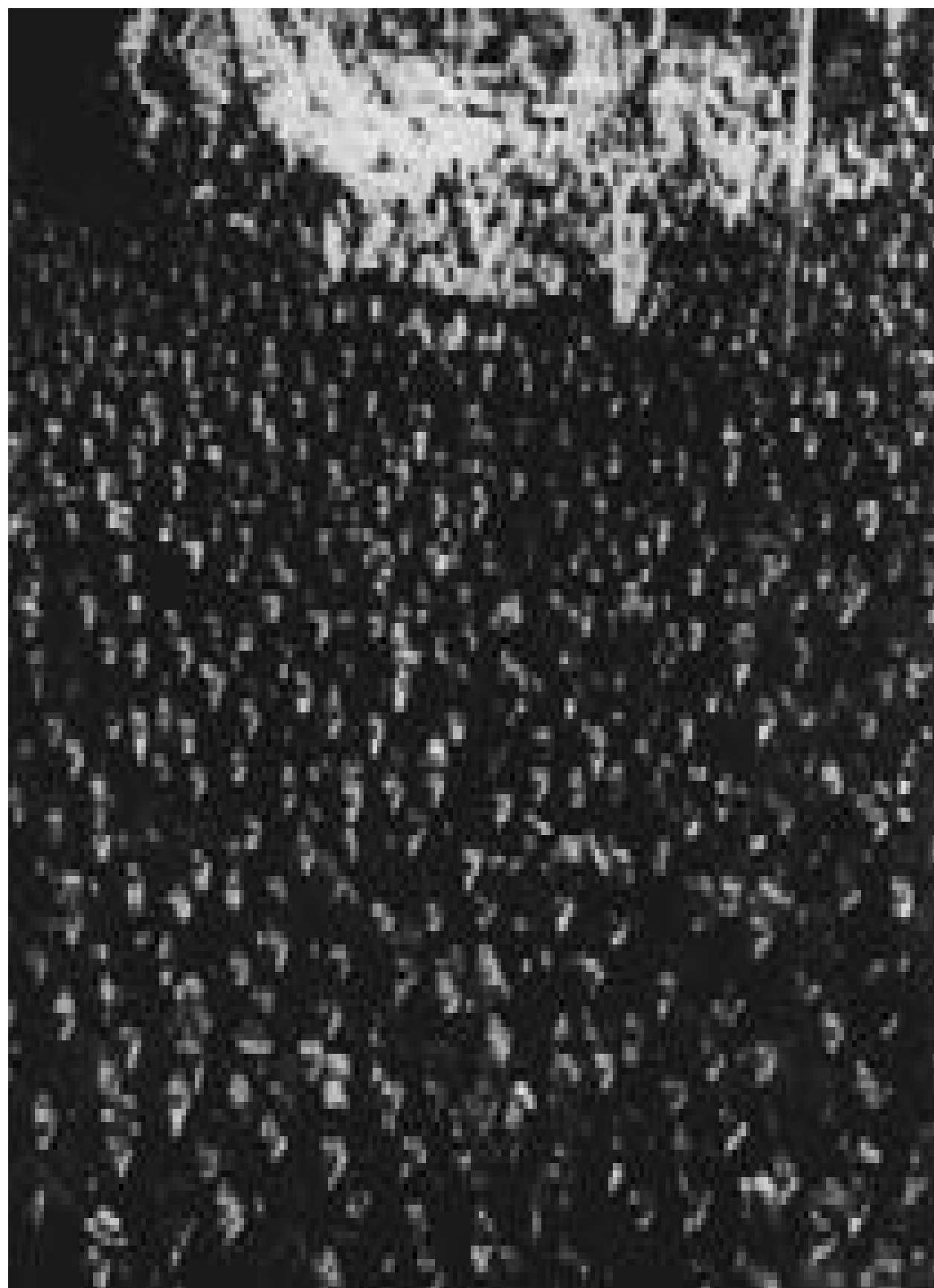
de accidentes laborales y de jubilación. Más interesante aún es la conexión que establecía entre la precariedad de las condiciones laborales del servicio doméstico y la imposibilidad que tenían estos trabajadores/as de ejercer sus derechos ciudadanos, dado que una de las causas para suspender el derecho a sufragio era desempeñar labores en casas particulares. Las otras situaciones que significaban la pérdida del derecho a voto eran presentar «invalidez física o moral» y encontrarse procesado como reo con pena aflictiva o «infamante». A estas prohibiciones hay que sumar la exclusión política de las mujeres (formalizada explícitamente en la reforma electoral de 1884²⁵), precisamente la gran mayoría de quienes ejercían el servicio doméstico²⁶.

Aprovechando el privilegiado rol que cumplía Zuloaga en La Razón, la agrupación capitalina publicó a fines de febrero de 1913 su propuesta política dirigida a los trabajadores. En dicho artículo («Determinando el rumbo») se planteaba un ánimo pragmático, sustentado en la intención de «no despreciar ninguna ayuda sobre cuestiones concretas, sin necesidad de pactar alianzas híbridas con los partidos que en general son antagónicos con el socialismo». Y si bien declaraban que su objetivo primordial era la socialización de los medios de producción, el mismo requería de «una labor perseverante y discreta que imprima fisonomía propia al Partido Socialista Chileno». Es decir, el horizonte socialista necesitaba de una acción política («labor perseverante y discreta») que sólo este partido estaba dispuesto a desarrollar con una orientación clasista al interior del sistema institucional chileno. Entre sus aspiraciones se encontraban: reformulación de los impuestos a las personas, medidas arancelarias en función de la protección a la industria nacional, estímulos a la utilización del agua como fuente de energía, consumo estatal de los bienes producidos en el país, socialización de las riquezas naturales y tierras baldías de propiedad del Estado y eliminación de la especulación comercial y financiera²⁷.

La «Página Obrera» sirvió de plataforma para ir posicionando a los socialistas en la opinión pública santiaguina. En una publicación de inicios de marzo, los socialistas denunciaban que un «supuesto» Partido Progresista citaba a una asamblea que trataría la incorporación del POS a sus filas. Declaraban no conocer la existencia de dicho partido, además de no tener intención de ser absorbidos por otras colectividades, primordialmente porque no existían partidos que persiguieran la implantación del socialismo. Finalizaban la denuncia advirtiéndoles: «no vuelvan a abusar del nombre de una institución que se encuentra muy por encima de ambiciones personales y oportunistas»²⁸. Este incidente sirvió para reafirmar la autonomía del partido frente a las demás

colectividades, como lo habían dejado claro en su declaración de principios unas semanas antes.

La anulación judicial de las elecciones municipales de Santiago realizadas en 1912, por irregularidades cometidas en las inscripciones electorales, desplegó una inédita protesta ciudadana encabezada por la Junta de Reforma Municipal, organización ad-hoc que agrupaba a un «distinguido grupo de vecinos»²⁹. Las movilizaciones terminaron con la intervención del Senado, que revocó los poderes de los regidores electos y confirió la administración municipal a la Intendencia de Santiago, a la espera de una elección complementaria a realizarse en marzo de 1913. En este contexto, el POS decidió aprovechar la ocasión y presentar un candidato a las elecciones, apoyado en la convicción de que el partido contaba con una importante fuerza electoral que echaría «por tierra ciertas afirmaciones que a diario se hacen y que tienden a demostrar que el partido socialista no tiene ni puede contar con la voluntad popular»³⁰. Seguramente, estas «afirmaciones» emanaban desde el PD.



«Aspecto de los concurrentes al
meeting frente a la Intendencia».

Zig-Zag, n°377, Santiago, 11 de mayo, 1912.

El elegido para representar al POS en esta elección fue Manuel Hidalgo, quien contó con la aprobación mayoritaria de los afiliados. Conocida la decisión, un militante se mostraba seguro que, de resultar electo, Hidalgo «sabría defender con tesón y energía los derechos que de hecho le corresponden al pueblo tan vilmente pisoteado por una oligarquía que todo lo consume y nada produce»³¹. Los socialistas reparaban que en la candidatura de Hidalgo existía una diferencia fundamental con los partidos históricos: el candidato socialista explicitaba un programa político. Entre sus principales puntos destacaban: la disminución de los precios de los artículos de primera necesidad mediante la liberación de los impuestos municipales, la creación de comedores en los colegios («cantinas escolares») y «gota de leche» en los barrios populares, el establecimiento de ferias libres y locales municipales para abaratar los alimentos, la jornada de ocho horas laborales y el cumplimiento del descanso dominical para los empleados municipales, el restablecimiento de la atención ginecológica (suprimida «por desidia y porque los burgueses no la necesitaban»), el suministro de servicios básicos (alcantarillado y agua potable) en los barrios obreros, y el apoyo a las bibliotecas populares y escuelas nocturnas para adultos³².

A pocos días de realizarse las elecciones, y como respuesta al previsible despliegue del cohecho, punto crítico de cada elección que se desarrollaba en el país, los socialistas llamaron a sus militantes a una reunión para constituir «grupos de resistencia» contra el fraude electoral³³. Se trataba de un llamado a integrar un comité multipartidista contra el cohecho, que finalmente quedó presidido por el reconocido marino Arturo Fernández Vial³⁴. En alguna medida, las acciones de este comité deben haber contribuido para que Hidalgo resultara electo regidor con casi cinco mil votos, quedando en el puesto 28 de 30 regidores elegidos.

Pero como nada resultaba fácil para los socialistas, la elección de Hidalgo fue impugnada por la Liga de Acción Cívica³⁵. Para los militantes radicales que

informaban en su periódico de esta situación, el actuar de la Liga no era de extrañar, porque se trataba de una «nueva inmoralidad de los que ayer emplearon su delicadeza y corrección de procedimientos en... comprar votos a 70 pesos»³⁶. No fue la única artimaña a la cual se vio enfrentada la elección de Hidalgo. El Partido Conservador intentó acusar al flamante regidor socialista de no haber realizado el Servicio Militar Obligatorio, lo cual era causante de inhabilidad para el cargo³⁷. Esta maniobra no prosperó, debido a que Hidalgo había realizado dicho trámite en el Regimiento Buin, bajo las órdenes del conservador Alfredo Vial Solar, también electo regidor en 1913³⁸. En última instancia, la elección de Hidalgo fue confirmada y con ello, los socialistas, a menos de un año de la fundación del partido, tuvieron su primer representante en el poder político.



«D. Manuel Hidalgo, municipal electo de Santiago. El primer “socialista” chileno con cargo representativo».

Sucesos, nº553, Valparaíso, 10 de abril, 1913.

La elección de Hidalgo no pasó desapercibida para el ambiente político de la época. De una parte, los sectores más reaccionarios trataron de sabotearla con burdos argumentos. De otra, como muestran las palabras de La Razón, los sectores progresistas intentaron defenderla. Su elección constituyó un importante hito, encontrando una inesperada reacción en la opinión pública, que tendió a aceptarlo como un paso propio de la apertura democrática. Es lo que señala la muy cosmopolita revista de actualidad porteña Sucesos: «En tiempo relativamente tan corto, lo que fue temible ha pasado a ser natural; y se ha pasado a considerar al socialista como un partido inofensivo, hasta donde puede ser un partido político». Además, el carácter de Hidalgo (su historia política) le resultaba «tranquilizador», porque se trataba de «una figura cuidada, digna de hacer compañía a las “personas decentes” que ha logrado poner en el gobierno local de Santiago la Liga de Acción Cívica». Por lo tanto, recomendaba el redactor, no había motivo «para dar al advenimiento práctico del socialismo chileno, a su incorporación a la administración pública por medio de un representante municipal, un sentido peligroso». El final de la nota nos entrega una caracterización del momento político de la época y de la impresión negativa que dejaba el actuar de los partidos tradicionales en la opinión pública:

¡Y bien: si el Partido Socialista nos trajera la savia renovadora, si aportara un contingente de ideas y «sangre» nueva; de nuevos hombres sin las claudicaciones ni los apetitos de los demás hombres; que fuera bienvenido, aunque en teoría le tuviera odio personal a la patria y a la propiedad individual! ¡Si viniera a dar lecciones de civismo, de pureza, de fe en un ideal, frente a frente de los llamados «Partidos Históricos», deberíamos abrirle paso, si no triunfal, simpáticamente!

A la luz de la importancia de la elección de Hidalgo, llama la atención el poco interés que mostró en ella Recabarren. En las cartas que en marzo de 1913 envió a Martínez, no hay referencias a este evento político. Desde mediados de febrero, Recabarren y Teresa Flores se encontraban inmersos en una activa campaña de propaganda en Antofagasta. La recepción que encontró en esa ciudad lo mantenía extasiado, tanto así que confesaba a Martínez que tenía «confianza de que Antofagasta se organizará conforme a nuestra doctrina [...] aquí yo me voy a quedar todo el tiempo que sea necesario»⁴⁰. De acuerdo a las proyecciones de Recabarren, la labor socialista en Antofagasta iba encaminada a continuar la estrategia de diferenciación respecto de los demócratas que se desarrollaba en otras ciudades. Por ello, a poco de llegar a Antofagasta daba cuenta de su diagnóstico de las fuerzas del PD, señalando que los «demócratas sólo tienen elementos en el puerto y muy maleados»⁴¹. Y en esa convicción sustentaba su confianza de lo que podía llegar a realizar la propaganda socialista: «¡Para qué decirle nada de lo que espero hacer aquí! ¡Los demócratas van a bailar!»⁴². A mediados de marzo de 1913, comunicaba a sus compañeros de Tarapacá las posibilidades que se abrían en Antofagasta debido a la tendencia de los dirigentes demócratas a enfocarse en la obtención de un empleo público o municipal, desatendiendo por ello las organizaciones obreras⁴³.

De las comunicaciones con Martínez, queda de manifiesto que en esta etapa la plataforma que proyectaba Recabarren para desarrollar la propaganda socialista era la organización gremial de los trabajadores. Hay que recordar que en su valoración de la organización obrera se encuentra el punto fundamental de la diferenciación con los demócratas y los demás partidos históricos. Es por eso que, apenas llegados a Antofagasta, Recabarren y Teresa Flores se dedicaron a informarse y ponerse en contacto con los gremios organizados, a dictar conferencias con temas de orientación socialista y a organizar sociedades de resistencia. En su paso por Chuquicamata, organizaron una sociedad de resistencia llamada Sociedad de Defensa del Trabajo⁴⁴ y, antes de regresar a Iquique debido a problemas en la administración de El Despertar de los Trabajadores, fundaron en el puerto de Antofagasta la Sociedad de Defensa del Trabajo de Oficios Varios⁴⁵.

Pero, ¿y Santiago? Antes de volver a Iquique, Recabarren escribía a Martínez: «Aquí ocupo todos mis momentos en propaganda verbal y escrita, dirigiéndome a todos los obreros que puedo de la pampa. Pronto Antofagasta será nuestra». En un tono que puede significar tanto reconvencción como inquietud genuina, finalizaba la carta con una inquisidora pregunta: «¿Y Uds. qué hacen?»⁴⁶. Esta

incómoda –y recurrente– pregunta refleja la imagen negativa que dejaba la actividad socialista de la capital, a la misma que Carlos A. Martínez haría frente en una reseña de inicios de mayo de 1913. Como vimos más arriba, en ese artículo defendía la labor realizada en Santiago por los socialistas, donde las actividades estrictamente políticas –como la campaña por la elección de Hidalgo a regidor– se combinaban con las actividades gremiales. La labor realizada por Recabarren en Antofagasta, con una orientación netamente gremial, contrastaba así con la de los socialistas santiaguinos. De ahí, quizás, los cuestionamientos a la sección capitalina, por asimilarse demasiado a la centralidad política que criticaban de los demócratas.

Llaman la atención estas críticas vertidas por Recabarren, sobre todo cuando el camino de los socialistas como organización autónoma se inició, precisamente, a partir de una coyuntura electoral, es decir, estrictamente política. Una explicación a esta crítica «anti-política» puede encontrarse en el espacio de constitución de los socialistas tarapaqueños, fuertemente influenciado por la actividad obrera, tanto en la ciudad como al interior de la pampa. También influyen en ella la orientación obrerista del POS iquiqueño, que era compartida íntegramente por Recabarren. Este mismo le comunicaba a Martínez, en un esbozo tentativo de la posteriormente fracasada gira de Pablo Iglesias, que el socialista español debía permanecer más tiempo en Antofagasta y Tarapacá, pues «como estas provincias son exclusivamente de trabajadores, se necesita aquí de propaganda eficaz para ilustrarlos y organizarlos, por eso que nos tomamos más tiempo»⁴⁷. En vísperas de su viaje a Antofagasta, Recabarren, sin asomo de autocrítica, comentaba: «Le estamos dando [en Iquique] mayor importancia a la organización obrera que al Partido Socialista»⁴⁸.

Conviene subrayar que, teniendo en cuenta la acción que realizaban los socialistas de la capital, no parece del todo desacertada la crítica de Recabarren. Tomemos un ejemplo. En la asamblea socialista del 20 de marzo de 1913, de los seis acuerdos que se tomaron, cinco de ellos tenían una orientación estrictamente política⁴⁹. El acuerdo que rompió esta tendencia fue la intención de iniciar una colecta en beneficio de los casi mil quinientos trabajadores –entre cobradores/as y maquinistas– de la Empresa de Tracción Eléctrica (transporte público de la época, de propiedad de capitales extranjeros). Este gremio se encontraba en huelga desde el 18 de aquel mes, en reclamo de mejoras salariales (pasar de \$3,50 a \$4,50 diarios los cobradores y de \$4,50 a \$5,50 los maquinistas), derecho a dos días de descanso cada quincena y en protesta por las multas que realizaban constantemente los inspectores de la empresa⁵⁰. Es cierto que esta

asamblea se desarrolló ad portas de la elección que llevaría a Hidalgo a la Municipalidad. Pero también es indiscutible que una huelga de un gremio estratégico como el de los tranviarios merecía un mayor tratamiento, especialmente, para un partido que se declaraba como defensor de los intereses obreros. Probablemente, la influencia de los socialistas en dicho gremio era escasa y, por lo mismo, tomaron un acuerdo que los involucraba, pero de manera externa. Aquello explicaría la actitud de los tranviarios en la asamblea del mismo día, cuando no permitieron que los representantes del POS (Hidalgo y el empleado español Modesto Rodríguez) intervinieran, por considerarlos «políticos»⁵¹.

Al parecer, el descrédito de los socialistas entre las filas obreras iba en aumento, dado que a fines de marzo el directorio de la agrupación capitalina publicó la siguiente declaración en La Razón:

Desde la fecha de fundación de la Agrupación Socialista de Santiago, todo movimiento obrero iniciado tras el deseo de conseguir un mejoramiento económico o con el fin de protestar de sus derechos atropellados por dueños o jefes de talleres; ha contado y contará siempre con el concurso desinteresado de los elementos socialistas de Santiago.

52

¿Si los socialistas santiaguinos desde su fundación habían apoyado cada movimiento reivindicativo, por qué no exhibir los resultados de esa labor? Su misma reacción frente a las críticas de una supuesta pasividad ante el movimiento reivindicativo de los trabajadores (precisamente, la arista «económica» de la acción proclamada por el POS y una de las más destacadas en su estrategia de diferenciación), deja entrever que esos ataques no se fundaban sólo en la mala fe. Lo que se advierte es que la actividad socialista no tenía mucho que ostentar en cuanto a la lucha obrera, o por lo menos, no más que una declaración de principios.

Si bien no está claro que al comienzo de la huelga de los tranviarios hayan participado cuadros anarquistas en su dirección, el curso que tomó posteriormente indica que los sectores más radicalizados del gremio tenían una

fuerte influencia en el movimiento.

El 20 de marzo, una asamblea de los huelguistas tranviarios acordó enviar una nota al Intendente de Santiago, en la que solicitaban «sus buenos oficios ante la Gerencia de la Empresa para que esta última accediera a oírla y discutiera sus proposiciones»⁵³. Al día siguiente, el Intendente convocó a una reunión a la que asistieron los representantes de la empresa y de los huelguistas, con la finalidad de proponer un arbitraje (integrado por un grupo de «distinguidas personas») que resolviera el conflicto. Allí, el gerente de la empresa negó la posibilidad de mejorar los salarios, a menos que el Estado estuviera dispuesto a reformular los contratos existentes y otorgarle a la empresa facultades para realizar alzas unilaterales en las tarifas. Frente a la negativa del gerente de la empresa a entenderse con los trabajadores, uno de sus representantes se retiró de la reunión, dejando paralizadas las negociaciones⁵⁴. El 22 de marzo, la asamblea de tranviarios rechazó la mediación propuesta por el Intendente, principalmente, por la negativa de este a aceptar que un obrero integrara el comité de arbitraje⁵⁵.

En su editorial del 23 de marzo, El Mercurio se hacía parte del conflicto instando a la autoridad a buscar una solución, reclamando mayores esfuerzos a la empresa, la cual –según este diario– buscaba sacar provecho de la huelga mediante el aumento de las tarifas⁵⁶. Ese mismo día, el Intendente de Santiago envió una nota perentoria a la empresa, en donde la exhortaba a restablecer el servicio, ya fuera «pagando lo suficiente a sus operarios o reemplazándolos por otros», de lo contrario se vería forzado a hacer efectivas las multas establecidas en el contrato⁵⁷. A partir de ese momento, las autoridades se retiraron de las negociaciones, obligando a que el comité de la huelga se entendiera directamente con la empresa en busca de una solución al conflicto.

Si bien la ineficaz intervención del gobierno y la negativa de la empresa aparecían como un importante revés, los tranviarios se mostraban confiados debido a la mala imagen que tenía la empresa ante la opinión pública y al apoyo que habían recibido de diferentes gremios de la capital, como los panaderos (en cuyo local se realizaban las asambleas), carpinteros, zapateros, cocheros y ferroviarios⁵⁸. En el momento álgido del conflicto, la asamblea del 24 de marzo decidió transformar el comité de la huelga en la Sociedad de Resistencia de Maquinistas y Cobradores «La Evolución Humana». Este cambio en el carácter de la organización de los tranviarios coincide con el posicionamiento de importantes dirigentes anarquistas en la dirección de la nueva sociedad de resistencia: Eugenio Retamales, como Secretario de Actas, y Luis Armando

Triviño, como uno de los vocales. Las conclusiones a las que arribó dicha asamblea no sólo hacían referencia a mejoras salariales, además vinculaban las malas condiciones laborales de los tranviarios (constantes accidentes de tránsito) con la baja inversión en infraestructura, a favor del retiro de utilidades de la empresa extranjera (según los huelguistas, los tranvías eran «verdaderos mataderos humanos para los empleados y público que se ve obligado a servirse de ellos»). Se sumaban también a la opinión generalizada, rechazando cualquier posibilidad de aumento en la tarifa como uno de los requisitos para volver al trabajo. El petitorio finalizaba solicitando al gobierno la promulgación de una ley de amnistía en beneficio de los maquinistas y cobradores/as que se encontraban cumpliendo condenas por accidentes de tránsito, pues entendían que estos eran de total responsabilidad de la dirección de la empresa⁵⁹.

Con el paso de los días se fue diluyendo la posibilidad del triunfo de la huelga. El 24 de marzo la empresa comenzó a contratar rompehuelgas, entre los que se encontraban gran parte de los trabajadores hasta ahí movilizados. Al día siguiente, los huelguistas se congregaron en la Alameda con el propósito de demostrar que el movimiento aún tenía fuerza. En ese mitin, un subcomisario intentó arrebatarle un estandarte a la cobradora Carmen Prado, quien en lugar de entregárselo lo arrojó al suelo alertando a los manifestantes, que entre insultos ahuyentaron al policía. El mitin se dirigió entonces a las dependencias de La Razón, donde varios oradores incitaron a los tranviarios a continuar con la huelga. Luego partieron al local de los panaderos de la calle San Pablo, en donde se escucharon discursos en contra del capital y la burguesía, dispersándose posteriormente⁶⁰.

A partir de la paulatina reposición del servicio de transporte, la opinión pública comenzó a restar apoyo al movimiento. La Razón, que había dado una amplia cobertura al conflicto y se había mostrado favorable a las reivindicaciones de los tranviarios, comenzó a criticar abiertamente la dirección de la huelga. En su editorial del 27 de marzo, el periódico radical auguraba el eventual fracaso de la huelga, culpabilizando a los dirigentes y a la falta de organización del gremio, no sin antes reconocer la justicia de las demandas de los trabajadores y la necesidad de contar con una legislación que reconociera el derecho a huelga. Según el periódico, el movimiento obrero del país carecía de una «organización sólida, estable, racional», lo que propiciaba que las huelgas fueran dirigidas por «cabecillas tumultuarios que no estudian los medios de conducir un levantamiento a la victoria y que no miden las consecuencias de sus actos». A esta crítica se sumaba el recurrente argumento de la «ignorancia del pueblo», el

cual se dejaba «arrastrar casi inconscientemente por la voz de cualquier orador callejero»⁶¹. Con estas palabras, La Razón tomaba distancia de los hechos del 25 de marzo, especialmente del tenor de los discursos que se pronunciaron desde sus instalaciones.

Una actitud similar adoptó El Mercurio, periódico que anteriormente había rechazado la actitud de la empresa frente a las reivindicaciones obreras. Luego del mitin del 25 de marzo, este medio explicaba que los «atrevidos discursos en los que campeaban ideas anárquicas, mal comprendidas y peor expuestas», terminaron por alejar la simpatía de la opinión pública y, por ende, determinaban el virtual fracaso de la huelga.

El cierre del movimiento no fue pacífico. Probablemente por la frustración que significó la contratación de nuevo personal y, con ello, el inminente fracaso de la huelga, un grupo de trabajadores atacó con piedras a un tranvía en la calle Huérfanos. Otro huelguista subió a una máquina con el fin de arrebatarse el manubrio al conductor y, en el forcejeo, la policía lo detuvo. Se trataba de Luis A. Triviño, del cual la información periodística no entregaba su filiación ideológica, aunque fue el único nombre que se consignó de los seis detenidos aquel día⁶². Normalizado el tránsito, y en vista de los últimos acontecimientos, el Intendente dispuso que cien carabineros reforzaran la seguridad del transporte público, dispuestos en parejas en cada uno de los carros, cerrándose así la suerte de la huelga. Con el pasar de los días, la prensa dejó de informar sobre el destino de los huelguistas no contratados, ocupando ahora sus páginas en informar las vicisitudes de la elección municipal que se aproximaba.

De acuerdo a como concluyó la huelga de los tranviarios, la evaluación realizada por los socialistas debe haber considerado como acertada su actuación. Es decir, apoyar indirectamente el movimiento, declarando su apoyo a las reivindicaciones obreras, pero manteniéndose a distancia de los hechos violentos que ocurrieron. Al no verse directamente involucrados en los incidentes, los socialistas pudieron volcar todas sus fuerzas en el asunto que los tenía verdaderamente ocupados por esas fechas: la elección municipal. Por lo demás, una parte importante de los periódicos de la capital (El Mercurio, El Chileno y La Razón, por ejemplo) publicaban frecuentemente sus actividades partidarias, lo que puede ser leído como un gesto explícito de reconocimiento político por parte de los sectores dominantes y un aliciente para la actividad política que reivindicaban los socialistas.

En esta lectura, aprovechaban todos los espacios de propaganda, por ello, no vacilaban en vincularse con actividades que escapaban al ámbito obrero, como las protestas en contra del representante diplomático del Vaticano, el Internuncio Monseñor Sibila. Los socialistas de la capital apoyaron estas manifestaciones, a las que concurrieron con su estandarte enarbolado por una columna femenina y aportaron algunos oradores, como Manuel Hidalgo⁶³. En contraste, la prensa anarquista criticó fuertemente estas manifestaciones, tanto a sus principales promotores, los estudiantes, como a los partidos políticos que participaron, especialmente al POS. Desde La Batalla, los anarquistas arremetieron en contra de quienes sustentaban la defensa de los intereses nacionales, ya que las protestas tuvieron su origen en la intención de Sibila de retirar dineros eclesiásticos para dirigirlos hacia el Vaticano. Al mismo tiempo, señalaban que no les parecía extraña la participación socialista en las manifestaciones, pues estos «al fin y al cabo son filósofos amoldados al sistema presente»⁶⁴.

La protesta en contra del Internuncio Sibila tuvo un carácter eminentemente anticlerical –con ciertos rasgos nacionalistas– y no cuestionaba en ningún caso la política económica del gobierno. Estas manifestaciones, que se realizaron en las principales ciudades del país, fueron dirigidas por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) –por esos años vinculada estrechamente al Partido Radical– y contaron con la participación transversal de los partidos políticos, excepto el Partido Conservador. Además, las organizaciones obreras no participaron oficialmente, por lo que la adhesión de los socialistas se fundaba en un afán anticlerical y, probablemente también, en los estrechos contactos que mantenían con los organizadores.



«Manifestantes en la Alameda protestando por la presencia de Monseñor Sibila»

en el país. Zig-Zag, nº433, Santiago, 7 de junio, 1913.



«Los estudiantes, dirigiéndose a La Moneda a esperar la salida del Internuncio».

Sucesos, nº561, Valparaíso, 5 de junio, 1913.

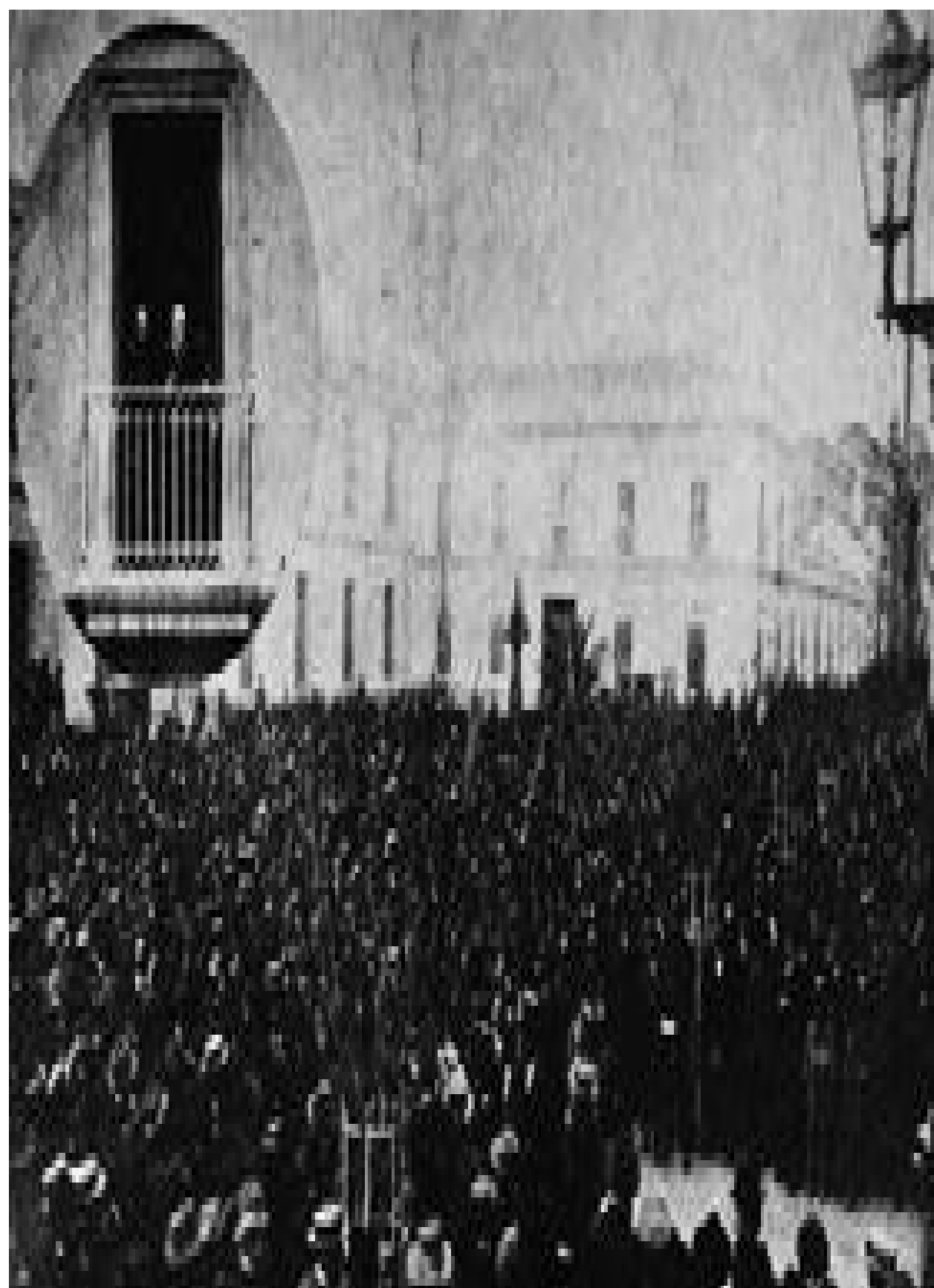
Llegados a este punto, cabe la interrogante de si existía claridad de la labor que debían realizar, tanto gremial como políticamente, los socialistas. Al parecer no. Sergio Grez plantea que en su etapa inicial (1912-1915), el POS se caracterizaba por tener una columna de esforzados militantes distribuidos irregularmente por el país, pero sin una organización y dirección clara que acompañara su labor⁶⁵. Expresión de lo anterior, son las recomendaciones que Recabarren enviaba a Martínez luego de la elección de Hidalgo como regidor. Contrastando con la apatía que había demostrado anteriormente, Recabarren recomendaba apoyar a Hidalgo en su acción política en la municipalidad, como una manera de proyectar la labor socialista. Incluso planteaba que apoyase con voz y voto a los regidores demócratas si estos «tomaran en el municipio una actitud útil en algunos casos, llevándose la delantera con algunas ideas»⁶⁶. Pero en abril de 1913 cambiaba de opinión, sacando a relucir la muchas veces invocada autonomía partidaria: «Muy hermosa obra haría Hidalgo si no formara alianzas con nadie y observara una conducta independiente de compromisos con los demás partidos y en cambio estuviera atento a dar una opinión elevada y desde el punto de vista socialista para cada asunto interesante que haya en el municipio»⁶⁷.

La crítica de Recabarren hacía eco de las últimas actuaciones de la agrupación capitalina y anticipaba lo que sucedería en las manifestaciones del 1 de mayo de 1913. Para esta conmemoración, los socialistas se plegaron al comité organizador junto con otras agrupaciones obreras (la mayoría de ellas de orientación mutualista, como la Sociedad Igualdad de Conductores de Carruajes, Sociedad de Artesanos «La Unión», Centro de Progreso y Recreativo, Centro Recreativo 20 de septiembre, Sociedad de Socorros Mutuos «La Igualdad» y Sociedad de Artesanos Mueblistas y Carpinteros) y políticas, como los centros de propaganda demócratas y radicales. El comité quedó presidido por el socialista Luis Perujo.

El acto comenzó con una tribuna dispuesta a los pies del cerro Santa Lucía,

desde donde hablaron Luis Perujo (como presidente del comité organizador), Pedro Loyola (por la FECH), Daniel Guerra (por la Sociedad «La Unión»), Eduardo García (vice-presidente del Centro Liberal), Emilio Escobar (por el PD), Pedro Freeman (por los radicales) y los socialistas Luis Zuloaga y Cirilo Martín (este último en representación de las sociedades de resistencia). Luego de los discursos, alrededor de mil quinientos manifestantes marcharon hacia La Moneda, donde se entregarían las conclusiones al Presidente de la República, Ramón Barros Luco. Los encargados de esta acción fueron nada menos que los socialistas Perujo, Luis A. Donoso y Manuel Hidalgo. Este grupo fue acompañado hasta el despacho presidencial por el Prefecto y Sub-Prefecto de la Policía, donde también se encontraban su esposa y el Intendente de Santiago, Pablo Urzúa. Barros Luco le manifestó a la delegación que ya conocía las conclusiones y que las encontraba justas; por ello, se comprometía a ayudar en lo posible y les recomendaba ponerse en contacto, para las gestiones legislativas, con el senador demócrata Ángel Guarello, persona de su total confianza. Fuera de protocolo, Perujo le aclaró al Presidente que el POS no era una agrupación con fines políticos, ya que solamente trabajaba para hacer posible las leyes que favorecieran al pueblo. Retirados los delegados, Barros Luco se dirigió a uno de los balcones para recibir los vítores de los manifestantes.

Las conclusiones a las que llegó esta manifestación estaban divididas en cuatro acápite: 1) legislación obrera en torno a pensiones por accidentes del trabajo, seguridad e higiene en las fábricas y talleres, reglamentación del trabajo minero, agrícola, infantil y femenino, pensiones de jubilación, fijación de un salario mínimo, y establecimiento de la jornada laboral de ocho horas; 2) instrucción primaria obligatoria y laica; 3) reglamentación de la venta de sitios por cuotas; y 4) reconocimiento legal de las organizaciones obreras⁶⁸.



«La Fiesta del Trabajo en Santiago. Los manifestantes frente a La Moneda, (en el círculo) S.E.

saludando a los obreros desde uno de los balcones». Sucesos, nº557, Valparaíso, 8 de mayo, 1913.

De esta manifestación existen varios aspectos a destacar. Por una parte, el trabajo conjunto de los socialistas con las sociedades mutuales derivó en un accionar político más propio de estas últimas, es decir, apelar directamente al Presidente como interlocutor para la promoción de soluciones a favor de los trabajadores. Esto sobresale aún más cuando Perujo le manifiesta al Presidente que el POS no era un partido político, intentando insertarse en la tradición mutualista y su reconocido alejamiento de la política. Sin embargo, las peticiones que entregó la delegación se enmarcan dentro de los propósitos socialistas, es decir, propender hacia una legislación que solucionara las precarias condiciones de los trabajadores, que a la luz de este acontecimiento parecen ser también los propósitos de las sociedades mutuales. Destaca también el ascendiente y la influencia que tenía Hidalgo en el ambiente político de la época, ya que es precisamente él quien lee y entrega en manos de Barros Luco las conclusiones del mitin.

Con todo lo espectacular que puede tener una escena donde tres dirigentes socialistas se encuentran en el despacho presidencial y, más aún, cuando es un obrero y el primer socialista en un cargo de elección popular quien lee y entrega las conclusiones del 1 de mayo al Presidente, la participación del POS fue objeto de críticas entre los sectores que defendían posiciones clasistas y se apoyaban en el actuar de las sociedades de resistencia. Al contrario de esta actitud, la prensa de la época entendió a esta manifestación como la que legítimamente celebraba la «fiesta del trabajo», precisamente una concepción contra la que se levantaban las organizaciones obreras más combativas.

Una editorial de El Mercurio de aquel 1 de mayo planteaba que, si bien entre los obreros existía «una ínfima porción que [...] por negocio viven predicando ideas de odio contra la sociedad», el grueso de los trabajadores chilenos estaba compuesto por «elementos sanos, ilustrados, conscientes de cohesión y no de

disgregación social», que perseguían «el perfeccionamiento posible del individuo dentro del respeto de la ley». Esta editorial también reconocía la «justicia» de algunas reivindicaciones, como la limitación de la jornada laboral, la fijación de un salario mínimo, la reglamentación del trabajo femenino e infantil y el cierre de las cantinas de sábado a lunes. En la persecución de estos valores y objetivos, el redactor reconocía positivamente el accionar de las organizaciones obreras que participaron de esta manifestación. El comentario final declaraba que «si en nombre de esta solidaridad de ideas se celebra la fiesta del trabajo, bien merece que recibamos con júbilo el día 1 de mayo»

69.

La otra manifestación, la de «protesta», estuvo liderada en Santiago por los anarquistas, quienes no dejaron pasar esta oportunidad para criticar al POS. En un artículo titulado «Los demagogos del pueblo», publicado en La Batalla, se criticaba el actuar (o «comedia ridícula») de los socialistas, en el que veían una clara señal de claudicación. Según este artículo, la manifestación organizada y liderada por el POS era una muestra palmaria de la ineficacia del socialismo para los fines obreros, por lo cual no era «necesario ser profeta ni imprudente para diagnosticar los beneficios que de este partido socialdemócrata burgués, obtendrá la clase trabajadora». Asimismo, se sorprendía el redactor que «de la gran masa obrera salgan individuos de tan bajas pretensiones o supina ignorancia, que diciéndose redentores del pueblo hagan el papel a la burguesía». Agregaba que el «socialismo parlamentario» («un bálsamo para adormecer las energías del pueblo») significaba «afianzar y perpetuar, por medio de la ignorancia del pueblo y bajo diferente aspecto, la explotación burguesa», sobre todo cuando proponía como «arma de su salvación: la papeleta electoral». Por todo esto, incitaba a los anarquistas («los antipolíticos, los verdaderos defensores de la verdad y felicidad humana»), en su rol de «combatientes de toda mentira política», a no dejar de «atacar a la denominada socialista parlamentaria que por la más cara obrerista que lleva, es la peor de todas las existentes»⁷⁰.

Recabarren también manifestó su molestia ante lo realizado por el POS aquel 1 de mayo. En una carta enviada a Martínez, exponía: «El 1º de mayo fue una mistificación y así veo que siguen marchando. Es muy triste todo eso!». Más enfático aún, creía que el comportamiento que llevaban los socialistas santiaguinos era «seguir a la antigua de los demócratas». Llegaba incluso a amenazar que de continuar dicho comportamiento, «yo les voy a pegar, muy a mi pesar, desde mi periódico»⁷¹.

3. La fragmentación de los socialistas capitalinos

La verdad de las cosas es que la sección capitalina del POS no caminaba nada bien. A pocos meses de la elección de Hidalgo, las luchas internas llevaron al quiebre del partido en dos fracciones en julio de 1913. Precisamente, el motivo del conflicto se centraba en Hidalgo. En el grupo disidente se encontraban Luis Zuloaga (que a la sazón figuraba como presidente de la sección), Miguel Silva y el mueblista Luis Perujo (futuro corresponsal del periódico El Socialista de Punta Arenas). Estos militantes habían cuestionado la labor municipal de Hidalgo, acusándolo ante una asamblea partidaria de apartarse de la línea socialista y del programa con el cual había sido electo. En la defensa del regidor se encontraban dos importantes militantes: Enrique Díaz V. y Carlos A. Martínez. Ambos dirigentes figuraban junto a Juan de D. Zúñiga en la comisión de prensa que en octubre de 1913 publicó La Voz Socialista («Órgano de la Agrupación Socialista de Santiago»), creado para hacer frente a la pérdida del que hasta ese momento era el periódico del partido, El Socialista, en manos de Zuloaga y Silva.

Ambos grupos se arrogaban la representación socialista y publicaban citaciones a asambleas para zanjar el tema de la división. El grupo que apoyaba a Hidalgo continuaba sesionando en el local de la calle Brasil y a fines de agosto convocaban a los socialistas de la capital a nombrar un nuevo directorio para llenar los puestos de los disidentes⁷². En tanto, el grupo que encabezaba Zuloaga había redactado un manifiesto que habían firmado 58 militantes que apoyaban la desafiliación del regidor por Santiago y que había sido enviado a las secciones socialistas del país. De las publicaciones de esa época se puede advertir que el grupo de Zuloaga tenía contactos con el Centro de Estudios Sociales Francisco Ferrer, donde se reunía un importante número de anarquistas vinculados a la FECH⁷³.

Este conflicto, como veremos más adelante, no acabaría sino hasta la reorganización de la sección socialista de Santiago, decretada por el Comité Ejecutivo Nacional en octubre de 1915. En ese lapso de tiempo, los socialistas «hidalguistas» continuaron con su labor gremial y política, intentando atraer a su seno a las distintas organizaciones obreras, pues consideraban que estas «para

lograr su total emancipación no tienen otro medio que ingresar al Partido Socialista, cuya aspiración fundamental es la conquista del poder político por la clase trabajadora»⁷⁴. En este sentido, los «hidalguistas» contaban con cierta ventaja debido a que en su local sesionaban desde fines de julio la Federación de Zapateros y Aparadores, la Federación de Empleados del Comercio de Santiago, la Federación de Sastres, la Academia de Baile La Unión y grupos organizados de mueblistas y carpinteros⁷⁵.

La centralidad que tenía la lucha política entre los socialistas capitalinos se confirmó cuando estos se embarcaron en una nueva elección. Esta vez se trató de la elección complementaria a un puesto en el Senado tras la muerte de José Matte Pérez, senador conservador. Con este fin, la sección socialista que apoyaba a Hidalgo levantó la candidatura de Juan de la Cruz Rojas. Si bien el resultado fue la derrota de su candidato, luego de la elección los socialistas publicaron la plataforma electoral que sustentaba Rojas. Hemos decidido transcribir íntegramente dicha propuesta, por considerarla uno de los mejores resúmenes de las aspiraciones de los militantes del POS capitalino hacia la segunda década del siglo xx, como bien intuía quien decidió publicarla, señalándola como un «documento que servirá para la historia de nuestro partido»:

Legislación sobre el Trabajo:

- i. Creación del Ministerio del Trabajo.
- ii. Fijación de la jornada legal de trabajo en 8 horas.
- iii. Reglamentación del trabajo en las fábricas de las mujeres y los niños.
- iv. Reglamentación del trabajo dado a domicilio.
- v. Legislación sobre los accidentes del trabajo.
- vi. Retiro e invalidez del trabajo.

vii. Creación del seguro obrero.

viii. Reglamentación del trabajo agrícola-ganadero.

Legislación Social:

i. Igualdad civil y política de la mujer.

ii. Separación de la Iglesia y el Estado.

iii. Prelación del matrimonio civil sobre el religioso.

iv. Declaración forzosa de la paternidad de los hijos ilegítimos.

v. Obligación forzosa del padre de dar una pensión para alimentos y proporcionar educación al hijo ilegítimo hasta que este haya llegado a los 14 años.

vi. Instrucción obligatoria, laica y gratuita.

vii. Establecimiento de la sopa escolar en todas las escuelas del Estado.

viii. Establecimiento de la asistencia médica escolar.

ix. Subvención por el Estado a las colonias escolares.

x. Supresión de la pena de muerte y de azotes.

xi. Revisión del Código Civil, en el sentido de consultar mejor los intereses de las clases en que está dividida la sociedad.

Legislación Política:

- i. Revisión de la Constitución Política del Estado.
- ii. Establecimiento de la dieta para todos los cargos de elección popular.
- iii. Supresión del Consejo de Estado.
- iv. Supresión de la Comisión Conservadora.
- v. Supresión del voto de segundo grado en las elecciones de Presidente de la República.
- vi. Creación del Poder electoral, a base de elección popular.

Legislación Económica Financiera:

- i. Liberación de los derechos aduaneros a todos los artículos alimenticios y a las materias primas, que vengan a dar vida a nuestra naciente industria nacional.
- ii. Alza de derechos a todos los artículos suntuarios o artefactos que se produzcan en el país, como único medio de entonar nuestra débil condición económica.
- iii. Fijación de primas de exportación a la industria nacional.
- iv. Protección a la marina mercante nacional y declaración que esta sola podrá hacer el servicio de cabotaje.
- v. Obligación del Estado de surtirse de todos los artículos que consume en las fábricas nacionales.
- vi. Fijación de un tipo de cambio.
- vii. Pago de los salarios con arreglo al tipo de cambio que haya fijado el Estado.
- viii. Creación de un banco popular de ahorros y préstamos, a semejanza de la Caja de Crédito Hipotecario.

ix. Reforma a la legislación bancaria en el sentido que estas instituciones sean una ayuda efectiva a la industria y no la fuente de agio, causa inmediata de nuestra ruina económica.

x. Obligación de los bancos extranjeros establecidos en Chile, de invertir en el país la mitad a lo menos de las ganancias que obtengan en sus operaciones comerciales.

xi. Obligación forzosa del Estado de garantizar con el interés corriente, los capitales extranjeros que vengan al país a invertirse en la edificación de habitaciones baratas para obreros.⁷⁶

Como es posible apreciar, las medidas propuestas no perseguían la socialización de los medios de producción (como se establecía vagamente en la declaración de principios de febrero de 1913), ni la alteración del sistema de remuneración laboral (salario), pero sí se hacía cargo de reformas para atenuar los abusos del régimen capitalista, sobre todo en cuanto al nivel de explotación de los trabajadores. A todas luces se trata de un programa reformista, o por lo menos, no revolucionario. Nos indica también que se trata de un programa con fuertes características locales, dado que no contiene un punto esencial para un gran número de trabajadores del país: la supresión de la ficha-salario. Sin embargo, y en un notable avance respecto a la política socialista, sí integraba un punto que para los obreros del centro cobraba importancia: la regulación del trabajo rural. De todo esto se desprende que no existía unidad orgánica ni doctrinaria entre las diferentes secciones socialistas, ya que en la mayoría de ellas no figuraban los campesinos como sujetos de sus reivindicaciones.

Con todo, lo que pone de manifiesto este programa electoral es que el POS contribuía desde su área de influencia a construir un ambiente favorable a las reformas sociales, reforzando los parámetros mínimos que debían alcanzarse para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores de la «cuestión social». Además, queda claro que su intención era conducir dichas reformas por los canales institucionales.

Tras sacudirse de la derrota electoral, los militantes que publicaban La Voz Socialista retomaron sus esfuerzos por promover la organización de los trabajadores, sin dejar de lado las conmemoraciones importantes, como la

celebración de la fundación del partido en la capital, llevada a cabo simultáneamente al acto organizado por el grupo de Zuloaga⁷⁷. En noviembre de 1913, desde su órgano periodístico los «hidalguistas» manifestaban que el objetivo central de su partido era luchar «por la organización de los gremios en resistencia, a fin de que los obreros recapaciten y hagan lo que no pueden hacer los gobiernos por incuria y por conveniencia de la conservación de sus privilegios». Este diagnóstico daría sus frutos. A inicios de aquel mes un grupo de carpinteros se organizó «bajo los auspicios del Partido». Unos días después, se reorganizó «en resistencia» la antigua Sociedad de Cigarreros y Cigarreras «Daniel Pinilla», en una asamblea con más de 120 trabajadores entre mujeres y hombres. En dicha asamblea, Benito Pereda Arteaga⁷⁸, secretario de la sección «hidalguista», dio una conferencia sobre las ventajas de la organización obrera y los perjuicios del «vicio de las carreras», apelando críticamente a la inclinación de los sectores populares de apostar su escaso dinero en los carreras de caballos. Posteriormente, los cigarreros enviaron una carta con el fin de «expresar a los entusiastas coidearios del Partido Socialista Chileno, sus más fervientes votos de agradecimiento». Firmaba este documento el obrero cigarrero y poeta Francisco Pezoa⁷⁹.

Además, los «hidalguistas» incorporaban a su repertorio iniciativas para aumentar su influencia en las organizaciones obreras. Por ejemplo, la puesta en marcha en el local del partido de una oficina independiente de colocación laboral, para que acudieran a ella los obreros cesantes y los empresarios dispuestos a ofrecer puestos de trabajo⁸⁰. Con esta iniciativa, los socialistas capitalinos ponían en marcha una medida que el Estado recién replicaría casi un año más tarde con la creación del «Servicio de Colocaciones», dependiente de la Oficina del Trabajo⁸¹. También, ofrecían sus instalaciones «gratuitamente a todas las personas que con cualquier fin deseen reunirse, a los gremios o sociedades que lo deseen» y también a «los sportman, jugadores, como academias y Sociedades», ampliando la convocatoria a esferas distintas al mundo laboral.

En relación a la diversificación y ampliación de la cultura de los trabajadores, con notorio orgulloso informaban de la exitosa gestión municipal realizada por Hidalgo para que las compañías artísticas que se presentaran en el Teatro Municipal de Santiago, estuvieran obligadas a dar una función gratuita para las sociedades obreras que sostenían escuelas nocturnas. Otro medio en donde este grupo buscó desplegar una alternativa de entretenimiento fue el cine, que durante esos años comenzaba a consolidarse en el mundo popular⁸². En noviembre de 1913 plantearon la idea de formar una Sociedad Anónima «Biógrafo Popular»,

con capacidad para recorrer distintos lugares, incluidos los sectores rurales cercanos a la capital. Muy afines a mezclar siempre las actividades de ocio con la política, entre cada proyección realizarían una conferencia que aportara a la instrucción (socialista) de los espectadores⁸³. Un par de meses antes, los socialistas iquiqueños se habían propuesto crear una cooperativa para reproducir películas a precios populares bajo la idea de fomentar «el desarrollo del arte y de la educación artística que aumentará la cultura de las familias obreras»⁸⁴. Tal fue la penetración del cine, que hacia 1922 las conferencias políticas que organizaban los socialistas de Antofagasta incluían la reproducción de películas⁸⁵. Otras actividades que los socialistas llevaron adelante para contrarrestar la falta de esparcimiento de las familias obreras, fueron los paseos rurales («picnics socialistas»), las veladas de teatro y los bailes sin alcohol, iniciativas comunes a casi todas las secciones.

A pesar de sus conflictos internos, hacia 1914 la acción socialista capitalina se encontraba establecida en el ambiente obrero y político. Y como sucedía también en Valparaíso, los socialistas santiaguinos se enfrentaron a los anarquistas con el afán de disputarles las organizaciones obreras. En marzo de aquel año, La Batalla informaba de un debate realizado en Santiago donde Manuel Hidalgo defendió la opción parlamentaria. De acuerdo a este periódico, Hidalgo habría señalado: «Los socialistas no queremos la extorsión de las leyes, queremos que se las respete para que cuando la legislación sea socialista también sea respetada». Según la opinión del cronista, esta declaración demostraba la nula capacidad revolucionaria del POS: «este mutuo respeto socialista-burgués (no siempre se diferencia socialista de burgués) no nos importaría absolutamente nada si no fuera que los socialistas metidos a redentores parlamentariamente hicieran por ese respeto fracasar a menudo iniciativas revolucionarias». «Si los socialistas», continuaba la nota, «no pregonaran la abolición del régimen presente, estaríamos conformes; pero lo pregonan y desvían muchas energías encaminándolas por las vías legalistas y parlamentarias». Como vemos, la disputa que llevaban a cabo los socialistas al interior del movimiento obrero era una de las causas que motivaban a los anarquistas a desacreditar su capacidad «revolucionaria». Para los libertarios, la propuesta socialista era el «último baluarte» del régimen de dominación, ya que su apego a las formas «legalistas» de lucha perjudicaba «la acción emancipadora de los ilegales y aleja por lo tanto el día de las reivindicaciones, del triunfo de la libertad y el amor»

Distinta era la suerte del grupo liderado por L. Zuloaga, A. Rodríguez y M. Silva, que no había logrado constituirse como un referente al interior del movimiento obrero capitalino. Entre sus escasos logros se encontraba haber influido, hacia fines de 1913, en la organización en resistencia del gremio de escoberos⁸⁷. Hacia abril de 1914, este grupo se encontraba replegado en la Federación de Empleados de Comercio, desde donde organizaban conferencias (en su local de la calle Rosas #1036) con la finalidad de exponer sus «medios de lucha» («Gremialismo, Cooperativismo, Acción Política y Social»). Mostrando una preocupación mayor por las definiciones ideológicas y políticas, dividían sus conferencias en dos partes: doctrina y táctica socialista. La primera trataría sobre la «propiedad y su misión social, económica y política», su «papel histórico» y «la orientación societaria de la producción». La sección «táctica» del programa era más específica:

Solidaridad de los trabajadores y cooperativismo socialista. Acción electoral: sufragio universal, de la mujer incluso; conversión del régimen financiero del Estado; extirpación de las manos muertas, laicas y congregacionistas [sic]; igualdad efectiva en el ejercicio del derecho de asociación; abolición obrera [sic]; redención de la conciencia humana por la enseñanza socialista⁸⁸.

En conjunto con estos debates «doctrinarios», que buscaban aclarar la estrategia de diferenciación con los anarquistas, los dos grupos socialistas se desenvolvían frecuentemente en las luchas obreras, ya fuera convocando a manifestaciones o secundándolas. A inicios de abril de 1914, la creación de la Liga de Fabricantes de Pan, una combinación patronal que tenía por objetivo controlar los precios del pan y el valor de los salarios, impulsó a un conjunto de sociedades obreras a un mitin de protesta acordado para el 12 de ese mes. En la organización de esta manifestación se logró reunir un inédito conglomerado de instituciones obreras con diversos fines y métodos: sociedades de socorros mutuos y de resistencia con influencia demócrata, anarquista y socialista. En la estatua del General San Martín ubicada en la Alameda, punto de reunión recurrente de las manifestaciones obreras, hablaron a la concurrencia el anarquista Luis Soza (representando a las sociedades de resistencia), el diputado demócrata Bonifacio Veas y el regidor socialista Manuel Hidalgo. Luego de los discursos, los manifestantes se dirigieron a La Moneda, donde el comité del mitin entregó al

Ministro del Interior un memorial con las conclusiones. Entre las medidas que pedían se encontraban, además de la inmediata prohibición del trust de los panaderos mediante decreto supremo, acciones en contra de la carestía de los alimentos (como la rebaja de los fletes de FF.CC. del Estado), la disminución de los aranceles a la harina extranjera y la apertura de panaderías municipales con precios rebajados (que se establecieron en 1915)⁸⁹.

A diferencia de lo acontecido el año anterior y que había motivado críticas transversales desde Recabarren hasta los anarquistas, la conmemoración del 1 de mayo de 1914 contó con una activa participación de los socialistas. De acuerdo a lo informado por La Razón, la agrupación socialista fue la única organización «política» que participó de la marcha convocada por el Comité Pro Primero de Mayo. Este diario informaba con notable afección que en dicha manifestación la «bandera de la rebelión flotaba por doquier, flameando como protesta airada contra esos miserables burgueses; parásitos de la sociedad actual»⁹⁰.

A la luz de estas comprometidas palabras, cabe mencionar que por aquellos días la imprenta de La Razón ofrecía al público una serie de libros, promocionados como los que contenían «las más avanzadas doctrinas sociales, políticas y económicas». Entre ellas destacan, para el tema que estamos analizando, El Capital de Marc [sic], Origen de la familia y La Religión de Engels, además de obras de autores anarquistas como Bakunin, Kropotkin y Proudhon, y de autores clásicos como Darwin, Spencer, Nietzsche, Tolstoi y Zola, entre otros⁹¹. Cada uno de estos libros tenía un costo de \$1,50. Es decir, el valor de quince periódicos socialistas de la época (\$0,10), o tres folletos de Recabarren (\$0,50), o tres kilos de harina de 1914 (\$0,43 por kilo), o tres afeitadas o cortes de pelo (\$0,50), o un tercio del jornal diario de un maquinista de los tranvías capitalinos (\$4,50), o tres veces el jornal recibido por un ensacador de salitre después 12 horas de trabajo (\$0,50).

Unos días después de la conmemoración del 1 de mayo, y quizás conmovidos por la creciente movilización popular que comenzaba a cuajarse, el nuevo directorio del grupo que lideraba Zuloaga efectuó un llamado a la unidad de todos los socialistas de la capital. Apelando a los «principios de confraternidad y unión», esta convocatoria invitaba a dejar atrás los conflictos, que habían podido «entorpecer la hermosa marcha del Partido, pero no extinguir la sinceridad de propósitos de sus miembros». En la misma nota, destacaban la necesidad de concretar a la brevedad un congreso socialista⁹². Si bien estos esfuerzos conciliadores no llegarían a concretarse sino hasta un año más adelante, el grupo

de Zuloaga continuó organizando conferencias y manifestaciones para exigir medidas al gobierno que hicieran frente a la cesantía y al encarecimiento de los alimentos.

4. La crisis económica y la agudización de la movilización popular

Era agosto de 1914 y en Europa la Primera Guerra Mundial había comenzado, pero la crisis económica que desencadenó este conflicto ya se sentía en el país desde hace algún tiempo. Una fase de inflación de los bienes de consumo (1910-1915) se sumó a la gran caída del producto interno que se experimentó entre los años 1912-1915, repercutiendo hacia 1914 en un alto número de despidos, principalmente en la minería y en el sector industrial⁹³.

Con este magro escenario de fondo, un mitin de desocupados se congregó en la Alameda para solicitar acciones gubernamentales que contrarrestaran los efectos de la crisis. Los manifestantes exhibían carteles con consignas como «Pan quiere el pueblo», «No deben pagarse los arriendos», «Abajo los defensores de la propiedad» y «Abajo la burguesía». Entre las conclusiones del mitin se exigían medidas arancelarias para bajar los precios de los alimentos (abolición del impuesto al ganado argentino y prohibir la exportación de alimentos), la promoción de la colonización de tierras en el sur y el fomento de obras públicas (el sostenimiento de las obras de remodelación de Santiago⁹⁴, la construcción del Stadium Nacional [sic], del ferrocarril a Valparaíso por Casablanca y de la doble vía de las líneas Santiago-Valparaíso y Rancagua-San Fernando)⁹⁵.

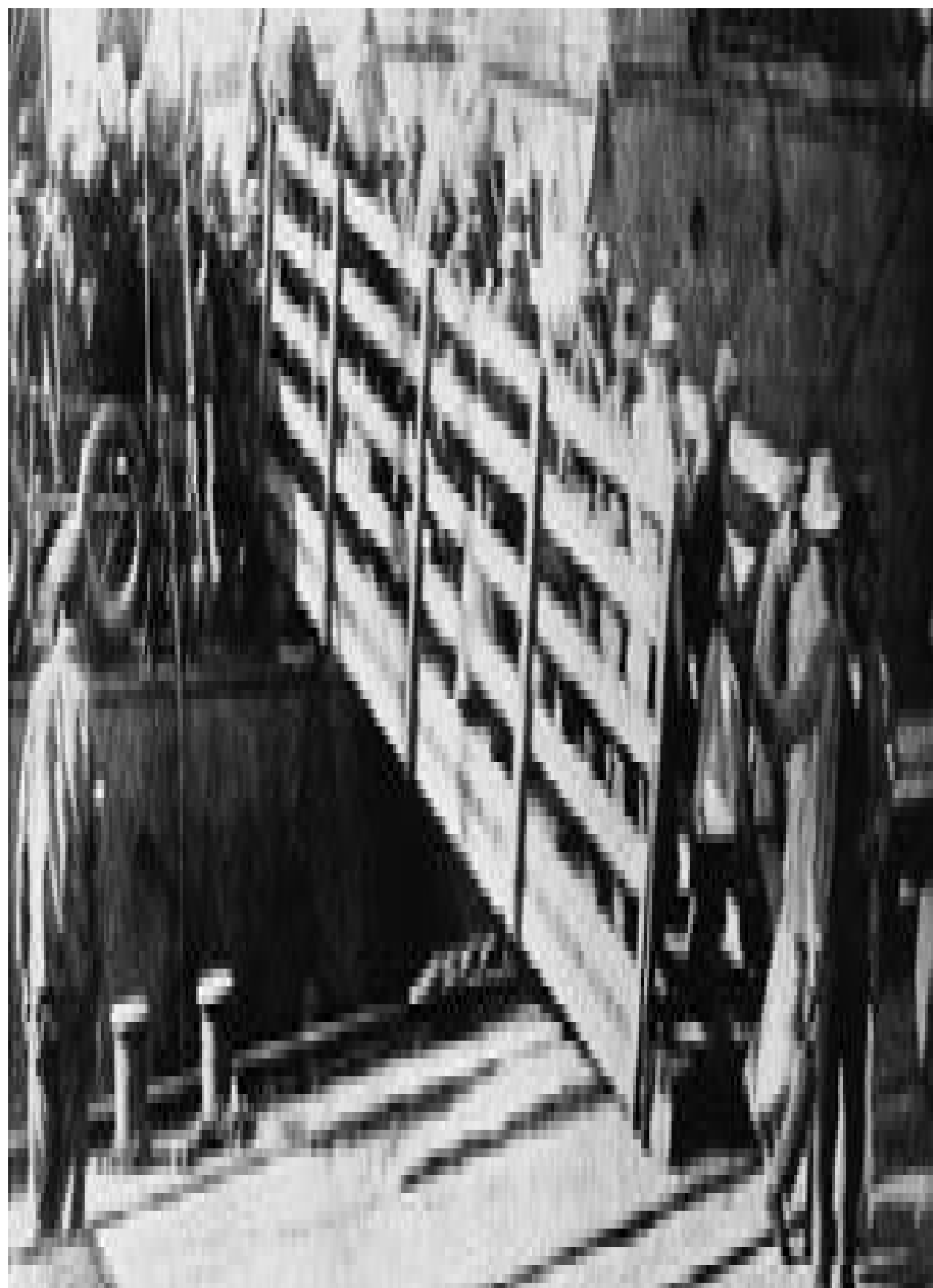
Siguiendo este ejemplo, el grupo socialista bajo la dirección de Zuloaga, Rodríguez y Silva convocó a una manifestación en el centro de la capital para protestar por la situación de los trabajadores. Luego de los discursos de los dos primeros, los manifestantes decidieron llevar sus conclusiones a las imprentas de los diarios en lugar de presentárselas, como era costumbre, a alguna autoridad. El objetivo que perseguían era iniciar una campaña pública centrada en los siguientes puntos: venta de los buques de guerra adquiridos recientemente por el Estado, para posibilitar la inversión pública en la explotación de recursos naturales⁹⁶; revertir el proteccionismo a través de la liberación de aranceles al ganado y azúcar; inicio de las obras públicas; impuestos a las tierras sin cultivo y

reparto de la propiedad rural del Estado entre los trabajadores cesantes; aplazamiento de tres meses para el pago de arriendo menores a \$100 y prórroga de un año a los préstamos vencidos sobre prendas; y, la prohibición de las apuestas en las carreras de caballos⁹⁷. Unos días después este grupo volvió a la Alameda y siguiendo el itinerario anterior, con un «orden y compostura inalterables», se dirigieron a los locales de los periódicos para agradecer el apoyo y difusión prestados a sus reivindicaciones⁹⁸.

La intención de este grupo era afianzar su propuesta en la opinión pública, debido a que en un contexto de alta cesantía la promoción de la huelga como método de acción reivindicativa no auguraba buenos resultados. Al alto número de cesantes concentrados en la capital se sumaban constantemente nuevos desocupados provenientes de las oficinas salitreras, aumentando así el «ejército de reserva» de trabajadores que presionaba los salarios a la baja. Con una gran cantidad de trabajadores desocupados como telón de fondo, el escenario de la huelga no se presentaba como beneficioso; por ello –como también sucedía en Valparaíso, primera estación de los trabajadores salitreros cesantes– los obreros organizados comenzaron a constituir instancias con objetivos no necesariamente laborales, decantando las demandas por el canal de la disminución de los precios de los alimentos y arriendos.



«Los “emigrados”, sobre la cubierta del “Rancagua”». Sucesos, nº 621,
Valparaíso, 20 de agosto, 1914.



«Trabajadores de las faenas salitreras de las provincias del norte, desembarcando por el muelle fiscal

de Valparaíso, adonde vienen en busca de trabajo». Sucesos, n° 621, Valparaíso, 20 de agosto, 1914.

El movimiento obrero no fue el único actor social que en este contexto se organizó para aumentar su capacidad de presión y mejorar así su posición en las negociaciones por eventuales beneficios. A fines de agosto, la Sociedad Unión del Comercio, que agrupaba a los empresarios del sector, anunció sus propósitos de organizar una gran «reunión cívica, en donde estén representados todos los elementos productores del país, como ser agricultura, comerciantes, industriales, mineros y, en general, todos los órdenes de la actividad económica de Chile». Con este fin, extendieron invitaciones a las principales asociaciones patronales de la época: Sociedad de Fomento Fabril, Sociedad Nacional de Agricultura, Sociedad de Minería y Sociedad Agrícola del Sur. Con esta organización, los empresarios perseguían encaminar a su favor las políticas estatales que comenzaban a adoptarse para enfrentar la crisis

99.

En la escena pública capitalina también se desenvolvía el Comité Pro-Mejoramiento Obrero, entidad de influencia mutualista y con mayor capacidad para incidir en la esfera estatal que las sociedades de resistencia bajo influencia socialista o anarquista. A fines de agosto, esta organización se reunió con el director de la Oficina del Trabajo, Eugenio Frías Collao, para tratar el tema de la colocación de los obreros cesantes¹⁰⁰. A mediados de noviembre se integró a este Comité la FECH, con la activa participación de varios de sus dirigentes en las asambleas. Y a pesar de declarar que sus propósitos estaban fundados «en bases que lo alejan de toda acción política determinada», los socialistas habían logrado cierta penetración con la acción de Carlos A. Martínez, el cual anunciaba una pronta conferencia titulada «La guerra ante el problema obrero»¹⁰¹. Con una convocatoria más amplia y con claras características mutualistas, esta organización invocaba la «sobriedad» y «honradez» del artesanado como fundamento para pedir medidas al gobierno. Además, llamaba a todos los

desocupados, ya fueran obreros o empleados, a manifestarse de forma «patriótica» en las calles, basados en la confianza de vivir en una República donde existía una «verdadera democracia» y donde las leyes debían estar al servicio de los ciudadanos¹⁰².

Una de las principales actividades del Comité Pro-Mejoramiento Obrero fue officiar como secretaría de recepción para las solicitudes de trabajo, que luego eran remitidas a la Oficina de Colocaciones, en funciones desde agosto de 1914. Los vínculos con el director de la Oficina del Trabajo ayudaron a situar a esta organización como un nexo entre la acción gubernamental y los trabajadores cesantes. Aunque también fue determinante para ello el escaso presupuesto y el bajo número de funcionarios con que contaba esta institución estatal¹⁰³.

De las organizaciones obreras de este período que no tuvieron como centralidad las demandas estrictamente laborales, la Liga de Arrendatarios fue la que menos recepción tuvo entre los sectores dominantes, debido principalmente a que en ella se agrupaba un gran número de anarquistas. Bajo la conducción de importantes dirigentes libertarios, esta organización convocó a un gran número de trabajadores cesantes en torno a la exigencia de medidas que propendieran a la disminución y moratoria de los arriendos. Si bien en cada una de las manifestaciones públicas de la época los trabajadores eran fuertemente escoltados por la policía, solamente en las marchas convocadas por la Liga de Arrendatarios se actuó sistemáticamente de manera represiva¹⁰⁴. Una editorial de El Diario Ilustrado publicada a fines de octubre responsabilizaba de los desórdenes producidos en estos mítines a los «amigos de las agitaciones populares» o «Españoles sin arraigo en nuestro suelo [que] aparecen como jefes, oradores o conductores de estas manifestaciones, lo cual denigra la dignidad del obrero chileno». El redactor de la editorial recomendaba a los arrendatarios solucionar sus demandas entre particulares –debido a que los comprendía como contratos de carácter privado e individual– y confiar en que la «justicia en unos casos, la caridad en otros, concederán rebajas que la ley no puede conceder»¹⁰⁵.

Probablemente por la significación social que alcanzó esta organización, los socialistas vieron con buenos ojos involucrarse en ella. A fines de octubre, el hojalatero Carlos A. Sepúlveda, reconocido socialista capitalino, fue nombrado Secretario General de la Liga de Arrendatarios, en un directorio integrado casi exclusivamente por importantes figuras del anarquismo como Julio Valiente, Laureano Carvajal, Augusto Pinto, Luis Soza y Pedro Ortúzar¹⁰⁶.

Hacia fines de 1914, la actividad socialista comienza nuevamente a sumergirse en los conflictos entre los dos grupos. Al parecer, la causa principal del recrudecimiento de estas querellas fueron las elecciones a realizarse en marzo y abril siguientes. A la vez que intentaba movilizar en la línea socialista a los obreros, cada vez más golpeados por los efectos de la crisis económica, Zuloaga criticaba a las organizaciones mutuales que habían surgido en este contexto (como el mencionado Comité Pro-Mejoramiento Obrero, donde participaba C. A. Martínez, aliado de Hidalgo), por su actitud colaborativa con el gobierno. El grupo de Zuloaga organizó a comienzos de 1915 una serie de manifestaciones y conferencias con la finalidad de «levantar el decaído espíritu obrero [...], a la par que para dar a conocer las bondades que encierran las ideas socialistas». En el acto del 3 de enero de 1915, hablaron a la concurrencia Rafael Castro, Zuloaga, A. Rodríguez y L. Perujo. El acto finalizó con la lectura de las demandas socialistas, entre las que se encontraban: despacho de una ley de accidentes laborales (que no se aprobará sino hasta fines de 1916), de descanso dominical, de salario mínimo e indemnización por despido; promoción de un proyecto de colonización de tierras fiscales y obras públicas; y el total rechazo a una posible ley de residencia¹⁰⁷.

En estas demandas es ostensible tanto la influencia de Zuloaga y su preocupación por la promoción de una legislación a favor de los trabajadores, como la inclinación socialista de promover cambios legales a través de los medios políticos. Y si bien, como vimos, este grupo intentó crear una corriente de opinión como una alternativa a la baja figuración pública que tenían los socialistas, de igual manera la participación en las elecciones seguía ocupando un lugar preponderante en sus esfuerzos organizativos.

5. Las elecciones de 1915 y la convocatoria al Congreso

La agudización de los conflictos internos de fines de 1914 puede ser entendida por la proximidad de las elecciones y por la necesidad de esclarecer la representatividad socialista en la capital. Por este motivo, los socialistas organizados en torno a las figuras de Castro, Zuloaga, Rodríguez y Perujo comenzaron a reflatar la idea de convocar a un congreso que aunara a todas las agrupaciones socialistas dispersas por el país. Es este grupo el que comienza las

gestiones para el iº Congreso del POS, iniciativa que venían planteando sistemáticamente desde mediados de 1914.

Como hemos visto hasta aquí, era común que las distintas secciones socialistas levantaran plataformas electorales y reivindicaciones particulares, variando según las características sociales de cada provincia. De acuerdo a lo que expresaba el socialista santiaguino «P. Luchi»¹⁰⁸, el problema no sólo estribaba en las medidas propuestas, sino también en los métodos y acciones, pues mientras «los unos se afanan por el progreso y la educación de los trabajadores», los otros «fundan centros llamados con descaro socialistas, donde se baila, se bebe, se pactan traiciones electorales con los partidos burgueses». Estas palabras eran una clara alusión a Hidalgo (denominado «Pachín» en los escritos de «P. Luchi»), al cual también se le sindicaba como uno de los «logreros embaucadores del pueblo», «primer Judas del socialismo en Chile» y uno de los que por no haber logrado «surgir con su farsa en la Democracia, se disfrazan con los ropajes socialistas para atraer nuevas víctimas». La finalidad última de estas acusaciones era demostrar la necesidad de un congreso del partido: «Aún es tiempo, recapaciten los socialistas chilenos. Celebremos antes de esa fecha [marzo de 1915, mes en que se realizaban las elecciones parlamentarias] una reunión, convención o congreso preparatorio. Pongámonos de acuerdo para la lucha y la propaganda, y a la par que habremos cumplido una parte de nuestros deberes de socialistas, daremos el primer paso para la creación del partido socialista»¹⁰⁹.

Resulta llamativo que, de acuerdo a lo que expresaban los socialistas del grupo de Zuloaga, el partido aún no «existía». En esta opinión compartían la visión de los socialistas puntarenenses, quienes hasta el momento mantenían distancia de las acciones de los demás agrupaciones socialistas desplegadas por el país, a pesar que desde 1912 habían expresado cierta comunión con las actividades de estas secciones, de informar sobre las mismas y de publicar artículos de Recabarren. Al mismo tiempo, lo señalado por el grupo de Zuloaga es contrario al concepto de otras secciones claramente identificadas con el POS, como las de Iquique y Valparaíso. Esta última hizo suyo el programa electoral de su par iquiqueño de 1915, en un gesto inequívoco de la identificación en una organización común. Es probable que su lejanía con el tronco histórico del partido se debiera a la comunicación constante que tenía Recabarren con C. A. Martínez, claro partidario de Hidalgo. Bajo este argumento puede ser comprendido el acercamiento de Zuloaga a Recabarren, aprovechando el mal concepto que el histórico dirigente tenía sobre el accionar de Hidalgo.

Hacia diciembre de 1914, las acciones de Zuloaga para posicionar a su grupo como «la» agrupación socialista de la capital se encontraban avanzadas. A esa fecha habían recibido las adhesiones para el Congreso de las secciones de Rancagua, Chillán, Concepción y Talcahuano. Era claro, no obstante, que sin recibir la venia de la sección socialista de Iquique, el pretendido congreso no alcanzaría la convocatoria necesaria para arrogarse la representación del partido en su conjunto. A mediados de diciembre, El Despertar de los Trabajadores publicó una carta de Zuloaga en donde reiteraba el llamado a organizar el congreso socialista antes de las elecciones que se aproximaban, reconociendo la legitimidad de su convocatoria¹¹⁰.

El apuro de este grupo por llevar a cabo el Congreso se encontraba mediado también por el nombramiento de los candidatos para las próximas elecciones y por la posibilidad de que Hidalgo se presentara a ellas, como finalmente sucedió (Zuloaga también fue candidato a regidor municipal en las elecciones de abril de 1915). Es por esta razón que en enero de 1915 este grupo informaba que ya había elegido a sus candidatos para las elecciones parlamentarias de marzo: a senador, Rafael Castro, antiguo militante demócrata y calificado en la ocasión como «el padre de la agrupación [socialista] de Santiago»; y para candidato a diputado, el elegido era nada menos que Luis Emilio Recabarren. Justificaban esta decisión «en prueba del cariño y admiración por la labor regeneradora que viene haciendo entre los obreros de la pampa», pero seguramente también como una medida para aislar políticamente a Hidalgo. La nota terminaba, justamente, recordando que Hidalgo había sido expulsado de la Agrupación Socialista de Santiago¹¹¹, asunto que como vimos no quedó del todo zanjado en su momento (mediados de 1913), puesto que la agrupación se dividió en dos fracciones, cada una arrogándose la representatividad del POS.

El acercamiento de Recabarren con Zuloaga se encontraba bien encaminado y en una asamblea de mediados de febrero los socialistas capitalinos dieron a conocer una carta enviada por el primero en la cual aceptaba la candidatura a diputado, a la vez que se excusaba de no poder asistir a la capital para realizar la agitación electoral correspondiente. Este gesto fue un primer paso en la legitimidad que buscaba el grupo de Zuloaga¹¹².

Al aproximarse las elecciones, la campaña de desprestigio de Hidalgo fue una de las principales actividades de este grupo. Para esta labor se sirvieron del espacio que les proporcionaba el órgano de prensa de los socialistas de Punta Arenas, en donde vertían descalificadoras opiniones en contra del regidor, todo esto con la

finalidad de reafirmar su posición en la idea de la regeneración de la política y desacreditar la representación socialista de Hidalgo¹¹³. Estas acciones, sumadas al apoyo de Recabarren, inclinaron la balanza a favor de Zuloaga y su iniciativa por aunar las acciones socialistas a través del Congreso.

Poco a poco, la idea del Congreso fue cuajando, en la medida que las diversas secciones del país respondían al llamado de Zuloaga. A fines de enero de 1915, los socialistas puntarenenses respondieron afirmativamente a la invitación que les había realizado la «Agrupación hermana de la capital»¹¹⁴. Un mes más tarde ratificaban su decisión, pero expresando ahora que la convocatoria les parecía prematura, porque no habían podido discutir los temas que estimaban pertinentes de tratar en dicho congreso. Debido a esto, no enviarían delegado y se representarían a través de Luis Perujo¹¹⁵.

A fines de marzo, los socialistas de Iquique manifestaron abiertamente su apoyo a la idea del Congreso. A través de El Despertar de los Trabajadores, Recabarren expuso las que creía debían ser las materias principales a tratar en el evento: «Uniformar los propósitos; Dar vida a la prensa; Programa de lucha; Desarrollo de la educación socialista; Acción obrera económica»¹¹⁶. Unos días después era más explícito y planteaba que el Congreso debía establecer a la organización gremial como centro de las actividades del partido, «porque no es posible permanecer eternamente sin una fuerza orgánica que atraiga en labor constante a los trabajadores hacia una organización que les garantice mejoría del salario, y horarios y reglamentación de las condiciones de trabajo»¹¹⁷.

Sin embargo, la premura de la convocatoria al Congreso y la ocupación que significaban las elecciones llevaron a que los socialistas capitalinos desistieran de la fecha inicial y, atendiendo a la recomendación de las demás agrupaciones, reprogramaran el evento partidista para el 1 de mayo de 1915.

6. El Iº Congreso del POS y la persistente fragmentación de los socialistas de Santiago

Tras las primeras dificultades, lentamente el Congreso del POS fue tomando forma. A fines de abril, los socialistas iquiqueños publicaron la despedida de

Recabarren al congreso, esperanzados en que este evento fuera el que fijara el rumbo «a la organización uniforme y metódica de todas las agrupaciones que hoy se hallan dispersas y sin más derrotero que la inspiración más o menos atinada y eficaz de sus organizadores». Pero así como se mostraban optimistas en el resultado del congreso, planteaban que este no tendría éxito en fortalecer la labor socialista si la agitación y propaganda se descuidaban

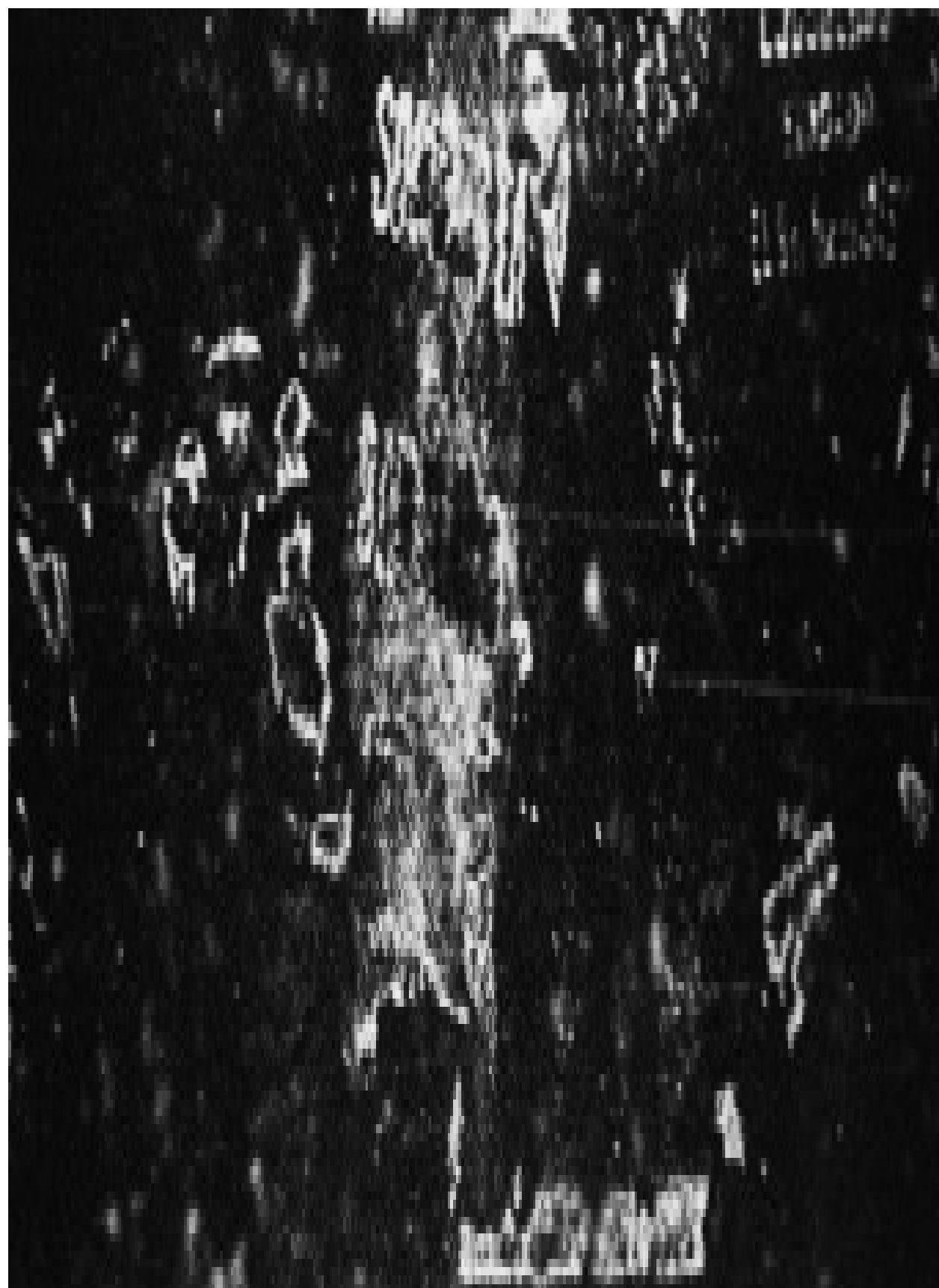
118.

Las consecuencias del enrarecido ambiente socialista de la capital se extendían incluso fuera de las fronteras nacionales. Los socialistas argentinos, informados de la realización de un Congreso de su par trasandino, enviaron un telegrama anunciando la llegada de su delegado, el diputado provincial por Mendoza y licenciado en Derecho Ramón Morey. El inconveniente estuvo en que este telegrama fue entregado a Hidalgo¹¹⁹, frente a lo cual el grupo organizador reaccionó desacreditando –como de costumbre– al ex regidor y aclarando que eran ellos quienes habían enviado una nota al Comité Ejecutivo del Partido Socialista Argentino (PSA)¹²⁰. Esta aclaración parece cierta, ya que apenas recibido el telegrama por Hidalgo, el grupo que lo apoyaba explicó que «no habiendo sido la agrupación de Santiago la que ha convocado al Congreso Socialista y no habiendo recibido invitación, la asamblea acuerda no nombrar delegados sino en el caso de ser invitada». Y como el grupo de Zuloaga no tenía intenciones de hacerlo, se excluían de participar, no reconociendo la legitimidad de la convocatoria¹²¹. Finalmente, el Congreso integró a parte de sus miembros, con la intención de poner fin al largo conflicto que existía entre los socialistas de Santiago.

Superados estos inconvenientes, la noche del 30 de abril, en un teatro ubicado en la intersección de las calles 10 de julio y Camilo Henríquez, se dio por inaugurado el iº Congreso del POS con una disertación de Luis Zuloaga sobre la actividad socialista en la capital¹²². En dicho discurso, Zuloaga hizo ver las dificultades que desde 1912 había tenido la acción socialista en Santiago, expresando con orgullo: «nadie tomaba en serio nuestros trabajos y durante su proceso hemos sido constantemente objeto de burlas y chacotas, [...] pero hoy estos pensamientos, estos ideales nuestros, son realidades y el Partido Socialista se afirmará aquí y echará raíces profundas donde se creía fuera una planta exótica». Aquella noche ocuparon también la tribuna Luis Perujo, el carpintero nortino José Miguel Peralta, Ramón Sepúlveda L., Teresa Flores y L. E. Recabarren¹²³.

A la mañana del 1 de mayo, se presentaron las credenciales de los delegados de las distintas secciones: L. E. Recabarren, delegado directo de Iquique e «indirecto» de Tocopilla y Concepción; J. M. Peralta, delegado directo de Taltal (Oficina Delaware); el mecánico Floridor Ortiz, delegado directo de Sierra Gorda; R. Sepúlveda Leal, delegado directo de Viña del Mar; Benjamín Rojas C., delegado directo de Valparaíso; Luis Perujo, delegado «indirecto» de Punta Arenas; Luis Zuloaga, Antonio Rodríguez, los «hidalguistas» Carlos A. Sepúlveda y Benito Pereda Arteaga, todos como delegados por los socialistas santiaguinos. Además, Teresa Flores se integró al Congreso como delegada del Centro Femenino Belén de Sárraga, en un reconocimiento a la labor de las mujeres socialistas. A todos estos, se sumó el enviado del PSA, Ramón Morey, al cual se le eligió como presidente del Congreso, petición efectuada por Rafael Castro. El cargo de secretario fue asignado a Zuloaga. Luego de la toma de cargos y de explicitar que la asistencia al Congreso era abierta, pero que sólo los delegados contarían con derecho a voz y voto, se dio por cerrada la primera jornada en vista de las manifestaciones programadas para la conmemoración del 1 de mayo¹²⁴.

Cerrado este primer acto formal, los congresales se dirigieron a las inmediaciones del cerro Santa Lucía, en donde se escucharon los discursos de Sepúlveda L., Perujo, Recabarren y Morey. Los organizadores del Congreso habían decidido reunirse en ese lugar para distanciarse de la marcha «oficial» que había sido organizada por el Comité Primero de Mayo, en el que participaban grupos anarquistas y también socialistas partidarios de Hidalgo. Terminados los discursos, los participantes del Congreso caminaron por la Alameda hacia un acto de camaradería organizado por el POS¹²⁵. Al llegar la columna socialista a la esquina de la calle Bandera, los manifestantes que se encontraban en el lugar reconocieron a Recabarren, solicitándole que les dirigiera algunas palabras. Este accedió, pronunciándose a favor del desarrollo de una «política sana», es decir, «socialista», que era la única que podía llevar al parlamento a los verdaderos defensores del pueblo. Estas palabras fueron impugnadas en el acto por los anarquistas que se encontraban en dicha esquina, debate al que se sumó Sepúlveda L., quien defendió vehementemente la opción política de los socialistas¹²⁶.



«Orador socialista en las manifestaciones del 1º de mayo de 1915 en Santiago».

El Diario Ilustrado, Santiago, 2 de mayo, 1915.



Luis Emilio Recabarren (de acuerdo al pie de foto original)

pronunciando un discurso en las manifestaciones del 1º de mayo de 1915 en
Santiago.

Sucesos, n°659, Valparaíso, 13 de mayo, 1915.

La segunda jornada se abrió con el acuerdo de emitir una declaración en contra de la guerra que se desarrollaba en Europa. Esta se iniciaba con un saludo a todos los socialistas del mundo y continuaba expresando «su voto de condena por la actual horrorosa carnicería humana en la cual la burguesía capitalista sacrifica la flor de la humanidad». Tras esto, se adoptó oficialmente el nombre de Partido Obrero Socialista. Este gesto, que puede parecer cosmético, venía a subsanar la indeterminación en cuanto al verdadero nombre del partido, fortaleciendo la identidad y reforzando también el rol histórico del acto fundacional sucedido en Iquique. Respecto a la elección presidencial que se aproximaba, se decidió no llevar candidato, pero de igual manera el POS presentaría postulantes a electores (el Presidente de la República era elegido de manera indirecta por un cuerpo de electores), los que de salir elegidos debían votar en blanco, desestimando cualquier posibilidad de alianzas políticas. Además, se pronunciaron a favor de fortalecer la labor educativa de los socialistas, dado que estimaban que «la potencia intelectual del ser humano, es el factor decisivo de la felicidad completa de cada individuo» y que, por lo tanto, al desarrollarse «la inteligencia individual y colectiva la humanidad avanzará siempre tras la conquista de felicidades sucesivas». Finalmente, en el acuerdo más importante del día, aceptaron que la base para desestabilizar al régimen capitalista era la organización cooperativa, considerada como «medio práctico de ir realizando la socialización de la sociedad, o sea, la expropiación capitalista y, por lo tanto, unifica la abolición del principio de propiedad privada». Según esta resolución, la organización cooperativa era el único medio para suprimir «las tiranías, esclavitud, vicios y grandes defectos que se derivan de la explotación» y representaba la «modalidad de la nueva y necesaria organización social que abolirá todo principio de explotación». Las cuatro mociones de ese día fueron iniciativas de la sección iquiqueña, presentadas y defendidas por Recabarren¹²⁷.

Como es posible apreciar, los socialistas tenían una visión mecánica del cambio social. A la organización cooperativa le sobrevendría un constante desgaste y extinción del capitalismo, a la ilustración y felicidad obrera le seguiría la felicidad de la humanidad. No existían mediaciones, no se articulaba una propuesta en relación al estado real de la sociedad. Se hablaba y pensaba en universales sin prestar mayor atención a las particularidades históricas.

La tercera jornada comenzó a definir un aspecto fundamental para los socialistas: la organización gremial. Nuevamente, la resolución final tuvo como base la propuesta de la sección iquiqueña. Se estableció que los militantes se organizarían por gremios, con un mínimo de diez trabajadores. Estos constituirían un «comité administrativo» que propiciaría la organización del mayor número posible de trabajadores de cada gremio, procurando difundir una educación económica «de clase». Además, estos comités debían resguardar el cumplimiento de los horarios laborales y el pago del salario, crear una caja de auxilio para los afiliados cesantes y abogar por la contratación en las faenas de los obreros afiliados al partido. El conjunto de los «comités administrativos» se agruparían en la Sección Gremial Socialista, que tendría por objeto «propagar, difundir, fomentar y llevar a la práctica la acción de los gremios en todo lo que se relaciona con su mejoramiento y bienestar económico». Y con un sentido inclusivo e intenciones directivas, el POS se comprometía a prestar su «ayuda y cooperación a todo movimiento obrero que tienda a exigir una mejora o a reclamar de un abuso cometido por la clase capitalista, aún cuando sus iniciadores no pertenezcan al Partido, previa autorización de una Asamblea General»¹²⁸.

Todas estas mociones habían sido iniciativas de la sección de Tarapacá, lo que demuestra su influencia en el iº Congreso Socialista. Además, como ha planteado Julio Pinto, tanto la declaración de principios como el programa mínimo que emanaron de dicho evento estaban influenciados en textos anteriores de Recabarren (El Socialismo, ¿qué es y cómo se realizará?, de 1912) y en algunos apartados son una transcripción textual. La particularidad de la Declaración de Principios de 1915 está en que en ella se definía al socialismo como una doctrina «que cifra el desenvolvimiento de la Humanidad en que todos los hombres puedan disponer de los medios de producción», reemplazando al todavía más vago objetivo de 1912 de transformar la sociedad «por otra más justa e igualitaria». Se explicitaba en esta Declaración el carácter del «problema social» en Chile como uno de «lucha de clases». Se definía al POS como un «partido de clase» y se reemplazaba la denominación de los órganos de acción

gremial de «federaciones de defensa» a «sociedades de resistencia». Esta coincidencia se da también en el Programa Mínimo, el cual –al igual que en 1912– se estructuraba en apartados destinados al mejoramiento político, económico y de la enseñanza¹²⁹.

La totalidad de los delegados se mostró favorable a la aprobación de estos planteamientos, sin mediar discusiones mayores ni diferencias doctrinarias. En lo que no estuvieron todos de acuerdo fue en la resolución final sobre la situación de la sección santiaguina. Como lo planteamos, una de las intenciones de este Congreso era afianzar la posición del grupo de militantes que representaba Zuloaga, en abierta rivalidad al grupo que se acaudillaba en torno a Hidalgo. Fueron estos dos militantes, precisamente, los más afectados por la resolución de la comisión que revisó este caso (Sepúlveda L., Recabarren, J. M. Peralta, B. Rojas y F. Ortiz). La declaración final sobre este asunto estimó que la responsabilidad del conflicto le correspondía a ambos grupos, negándose a refrendar los cargos levantados por Zuloaga y sus compañeros contra Hidalgo. Finalmente, se decidió que como medida disciplinaria se suspendía la militancia por un año de Hidalgo y Zuloaga, se disolvían ambos grupos y en una fecha próxima se reorganizaría la sección capitalina a manos del flamante Comité Ejecutivo Nacional (CEN), instancia superior del partido creada por el Congreso¹³⁰.

Esta resolución abortó los planes de Zuloaga de posicionar a su grupo como la legítima agrupación socialista de la capital. Echó por tierra también la intención de que el organismo superior del partido –el CEN– se domiciliara en Santiago, quedando afincado en Valparaíso y encabezado por el zapatero Ramón Sepúlveda. La política conciliatoria que adoptaron los dirigentes socialistas parecía no reconocer el papel que había jugado la agrupación de Zuloaga en la concreción del evento que permitió la unificación del partido, a lo que se sumó la separación de este último, sanción que lo emparentaba con el vilipendiado Hidalgo.

El revés sufrido por Zuloaga y sus compañeros se confirmó unos meses más tarde cuando el CEN envió una comisión a la capital (integrada por Víctor Roa, Carlos Flores y Luis A. González) para reorganizar dicha sección. La resolución de esta comisión puede leerse como un triunfo de los «hidalguistas», ya que los cargos directivos fueron ocupados por militantes probadamente aliados del ex regidor: Carlos A. Martínez, secretario general, Benito Pereda Arteaga, secretario de actas, y Luis A. Donoso, tesorero¹³¹.

Las resoluciones adoptadas tanto por el Congreso como por la comisión del CEN favorecieron claramente al grupo «hidalguista». La influencia de importantes dirigentes del partido en estas decisiones puede entenderse como una legitimación de las acciones realizadas por aquel grupo. Y a pesar del acercamiento efectivo de Zuloaga con Recabarren, este último justificó la decisión disciplinaria como necesaria para poner fin a las diatribas que afectaban a la organización y alejaban a los trabajadores del POS¹³². La constitución de la nueva directiva de Santiago alejó del partido a los compañeros de Zuloaga y, unos meses más tarde, alejó también a los socialistas de Punta Arenas, quienes decidieron desconocer la autoridad del CEN y separarse del POS debido a las disposiciones que favorecieron a Hidalgo, en muchas de las cuales veían la influencia de Recabarren¹³³.

La permanencia de estas dos «almas» en el seno del POS santiaguino quedó expresada en el primer número de Acción Obrera, fugaz publicación de la reorganizada sección socialista de la capital. Allí se daba cuenta que hacia febrero de 1916, a varios meses de la reorganización de la agrupación, todavía convivían en su interior dos grupos: por un lado se encontraban los «entusiastas», que «por su vigoroso entusiasmo, pero poca versación en la doctrina socialista, proceden con más precipitación, incurriendo, a veces, en faltas que originan conflictos internos»; y por otro, los «doctrinarios», que pretendían «educar a los entusiastas con gritos estentóreos o arranques destemplados». Según este artículo, los conflictos entre ambos grupos podían hacer «fracasar los más bellos propósitos de desarrollo socialista», pues con el proceder que se llevaba hasta el momento, «los entusiastas se rebelarán contra los doctrinarios formando una fuerza antagónica con grave perjuicio de la armonía socialista»¹³⁴. Si bien no se entregan nombres, resulta casi imposible no identificar a los «entusiastas» con el grupo de Zuloaga, fuertemente disciplinado luego del Congreso.

Tuvo que pasar un largo tiempo para que el grupo excluido se sacudiera de este revés. Recién en febrero de 1919, Zuloaga, Castro y Rodríguez solicitarán su reincorporación al partido¹³⁵, demostrando con ello la profundidad de la derrota sufrida en el Congreso de 1915. De esta forma, la primera iniciativa orgánica a nivel nacional del POS dejó tras de sí una profunda fractura, afectando a una parte importante de sus más activos militantes y, por consiguiente, a la acción socialista capitalina.

La compleja configuración de la agrupación socialista de Santiago entre 1912 y

1916, estuvo marcada por una larga historia de querellas personales entre dos grupos. Esta característica resalta a la luz del desarrollo de las demás secciones del POS existentes hasta ese momento, dado que, si bien la mayoría de ellas encontró innumerables dificultades para establecerse en el escenario político y gremial, no presentaron fracturas internas de importancia que afectaran su funcionamiento. Las mismas características del espacio político y gremial santiaguino hicieron que los conflictos entre los militantes desbordaran a la organización y la fragmentaran en dos grupos, debilitando así su capacidad para disputar el espacio que ocupaban los anarquistas y demócratas.

Por una parte, el peso político de Hidalgo influyó en las acusaciones en su contra de actuar de manera personalista. En este mismo sentido, los contactos transversales de Hidalgo con los partidos políticos históricos llevaron a que sus acusadores le impugnaran un alejamiento de la política de clase, que tenía como centro la autonomía partidaria y que era precisamente lo que buscaban instalar los socialistas al interior del sistema político chileno. La cercanía que Hidalgo demostraba con sus antiguos camaradas demócratas y con las organizaciones mutuales, que aún tenían un importante peso en el movimiento obrero capitalino, motivaron la crítica de los socialistas dispersos por distintos lugares del país.

Por otra parte, la mayor preocupación por los temas ideológicos que demostraba el grupo de Zuloaga llevó a un enfrentamiento directo con la actitud más pragmática de Hidalgo y sus compañeros. Podría plantearse que Hidalgo representaba la *realpolitik* y Zuloaga una preocupación más teórica y por ello más «ideológica». Como fuera, la crítica a Hidalgo y su acercamiento con las prácticas políticas que los socialistas repudiaban de otras organizaciones (fundamentalmente el PD), le permitió al grupo de Zuloaga fortalecer los contactos con Recabarren y con las distintas secciones del país, demostrando con ello que la censura de las antiguas prácticas políticas era una de las bases constitutivas del POS. Este posicionamiento crítico les permitió también aunar criterios sobre la urgencia de llevar a cabo un Congreso partidista, que clarificara y sancionara el accionar de los militantes.

A pesar de los problemas internos, ambos grupos intentaron conservar los contactos con la organización obrera, que en último término era su razón de ser. Y si bien Hidalgo mantenía una postura menos doctrinaria en su actuar municipal, siempre participó de las manifestaciones obreras y políticas que se desarrollaron en este período. El grupo de Zuloaga también se movilizó constantemente y, demostrando una actitud novedosa, intentó situar en la opinión

pública las necesidades e intereses obreros. Es probable que su poca capacidad de movilización los haya llevado a buscar alternativas, como la utilización de la prensa no obrera más proclive a las demandas proletarias. De todos modos, este grupo se las arregló para convocar exitosamente al iº Congreso del POS, estableciendo y alimentando los contactos con las diferentes secciones dispersas por el país. Por otro lado, en ambos grupos es posible apreciar la importancia de la política y las elecciones en la cultura política de los socialistas. La misma premura en la convocatoria del Congreso estuvo mediada por la aproximación de las elecciones parlamentarias y municipales.

Como ha sido posible apreciar, las implicancias de este Congreso fueron más positivas para el partido que para el grupo organizador. El POS se dotó de una declaración de principios común a todas las secciones y de un programa mínimo para luchar políticamente. Además, establecieron un organismo directivo central (CEN) que, en teoría, solucionaría las dificultades orgánicas y doctrinarias mostradas hasta ese momento. Este Congreso sirvió también para reforzar y darle continuidad a la triple estrategia socialista: política, sindical y cooperativa.

Para el grupo de Zuloaga, en cambio, todo el regocijo que pudo traer la realización del Congreso se vino al suelo cuando sus aspiraciones de derrotar definitivamente a Hidalgo, mediante la sanción del conjunto de las agrupaciones socialistas del país, se vieron contrariadas por la decisión de la comisión disciplinaria de suspender a ambos dirigentes. Esta derrota desmovilizó al grupo de Zuloaga, que seguramente leyeron esta determinación como una deslealtad y deslegitimación de la labor realizada hasta ese momento. Esta lectura quedó refrendada en octubre de 1915, cuando los principales aliados de Hidalgo fueron nombrados por el CEN para ocupar el directorio del POS en la capital. El primer ciclo del POS en Santiago se cerraba así con un nuevo conflicto.

[1 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Iquique, 28 de julio, 1912.](#)

[2 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 4 de julio, 1912. Sergio Grez señala que Martínez aclaró décadas después al periodista Wilfredo Mayorga que las cartas se contestaban a medida que se iban recibiendo, pero que la intervención de la policía impedía que muchas de estas llegaran a Iquique. De ahí, tal vez, el tono de molestia de Recabarren. Grez, Historia del Comunismo en Chile, op.cit.](#)

p. 38.

3 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 27 de agosto, 1912.

4 Rudecindo Segundo Muñoz había sido uno de los delegados de la Agrupación demócrata de Iquique que se opuso a la designación de Recabarren como candidato a diputado por el PD en 1912, arguyendo que el acta de la asamblea que lo proclamó llevaba el nombre de Partido Demócrata Socialista; Pinto y Valdivia, op. cit., p. 39.

5 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Antofagasta, 19 de marzo, 1913.

6 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Iquique, 6 de abril, 1912.

7 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 5 de octubre, 1912.

8 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Iquique, 9 de octubre, 1912.

9 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Iquique, 21 de enero, 1913.

10 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Antofagasta, s/f, foja 40.

11 Como ya hemos indicado, la sección del POS en Valparaíso se fundó el 11 de marzo de 1913. A fines de febrero del mismo año, los socialistas santiaguinos decidieron apoyar la formación de dicha sección. Para tal efecto constituyeron un comité compuesto por Miguel Silva, Eulogio Molina, Antonio Rodríguez y Policarpo Solís Rojas (ex militante anarquista), encargados de ir al puerto y ayudar a la organización de la sección socialista. La Razón, Santiago, 25 y 26 de febrero, 1913.

12 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 22 de abril, 1913. De acuerdo a lo consignado por la Biblioteca Nacional, El Socialista («Órgano de la Agrupación Socialista de Santiago»), se publicó entre fines de abril y comienzos de septiembre de 1913. En sus cartas a Carlos A. Martínez, Recabarren hace varias referencias a este periódico, por ejemplo, comparando con El Despertar de los

[Trabajadores la calidad de impresión y tiraje de El Socialista. Los anarquistas discutían con este periódico hacia mediados de 1913 \(La Batalla, Santiago, 2ª quincena de mayo, 1913\). Lamentablemente, la Biblioteca Nacional no cuenta con ejemplares disponibles para su revisión.](#)

[13 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 22 de abril, 1913.](#)

[14 Manuel Segundo Hidalgo P., era hijo del destacado dirigente mutualista y uno de los representantes del «liberalismo popular» del último cuarto del siglo](#)

xix

, Manuel Hidalgo. Véase la entrada «Hidalgo, Manuel» en el Índice Onomástico de Grez, De la «regeneración del pueblo» a la huelga general, op. cit., p. 854.

[15 Alejandro Escobar Carvallo, «Chile a fines del siglo](#)

xix

», Occidente, 119, año XIV, 1959, p. 10.

[16 López, op. cit., p. H5.](#)

[17 Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., p. 25.](#)

[18 A esa elección se presentaron tres candidatos a nombre del PD: en representación del grupo «reglamentario» Juan Araya Escón, por el «doctrinario» Zenón Torrealba, y por los «socialistas» Ricardo Guerrero. López, op. cit., p. H6.](#)

[19 La Razón, Santiago, 9 y 18 de octubre, 1912.](#)

[20 Ver «Montenegro, Manuel J.» en el Índice Onomástico de Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit., p. 422.](#)

[21 La Razón, Santiago, 22 de octubre, 1912.](#)

[22 La Razón, Santiago, 23 de octubre, 1912.](#)

[23 La Internacional, Santiago, 15 de marzo, 1913.](#)

24 Luis Zuloaga, «De la prestación del trabajo en general i particularmente por los criados domésticos», Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile (Santiago, Imprenta El Pueblo, 1911).

25 Ricardo Nazer y Jaime Rosemblit, «Electores, sufragio y democracia en Chile: una mirada histórica», Mapocho, 48, segundo semestre de 2000, p. 216.

26 Una demostración de la extensión del servicio doméstico es que entre 1885 y 1920 un 33,9% de las mujeres trabajadoras de Santiago se desempeñaban en estas labores. Alejandra Brito, «Del rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad popular femenina Santiago de Chile, 1850-1920», en Lorena Godoy, Elizabeth Hutchison, Karin Rosemblatt y M. Soledad Zárte (eds.), Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX (Santiago, SURCEDEM, 1995), p. 54.

27 La Razón, Santiago, 26 de febrero, 1913.

28 La Razón, Santiago, 5 de marzo, 1913. La convocatoria que refutaban los socialistas había sido hecha a nombre del Centro de la Juventud Progresista, con el fin de «tratar la posible incorporación del Partido Obrero y el Socialista al Partido Progresista y fijar la fecha de la elección de candidato a municipal»; La Razón, Santiago, 2 de marzo, 1913.

29 Zig-Zag, n°377, Santiago, 11 de mayo, 1912.

30 La Razón, Santiago, 5 de marzo, 1913.

31 La Razón, Santiago, 12 de marzo, 1913.

32 La Razón, Santiago, 19 de marzo, 1913 y La Internacional, Santiago, 15 de marzo, 1913.

33 La Razón, Santiago, 27 de marzo, 1913.

34 El Mercurio, Santiago, 27 de marzo, 1913.

35 La Liga de Acción Cívica fue formada hacia 1912 por miembros desencantados del accionar de los partidos históricos. No tenía una orientación ideológica clara y se fundaba en la idea de alejar las malas prácticas de los

partidos de la actividad política. En su directorio actuaban destacados miembros de la «sociedad» de la época, junto a reconocidos militantes conservadores (Ramón Subercaseaux Vicuña) y liberales (Ismael Valdés Vergara).

36 La Razón, Santiago, 31 de marzo, 1913.

37 La Razón, Santiago, 2 de abril, 1913.

38 López, op. cit., p. H7.

39 Sucesos, nº553, Valparaíso, 10 de abril, 1913.

40 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Antofagasta, 17 de febrero, 1913.

41 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Antofagasta, 1 de marzo, 1913.

42 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Antofagasta, 13 de marzo, 1913.

43 Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., p. 126.

44 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Antofagasta, 1 de marzo, 1913.

45 Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., p. 127.

46 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Antofagasta, 19 de marzo, 1913.

47 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, s/f, foja 17.

48 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Iquique, 8 de febrero, 1913.

49 La Razón, Santiago, 24 de marzo, 1913.

50 El Mercurio, Santiago, 20 de marzo, 1913 y El Chileno, Santiago, 20 de marzo, 1913.

51 La Internacional, Santiago, 22 de marzo, 1913.

52 La Razón, Santiago, 28 de marzo, 1913.

53 El Chileno, Santiago, 21 de marzo, 1913.

54 El Mercurio, Santiago, 22 de marzo, 1913.

55 El Chileno, Santiago, 23 de marzo, 1913.

56 El Mercurio, Santiago, 23 de marzo, 1913.

57 El Mercurio, Santiago, 24 de marzo, 1913.

58 La Internacional, Santiago, 22 de marzo, 1913.

59 La Razón, Santiago, 25 de marzo, 1913.

60 El Chileno, Santiago, 26 de marzo, 1913.

61 La Razón, Santiago, 27 de marzo, 1913.

62 El Mercurio, Santiago, 26 de marzo, 1913.

63 La Razón, Santiago, 2 de junio y 24 de agosto, 1913.

64 La Batalla, Santiago, 2ª quincena de septiembre, 1913.

65 Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., p. 55.

66 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, s/f, foja 25. La primera hoja de la carta no está disponible, pero el tono de Recabarren deja entrever que Hidalgo había sido recientemente elegido.

67 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Antofagasta, 5 de abril, 1913.

68 El Chileno, Santiago, 1 y 2 de mayo, 1913; El Mercurio, Santiago, 1 de mayo, 1913; La Razón, Santiago, 1 y 2 de mayo, 1913.

69 El Mercurio, Santiago, 1 de mayo, 1913.

70 La Batalla, Santiago, 2ª quincena de mayo, 1913. Cursivas en el original.

71 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Iquique, 5 de junio, 1913. En las informaciones sobre el 1 de mayo publicadas en El Despertar de los Trabajadores, se daba cuenta de esta manifestación comentando lo siguiente: «Por cierto que no han sido los elementos socialistas de Santiago los que han concurrido al presidente de la República, quien según se ve, [...] les dijo que fueran a verse con los diputados demócratas». El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 3 de mayo, 1913.

72 La Razón, Santiago, 28 de agosto, 1913.

73 La Razón, Santiago, 23 de agosto, 1913.

74 La Voz Socialista, Santiago, 1ª quincena de noviembre, 1913

75 Información obtenida de acuerdo a las citaciones de las sociedades obreras aparecidas en la sección «Sociedades Varias» del periódico La Razón.

76 La Voz Socialista, Santiago, 20 de octubre, 1913. Negritas en el original.

77 La Razón, Santiago, 23 de octubre, 1913.

78 Benito Pereda Arteaga había sido director del fugaz periódico santiaguino El Socialista («Órgano de la Agrupación Socialista de Santiago»), publicado entre junio y septiembre de 1909.

79 La Voz Socialista, Santiago, 2ª quincena de noviembre, 1913.

80 Ídem.

81 El «Servicio de Colocaciones» fue creado mediante Decreto Supremo nº1527, el 18 de agosto de 1914. Juan Carlos Yáñez A., La intervención social en Chile. 1907-1932 (Santiago, RIL editores, 2008), p. 169.

82 Jorge Iturriaga, La masificación del cine en Chile, 1907-1932. La conflictiva construcción de una cultura plebeya, (Santiago, Lom ediciones, 2015).

83 La Voz Socialista, Santiago, 2ª quincena de noviembre, 1913.

[84 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 23 de septiembre, 1913.](#)

[85 El Socialista, Antofagasta, 20 de enero, 1922.](#)

[86 La Batalla, Santiago, 2ª quincena de marzo, 1914.](#)

[87 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 27 de noviembre, 1913.](#)

[88 La Razón, Santiago, 6 y 9 de abril, 1914.](#)

[89 La Razón, Santiago, 1, 4, 6 y 13 de abril, 1914.](#)

[90 La Razón, Santiago, 2 de mayo, 1914.](#)

[91 La lista de títulos, por ejemplo, en La Razón, Santiago, 1 de abril, 1914. Es importante recalcar la disponibilidad de este tipo de lecturas en la capital. Esta oferta otorgaba la posibilidad latente de conocer y estudiar las principales corrientes de pensamiento en boga para la época. Al contrario, en Iquique la librería de los socialistas, por lo menos hasta 1915, no ofrecía ninguno de estos autores y títulos clásicos a la venta. Recién a mediados de aquel año, un aviso publicitario de la Librería Cervantes, colocado en El Despertar de los Trabajadores, promocionaba los títulos de su «Biblioteca Científico-Literaria», entre los que destacaba Religión-Filosofía-Socialismo de Engels.](#)

[92 La Razón, Santiago, 10 de mayo, 1914.](#)

[93 Mario Matus, Crecimiento sin desarrollo. Precios y salarios reales durante el Ciclo Salitrero en Chile \(1880-1930\) \(Santiago, Editorial Universitaria, 2012\), pp. 127-128.](#)

[94 A fines de agosto se anunció que las obras de pavimentación de Santiago quedarían paralizadas desde el 15 de septiembre por falta de fondos públicos, lo que auguraba la desocupación de mil trabajadores \(El Diario Ilustrado, Santiago, 25 de agosto, 1914\). Por aquellos días, Manuel Hidalgo logró aprobar una moción en la Municipalidad para solicitar al gobierno un préstamo de \\$300.000, dándole curso así a las obras de pavimentación y al mantenimiento de los puestos de trabajo \(El Chileno, Santiago, 25 de agosto, 1914\). Este tipo de acciones reforzaba la imagen de Hidalgo como defensor de los intereses de los trabajadores.](#)

95 El Diario Ilustrado, Santiago, 24 de agosto, 1914.

96 En 1911, el gobierno había encargado la construcción de dos acorazados (Super Dreadnoughts) a realizarse en astilleros ingleses. En agosto de 1914, iniciada la Primera Guerra mundial, Inglaterra solicitó al gobierno chileno el aplazamiento de la entrega de estos buques, el cual aceptó. Recién en 1921, sólo uno de los acorazados (Almirante Latorre) arribó a Valparaíso, transformándose en la base de la escuadra chilena. Rodrigo Moreno y Fernando Wilson, «Los Dreadnoughts y el Acorazado Almirante Latorre: los años en que Chile fue potencia naval», Archivum, año I, 1, 1999, pp. 34-39.

97 El Chileno, Santiago, 31 de agosto, 1914 y El Diario Ilustrado, Santiago, 31 de agosto, 1914.

98 El Mercurio, Santiago, 2 de septiembre, 1914.

99 El Diario Ilustrado, Santiago, 24 de agosto, 1914.

100 El Chileno, Santiago, 31 de agosto, 1914.

101 El Chileno, Santiago, 17 de octubre, 1914.

102 El Chileno, Santiago, 19 de octubre, 1914.

103 Una panorámica de la acción de la Oficina del Trabajo respecto a la colocación de trabajadores cesantes en Yáñez, op. cit., pp. 165-175.

104 Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit., pp. 264-266.

105 El Diario Ilustrado, Santiago, 24 de octubre, 1914.

106 El Diario Ilustrado, Santiago, 23 de octubre, 1914.

107 El Socialista, Punta Arenas, 31 de enero, 1915.

108 Según Sergio Grez, P. Luchi es el seudónimo de Luis Perujo. Ver la nota 109, Grez, Historia del comunismo en Chile, op. cit., p. 44.

109 El Socialista, Punta Arenas, 20 de diciembre, 1914.

110 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 13 de diciembre, 1914.

111 El Socialista, Punta Arenas, 17 de enero, 1915.

112 El Socialista, Punta Arenas, 14 de marzo, 1915. En esta misma edición, una carta de Luis Perujo explicitaba la intención del nombramiento de Recabarren como candidato de la sección: «Nosotros, como ya lo saben, votaremos por Castro y por Recabarren; este nombre debía de haber servido como punto de unidad para que los que se llaman socialistas y están fuera de la agrupación. Pero no crea usted que así ha sucedido».

113 Además de las descalificaciones publicadas en El Socialista puntarenense citadas anteriormente, encontramos en este periódico otras de grueso calibre, por ejemplo, en las ediciones de 31 de enero, 7 y 28 de febrero, 7 y 14 de marzo, 4 y 11 de abril, 1915.

114 El Socialista, Punta Arenas, 24 de enero, 1915.

115 El Socialista, Punta Arenas, 28 de febrero, 1915.

116 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 21 de marzo, 1915.

117 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 25 de marzo, 1915.

118 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 22 de abril, 1915.

119 El Diario Ilustrado, Santiago, 28 de abril, 1915.

120 Las Últimas Noticias, Santiago, 29 de abril, 1915.

121 El Diario Ilustrado, Santiago, 28 de abril, 1915.

122 El Chileno, Santiago, 1 de mayo, 1915.

123 El Socialista, Punta Arenas, 3 de junio, 1915.

124 El Diario Ilustrado, Santiago, 2 de mayo, 1915.

125 El Diario Ilustrado, Santiago, 2 de mayo, 1915.

126 La Batalla, Santiago, 2^a quincena de mayo, 1915.

127 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 4 de mayo, 1915.

128 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 7 de mayo, 1915.

129 Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 150-151.

130 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 19 de mayo, 1915.

131 El Socialista, Valparaíso, 9 de octubre, 1915.

132 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 19 de mayo, 1915. La apreciación de Recabarren parece afirmarse en la visión que se tenía al interior del movimiento obrero de la capital sobre el POS. El reconocido militante comunista Juan Chacón, activo sindicalista de aquellos años, da cuenta de la imagen negativa que dejaba el POS entre los trabajadores movilizados con las siguientes palabras: «Yo conversaba con ellos y me sentía atraído por el Partido, pero me demoré en ingresar porque veía que las diferencias ideológicas se resolvían generalmente a silletazos». José Miguel Varas, Chacón (Santiago, Lom ediciones, 1998), p. 30.

133 Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., pp. 51-52.

134 Acción Obrera, Santiago, 1ª quincena de febrero, 1916.

135 La Bandera Roja, Santiago, 1 de febrero, 1919.

Capítulo V

Punta Arenas, la diversificación de la cultura política y la lucha por la unidad del ideal socialista

A mediados de julio de 1913, el Partido Socialista Chileno publicó en Punta Arenas el primer número de su periódico El Socialista, remarcando que su deseo inmediato era «establecer relaciones con todas las agrupaciones socialistas del país». Esta agrupación se había formado un año antes (21 de mayo de 1912), casi simultáneamente a lo que sucedía en Tarapacá, cuando desde la oficina salitrera Cholita un grupo de militantes demócratas dio por iniciada la marcha del POS (24 de mayo de 1912). En los estatutos publicados en aquella edición, los socialistas puntarenenses declaraban que su objetivo primordial era «organizar a la clase trabajadora y propender a su mejoramiento progresivo, económico y político, de acuerdo a los principios del Socialismo Internacional a base científica». También expresaban sus intenciones de reunir, a través de un futuro Congreso, a todas las agrupaciones socialistas del país con la idea de «uniformar los métodos de lucha y su programa»

1.

Casi un año antes de estas declaraciones de principios, los socialistas del extremo sur del país enviaron una carta al recién fundado POS en donde expresaban los deseos de actuar conjuntamente a favor del mejoramiento obrero. Aclaraban también, que al indicar la fecha de su fundación (21 de mayo) no buscaban «señalarle nuestra prioridad» en la futura constitución de un partido de alcances nacionales. Desde Iquique, respondían que la comunión del ideal socialista era «inquebrantable y hoy por hoy constituye un poder destinado a dar vida exuberante a nuestros amados y sublimes ideales de perfeccionamiento de las costumbres humanas»².

Estas expresiones de entusiasmo y solidaridad en los objetivos parecieran

demostrar una cercanía entre los trabajadores socialistas de ambos territorios. Sin embargo, las fuentes disponibles indican que se trata de algo más bien contingente, debido a que los socialistas de Punta Arenas no compartían una historia común con sus pares tarapaqueños.

¿Cómo fue posible que en los extremos del territorio chileno dos grupos de obreros formaran al mismo tiempo un partido socialista? ¿Se trató de un esfuerzo mancomunado? ¿De qué tipo eran las conexiones entre los obreros socialistas de ambos territorios? ¿Compartían algo más que su aspiración de organizar a los trabajadores bajo los presupuestos socialistas? Una respuesta a estas preguntas intenta bosquejar este capítulo, estudiando la acción socialista en Punta Arenas y su temprana vinculación con el movimiento obrero de aquella ciudad, principalmente, con la Federación Obrera de Magallanes (FOM).

1. La FOM y el comienzo de la organización obrera en Punta Arenas

Si bien la FOM (fundada en 1911) fue el principal bastión del movimiento obrero de Magallanes, las huellas socialistas en la región se pueden rastrear desde un tiempo antes. En 1897 se formó en Punta Arenas la Unión Obrera, organización que pretendía nuclear en su seno a las sociedades de resistencia, aunque en sus principios rectores primaba una orientación mutualista. A comienzos de aquel año, dos inmigrantes europeos desarrollaron una polémica por la orientación de esta nueva sociedad. La discusión tuvo como centro la interrogante de si la Unión Obrera debía seguir el accionar mutualista o de resistencia. Ambos polemistas reafirmaban su orientación socialista, citando uno de ellos a destacados autores como Marx, Guesde y Lafargue. Ese mismo año, un centenar de obreros se reunieron para conmemorar el 1 de mayo³. En diciembre de 1897, la Unión Obrera publicó un periódico con el título *El Obrero*, que se declaraba «Órgano de la Unión Obrera de Punta Arenas y defensor de la clase trabajadora». En la editorial de aquel número se exponía su programa, sintetizado de la siguiente manera: «Posesión del poder político por la clase trabajadora y transformación de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social o común; y todas las medidas que se hallen en concordancia con los derechos individuales, como la pureza del sufragio universal»⁴.

Hacia febrero de 1898, este periódico pasó a denominarse «Órgano del Partido Socialista y defensor de los intereses de la clase trabajadora». Se constituía así, bajo la influencia de un grupo de integrantes de la Unión Obrera, un fugaz Partido Socialista en Magallanes, que como labor principal realizó una constante crítica a las autoridades políticas de la región. Este espíritu polémico llevó a que en marzo del mismo año las autoridades, ante los reclamos de «connotados» vecinos, clausuraran el periódico y requisaran su imprenta. Este hecho marcó el fin del primer intento puntarenense por construir una sociedad obrera de resistencia y, también, de una orgánica política de orientación socialista⁵.

Desde esta experiencia hasta la primera década del siglo xx, se formaron en Punta Arenas una serie de sociedades obreras que en su mayoría expresaban una mezcla entre la orientación mutualista y de resistencia. Todo este proceso organizativo se apoyó en el incremento del número de trabajadores ligados a las actividades ganaderas, industriales, comerciales y marítimas, que se produjo, principalmente, a partir de la implementación de frigoríficos como respuesta al alza de la demanda de carne en el mercado internacional. Este proceso culminó en la fundación de la FOM en 1911.

La FOM surgió de la movilización de los obreros asociados a las faenas ganaderas, tanto de las estancias como de los frigoríficos. En una asamblea del 11 de junio de 1911, a instancias del futuro dirigente socialista José Fariña, se decidió la fusión de la Unión de Esquiladores y Trabajadores del Campo con la Sociedad de Carneadores Unión y Progreso⁶. Esta última había sido fundada unos meses antes por un grupo de matarifes, los cuales habían contado con el apoyo del mueblista anarquista Juan F. Barrera. La idea de fusionar ambas sociedades surgió de la necesidad de contar con una organización que agrupara a todos los trabajadores de las faenas ganaderas, con la finalidad de afrontar en mejor pie las constantes arremetidas patronales⁷. Su primer directorio estuvo integrado por obreros con asiento en Punta Arenas y también en las estancias del interior, destacándose en él la figura de Barrera, quien ocupó el cargo de secretario. A este mismo dirigente se le encargó la redacción del periódico de la federación, El Trabajo, cuyo primer número se publicó el 24 de junio de 1911.

Según el sociólogo Manuel L. Rodríguez, al interior de la FOM existió en sus primeros tiempos la influencia tanto de sindicalistas de ideas socialistas como anarquistas. A pesar de estas influencias ideológicas, en esta organización predominó una orientación estrictamente sindicalista en la defensa de los intereses de los trabajadores. Según Gregorio Iriarte, dirigente de la FOM desde

sus inicios, en ella ingresaron obreros de todas las ideas políticas («anarquistas, socialistas, demócratas y radicales») y religiosas («católicos, protestantes y ateos»), por lo cual su periódico no defendía idea política alguna, pues su misión era «defender el trabajo, instruir al obrero y atacar con valentía cualquiera irregularidad que venga a lesionar intereses obreros o del país». El predominio de una visión sindicalista en la FOM generó un ambiente hostil a ideas más radicales, como las de anarquistas y socialistas. Así quedó de manifiesto cuando el directorio le pidió a Barrera dejar de lado el «sectarismo» que contenían sus escritos, ante lo cual este renunció a El Trabajo y al cargo de secretario de la FOM⁸.

Unos meses después de este incidente, el directorio de la FOM publicó una declaración dirigida a los trabajadores, aclarando que «no se será la Federación la que os recomiende medios violentos», dado que su aspiración era ser «admirada por la cordura de sus sentimientos, elevación de sus ideales y por la dignidad que dará a todos sus actos». Las herramientas para conseguir estos objetivos serían las «Cooperativas, talleres, bibliotecas, etc., en fin, instrucción intelectual y moral, todo cuanto se pueda hacer en beneficio del hombre dentro de las vías razonables y justas»⁹. A mediados de enero de 1912, en una editorial se recordaba a los obreros que solamente la organización de federaciones obreras «constituidas y organizadas sin banderas políticas» sería el factor clave «para conseguir vuestra felicidad social en el mundo del trabajo»¹⁰.

Más enérgico todavía, el redactor «Juan Verdades» al comentar la llegada de obreros europeos a América se preguntaba: «¿Por qué los Socialistas y Anarquistas no abandonan sus ideas al llegar a estos pueblos?». Según su interpretación, esto sucedía porque «los primeros son delincuentes de ocasión» y los segundos, «espíritus sectarios» con un alto grado de desequilibrio mental. Además, recomendaba no olvidar que el anarquismo era «una secta, y lo es para mantener su conducta encerrada en un ocultismo digno de las ideas antisociales que informan su vida». En la editorial de aquella edición, nuevamente Juan Verdades expresaba que el «anarquismo y el socialismo entre los obreros constituye una seria alarma», que sólo se acallaría con un régimen democrático pleno que integrara las demandas de los trabajadores¹¹.

A fines de junio de 1912, El Trabajo se defendía ante la acusación de promover ideas subversivas que circulaba en la ciudad. Este rumor se había propagado debido a la denuncia y protesta de la FOM por los abusos cometidos en contra de algunos conscriptos del Batallón Magallanes, fuerza militar encargada del

resguardo del territorio y, en gran medida, de la represión de las protestas populares¹². Al contrario de lo que buscaban las acusaciones, esta campaña cívica aumentó el ascendiente de la FOM en la ciudad, lo que redundó en un incremento progresivo de sus afiliados¹³.

Casi finalizando aquel año, la prensa local reprodujo las acusaciones vertidas en los diarios de Santiago y Valparaíso de que entre los trabajadores puntarenenses se propagaba el anarquismo a través de la acción de agitadores extranjeros. Estos cargos fueron desmentidos enfáticamente por El Trabajo, aclarando que lo que existía en la región era la movilización de «nacionales que conocen las necesidades de las clases productoras, que ven que con el mísero sueldo que el obrero gana no alcanza a atender a sus más indispensables necesidades y que, como consecuencia de la evolución de los tiempos actuales, el obrero empieza a despertar de su letargo y comprende que puede exigir lo que como hombre le pertenece»¹⁴. Llama la atención el ensalzamiento de la nacionalidad chilena difundido por el órgano de la FOM, principalmente, porque en su constitución y posterior desarrollo actuaron descendientes de extranjeros llegados a la región desde fines del siglo xix. Probablemente, la arremetida de la prensa local, culpando del aumento de la movilización obrera a agitadores extranjeros –acusación recurrente a lo largo del país–, los llevó a justificar sus acciones en una clave nacionalista.

El moderado actuar de la FOM en sus inicios quedó demostrado a comienzos de 1912, cuando se conoció la intención del gobierno de establecer una Aduana en Punta Arenas con el propósito de gravar los productos importados y así recolectar impuestos¹⁵. Ante esta noticia, los comerciantes locales aumentaron el precio de sus productos en un 40%, lo que desató el alegato de la FOM y del resto de organizaciones obreras. Para protestar por el encarecimiento de los productos, la federación citó a una manifestación el 25 de febrero. Simultáneamente, el Centro de Resistencia Oficios Varios (CROV) convocó un mitin para el mismo día, incitando a los trabajadores a que declarasen la huelga general de no mediar una disminución inmediata de los precios.

La convocatoria de la FOM incluía al Comité Pro-Sociedades Mutuales, el cual no adhirió al movimiento para no hacerse «solidarios de publicaciones que han visto la luz pública y que por su letra o por su espíritu tienden a perturbar el orden público del que somos fervientes partidarios y tanto más cuanto las mismas contienen ofensas directas a respetables funcionarios públicos y comerciantes, en nuestro concepto, no merecedores de tales ofensas»¹⁶. La

comunicación de la agrupación mutualista hacía referencia a un panfleto distribuido por el CROV, en el cual se indicaba que el establecimiento de la Aduana respondía a la necesidad del gobierno de financiar el aumento de los salarios de «los esbirros del ejército y de la marina en su totalidad», además de denunciar que los comerciantes («esa crapulosa asociación de ladrones legitimados») habían subido injustificadamente los precios de los productos de primera necesidad. Según el CROV, esta situación había puesto a «los trabajadores dentro del terrible dilema del hambre o la lucha». El panfleto concluía con una llamado a la acción: «Trabajadores, los capitalistas, haraganes e inútiles, han desafiado nuestras iras, amenazan nuestra tranquilidad y el bienestar de nuestras mujeres y pequeñuelos. Contestemos valientes a ese desafío. Recojamos el guante. A la lucha!!!»¹⁷.

Conocida la convocatoria del CROV, la FOM desistió de su llamado aduciendo una contradicción en los objetivos de ambas instituciones, dado que la federación no propiciaba la huelga ni el desorden público. Sin el concurso de la FOM y con un bajo número de trabajadores, la manifestación de protesta del 25 de febrero se realizó de igual forma. Hablaron en nombre de la CROV, Luis Pérez, Pedro Latorre y Alberto Soto, quienes entregaron al día siguiente las conclusiones al Gobernador Fernando Chaigneau, explicando que de no efectuarse un control de las autoridades sobre los precios se declararía la huelga general¹⁸. Al día siguiente, el directorio de la FOM envió al Comité Pro-Sociedades Mutuales una carta explicando que su institución no había participado de la manifestación, «por cuanto las causales que la motivaron fueron tergiversadas por terceros, ofendiendo con publicaciones a funcionarios públicos y [por ello] no era razonable que las Instituciones Mutuales se hicieran solidarias de estos actos de rebeldía social»¹⁹.

Ante la negativa de la autoridad a plantear una solución y dado que la mayoría de los comerciantes no bajaron los precios, la CROV convocó a la huelga general. A pesar de la evidente baja convocatoria del mitin del 25 de febrero y de la negativa de las sociedades mutuales y la FOM, el llamado a la huelga de la CROV tuvo éxito. El 29 de febrero, los huelguistas recorrieron la ciudad dando discursos y demandando la participación de los trabajadores en el movimiento huelguístico. También se dirigieron a distintos establecimientos comerciales exigiendo su cierre inmediato. Ante esta actitud, los comerciantes manifestaron al Gobernador el peligro que corrían sus negocios, demandando acciones para resguardarlos de posibles saqueos. Esa misma mañana, el ejército arrestó a los dirigentes de la huelga Luis Pérez, Pedro Latorre y a la activa lavandera Natalia

Tobar, haciendo aún más tenso el ambiente. Debido a la agitación producida por estos hechos, el Gobernador ordenó el acuartelamiento del Batallón Magallanes, indicándole a su comandante que la orden era «disolver los grupos de los huelguistas para impedir que lleven a cabo sus proyectos», por lo tanto, las fuerzas militares debían «obrar enérgicamente en cualquier ocasión para evitar que el orden público sea alterado» y, en caso de aumentar los desórdenes, «Ud. dispondrá que sean intimidados y en caso de resistencia, hacer fuego sobre ellos»²⁰.

Al día siguiente, cuando los huelguistas se congregaron en el centro de la ciudad para protestar por las detenciones de los dirigentes, las tropas del ejército –al mando de un capitán de apellido Pinochet– dispersaron violentamente a los trabajadores, arrestando nuevamente a un grupo de huelguistas pertenecientes al CROV²¹.

Con estas detenciones, la huelga aumentó en número, pero al mismo tiempo se vio debilitada en su dirección. Visto esto, la FOM tomó el control del movimiento y procedió a negociar con las autoridades el fin de la huelga. En la asamblea del 2 de marzo, ante una concurrencia de cerca de mil obreros se establecieron las condiciones para el fin de la huelga: la liberación de los dirigentes arrestados, la destitución del Primer Alcalde Rodolfo Stubenrauch y la fijación y publicación de los precios de los alimentos²². A estas demandas adscribieron los representantes de los zapateros, albañiles, jornaleros de la bahía, fogoneros, carpinteros, fundidores, carpinteros de la rivera, metalúrgicos, tipógrafos, aserraderos, soldados y obreros marinos, además de la FOM²³. Las condiciones demandadas al comercio fueron aceptadas por sus representantes y cuando los dirigentes arrestados fueron puestos en libertad, el 3 de marzo, se puso fin a la huelga²⁴. Además, en la asamblea del mismo día se echaron las bases para la fundación de una cooperativa de alimentos, que comenzó a funcionar con \$550 recolectados y quedó al mando de la FOM²⁵.

La forma en que terminó la huelga debilitó al CROV, al mismo tiempo que fortaleció el ascenso de la FOM entre los obreros y la opinión pública debido al rol directivo que jugó esta institución en la solución del conflicto. Reforzó también la orientación moderada de esta federación y su defensa por la resolución consensuada de los conflictos, característica que se consolidó aún más cuando esta organización logró situarse como garante de los convenios colectivos firmados por los obreros de las estancias ganaderas. Estos convenios permitieron resolver y planificar los conflictos laborales sin la necesidad de

huelgas, al tiempo que reforzó la idea de que las reivindicaciones laborales adoptaran un carácter colectivo, aspecto que desde su fundación la FOM había reconocido como de vital importancia para conseguir beneficios para los trabajadores.

El acontecimiento que cimentó la constitución de la FOM como organización obrera hegemónica en la zona y garante de los convenios colectivos, fue la huelga general de diciembre de 1912. Como había sucedido a comienzos de aquel año, la movilización obrera tuvo como centro la carestía de los productos y el mejoramiento de los salarios. Este movimiento huelguístico había comenzado unos meses antes, con la discusión de las condiciones mínimas que se exigirían a los estancieros. Entre lo que solicitaban los trabajadores ganaderos del interior estaba el aumento de los jornales, la uniformidad en todas las estancias del precio que se les cobraba por concepto de alimentación y por las herramientas de trabajo, el derecho a pasaje una vez terminadas las faenas e indemnización por accidentes de trabajo. Los miembros del directorio de la FOM fueron los encargados de diseminar por todo el territorio magallánico estas reivindicaciones, desplazándose entre las distintas faenas ganaderas para informar a los trabajadores²⁶. Esta forma de actuar le permitió a la FOM sustentar su representatividad en un ambiente consultivo con sus asociados, a pesar de las desfavorables condiciones de comunicación existentes. El rol directivo de la federación se incrementó con estas acciones y se reforzó cuando envió, a mediados de agosto, una circular informando a los administradores de las estancias las demandas de los trabajadores, los cuales deslegitimaron la representatividad de la FOM y no contestaron a las peticiones. La federación estimó como plazo límite los primeros días de diciembre, fecha crítica para el inicio de las faenas de esquila.

A fines de noviembre, la FOM consideraba que el silencio de los estancieros constituía una aceptación tácita de las demandas de los trabajadores y, por lo tanto, advertía: «¡Que mañana al empezar las faenas no se culpe a estos de impositores y revoltosos si exigen jornales que con tanta anticipación como justicia han pedido!»²⁷. Esta advertencia se realizaba sobre hechos consumados, porque la huelga se había hecho efectiva el día anterior (29 de noviembre), cuando los trabajadores de las estancias San Gregorio, Punta Delgada y Gringos Duros paralizaron sus faenas y se dirigieron a Punta Arenas²⁸. Rápidamente, las autoridades enviaron un contingente militar a San Gregorio, donde fueron arrestados tres obreros, entre ellos el dirigente de la FOM Artemio González, encargado de negociar con los estancieros la aprobación de las demandas

obreras²⁹.

Los primeros huelguistas llegaron a Punta Arenas el 2 de diciembre, en un número superior a mil. Con el recurrente temor de los comerciantes y el consecuente movimiento de las tropas del ejército, la ciudad comenzaba a sentir el latir de la huelga general. A pesar del recelo que generaban en la élite puntarenense, la prensa local informaba constantemente que los obreros que habían llegado a la ciudad se encontraban en completa tranquilidad y no realizaban desorden alguno, a pesar de las provocaciones de las autoridades, como la detención en la ciudad del presidente de la FOM, Carlos Rivera³⁰. También, personas afines a las peticiones obreras cooperaban con los huelguistas, como el empresario panadero Antonio Tafra, quien donó 200 kilos de pan diarios mientras durase la huelga, situación que no se había verificado en el conflicto de principios de año, lo que permite dimensionar el ascendiente de la FOM en el ambiente social de Punta Arenas. Unos días después, la federación dispuso un comedor para los huelguistas con capacidad para trescientas personas. Con la confianza de estas primeras acciones, la FOM convocó para el 6 de diciembre a una paralización general de la ciudad³¹.

El paro general fue un éxito, suspendiendo sus faenas los metalúrgicos, carniceros, panaderos, trabajadores del muelle y de algunas industrias de la ciudad. Además, las noticias del interior informaban la completa suspensión de las faenas ganaderas. Cuando el fortalecimiento de la huelga era evidente, los estancieros delegaron a la autoridad religiosa de la ciudad, Monseñor Fagnano, para que expusiera ante los trabajadores su propuesta de pagar 16 chelines de libra esterlina por cada cien ovejas esquiladas, más un aumento en los jornales de los peones y un monto considerable para la formación de una caja de pensiones y socorros mutuos. Reunidos en el local de la FOM, los trabajadores rechazaron la oferta, manteniendo su exigencia de 18 chelines³².

La huelga se mantuvo por trece días, tras los cuales los trabajadores aceptaron las condiciones de los estancieros. Si bien no consiguieron el piso de los 18 chelines para los esquiladores, los demás gremios obtuvieron mejoras sustanciales en sus remuneraciones. El convenio final se firmó el 13 de diciembre y contenía diecinueve puntos de acuerdo, entre los que destacaban el pago de 17 chelines por cada cien animales esquilados, la entrega de herramientas de trabajo sin costo para los obreros, el pago de pasajes y de atención médica a cargo de los estancieros, el pago de los salarios en efectivo, la reincorporación a las faenas de todos los obreros involucrados en la huelga y la

conformación de un tribunal encargado de solucionar los conflictos laborales compuesto por cinco integrantes (dos representantes de los estancieros, dos de los trabajadores y una quinta persona elegida por los cuatro anteriores). La validez del convenio quedó fijada hasta el 1 de diciembre de 1913, lo que suponía una nueva fecha de negociaciones³³.

A pesar de la obtención de estas demandas, aún no se cumplía uno de los requisitos de los obreros para volver al trabajo: la liberación de los dirigentes detenidos. En la tarde del 14 de diciembre, un coche escoltado por unas trescientas personas se detuvo en la puerta de la cárcel puntarenense, al cual subieron los dirigentes al salir de la prisión. La columna de obreros se dirigió entonces al centro de la ciudad, en donde se sumaron alrededor de cuarenta obreros a caballo, encaminándose todos al local de la FOM. En este lugar, el presidente suplente de la federación, el socialista Manuel J. Muñoz, agradeció el comportamiento de los trabajadores en la huelga y los felicitó por el triunfo obtenido³⁴.

Se cerraba así la primera huelga general de los trabajadores del campo, con un importante apoyo de los trabajadores urbanos y con el reconocimiento de la FOM como garante y propiciador de los convenios colectivos entre estancieros y obreros. En esta línea, *El Trabajo* evaluaba que a pesar de la resistencia patronal a las demandas obreras, los primeros «no tuvieron más que reconocer que se encontraban ante una fuerza tan potente como la suya y que para entrar en arreglos no había otro medio que reconocer a la [...] Federación Obrera, cuyo directorio es representante de los obreros del campo en general». Otro artículo destacaba que se había demostrado «lo que puede la cohesión del elemento obrero y su carácter pacífico», agregando, no obstante, que la «jornada está a medio camino; no hay que dormirse en los laureles, trabajar con más ahínco si cabe y obligación, por su propia conveniencia, es la del trabajador secundar el esfuerzo de los directores de la Federación, incorporándose a ella»³⁵.

Once meses después de esta huelga, *El Trabajo* anunció los dieciocho puntos del nuevo petitorio a firmar por estancieros y obreros. El acuerdo se publicó esta vez en tres idiomas (español, croata e inglés), aclarando además que la FOM solamente garantizaba a sus socios el cumplimiento del acuerdo, como una manera de incentivar a los trabajadores a integrarse a la organización para hacerse parte de estos beneficios³⁶.

2. El papel de la política en los socialistas de Magallanes

La estrategia negociadora de la FOM le permitió sumar cada vez más afiliados, posicionándose como la organización obrera hegemónica en el espacio puntarenense. Al mismo tiempo, desde la creación de esta federación la organización obrera local aumentó considerablemente³⁷. A pesar del aumento de la movilización obrera, no es posible determinar que los socialistas, como partido, hayan jugado un rol importante.

Quizás el socialista con mayor ascendiente entre los trabajadores magallánicos fue Manuel J. Muñoz, quien figuró como primer director de la FOM y luego ocupó el cargo de presidente interino tras el arresto de Carlos Rivera en la huelga de diciembre de 1912. Sin embargo, la mayor parte de la actuación de Muñoz estuvo remitida a la FOM y pocas veces apareció representando específicamente a los socialistas en las manifestaciones obreras. Esta actitud tenía sentido con la clara separación entre las organizaciones políticas y gremiales que estableció esta federación desde sus inicios. Otro dirigente socialista, José Fariña, se mantuvo hasta 1913 como consejero, pero su nombre no aparece entre los firmantes del convenio tras la huelga de diciembre de 1912. Tampoco hay noticias en la prensa local de la participación del partido –o de sus representantes– en los movimientos huelguísticos que hemos analizado. Estas referencias tampoco se encuentran en la prensa obrera (*El Trabajo*), por lo que se desprende que, a pesar de ser fundado en mayo de 1912, el Partido Socialista tuvo escasa –sino nula– presencia entre los trabajadores puntarenenses aquel año. No obstante, la publicación de *El Socialista* a mediados de 1913, indica que los socialistas contaban con una respetable fuerza que les permitió sostener este periódico hasta 1918.

En la actuación de Muñoz al interior de la FOM es posible apreciar una diferencia con el actuar promovido por el POS respecto a las organizaciones obreras. En las demás secciones del país este partido se propuso que las organizaciones gremiales estuvieran bajo su alero, haciendo tenue la línea divisoria entre el organismo sindical y el político. En el caso de Magallanes, la fortaleza del carácter gremial de la FOM impidió que los socialistas actuaran como tales y la direccionaran hacia sus presupuestos ideológicos y políticos. No obstante, el influjo de Muñoz en la federación debe haber contribuido para que poco a poco *El Trabajo* fuera incluyendo artículos alusivos al socialismo, pero

sin alterar la orientación gremial del periódico³⁸.

Como dijimos, la presencia socialista en la región comienza a fines del siglo xix con la aparición de un fugaz Partido Socialista en 1898. Esta huella se pierde hasta julio de 1912, cuando los socialistas puntarenenses hacen acto de presencia, saludando la creación del POS en Tarapacá y dando a conocer su propia orgánica partidista, a través de una carta firmada por Luis E. Mart³⁹. A pesar de este temprano contacto, entre ambas organizaciones no existe una conexión aparente. Desde mediados de 1912 hasta la publicación de El Socialista, no hay registros de la actividad del partido. Incluso en el primer número de este periódico (12 de julio de 1913) no se da cuenta de la acción socialista en su primer año de vida como partido, ni se presenta a los miembros de su directiva. De igual forma, y a diferencia de lo que ocurría en las demás agrupaciones que contaban con un periódico, llama la atención la insignificante presencia de informaciones sobre la actividad interna del partido. Además, entre 1912-1916 muy pocas veces el partido convocó autónomamente a manifestaciones de protesta o a conferencias para exponer sus presupuestos ideológicos, como era costumbre entre los socialistas del norte salitrero, Santiago y Valparaíso.

La primera explicación de esta situación la encontramos en el papel hegemónico que la FOM desempeñaba al interior del movimiento obrero. Al poco tiempo de su creación, esta institución logró reunir en su seno a la mayoría de los gremios de Punta Arenas y de las estancias del interior, desarrollando una estrategia muy cercana a lo que realizaban las sociedades de resistencia, pero sin la presencia de socialistas y anarquistas como ocurría en otros lugares del país. En sus comienzos, esta federación fue contraria a la influencia de ambas corrientes, criticando abiertamente desde El Trabajo tanto la utilización de la violencia como de la política en las luchas obreras. Sin duda, este ambiente incidió negativamente en el interés socialista de ponerse a la cabeza del movimiento obrero local.

A pesar de su declarada orientación apolítica, la hegemonía de la FOM también se manifestó en el ámbito político. Una de las principales reivindicaciones de esta federación fue reclamar la representación parlamentaria para la región, una demanda que aunaba a la mayoría de los sectores políticos locales. Al poco tiempo de su fundación, la FOM expresó su anhelo de que Magallanes contara con «derechos políticos» para posicionarlo como un territorio pleno de derechos, principalmente, en un contexto de aumento de las actividades económicas en la

región. Además, de producirse esto, los trabajadores darían «un gran paso hacia su mejoramiento social y económico con llevar al seno del parlamento un representante suyo», situación que no debería presentar dificultad, dado que «el ochenta por ciento del pueblo elector de este territorio lo componen los diferentes gremios obreros»⁴⁰. Esta aspiración, sin embargo, no se apoyaba en la proyección de la FOM como una organización que fuera a participar activamente en la arena política; más bien, se trataba de promover a Magallanes como un territorio con representatividad en un órgano de poder, como el Ejecutivo.

Contrario a lo que se puede pensar, en un comienzo los socialistas no se involucraron a fondo con esta reivindicación política. El programa mínimo del partido (que consignaba como fecha de su aprobación el 13 de septiembre de 1912), publicado en el primer número de *El Socialista*, contenía los siguientes puntos: abolición de los impuestos para los alimentos; impuestos progresivos a la renta; medidas en contra tanto de la acumulación de tierras como de los trust empresariales; limitación de la jornada laboral diaria de 8 horas para los adultos y 6 horas para los jóvenes de 14 a 18 años, prohibición del trabajo para menores de 14 años y descanso semanal obligatorio de 36 horas; reglamentación de las condiciones de trabajo; alimentación y alojamiento sin costo para el trabajador; pensiones para inválidos y ancianos; protección legal de la maternidad; derecho de la investigación de la paternidad; igualdad civil para hombres y mujeres e igualdad de derechos para hijos legítimos e ilegítimos; salario mínimo legal fijado anualmente; regulación de la política monetaria; impuesto progresivo sobre las herencias; reconocimiento legal de las organizaciones obreras; nacionalización de los extranjeros con dos años de residencia; fortalecimiento del sufragio universal a partir de un registro electoral permanente y aseguramiento del voto secreto; educación gratuita y laica; separación efectiva de la Iglesia y el Estado; conformación de jurados para dirimir los juicios penales; abolición de la pena de muerte; ley de divorcio; y, la democratización de la organización de la defensa nacional⁴¹.

Como se puede apreciar, en estos interesantes veinticuatro puntos no se encuentra directamente planteada la reivindicación política para Magallanes, hecho que resulta a lo menos anómalo para un partido político. ¿Acaso el Partido Socialista de Punta Arenas no veía en la política formal un espacio de constitución? ¿Cuál era el papel de la política en aquella remota región?

Como hemos dicho, Magallanes era concebido como un territorio de colonización, en el cual no existían elecciones para cargos de representación

pública –como sí sucedía en el resto del país– debido a que no contaba con el carácter administrativo de Provincia. Los representantes municipales eran elegidos por el Gobernador y no existió representación parlamentaria hasta 1933. Es por esto que la opinión pública se enfocaba en temas locales que no alcanzaban dimensiones partidistas como en otros lugares. Y si bien en el ambiente político se desenvolvían representantes de distintos partidos, estos no desarrollaban campañas específicas para reforzar sus tiendas políticas. El histórico centralismo del país afectaba también a su región meridional, que no lograba influir en las decisiones políticas y administrativas que se tomaban en Santiago y que la afectaban directamente, como ocurrió con la instalación de la Aduana en 1912.

El papel que los socialistas le asignaban a la política se refleja en el segundo número de *El Socialista*, en donde se dan a conocer las «razones» por las cuales los obreros debían militar en su partido. La primera de estas reconocía la existencia de participación política entre los trabajadores, por ello los socialistas se proponían reunirlos a todos bajo su organización. Además, identificaban a las sociedades de resistencia como su símil en el campo económico, lo que derivaba en un reconocimiento clasista de la situación social, en donde se enfrentaban quienes efectivamente trabajaban versus quienes se apropiaban del producto del conjunto social. A partir de este análisis, el Partido Socialista se comprendía como el único partido que buscaba defender los intereses de los trabajadores, denunciando el enmascaramiento popular de los demás partidos⁴². Un artículo de tono similar, expresaba que el «trabajador diseminado en mil partidos hace más fácil su explotación al capitalista», por lo tanto, para el obrero era «indispensable afirmarse en partido de clase y apoderarse de los puestos públicos, único medio legal que todavía nos queda para triunfar sobre toda la línea»⁴³. Sin embargo, nuevamente no hay referencia explícita a la necesidad de que la región contara con representación parlamentaria.

O bien los socialistas puntarenenses comprendían este hecho como muy alejado de las posibilidades coyunturales, o bien creían que su acción política podía desarrollarse igualmente en un ambiente sin elecciones y, por lo tanto, sin los elementos y discursos políticos tradicionales. La ausencia de referencias contextuales se sustentaba también en los supuestos «científicos» de la iiª Internacional (como constataba también su acta de fundación y la editorial del primer número del periódico) y en la experiencia europea, que «demostraba» la factibilidad de la lucha socialista a través de la política formal, lectura que se trasladaba mecánicamente a la realidad chilena.

Recién en abril de 1914 se publica en El Socialista un artículo alusivo a la carencia de representación parlamentaria para la región, con el título «Pidamos derechos políticos». Bajo una apelación al derecho de ciudadanía política y a las obligaciones que el Estado imponía a los habitantes de Magallanes (como el servicio militar y los impuestos), se planteaba que no era «justo que esta rica región del país [...] no tenga sus portavoces en las Cámaras para que defiendan sus intereses», escenario que se replicaba en la municipalidad, donde «nuestro paternal Gobierno [...] hasta nombra los ediles sin consultar los intereses de la comunidad»⁴⁴. Medio año después, el periódico publicó un artículo de orientación pedagógica donde se definen algunos de los «medios de acción que se emplean en la lucha por la defensa de los intereses proletarios», como la huelga, la que podía ser de tipo económica o política. Esta última consistía en «dirigir su acción sobre los poderes públicos, a fin de que estos adopten aquellas medidas de carácter administrativo que son precisas también para el mejoramiento de los trabajadores». Sin embargo, no se hace mención al carácter legislativo de la «huelga política», por lo que tampoco se alude a la necesidad de que los trabajadores llegasen al parlamento, ni menos que sus representantes fueran socialistas⁴⁵.

En diciembre de 1914, se quiebra esta notable falta de discusión sobre política institucional. Ante la cercanía de las elecciones de marzo de 1915, una editorial de El Socialista señalaba que el período legislativo que finalizaba había sido «absolutamente negativo para la buena marcha de la hacienda pública y en la resolución de los problemas sociales». Según esta lectura, la acción de los partidos históricos estaba influenciada únicamente en los intereses personales de los dirigentes y de su clientela política. Señalaba, por lo tanto, que en el parlamento «los caciques políticos y financieros han mistificado constantemente desde la tribuna y desde su prensa asalariada, de la opinión pública, el sufragio, las aspiraciones del pueblo, en una palabra, la reivindicación del oprimido». «La historia irrefutablemente nos dice», agregaba, «que jamás la emancipación del obrero será obra de nuestros enemigos». Finalmente se lamentaba por la privación de derechos políticos para Magallanes, a la vez que arengaba a sus compañeros del resto del país ante la proximidad de las elecciones: «lucha que será desigual, [...] pero no importa [...], la firmeza de nuestro programa reivindicador y la justicia y honradez que presiden todos los actos de nuestro partido, acabarán por demoler el ruinoso y putrefacto engranaje de toda otra política de irritante desigualdad»⁴⁶. Este artículo se acerca al tratamiento del POS sobre las temáticas políticas, es decir, a su cultura política. Sin embargo, se trata de una editorial aislada y poco característica del periódico en esta época,

inclinado a ocuparse de otros temas, como la crítica a los funcionarios públicos y a las instituciones religiosas locales.

La tendencia de clarificar la postura política de los socialistas puntarenenses comienza a aumentar a partir de 1915. No es posible saber si se debió a un cambio en la dirección de la agrupación, pues el periódico no informa de las actividades ni de las discusiones internas del partido. Lo que sí se aprecia es que El Socialista otorga un mayor espacio a los temas estrictamente políticos. A comienzos de abril, un artículo destacaba el carácter clasista que debía tener la organización política al plantear que sólo un «partido de trabajadores, en que predominan los hombres que de la política no pueden esperar otro beneficio que el bien general de los ciudadanos [...], puede dar a su política las más altas aspiraciones»⁴⁷.

Un mes más tarde, se refuerza esta tendencia con un escrito de corte teórico que pretendía esclarecer el marco de desarrollo de la acción política planteada por los socialistas. En él se señalaba que el socialismo buscaba la concreción del ideal de progreso, «invitando a los pueblos y empujándolos a perfeccionar más su condición moral como medio de encaminar al mundo a suprimir el sistema de explotación». Este objetivo debía ser adoptado por las organizaciones obreras, las cuales debían «apoyar su acción gremial y cooperativa en la lucha política para conquistar el Poder político, legislativo, ejecutivo y administrativo, que les permita, con la fuerza de la ley, realizar sus propósitos». Por primera vez los socialistas puntarenenses afirmaban el carácter de su acción política, insertándose en el campo de la institucionalidad y la consecución de reformas legales, descartando la acción directa y la huelga general. Señalaba el artículo que la lucha sindical y cooperativa por sí solas proyectaban «una lucha larga y extenuante, mientras que si agregamos la fuerza legislativa de la política, podemos ayudarlas con leyes protectoras y si tenemos el municipio como fuerza administrativa en cada pueblo, nuestra labor será mucho más fácil y comprensible»⁴⁸. Estas palabras eran coherentes con la cultura política del POS y con su planteamiento de la lucha política como un medio para conseguir la abolición del sistema de explotación capitalista, en estrecha relación con la lucha gremial y cooperativa.

Esta tendencia se verá reforzada con un artículo de comienzos de julio que reclamaba sobre la ausencia de representatividad política en Magallanes. Se argumentaba allí que lo que esperaban los socialistas no era sólo conseguir parlamentarios, debido a que la elección de regidores municipales era tan

importante, porque las acciones ejecutivas locales podían reportar beneficios directos a los obreros, al redirigir los recursos municipales que hasta ese momento eran administrados por miembros de los sectores dominantes⁴⁹. Otra vez aquí es visible un acercamiento a las aspiraciones políticas del POS, dentro de las cuales la representación municipal jugaba un importante papel en tanto existía la potencialidad de atacar problemas cotidianos de los trabajadores, como la vivienda, la educación pública y el abaratamiento de los productos de primera necesidad⁵⁰.

Es probable que el estrechamiento de las relaciones con el conjunto de las secciones del POS, apreciable desde 1915, haya incidido en el interés de los socialistas puntarenenses por aclarar su concepción política. También, la realización del congreso del partido en mayo de aquel año debió aportar a la revalorización de la discusión teórica sobre el papel de la política en la acción socialista. Lo cierto es que entre 1912 y 1914, los socialistas de Punta Arenas no demuestran un interés profundo por los alcances de la lucha política. Además, la revalorización que comienza en 1915 coincide con el aumento de las comunicaciones con los socialistas de la capital y un mayor sentido de pertenencia al POS. En este escenario, sentirse parte de las discusiones que se daban en el resto del país reforzó la identidad partidista, con lo que comenzó un proceso de modificación de la cultura política de los socialistas del extremo sur.

3. El rol de la «diferenciación» en la acción socialista de Magallanes

Debido a la irregular situación política de Magallanes se explica un fenómeno específico de la historia del socialismo en la región. A diferencia de lo ocurrido con todas las otras secciones del POS que se crearon en el país desde 1912 en adelante, los socialistas puntarenenses no habían militado con anterioridad en el PD y, por lo mismo, no se desarrolló aquí la primera etapa de diferenciación con los demócratas. Si bien uno de los dirigentes de la FOM, Juan Concha, era militante del PD y participaba en los actos públicos en representación de este partido, los socialistas no creyeron importante diferenciarse del actuar demócrata. Un ejemplo que pone de manifiesto lo anterior, fue la visita a Punta Arenas en 1913 del diputado demócrata por Valparaíso Guillermo Bañados, la cual fue saludada con agrado por los socialistas como una muestra de

«reconocimiento a su obra, hoy que es tan raro ver en el Congreso Nacional quien desempeñe a conciencia el mandato recibido de y para servir al pueblo»



«Pick-nick dado por el pueblo de Punta Arenas al diputado señor Bañados, el 28 de septiembre último». Zig-Zag, n°452, Santiago, 18 de octubre, 1913.

La nula presencia antagónica del PD en El Socialista, da cuenta de la escasa importancia que le asignaron los socialistas puntarenenses a la diferenciación en el período 1912-1914. Recién en enero de 1915 aparece un artículo abiertamente crítico del accionar de este partido; sin embargo, este no se ocupa de los demócratas locales, sino que está escrito por su corresponsal en la capital, «P. Luchi» (seudónimo de Luis Perujo). Ante la proximidad de las elecciones de 1915, «P. Luchi» califica a los demócratas como falsos «redentores y eternos candidatos y explotadores de la inconsciencia obrera», a los cuales los socialistas debían combatir recordándole a los trabajadores «que los candidatos demócratas se llaman obreros y la mayor parte de ellos no se acuerdan cuándo han trabajado, explotan a las mujeres, explotan a los niños, explotan periódicos, explotan al fisco, explotan a cuánto hay que explotar»⁵². En este texto es posible apreciar los componentes de la lucha política que los socialistas del norte y centro del país llevaban a cabo en contra de los demócratas, realidad contrapuesta a lo que sucedía en Magallanes, principalmente, porque las elecciones no formaban parte del ambiente cotidiano de la región y, por lo tanto, la diferenciación no cumplía allí su rol político.

La estrecha relación que existió entre los socialistas de la capital con sus pares del extremo sur influyó también en la primera convocatoria de los magallánicos a una manifestación pública en Punta Arenas. Respondiendo al llamado de la fracción que había quedado al mando de Luis Zuloaga tras el quiebre con Hidalgo, los socialistas puntarenenses convocaron a una manifestación a favor de la promoción de leyes obreras (reforma de la ley de descanso dominical obligatorio y despacho de la ley de accidentes laborales). Dejando expresamente establecido que la convocatoria se efectuaba a instancias del POS de Santiago, se extendieron invitaciones a la FOM, a la Sociedad de Empleados del Comercio, a la Sociedad de Fogoneros y Gente del Mar y a la Agrupación demócrata⁵³. El mitin se efectuó el domingo 26 de octubre de 1913 y los discursos estuvieron a cargo de dos representantes de la agrupación socialista, además de Manuel J. Muñoz por la FOM, un representante demócrata y un representante de los obreros marítimos⁵⁴. La amplitud ideológica de esta convocatoria se apartó de lo

ocurrido en Santiago, donde la totalidad de los participantes y oradores fueron socialistas⁵⁵. La invitación a los demócratas seguramente estuvo mediada por el papel que cumplía Juan Concha en la FOM, lo que demuestra que los socialistas no entendían como un aspecto central de su acción política diferenciarse de dicho partido. Hay que recordar que ese mismo año los socialistas santiaguinos habían participado en la manifestación del 1 de mayo en conjunto con el PD y las sociedades mutuales, lo que acarreó una fuerte crítica de Recabarren. Una situación similar parece no haber alarmado a los socialistas puntarenenses, lo que demuestra un desplazamiento y/o autonomía respecto del actuar del POS en el resto del país.

El inicio de la guerra europea en 1914 fue el motivo de los socialistas para convocar en agosto de ese año a una manifestación de protesta, a la cual concurrió nuevamente la FOM. En el discurso final se expresaba que «los socialistas de Magallanes reunidos en asamblea envían un cariñoso saludo de simpatía y solidaridad a las pobres víctimas inocentes de un régimen en que imperan la brutalidad, la violencia y el robo», dejando de manifiesto su intención de que «sobre las ruinas de una sociedad decrepita surja triunfante y glorioso nuestro ideal de paz, de fraternidad humana, de justicia social». El discurso terminó bajo vítores por la paz y el Socialismo Internacional⁵⁶.

Las manifestaciones del 1 de mayo también son un acontecimiento importante para conocer el curso de la movilización obrera en Magallanes y la participación de los socialistas en esta. Con el crecimiento de las sociedades gremiales y de la FOM tras la huelga general de 1912, el movimiento obrero magallánico fue adquiriendo cada vez más fuerza, la que se hizo visible en las conmemoraciones del 1 de mayo. En 1913, la edición puntarenense del diario conservador La Unión calificaba como un «pecado de origen» el carácter extranjero de esta conmemoración, lo cual hacía que se transformara en una «manifestación de altivez y desafío del trabajador al capitalista», cuando más bien debía ser considerada como un homenaje al trabajo en general, una fiesta «con corazón magnánimo, sin exclusiones, sin odios, sin provocación», ya que el «capitalista también trabaja en la colocación fructífera de esta fuerza acumulada que es el capital»⁵⁷.

Unos días antes, la FOM había enviado una circular invitando a las sociedades obreras a manifestarse en el centro de Punta Arenas. Esta reunión tuvo particularidades interesantes de destacar. En primer lugar, la FOM aparecía en esta fecha como benefactora de algunas instituciones de carácter social y

caritativo, como la Escuela Nocturna Popular, la Cruz Roja, el Asilo de Huérfanos y el Hospital de Caridad, a las cuales entregaba donaciones en dinero y artículos de primera necesidad. Además, la manifestación consideraba una inédita estación: la Cárcel Pública. En este recinto los federados visitaban a los presos, brindándoles un almuerzo y entregando insumos, como cigarrillos y vestimentas. Para el 1 de mayo de 1913, la marcha también contó con la música del Batallón Magallanes, la misma unidad del Ejército que el año anterior había estado encargada de la represión de las huelgas. En el mitin de la tarde, unos dos mil manifestantes escucharon los discursos de los dirigentes federados, del demócrata Juan Concha y del socialista José Fariña. Luego marcharon hacia la Gobernación para entregar las conclusiones, que tenían como reivindicaciones principales el establecimiento legal de la jornada de ocho horas, la promoción de una ley sobre accidentes laborales, la supresión de la Aduana y la elección de parlamentarios y regidores municipales⁵⁸. Respecto a este último punto, uno de los oradores recordó a los obreros que la implantación de la Aduana y el estado de abandono de la región eran ejemplos concretos de la necesidad de contar con representantes en el Parlamento, reafirmando que «la política [...] es un arma que de mucho ha de ayudarnos en nuestras aspiraciones»⁵⁹. La manifestación se disolvió luego de los discursos, dejando como huella una insólita mixtura entre diversos actores sociales que se volvería a repetir en años posteriores.

La demostración de la fuerza que adquiriría el movimiento obrero en Magallanes, llevaba a La Unión, refractaria en 1913 a reconocer el carácter combativo y clasista del 1 de mayo, a publicar al año siguiente la convocatoria de la FOM, en la cual se llamaba a todos los trabajadores (obreros y empleados) a suspender sus faenas «como un merecido homenaje de recuerdo a los que cayeron por la causa del trabajo». En la editorial de este diario se aprecia también un cambio de parecer respecto a la conmemoración de esta fecha. Dejando atrás el llamado a celebrar el trabajo en general del año anterior, ahora La Unión consideraba del todo justas las reivindicaciones obreras (especialmente en cuanto a la fijación del tipo de cambio) y calificaba a los trabajadores «como la gran fuerza del progreso nacional, como objeto de orgullo para la patria, como la esperanza de regeneración del país»⁶⁰.

Otro de los periódicos locales, el diario Chile Austral, reconocía igualmente el carácter reivindicativo de esta fecha, dando su apoyo a los «mítines, las manifestaciones públicas, las veladas, las disertaciones y toda clase de reunión tendiente a ilustrar al proletariado y a poner de manifiesto sus anhelos y justos deseos de mejoramiento»⁶¹. Aquel año se repitió la convocatoria e itinerario

diseñado por la FOM, sumándose nuevamente los socialistas y demócratas con sus recurrentes representantes José Fariña y Juan Concha, respectivamente. El periódico de la federación consignó la participación de ambas colectividades, pero sólo reprodujo el discurso del militante demócrata⁶².

En 1914, por primera vez se editó un número especial de El Socialista para el 1 de mayo. Como una muestra de adhesión a los postulados de la lucha política parlamentaria, en la portada de esta edición se reprodujeron las fotos de los siete diputados socialistas argentinos que habían sido electos recientemente (Nicolás Repetto, Mario Bravo, Antonio de Tomasso, Francisco Cúneo, Ángel Giménez, Antonio Zaccaganini y Enrique Dickmann). También se criticaba la adhesión a esta conmemoración obrera expresada por La Unión, principalmente, porque el órgano conservador se mostraba contrario a dos de sus reivindicaciones centrales: la separación entre la Iglesia y el Estado y la representación parlamentaria de la región. Señalaban los socialistas que les parecían del todo lógicas estas objeciones, ya que de existir elecciones, los candidatos obreros lograrían ser elegidos fácilmente debido al alto grado de movilización que había alcanzado la FOM. La mayoría de los artículos de este número se dedicaron a reseñar la conmemoración del 1 de mayo, llamando a los trabajadores a entender su movilización como una continuidad de los sucesos de Chicago, en el sentido de una lucha anticapitalista y sin remarcar el carácter socialista de la misma⁶³. Ningún artículo se dedicaba a especificar las características que diferenciarían a los socialistas de los otros grupos políticos que se desenvolvían al interior del movimiento obrero.

En 1915 se produjo un cambio de tono en los periódicos de los sectores dominantes, profundizándose el reconocimiento de la legitimidad del 1 de mayo. Nuevamente en su editorial, La Unión demostró su adhesión a esta conmemoración, señalando que era necesario reconocer que en esa fecha todos los trabajadores celebraban su fiesta, incluidos profesionales y comerciantes. Se congratulaban también de que el 1 de mayo fuera concebido como una fiesta, a diferencia de lo ocurrido en el pasado cercano, donde «era celebrada odiosamente, con motines y protestas, con inmenso odio y rencor contra las clases sociales no proletarias». A juicio del periódico católico, esta situación era motivada por la acción de socialistas y anarquistas⁶⁴. Los primeros no tardaron en responder, señalando que si antes existían manifestaciones de violencia, estas eran producto de «los mismos odios de la burguesía, que no quería darnos el derecho de esa celebración, negándonos esa libertad» y, si el carácter de la conmemoración había cambiado, era porque los sectores dominantes cedieron

ante la actitud «cada vez más enérgica» de los trabajadores⁶⁵. El carácter combativo y clasista de esta fecha había sido explicitado por El Socialista a principios de abril. En un artículo firmado por «Kachi-Huan», se llamaba a los obreros a que después «de todo un año de trabajo afanoso hay que glorificar ese día, no para celebrar una fiesta, sino para meditar sobre nuestra situación y afirmar ante nuestros opresores que estamos dispuestos a luchar sin tregua por nuestro mejoramiento»⁶⁶. Aquel año, los socialistas se plegaron nuevamente a la convocatoria de la FOM y estuvieron representados por José Fariña en la tribuna. Además, por primera vez se conmemoró el 1 de mayo en Puerto Natales, donde unos quinientos trabajadores escucharon los discursos y concurrieron a la inauguración del local que la FOM había adquirido recientemente⁶⁷.

La conmemoración del 1 de mayo de 1916 tuvo mayor acogida entre los trabajadores de Punta Arenas, verificándose una mayor adhesión a la paralización de las faenas. Esta vez, la prensa consignaba como organizadores de la manifestación a la FOM y al Partido Socialista. José Fariña volvió a representar al partido en las tribunas, donde estuvieron otros oradores socialistas, como R. Cifuentes y H. García, quien habló en nombre del gremio de carreros. Quizás por la convocatoria conjunta es que en esta ocasión los socialistas tuvieron una mayor presencia. El discurso de Fariña condensó el programa del partido en lo referente al mejoramiento económico y social de los trabajadores, exponiendo también la necesidad inmediata de la separación entre la Iglesia y el Estado⁶⁸. De acuerdo a la lectura posterior realizada por los socialistas, las manifestaciones de aquel año se destacaron por una mayor conciencia de su significado entre los trabajadores magallánicos, lo que indicaba un crecimiento al alero de las «leyes que mueven la evolución de los pueblos», levantando su «espíritu hasta el plano de civilización que han alcanzado otras colectividades obreras»⁶⁹. Contribuyó a este nuevo «espíritu» la presencia del socialista argentino y uno de los editores del órgano del PSA La Vanguardia, José A. Mouchet. En su primer discurso disertó sobre el carácter del capitalismo y la conexión global de los problemas y aspiraciones del proletariado, enfatizando que la lucha debía canalizarse por la acción política, dejando de lado los métodos violentos⁷⁰. El cierre de la jornada le correspondió también a Mouchet, con una conferencia nocturna en la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos, donde asistió una gran cantidad de obreros y que fue calificada con cierta preocupación por la prensa local como una «exposición de las aspiraciones actuales socialistas por la realización del ideal que persiguen»⁷¹.

A partir de este análisis, podemos apreciar que a diferencia de lo que ocurría con

sus compañeros de otras partes del país, los socialistas de esta región no lograron insertarse de manera directiva en las organizaciones gremiales. En Magallanes, la presencia política de los socialistas no consiguió la importancia, o visibilidad, que en otros lugares, como Iquique, Valparaíso y Santiago. La hegemonía que a comienzos de la década de 1910 alcanzó la FOM influyó en la baja capacidad directiva de los socialistas, situación asimilable a los demócratas. Si bien ambos grupos políticos contaban con dirigentes de renombre al interior de la federación, ninguno disputó abiertamente la orientación gremialista que llevó esta institución entre 1911 y 1917. Una respuesta ante este escenario puede encontrarse en la debilidad de la estructura partidaria de ambas agrupaciones, aunque el estado del grupo socialista demuestra una mayor capacidad orgánica que el PD, visible, por ejemplo, en la publicación y sostenimiento de un periódico.

La poca influencia de las corrientes políticas al interior del movimiento obrero magallánico se extiende también a los anarquistas, los cuales no lograron influir en la FOM, a pesar de que Juan F. Barrera participó en su creación y en la fundación de su periódico El Trabajo. Como ha señalado Sergio Grez, la labor de Barrera en la zona «se asemejó a la de un francotirador aislado sin encontrar demasiado eco en el movimiento obrero organizado»⁷².

Es por estas mismas condiciones que la diferenciación que fue desplegada por los socialistas en otros centros urbanos del país, no se experimentó en Punta Arenas. Como hemos mencionado, influyeron en esto factores estructurales como la ausencia de elecciones municipales y parlamentarias en Magallanes, situación que debilitó el ambiente político local e incrementó el carácter gremial de las luchas obreras. Y también factores particulares, como la inexistencia de un pasado demócrata entre los fundadores del socialismo puntarenense, sumado a la debilidad del anarquismo local. Todos estos elementos contribuyeron para que los socialistas puntarenenses identificaran a sus adversarios en la estructura social y económica (burguesía), desestimando la diferenciación al interior del movimiento obrero organizado, como lo ratifican la valoración positiva de la actuación de ciertos diputados demócratas o la colaboración de Juan F. Barrera en El Socialista.

Esta tendencia se rompe, como indicamos, en 1915, momento en que los socialistas comienzan a demostrar una mayor preocupación en torno a las discusiones políticas. En esta línea, a mediados de junio de aquel año se publican dos artículos que buscaban clarificar las diferencias entre la acción socialista y la

anarquista. En el primero de ellos («Los obreros frente a la ley»), se destacaban los avances logrados por el movimiento obrero europeo a través de sus organizaciones políticas para contrastarlos con la negación de la acción política de los anarquistas. Se subrayaba el rol de los partidos socialistas europeos en la promulgación de leyes a favor de los trabajadores. Los obreros que participaban en los partidos socialistas, señalaba este artículo, habían dejado «las utopías, las fantasías anárquicas y se encaminaron por la realidad». Agregaba el texto que a mediados de la segunda década del siglo xx «el anarquismo en Europa es un cadáver», debido principalmente a que la «revolución social que ellos profetizaban súbitamente, no se produjo». Por lo mismo, invitaban a las sociedades gremiales a encauzar su acción práctica a través del Partido Socialista. El segundo artículo, titulado «¿Antipolítico?», realizaba una crítica a las posturas que negaban la acción política. «Un antipolítico es un político fanático y frenético», comenzaba el escrito, para luego alertar que el «antipolítico os hará una crítica acerba muchas veces acertada de todos los partidos políticos, especialmente del socialista, y de todos los sistemas de gobiernos habidos y por haber». Sin embargo, cualquier «mortal llamaría a esto un programa político; mas el antipolítico os afirmará, con la mayor seriedad del mundo, que él abomina de la política y que nunca ha sido político»⁷³. En este par de escritos se aprecia una crítica similar a la que efectuaban los socialistas de otras partes del país en contra de los anarquistas: la comprensión del discurso anarquista como idealista y utópico, su contraste con la propuesta práctica de los socialistas, los avances que significaban las leyes obreras en el mejoramiento de los sectores populares y una caracterización de los anarquistas como una especie de fanáticos.

La diferenciación respecto de los partidos históricos se expresó al producirse una activación de la propaganda del PR local a favor de la representación parlamentaria. Los socialistas sembraban la duda sobre los verdaderos intereses que motivaban esta movilización. Según su parecer, los

afiliados a las diversas agrupaciones políticas como ser: radicales, balmacedistas, demócratas, nacionales y liberales de todos los matices, piden y pedirán siempre la representación parlamentaria con arreglo al programa de sus respectivos partidos y sin más miras que la politiquería de oficio; en una palabra, no podrán salirse de la órbita en que han gravitado siempre.

A este respecto, los socialistas aclaraban que no pedían la representación parlamentaria con el mismo propósito de los partidos históricos, sino que lo hacían «para afianzar en el parlamento por medio de la ley las mejoras que consigan los gremios organizados en la lucha económica»⁷⁴. Se planteaba de esta manera, que la lucha sindical precedía a la lucha política⁷⁵. A pesar de estas críticas, los socialistas concurren a la manifestación organizada por los radicales, ocupando con sus discursos la mayoría de la jornada⁷⁶.

Estos ejemplos demuestran que en conjunto con la activación –a partir de 1915– de un discurso con mayor contenido político, los socialistas puntarenenses intentaron poner en práctica la diferenciación. Pero la misma particularidad política de Magallanes, que los llevaba a apoyar la reivindicación de la representación parlamentaria y municipal (con lo cual reforzaban su identidad como partido), los hacía secundar las convocatorias de otras tiendas políticas, dando cuenta de la baja capacidad de convocatoria que tenían al interior del movimiento obrero, lo que, en último término, debilitaba sus posibilidades de diferenciarse de los partidos históricos.

4. Los socialistas de Punta Arenas y el POS

Como hemos indicado, la base de militantes fundadores del Partido Socialista de Punta Arenas se diferenciaba en cuanto a su herencia política de las demás agrupaciones que se crearon en el país a contar de 1912. A esta diferencia respecto a los pasados políticos, se sumó la lejanía y dificultad existentes en las comunicaciones de la época, que en conjunto determinaron que se formaran culturas políticas distintas entre los socialistas del extremo sur y los del centro y norte del país, como ha sido posible apreciar en las relaciones con el PD y los anarquistas.

Por estos motivos, en sus inicios los socialistas puntarenenses se presentaron como un partido autónomo que, sin embargo, compartía con las demás agrupaciones del país el ideal de construir el socialismo. Esta situación fue modificándose con el correr de los años, como lo deja de manifiesto el cambio

del subtítulo de su periódico a partir de 1914. Desde comienzos de aquel año, El Socialista se denominaba «Órgano de la Agrupación Socialista de Magallanes», dejando atrás el autónomo subtítulo de «Órgano del Partido Socialista». Declararse Agrupación Socialista de Magallanes implicaba integrarse a una realidad nacional.

Se podría pensar que el camino de la integración fue abierto por la agrupación iquiqueña, la más importante del país. Sin embargo, los contactos más fuertes vinieron desde Santiago, en donde los socialistas se encontraban en una pugna por la dirección del partido. En julio de 1913, a poco de que ocurriera la fragmentación, los puntarenenses recibieron por conducto de Santiago Díaz⁷⁷ un telegrama de saludo y adhesión de la agrupación capitalina, firmado por su secretario Carlos A. Martínez.

Hay que recordar que a fines de agosto de 1913, los puntarenenses habían replicado el mitin convocado por los socialistas santiaguinos bajo la dirección de Luis Zuloaga. Estos contactos se retomaron a fines de 1914, cuando El Socialista comienza a publicar regularmente las entregas de su corresponsal capitalino Luis Perujo (o «P. Luchi»), que a la fecha formaba parte del grupo de Zuloaga, Rafael Castro y Manuel Silva que había quebrado el partido en Santiago, al acusar a Manuel Hidalgo de no actuar de acuerdo a los principios socialistas en su labor como regidor municipal⁷⁸. En un artículo de noviembre de 1914, «P. Luchi» señala que las malas condiciones de los trabajadores no habían redundado todavía en una organización fuerte y combativa de alcances nacionales, ante lo cual preguntaba retóricamente: «¿Qué haremos? Pues eso, llorar y lamentarnos como mujercuelas, ya que como hombres no tenemos el valor de pensar en organizarnos para evitar nuestros males y defender nuestros derechos»⁷⁹.

Expresión de la realidad que se vivía en la capital, es el artículo publicado el 20 de diciembre de 1914, donde «P. Luchi» califica a Hidalgo como el «primer Judas del socialismo en Chile» y exhorta a los socialistas de Magallanes («la vanguardia del proletariado chileno») a iniciar los preparativos de un congreso que diera forma y unificara a las agrupaciones en un partido de alcance nacional⁸⁰. La posta que Perujo (o «P. Luchi») parecía entregar bajo adjetivos grandilocuentes a los socialistas magallánicos no era más que una declaración sobre hechos consumados, ya que los santiaguinos venían planificando la convocatoria al congreso desde mediados de 1914. De cualquier modo, la agrupación magallánica no se abocó a la tarea de convocar al congreso, pero sí entregó su apoyo a la fracción que representaba Perujo, regularizando la

publicación de sus corresponsalías e incluso haciéndose parte de los gravosos juicios contra Hidalgo⁸¹. Los puntarenenses apoyaron al grupo de Zuloaga y Perujo, porque vieron reflejadas en sus palabras sus primigenias intenciones de aunar la acción socialista en el país, situación que no había sido promovida hasta el momento por los iquiqueños.

¿Por qué los santiaguinos vieron en los socialistas puntarenenses a sus principales aliados? Es probable que la cultura y herencia política de los magallánicos haya sido vista por Zuloaga y su grupo como una posibilidad de aislar a Hidalgo. La característica de la mayoría de los fundadores del POS de compartir un pasado en el PD, reforzaba los lazos de amistad y el conocimiento sobre la capacidad política de cada uno de los ex militantes demócratas. Zuloaga no pertenecía a este grupo y sólo logró el apoyo del antiguo militante del PD Rafael Castro. Si bien su grupo demostró una activa participación en el movimiento obrero entre 1913-1915, no consiguió destronar a Hidalgo como el referente del socialismo en la capital. En cambio, los socialistas puntarenenses, al no tener un pasado demócrata y al encontrarse aislados y alejados de los juegos políticos característicos del parlamentarismo, presentaban la posibilidad de construir desde cero una matriz socialista nueva. De ahí que en Punta Arenas las acusaciones contra Hidalgo encontraran fácilmente apoyo, incluso localizándose a miles de kilómetros. De ahí también que cuando el Congreso de 1915 zanjó el conflicto disolviendo ambas fracciones, los puntarenenses congelaran su participación en el POS, poniendo en duda la legitimidad del CEN (y de Recabarren).

La separación de la agrupación de Punta Arenas del POS comenzó a cuajarse por las informaciones que enviaba Luis Perujo desde Santiago. Este militante fue el que tomó la defensa de la fracción liderada por Zuloaga tras la resolución del Congreso de disolver la sección capitalina y, posteriormente, tras la reorganización del CEN que dejó en manos de los «hidalguitas» los principales cargos de la nueva agrupación. Aprovechando las páginas de El Socialista, Perujo expuso sus críticas a la expulsión de quienes habían organizado el Congreso y desarrollado una importante acción desde 1913, lo que entendía como una demostración de falta de democracia interna. Las emprendía también en contra de algunos dirigentes (L. E. Recabarren, Benjamín Rojas y Ramón Sepúlveda L.) que se arrogaban la calidad de «maestros», adoptando resoluciones disciplinarias y limitando la discusión sobre las mismas. Según su opinión, la actitud de los «maestros» era una demostración de su arribismo y pragmatismo electoralista, propio de los demócratas, en cuanto habían preferido

mantener a los «hidalguistas», argumentando la necesidad de contar con elementos con experiencia para las luchas políticas venideras. Veía en esta actitud una doble moral, dado que muchos de ellos habían reconocido en la actuación de Hidalgo la transgresión de los presupuestos socialistas. En función de esto, denunciaba la conformación de caudillismos al interior del POS, que era precisamente lo que buscaba detener la unificación doctrinaria y táctica que pregonaban las resoluciones del Congreso⁸².

Dejando de lado los aspectos personales presentes en las críticas de Perujo, es cierto que el periódico publicado por el CEN en Valparaíso, *El Socialista*, no dio cabida a estas discusiones, ni menos otorgó espacio a la fracción de Zuloaga. En cambio, desde su primer número (31 de julio de 1915) el periódico publicó artículos enviados desde Santiago por Benito Pereda A., bajo el seudónimo «Juan de Ávila», reconocido aliado de Hidalgo. La actitud de silenciamiento que tomó el CEN respecto a la polémica en la capital y el espacio otorgado a los militantes identificados con Hidalgo, dan cuenta que la dirección del partido (integrada exclusivamente por militantes porteños) reconocía a estos como los socialistas legítimos de Santiago, hecho que se verificó cuando el CEN reorganizó esta agrupación con una base de militantes «hidalguistas».

Ante las críticas que se suscitaban en el norte del país por las críticas de Perujo, los socialistas puntarenenses publicaron una declaración en donde señalaban que si «hemos dado cabida en nuestras columnas a colaboraciones de compañeros que reconocemos por buenos, doctrinarios, [...] ha sido porque creemos que en un periódico socialista caben todas las ideas y aspiraciones de los socialistas». El artículo se desmarcaba también de las críticas personales efectuadas con anterioridad por Perujo, manifestando su interés de que la aclaración sirviera «para llevar hasta nuestros compañeros del norte del país la convicción de que siempre hemos anhelado la armonía y que la deseamos como un bien inapreciable»⁸³. Estas declaraciones sirvieron para que Ramón Sepúlveda L., Secretario General del partido, reprochara a los puntarenenses su ambivalencia en cuanto a las críticas de Perujo⁸⁴, agitando aún más el ambiente.

La designación de Hidalgo como representante del POS en el Comité Internacional Obrero Latinoamericano, llevó al CEN a publicar una resolución impugnando el acuerdo de los socialistas de la capital⁸⁵. Este hecho fue aprovechado por los puntarenenses para ratificar su apoyo a Perujo y profundizar sus críticas a la actuación del CEN: «Nuestro divorcio con los compañeros del norte proviene justamente de esa conducta tan poco consecuente con sus

acuerdos, permitiendo, en el seno de una agrupación, [...] a individuos que tanto en su vida pública como privada han maleado de tal modo el ideal»⁸⁶.

Las críticas que Sepúlveda L. había efectuado a los socialistas de Punta Arenas, fueron replicadas en una editorial de El Socialista de mediados de marzo. En ella se reprochaba la poca capacidad de Sepúlveda L. para acoger las críticas, haciendo alusión al pasado demócrata del dirigente viñamarino. Aprovechaban también para defender a Perujo, calificándolo como «sincero, leal, honrado». Finalmente planteaban que las características personales de los socialistas era un aspecto importante, en tanto influía en la acción que desarrollaban los militantes, por ello reconocían como un valor para el desarrollo del partido las críticas de Perujo a los «hidalguitas»⁸⁷.

El divorcio entre los socialistas de Punta Arenas y el CEN quedó sellado en abril de 1916, cuando los primeros publicaron una declaración desconociendo la autoridad del comité directivo del POS. La justificación principal era la actitud del CEN respecto a la agrupación de Santiago, es decir, el desconocimiento de la labor realizada por el grupo de Zuloaga. Se profundizaba con este acontecimiento la debilidad orgánica del POS como un partido de alcance nacional. Más aún cuando los puntarenenses incitaban a los socialistas del país «a organizar Agrupaciones para formar el verdadero Partido Socialista Doctrinario»⁸⁸.

El redactor del órgano central del POS, Mariano Rivas, fue el encargado de enfrentar la primera gran crisis del partido. En dos artículos, Rivas lamentó la decisión adoptada en Punta Arenas, desestimando la profundidad de las críticas y recordando que el reglamento del partido contemplaba mecanismos para solucionar este tipo de conflictos. En ambos escritos, Rivas solicitaba a los socialistas puntarenenses reconsiderar su medida para no debilitar la organización obrera⁸⁹.

Este llamado a la unidad no tuvo respuesta. Aunque El Socialista de Punta Arenas siguió apareciendo como «Órgano de la Agrupación Socialista de Magallanes», hacia junio de 1916 el CEN ya no consignaba la existencia de una sección del POS en esa ciudad. Y si bien la llegada en mayo de 1916 de Recabarren y Teresa Flores a Punta Arenas debió ayudar para calmar los ánimos secesionistas⁹⁰, los socialistas de esa ciudad no publicaron ningún artículo que confirme la reactivación de su adscripción al POS. La extensa cobertura que dio El Socialista de Punta Arenas a la gira por Magallanes de Recabarren y Flores,

parece indicar más bien un reconocimiento a la labor política de ambos dirigentes que una vinculación orgánica o de identidad con el POS.

Estos conflictos no acabaron con la acción socialista en el extremo sur. Tras la crisis partidista, el apolitismo de la FOM comenzó a ser horadado por los socialistas y, también, por los anarquistas. Unos años más tarde, la federación magallánica protagonizará luchas donde la acción directa fue crudamente respondida por la represión militar. El giro de la FOM posterior a 1916, puede ser entendido como un triunfo de la propuesta socialista, que paulatinamente había ido construyendo un discurso con proyecciones políticas y no meramente gremiales. La radicalización en las acciones de la FOM también puede vincularse con la inexistencia de elecciones en Punta Arenas, lo que de cierta manera influyó en una acción enfocada casi exclusivamente en la organización obrera en desmedro de la acción estrictamente política, característica que distingue a los socialistas del extremo sur de sus compañeros del resto del país.

[1 El Socialista, Punta Arenas, 12 de julio, 1913.](#)

[2 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 27 de agosto, 1912.](#)

[3 Manuel Luis Rodríguez, Colonos, gañanes y peones. Historia del trabajo y los trabajadores en Magallanes y la Patagonia \(Punta Arenas, s/e, 2004\), pp. 241-248.](#)

[4 El Obrero, Punta Arenas, 26 de diciembre, 1897; citado en Rodríguez, op. cit., p. 249.](#)

[5 Rodríguez, op. cit., pp. 254-270.](#)

[6 Ibíd., p. 371.](#)

[7 Gregorio Iriarte, La organización Obrera en Magallanes \(Punta Arenas, Imprenta El Trabajo, 1915\), pp. 16-17.](#)

[8 Iriarte, op. cit., pp. 31-32.](#)

[9 El Trabajo, Punta Arenas, 28 de octubre, 1911.](#)

10 El Trabajo, Punta Arenas, 13 de enero, 1912.

11 El Trabajo, Punta Arenas, 2 de marzo, 1912

12 El Trabajo, Punta Arenas, 29 de junio, 1912.

13 Iriarte, op. cit., pp. 98-114.

14 El Trabajo, Punta Arenas, 30 de noviembre, 1912.

15 La discusión que se originó en Punta Arenas sobre las consecuencias de la aplicación de esta medida, se puede encontrar en Chile Austral, Punta Arenas, 13, 16, 17 y 21 de febrero, 1912.

16 Chile Austral, Punta Arenas, 23 de febrero, 1912.

17 Citado en Iriarte, op. cit., pp. 48-50. Cursivas en el original.

18 Chile Austral, Punta Arenas, 25 de febrero, 1912.

19 Chile Austral, Punta Arenas, 28 de febrero, 1912. Unos días después, la FOM aclaró que no habían suspendido su participación en el mitin por la ausencia de las sociedades mutuales, sino que lo habían hecho para «abonar esfuerzos y confirmar opiniones optimistas tergiversadas por terceros». Esta aclaración, sin embargo, fue hecha cuando la FOM ya se encontraba en la dirección del conflicto y, por lo demás, no desmentían la veracidad de la carta publicada en el Chile Austral. La aclaración de la FOM en El Trabajo, Punta Arenas, 2 de marzo, 1912.

20 Chile Austral, Punta Arenas, 29 de febrero, 1912.

21 Iriarte, op. cit., p. 66.

22 Chile Austral, Punta Arenas, 2 de marzo, 1912. Como en Punta Arenas no se realizaban elecciones municipales (tampoco parlamentarias), se conformaba una Honorable Junta de Alcaldes integrada por un grupo de ciudadanos «notables», la que era elegida por el gobierno central bajo recomendación de la máxima autoridad civil, el Gobernador, funcionario que presidía dicha Junta. En 1912, Rodolfo Stubenrauch figuraba como Primer Alcalde, además de ser representante consular de Alemania y ocupar la presidencia de la Cámara de

Comercio. Al exigir su destitución, los trabajadores ponían de manifiesto la incompatibilidad de sus cargos.

23 Iriarte, op. cit., p. 69.

24 Ídem, pp. 70-74.

25 Chile Austral, Punta Arenas, 3 de marzo, 1912.

26 Iriarte, op. cit., p. 115.

27 El Trabajo, Punta Arenas, 30 de noviembre, 1912.

28 El Magallanes, Punta Arenas, 30 de noviembre, 1912.

29 El Magallanes, Punta Arenas, 2 de diciembre, 1912.

30 Chile Austral, Punta Arenas, 5 de diciembre, 1912 y El Magallanes, Punta Arenas, 6 de diciembre, 1912.

31 El Trabajo, Punta Arenas, 6 de diciembre, 1912.

32 Chile Austral, Punta Arenas, 7 de diciembre, 1912 y El Magallanes, Punta Arenas, 7 de diciembre, 1912.

33 Chile Austral, Punta Arenas, 14 de diciembre, 1912

34 Chile Austral, Punta Arenas, 15 de diciembre, 1912.

35 El Trabajo, Punta Arenas, 21 de diciembre, 1912.

36 El Trabajo, Punta Arenas, 9 de noviembre, 1913.

37 Rodríguez, op. cit., p. 377.

38 Ejemplo de lo anterior es «Carta abierta a un joven obrero socialista», El Trabajo, Punta Arenas, 1 de febrero, 1914.

39 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 27 de agosto, 1912.

40 El Trabajo, Punta Arenas, 26 de agosto, 1911.

41 El Socialista, Punta Arenas, 12 de julio, 1913.

42 El Socialista, Punta Arenas, 2 de agosto, 1913.

43 El Socialista, Punta Arenas, 16 de agosto, 1913. Cursivas en el original.

44 El Socialista, Punta Arenas, 1ª quincena de abril, 1914.

45 El Socialista, Punta Arenas, 4 de octubre, 1914.

46 El Socialista, Punta Arenas, 13 de diciembre, 1914.

47 El Socialista, Punta Arenas, 4 de abril, 1915.

48 El Socialista, Punta Arenas, 23 de mayo, 1915.

49 El Socialista, Punta Arenas, 1 de julio, 1915. Artículos que también se ocupan de este tema en las ediciones del 15 de julio y 16 de septiembre, 1915.

50 Recabarren fue uno de los que más insistió en la importancia de direccionar la acción municipal de acuerdo a los intereses socialistas. Sobre esta temática, véase Salazar, «Luis Emilio Recabarren y el municipio popular en Chile (1900-1925)», op. cit.

51 El Socialista, Punta Arenas, 4 de octubre, 1913.

52 El Socialista, Punta Arenas, 3 de enero, 1915.

53 El Magallanes, Punta Arenas, 22 de octubre, 1913.

54 El Socialista, Punta Arenas, 17 de noviembre, 1913.

55 La Razón, Santiago, 29 de octubre, 1913.

56 El Socialista, Punta Arenas, 20 de septiembre, 1914.

57 La Unión, Punta Arenas, 1 de mayo, 1913.

58 El Magallanes, Punta Arenas, 29 de abril y 2 de mayo, 1913 y Chile Austral, Punta Arenas, 2 de mayo, 1913.

59 El Trabajo, Punta Arenas, 11 de mayo, 1913.

60 La Unión, Punta Arenas, 1 de mayo, 1914.

61 Chile Austral, Punta Arenas, 30 de abril, 1914.

62 El Trabajo, Punta Arenas, 10 de mayo, 1914.

63 El Socialista, Punta Arenas, 1ª quincena de abril, 1914.

64 La Unión, Punta Arenas, 1 de mayo, 1915. En esta edición se anunciaba también que, por primera vez, el diario no aparecería al día siguiente, debido a la paralización de sus trabajadores aquel 1 de mayo.

65 El Socialista, Punta Arenas, 9 de mayo, 1915.

66 El Socialista, Punta Arenas, 4 de abril, 1915.

67 El Trabajo, Punta Arenas, 9 de mayo, 1915.

68 El Magallanes, Punta Arenas, 2 de mayo, 1916.

69 El Socialista, Punta Arenas, 4 de mayo, 1916.

70 El Socialista, Valparaíso, 27 de mayo, 1916.

71 El Magallanes, Punta Arenas, 2 de mayo, 1916.

72 Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit., p. 259.

73 El Socialista, Punta Arenas, 17 de junio, 1915.

74 El Socialista, Punta Arenas, 21 de octubre, 1915.

75 La explicación de que la acción política reforzaba –de manera legal– la acción sindical, se encuentra también en El Socialista, Punta Arenas, 1 de julio, 1915.

76 El Socialista, Punta Arenas, 4 de noviembre, 1915.

77 Santiago Díaz fue un reconocido político de Punta Arenas, con estrechos

[contactos con la FOM y los socialistas. En julio de 1913 el Gobernador de esa ciudad lo excluyó de la lista de candidatos a la Junta de Alcaldes, lo que motivó fuertes críticas de las organizaciones obreras que concluyeron en un mitin organizado por la FOM para pedir su restitución como alcalde y al que adhirieron también los socialistas \(El Trabajo, Punta Arenas, 13 y 27 de julio, 1913\). Por aquella fecha, Díaz se encontraba en Santiago, en donde había concretado una reunión con los socialistas de esa ciudad \(El Socialista, Punta Arenas, 16 de agosto, 1913\).](#)

[78 Sobre los conflictos en la sección socialista de Santiago, ver el capítulo](#)

iv

, pp. 113-158.

[79 El Socialista, Punta Arenas, 1 de noviembre, 1914.](#)

[80 El Socialista, Punta Arenas, 20 de diciembre, 1914.](#)

[81 El Socialista, Punta Arenas, 17 de enero y 7 de febrero, 1915.](#)

[82 El Socialista, Punta Arenas, 30 de septiembre, 7, 21 y 28 de octubre, 4 y 18 de noviembre, 1915.](#)

[83 El Socialista, Punta Arenas, 13 de enero, 1915.](#)

[84 El Socialista, Valparaíso, 19 de febrero, 1916.](#)

[85 El Socialista, Valparaíso, 15 de enero, 1916.](#)

[86 El Socialista, Punta Arenas, 10 de febrero, 1916.](#)

[87 El Socialista, Punta Arenas, 16 de marzo, 1916.](#)

[88 El Socialista, Punta Arenas, 20 de abril, 1916.](#)

[89 El Socialista, Valparaíso, 13 y 20 de mayo, 1916.](#)

[90 Grez, Historia del comunismo en Chile, op. cit., pp. 56-57 y Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 158-160.](#)

Capítulo VI

1916-1918: entre la etapa de consolidación en el movimiento obrero y la nueva derrota en las elecciones

A fines de 1916, Recabarren escribía en el periódico argentino La Vanguardia que en relación a la organización obrera chilena, la de los ferroviarios era la «única organización gremial digna de mención». Además, estimaba que en el curso de aquel año y gracias a la acción de los socialistas en su interior, había «ido modificando sus rumbos para cimentar los verdaderos principios emancipadores»¹. Es decir, había pasado de un claro mutualismo hacia posiciones más combativas y más cercanas al enfoque que los socialistas habían promovido a través de las sociedades de resistencia. En la práctica, ¿qué significó este viraje? ¿Existió? ¿Cuál fue el rol de los socialistas que Recabarren estimaba como preponderante? Y además, ¿cómo se relaciona el giro de la organización ferroviaria con el rumbo que tomaba el resto del movimiento obrero?

1. La huelga ferroviaria de marzo de 1916: una nueva oportunidad para poner en práctica la diferenciación

El nombramiento, a comienzos de 1916, del destacado dirigente demócrata Ángel Guarello como Ministro de Industrias, Obras Públicas y Ferrocarriles fue la ocasión ideal para que los socialistas arremetieran nuevamente contra el PD. Esta vez, la precarización de los ferroviarios fue el aliciente para agitar a dicho gremio y comenzar a posicionarse al interior de su organización –la Gran FOCH– desde una perspectiva crítica a su orientación moderada. Como el POS se volcó a la organización de sociedades de resistencia, en las cuales veían mayores posibilidades de lograr beneficios para los trabajadores, la Gran FOCH

y su orientación mutualista siempre ocupó un importante lugar en su bagaje crítico.

El gremio ferroviario contaba desde 1909 con la Gran FOCH, que a pesar de desenvolverse como una organización netamente mutual y de haber sido creada por el abogado conservador Pablo Marín Pinuer, lentamente comenzó a adoptar posiciones más radicales y a levantarse como referente para el resto del movimiento obrero, principalmente por su capacidad de movilizar a trabajadores desplegados en gran parte del país. Para los obreros de las sociedades de resistencia, la Gran FOCH representaba un organismo que actuaba de acuerdo a los intereses de la empresa debido a su tono conciliador y apolítico, que siempre vio en las huelgas conflictos innecesarios producidos por elementos agitadores y extraños al espíritu de la federación. En este sentido, esta organización se hacía parte del discurso mutualista –semejante, en este aspecto, al de los sectores dominantes–, en tanto deslegitimaba el enfrentamiento laboral como un medio para conseguir beneficios. La acción de obreros más cercanos a las sociedades de resistencia llevará a esta institución cada vez más hacia una vocación sindicalista, que justamente propagaban tanto anarquistas como socialistas.

Ciertamente, las características particulares de los ferroviarios contribuyeron a la consolidación de su orgánica. A comienzos de la década de 1910, FF.CC. del Estado era una empresa con alcance nacional que contaba con una amplia red ferroviaria, que dividía administrativamente en cuatro zonas. Los obreros organizaron igualmente su federación en cuatro zonas, cada una dividida a su vez por los gremios específicos. El carácter federativo de la organización ferroviaria presentaba incomparables ventajas para articular en todo el país a los trabajadores. Desde esta perspectiva, se entiende que en 1919 la Gran FOCH fuera la base de la organización obrera a nivel nacional.

La mayor cantidad de trabajadores de FF.CC. del Estado pertenecían al Departamento de Tracción y Maestranza, que se encargaba del mantenimiento, reparación y construcción del material rodante. Los trabajadores a jornal de Tracción y Maestranza desempeñaban su labor en los talleres de la empresa ubicados en las diferentes ciudades del país. Hacia 1913, un 65% de estos trabajadores lo hacía en la 1ª (Valparaíso-Santiago) y 2ª zonas (Santiago-Talca), específicamente en las maestranzas Barón de Valparaíso y en los talleres de Estación Alameda y San Eugenio de Santiago

Al ser empleados por el Estado, los ferroviarios no sufrían como los demás trabajadores los embates de las crisis económicas. Si bien la empresa constantemente estuvo afectada por la falta de financiamiento, los despidos no fueron tan generalizados como en otros rubros industriales. Como efecto de la crisis económica que sufría el país producto de la Primera Guerra Mundial fueron despedidos en 1914 más de mil trabajadores, lo que correspondía al 5,4% del personal de la empresa en 1913. Siendo una cifra significativa, no se compara con lo sucedido en otros gremios. Sólo en el sector industrial de Santiago, un 44% de los obreros se encontraba cesante hacia septiembre de 1914. En Valparaíso, la cifra alcanzó un 35%. En el gremio metalúrgico, en tanto, la cesantía llegó al 71% en 1914³.

La distribución por todo el territorio, el gran número de trabajadores y la pertenencia al aparato estatal contribuyeron para que los ferroviarios ocuparan un papel preponderante en el movimiento obrero, debido al rol estratégico que poseían en cuanto a las comunicaciones y en el movimiento de mercancías por el interior del país. Esto es aún más cierto para los trabajadores de Santiago y Valparaíso, ciudades donde se concentraban las maestranzas más importantes de la empresa. Esta posición estratégica les permitió consolidar la organización del gremio y aumentar el grado de éxito en las negociaciones, como puede desprenderse del bajo nivel de despidos tras la primera parte de la crisis de 1914.

A pesar de este notorio poder de negociación, desde 1914 a 1916 los ferroviarios se vieron afectados por una serie de medidas adoptadas por la administración de la empresa para enfrentar los constantes déficits presupuestarios. La promulgación en 1914 de la Ley de Reorganización fijó una disminución de un 15% en los salarios de los ferroviarios, además de nuevas disposiciones para modernizar y reducir los costos del servicio. Esta ley también otorgó participación al personal superior en las utilidades, que produciría un eventual ahorro tras la racionalización. Para 1916, el ahorro acumulado era de \$2.000.000 y su probable repartición entre los mandos superiores propició la movilización de los obreros, que comenzaron a exigir un aumento de los jornales para compensar los efectos de la inflación. El Consejo Administrativo (creado por la ley de 1914 y que estaba compuesto por tres miembros designados por el gobierno, más los administradores de las secciones de la empresa) se opuso al aumento de los salarios, argumentando incapacidad presupuestaria⁴. La huelga comenzaba a gestarse en las mentes de los obreros ferroviarios.

Desde la segunda mitad de 1915, los socialistas comenzaron a involucrarse de

lleno en lo que sucedía en FF.CC. del Estado, a través de una serie de conferencias en las cercanías de la Maestranza Barón en Valparaíso a cargo de Luis E. Recabarren (que se había radicado en Valparaíso luego del Congreso de mayo) y Ramón Sepúlveda Leal. Además, en el periódico oficial del partido, El Socialista de Valparaíso, se comenzó a informar cada vez más sobre la situación de los ferroviarios y sobre sus conflictos con los administradores de la empresa, en casi igual proporción que las críticas a su pasividad frente a los abusos.

Ante la noticia de que las ganancias de la empresa alcanzarían los \$8.000.000 al finalizar 1915, los socialistas criticaban la inacción de los ferroviarios para pedir la restitución de los niveles de salarios recortados en 1914 y, peor aún, que dejaran esas gestiones en manos de Pablo Marín P., Presidente Honorario de la Gran FOCH. No era la primera vez que Marín P. realizaba este tipo de gestiones, la misma fundación de la federación había sido consecuencia de las movilizaciones en torno a la devolución del 10% de los salarios de los obreros ferroviarios, retenidos por la empresa en 1909. En estas movilizaciones, las gestiones de Marín P. fueron reconocidas por los obreros como fundamentales para lograr la devolución, que finalmente se hizo efectiva en septiembre de 1910⁵. Para los socialistas, dejar en mano de Marín P. las gestiones no era el camino correcto, pues una «agitación en Santiago y Valparaíso, un mitin simultáneo con este objeto, podría probarse para pedir la devolución de los sueldos rebajados, antes que ser víctimas de explotadores sin conciencia»⁶. Esta recomendación era complementada con un llamado a los dirigentes ferroviarios para que se hicieran cargo de la agitación y de las gestiones ante la empresa.

El interés por agitar al gremio comenzó a dar sus frutos cuando, a fines de agosto de 1915, un grupo de torneros mecánicos pertenecientes a la Compañía Chilena, Compañía Inglesa y a la Maestranza Barón se reunieron en el local del POS para dar inicio a la Unión de Torneros Mecánicos y Similares⁷. Por aquellos días, la administración porteña de FF.CC. del Estado había comenzado a despedir a los pintores, con la intención de reemplazarlos por contratistas externos. Estas noticias se sumaban a informaciones sobre la pretensión de la empresa de encargar la construcción de 700 carros a empresas de Estados Unidos. Conocido esto, el POS se movilizó rápidamente y convocó a una manifestación de protesta para el 30 de agosto. El mitin buscaba presionar para que finalmente la construcción del material ferroviario se realizara en talleres nacionales, ya fueran estos estatales o particulares, lo que significaría un «aumento de la riqueza moral, social y nacional» y una demostración de «verdadero amor al progreso de nuestra patria y de nuestra dignidad nacional». Los discursos en nombre del POS

estuvieron a cargo de R. Sepúlveda L., Carlos Flores, Juan Valdivia y L. E. Recabarren. Los socialistas Abel Cruz C. y Víctor Roa M. hablaron en representación de la Federación de Carpinteros y de la Unión de Elaboradores de Tabacos de Ambos Sexos, respectivamente. Si bien esta manifestación demostró la capacidad de movilización del POS, los ferroviarios no enviaron ningún representante⁸, gesto expresivo de que el partido todavía no lograba ejercer efectivamente influencia al interior del gremio, a pesar de la decidida acción que realizaba el tornero socialista Luis A. González.

Las esperanzas obreras que se pudieron cifrar en el nombramiento de Guarello como Ministro de Industrias, Obras Públicas y Ferrocarriles fueron rápidamente replicadas por los socialistas. Conocido el nombramiento, rápidamente pusieron en duda que su designación pudiera comportar beneficios para los intereses obreros, ya que lo que Guarello no había hecho «en 21 años de parlamentario y ciudadano influyente de la llamada democracia, no lo hará ahora en el breve período que va a ser ministro»⁹. La incorporación de los demócratas al nuevo gobierno de Juan Luis Sanfuentes sirvió para que los socialistas retomaran la diferenciación respecto del PD. Señalaba un artículo de enero de 1916, que «a los obreros les será igual para sus intereses que haya o no lo haya un ministro demócrata», dado que los militantes del PD no conocían las reales afecciones de los trabajadores. Reafirmaban también el carácter clasista de la lucha obrera, al plantear: «No debemos fiarnos sino de nuestras propias fuerzas, esta debe ser nuestra política. No debemos esperar nada de gente que no es de nuestra clase. Gente que siempre nos ha engañado [...]. No confundamos pues nuestra política de educación, de agitación y fiscalización, con la falsa de todos los otros partidos del país»¹⁰.

Desde Santiago, el primer número de la Acción Obrera dedicaba uno de sus artículos a desmentir el supuesto socialismo que parte de la prensa le endosaba a Guarello. Para los socialistas capitalinos, la entrada del PD al gobierno de Sanfuentes demostraba su claudicación ante el «orden político económico actual», dejando atrás su pasado de «partido de clase y de fiscalización, para formar en el conjunto de los partidos de orden y gobierno». «La política obrera, que es la política socialista, debe ser independiente de toda combinación comprometente [sic] con los partidos históricos o burgueses», aclaraban¹¹.

En aquel verano se había experimentado un aumento de la movilización de los ferroviarios, que proyectaba una huelga si no se recogían las demandas de mejores salarios. En Valparaíso se había constituido un comité ejecutivo para

realizar gestiones ante el ministro Guarello, donde participaba desde fines de 1915 Luis A. González en representación de los torneros, fecha en que llegó a ocupar el cargo de Secretario General de la Unión de Torneros Mecánicos¹². Los caldereros porteños también daban curso a su organización, reuniéndose en el local del POS los miembros de este gremio que pertenecían tanto a FF.CC. del Estado como a empresas particulares¹³. A su vez, desde El Socialista se denunciaban los intentos de Guarello para dividir a maquinistas y jornaleros (los de mejor y peor salario, respectivamente), negociando mejoras salariales sólo con los primeros. En una asamblea de mediados de febrero realizada en Valparaíso, Luis A. González denunció esta maniobra, nada extraño según su parecer, debido a que el ministro demócrata se encontraba en el gobierno «para servir los intereses de la clase rica y no para servir los intereses obreros, como se la ha imaginado la casi generalidad, creyendo que Guarello sería la salvación de las necesidades del hogar del proletariado». La asamblea decidió protestar por la actitud del ministro, reafirmando también el consenso de ir a la huelga si los salarios no aumentaban¹⁴. Mientras tanto, Recabarren fortalecía la influencia de los socialistas entre los caldereros, realizando una conferencia sobre métodos de lucha sindical¹⁵.

Dado este contexto, los socialistas aprovecharon para ratificar su opción por los medios políticos mediante la diferenciación con el PD, quizás como una defensa ante la negativa visión de la política que comenzaba a reactivarse al interior del movimiento obrero tras la actuación de Guarello. Confirmando su idea de que el medio político era el que integraba y completaba al sindicalismo y cooperativismo, señalaban que «la única política que es asequible al trabajador, es una política de clases sin mezcla con la burguesía, que no aspire al gobierno sino a la más estricta fiscalización». Según la opinión socialista, los obreros «hasta aquí no han hecho política de clases, han esperado siempre»¹⁶. Desde Santiago, Carlos A. Martínez expresaba que la actuación de Guarello «ha presentado la oportunidad de dejar en descubierto a un partido que hasta ayer pregonaba de ser el defensor único de la clase trabajadora», cuando, en realidad, actuaba como un partido de «orden» y no de «clase». Según Martínez, las aspiraciones políticas del PD demostraban su verdadera esencia: «Un partido que pospone los intereses obreros al deseo y necesidad de mantener un Ministro en las alturas, no puede ser popular»¹⁷.

A pesar de la desmovilización que propiciaban los demócratas, denunciada prontamente por los socialistas¹⁸, el 2 de marzo los ferroviarios desde Valparaíso a Valdivia se inclinaron por la huelga. El periódico La Opinión, de propiedad del

profesor y periodista Tancredo Pinochet Le-Brun, consideraba que el conflicto se producía por la rigidez del Consejo Administrativo frente a las justas demandas de los trabajadores, actitud que interpretaban a causa de la inexistencia de representantes obreros en dicho consejo, desmarcándose así de la crítica al PD que efectuaban los socialistas¹⁹. Apreciación contraria tenía El Mercurio, que tanto en sus ediciones de Santiago como de Valparaíso estimaba que el Consejo había actuado con prudencia y estudio de la situación, argumentando que la huelga se producía debido a la actuación de «elementos organizados con fines de baja política»²⁰. Para el 3 de marzo, la huelga era efectiva en las cuatro zonas en que estaba dividida la red ferroviaria, ante lo cual la empresa dispuso de 250 hombres del Batallón de Ferrocarrileros del Ejército y abrió un registro (administrado por Carabineros) para que 500 operarios reemplazaran a los trabajadores en huelga²¹.

Ese mismo día, ante casi mil ferroviarios porteños, Recabarren y Sepúlveda L. disertaron sobre la necesidad de que la organización obrera tomara como punto de inflexión este conflicto y se afianzara para el futuro. Ambos dirigentes arremetieron en contra de la actuación de Guarello. Unos días después, Sepúlveda L. volvió a ocupar la tribuna para criticar la presencia de los redactores de La Unión, El Chileno y El Mercurio²². En aquella jornada, un obrero ferroviario pronunció un aplaudido discurso en donde señaló «la absoluta necesidad de sostener una política de clase, netamente obrera»²³, en relación a la defensa de la gestión de Guarello que algunos obreros demócratas realizaban y a la opinión favorable a las reivindicaciones ferroviarias expresadas por la dirigencia del PD.

En tanto en Santiago, la sección socialista ponía a disposición del comité de la huelga una delegación de militantes para los fines que esta estimara conveniente²⁴. El 7 de marzo en la capital, un importante número de obreros, encabezados por el comité de la huelga, marchó hacia La Moneda para entregar al presidente Sanfuentes un memorial con sus demandas. Este les manifestó su interés por la pronta solución del conflicto y pidió a los huelguistas volver a sus labores. Mientras esto ocurría, la policía allanaba el local de la Gran FOCH y las casas de algunos dirigentes, a pesar de que el desarrollo de la huelga era totalmente pacífico²⁵. Por su parte, El Mercurio, que declaraba estar a favor del arbitraje, aconsejaba a los ferroviarios «cesar su hostilidad hacia la Empresa que les da trabajo permanente y tomar esa actitud patriótica que corresponde a ricos y pobres en medio de una crisis que a todos afecta profundamente»²⁶. En este llamado a la cordura patriótica, el diario no exponía las desfavorables

condiciones a las que se venían enfrentando los ferroviarios desde 1914 y que eran el verdadero motivo de este conflicto.

A partir de una conferencia dada por Tancredo Pinochet a los obreros ferroviarios, se desató una interesante polémica entre El Mercurio y La Opinión. El primero criticaba a Pinochet su labor de agitación de los ánimos obreros, estimando que con ese tipo de actitud se hacía más difícil la solución del conflicto. La Opinión, en tanto, consideraba a El Mercurio como el baluarte del Consejo Administrativo, es decir, como uno de los promotores del rechazo a las demandas ferroviarias. Además, reafirmaba la opinión de Pinochet expresada en aquella conferencia, de que El Mercurio, al falsear las informaciones de la huelga, se demostraba como «el eterno enemigo del avance de las clases proletarias»²⁷. La opinión de que El Mercurio mentía era compartida por el órgano socialista Acción Obrera ²⁸.

Mientras se agitaba la opinión pública santiaguina, los socialistas intentaban aumentar su presencia e influencia en el conflicto. El 10 de marzo, como parte de una gira previa a su traslado a Concepción, Sepúlveda L. dio dos conferencias en el local de la Gran FOCH en Santiago, al que había sido invitado por el comité de la huelga. Unos días después, a su llegada a Talca realizó otra conferencia entre los ferroviarios de esa ciudad²⁹. Estas informaciones dan cuenta que la participación socialista en el conflicto logró extenderse más allá de Valparaíso, aunque en un grado mínimo, porque en el comité de la huelga el único militante del POS era Luis A. González R.

El 13 de marzo, el comité de la huelga se reunió nuevamente con el presidente Sanfuentes, al cual expresaron su deseo de que el conflicto fuera resuelto mediante el arbitraje. Sanfuentes se mostró a favor de esta medida, reconociendo sin embargo que la última palabra la tenía el Consejo Administrativo, el cual rechazó cualquier posibilidad de mediación debido al carácter ilegal de la propuesta³⁰. En aquellos momentos, los maquinistas comenzaban a retomar sus labores, debilitando la posibilidad de lograr las demandas de los ferroviarios. A pesar de este importante revés, gran parte de los operarios de menor rango se mantenían paralizados³¹.

Finalmente, los ferroviarios no lograron doblegar al Consejo Administrativo y conseguir sus demandas. Hacia el 17 de marzo, todos los ferroviarios volvían a sus labores. La frustración de la derrota quedó de manifiesto cuando los huelguistas que volvían a sus faenas insultaron y agredieron a los rompeshuegas

que encontraron en las Maestranzas de Santiago y Concepción. Expresión de la derrota fue también la negativa de los administradores de reincorporar a algunos huelguistas. Para hacer frente a estos conflictos, las autoridades ordenaron que al interior de los talleres se instalaran agentes de la policía³².

Enfrentados a este adverso escenario, los socialistas culpabilizaron rápidamente al ministro Guarello, calificándolo como «bueno para alcahuete de garitos y tahúres, hábil e hipócrita para engañar a los obreros, cruel para maquinizar y hacerlos fracasar en sus legítimas aspiraciones de mejoramiento». Según la lectura socialista, esta derrota se debía en último término a la falta de doctrina de los ferroviarios, que en las elecciones votaban a los partidos burgueses, incluido en estos el PD. Aunque la diferenciación era importante, los socialistas reconocían también que el fracaso de la huelga se debía en gran medida a la falta de apoyo de las organizaciones obreras. «La mayoría de los obreros no se inmutó ante el hambre y la necesidad de una parte de los de su clase», reconocían amargamente³³.

En otro artículo de un tenor similar, después de denunciar la actitud de Guarello y el triste papel del PD en la huelga, se afirmaba que el fracaso no había sido total. La ganancia obtenida por los ferroviarios había sido reconocer tanto la capacidad de organización como el aprendizaje del rol estratégico que cumplían, esto gracias al «aliento que los socialistas le prodigaron». Ante esta realidad, realizaban el consecuente contraste con los demócratas: «Qué diferencia con el socialismo que quiere que la clase obrera sea el poder supremo que produzca el bienestar para todos»³⁴.

Y si bien resulta exagerado el papel directivo que se arrogaban los socialistas, lo cierto es que para sus militantes las consecuencias negativas del conflicto todavía no finalizaban. Reincorporado a sus labores como tornero mecánico en la Maestranza Barón, Luis A. González fue víctima de la persecución y hostigamiento de los administradores a causa de su participación como dirigente de la huelga. Luego de una pelea con un rompehuelgas que se mantuvo en la empresa tras el conflicto, González fue amonestado y, a comienzos de abril, finalmente despedido. Su separación de la empresa puso en marcha la alicaída solidaridad obrera y la Unión de Torneros Mecánicos llamó inmediatamente a una huelga en señal de protesta³⁵. Los socialistas se involucraron en este conflicto, influenciados por dos motivos: primero, González era un destacado dirigente sindical y Secretario General del POS; y segundo, tras el fracaso de la huelga de marzo, vislumbraban en este nuevo conflicto una oportunidad para

profundizar la mala imagen que había dejado la reciente actuación de Guarello. «Ha sido una magnífica ocasión para los obreros que saben pensar», planteaba una editorial de El Socialista, «esto en que se ha probado que el Partido demócrata en el gobierno no hace ni hará nada superior a los otros partidos en beneficio de la nación, ni de la clase obrera»³⁶. Tras quince días sin que se produjera la reincorporación de González, el conflicto comenzó a decaer debido, nuevamente, a la acción de los rompehuelgas. A pesar del ascendiente de González en el ambiente obrero porteño y de su rol como destacado dirigente ferroviario, los demás gremios demostraron poco interés en este nuevo llamado a la huelga. Como una forma de cooperar con los obreros despedidos, el POS organizó un acto de beneficio para el 21 de mayo, que no tuvo la concurrencia esperada. Se demostraba así que ni el ánimo ni los bolsillos de los trabajadores estaban preparados para continuar con las movilizaciones.

No obstante esta falta de apoyo, los socialistas proyectaban una recomposición de la organización obrera tras la huelga ferroviaria. En la idea del POS, el resurgimiento del movimiento obrero debía darse a través de una organización con alcances nacionales. No era la primera vez que el partido bosquejaba una organización más amplia que las sociedades de resistencia sectoriales, ya que anteriormente había intentado consolidar orgánicas que agruparan a los trabajadores regionalmente. Pero ahora, el tránsito de la Gran FOCH desde una posición gremial y pasiva hacia un movimiento abiertamente clasista y combativo, demostraba que existían posibilidades certeras de que esta federación se proyectase como la base de la organización obrera nacional.

Acorde con este análisis era la explicación de los socialistas santiaguinos de que la derrota era producto de la incapacidad para convocar a la huelga general, principalmente, porque «los obreros dispersos e indiferentes no sintieron el chispazo de compañerismo y solidaridad obrera». Por lo mismo, llamaban a los obreros a «agruparse, formar y organizar los gremios», para posteriormente «formar la Federación o la Gran Confederación de Trabajadores»³⁷.

Quizás el ejemplo que otorgaba la FOM en el extremo sur llevó a los socialistas a imaginar una organización similar. Tal vez, por lo mismo, Recabarren viajó a Punta Arenas en agosto de 1916. Tras ese viaje, el histórico líder del POS elogió tanto a la federación magallánica como a la organización de los ferroviarios. Sin embargo, hacia mediados de 1916, todavía no estaban las condiciones para conformar una organización de este tipo. Había, entonces, que crearlas.

2. El rol de los socialistas en el resurgimiento de la organización obrera

A pesar de los efectos adversos que pudo conllevar el fracaso de la huelga de los ferroviarios, en 1916 se produjo una reactivación de la organización obrera. Uno de los conflictos de importancia donde los socialistas se involucraron de lleno, fue la protesta que llevaron a cabo los trabajadores del yacimiento cuprífero El Teniente, de propiedad de la multinacional estadounidense Braden Copper Company. A fines de agosto de 1915, Abel Cruz C. había denunciado en El Socialista el estado prácticamente feudal en que vivían los trabajadores de dicho mineral, sin derecho a las libertades fundamentales que establecía la Constitución. A Cruz le llamaba profundamente la atención de que en una República que se preciaba de su independencia, el gobierno permitiera que en El Teniente una empresa extranjera estableciera un régimen prácticamente infranqueable para la autoridad³⁸. Igualmente, bajo un discurso que exaltaba las libertades y derechos garantizados en la Constitución chilena, el socialista santiaguino Benito Pereda Arteaga daba cuenta de los atropellos antes esbozados por Cruz, agregando que donde «quiera que haya un mal social que remediar, una causa justa que defender, allí estaremos los socialistas dispuestos a luchar hasta conseguirla»³⁹. Los socialistas venían protestando de estos repetidos abusos por lo menos desde 1914, cuando el corresponsal que tenían en ese mineral fue despedido luego de informar a sus compañeros porteños de una serie de catástrofes ocurridas por las malas condiciones laborales a las que eran sometidos los trabajadores⁴⁰.

Hacia enero de 1916, y salvando los inconvenientes denunciados por los socialistas, los mineros de El Teniente lograron organizarse para pedir mejores condiciones salariales y laborales, a lo que la empresa respondió con el despido de los dirigentes. Uno de ellos fue recibido por los socialistas de Santiago y relató ante una concurrida asamblea las condiciones a las que se enfrentaban los trabajadores en dicho mineral. Rápidamente los socialistas organizaron un mitin para protestar por los abusos cometidos por la Braden Copper Company. La manifestación se realizó en la tarde del 20 de febrero y las conclusiones tenían como fundamento el respeto a la legalidad vigente⁴¹. Unas semanas después, El Socialista de Valparaíso reprodujo la nota sobre este mitin que realizó el diario conservador El Chileno, en la cual manifestaba la necesidad de que se

dispusieran restricciones a la propaganda subversiva, como la realizada por los socialistas al reclamar en contra de la empresa estadounidense⁴². Este discurso refleja fielmente el imaginario de la élite, siempre dispuesta a englobar a los trabajadores organizados bajo la temida figura del «agitador»⁴³, y anticipa posiciones más extremas, como las que influyeron en la promulgación de la Ley de Residencia de fines de 1918, de la cual fueron víctimas destacados dirigentes socialistas y anarquistas⁴⁴. En tanto, y como una forma de desacreditar las reivindicaciones de los mineros rancagüinos, El Mercurio entrevistó al ex diputado demócrata por la zona Arturo Urzúa Rojas, el cual desmintió las denuncias planteando que la calidad de vida de los obreros en El Teniente era superior a la realidad del resto de trabajadores del país⁴⁵.

En este contexto de agitación, los obreros fundidores de la Maestranza de Rancagua, de propiedad de la Braden Copper Company, se declararon en huelga el 28 de marzo. Este conflicto, que se extendió por más de un mes, dio paso a una original muestra de solidaridad por parte de los socialistas que bien vale la pena integrarla a su cultura política.

Conocida la noticia de la huelga, los socialistas capitalinos –con el apoyo de la Unión Gremial de Fundidores de Santiago– realizaron una colecta y comisionaron a Enrique Díaz Vera para que entregara el dinero y expresara a los fundidores rancagüinos la adhesión del POS a sus reivindicaciones. El 9 de abril, Díaz V. fue recibido en Rancagua y frente a una asamblea de los huelguistas realizó una conferencia sobre medios de lucha económica y organización gremial. El dirigente socialista regresó a la capital con la idea de proponerle a sus compañeros un inédito método para ayudar a los obreros en huelga: recibir en las casas de los militantes del POS a los hijos de los huelguistas, para así aliviar la carga económica y facilitar la resistencia ante las recurrentes negativas de la empresa. La propuesta fue unánimemente aceptada. Una semana después, una comisión del partido se dirigió a Rancagua para llevar a la capital a los hijos de los obreros en huelga, los cuales se acomodaron en las casas de los militantes socialistas⁴⁶. Tres semanas después, cuando la huelga concluyó exitosamente para los fundidores, los socialistas se dirigieron a Rancagua para reintegrar a los niños en sus familias y fueron recibidos por un gran número de obreros que los esperaba en la estación de trenes. Desde ese lugar, socialistas, fundidores, obreros y niños marcharon por la ciudad con el estandarte del POS a la cabeza en dirección al local de la Sociedad Protectora de Fundidores, donde el presidente de esta organización agradeció el gesto de los capitalinos. Le siguieron los discursos de los dirigentes del POS, que fueron saludados con una

gran ovación. Benito Pereda Arteaga, uno de los testigos de la jornada, relató conmovido a sus compañeros del CEN el fin de aquella jornada: «Hay emociones que pueden ser sentidas y saboreadas íntimamente por los afectados; pero que es imposible traducirlas. La de la asamblea a que me refiero es una de ellas. Sólo puedo decir que hubo momentos en que creí que estábamos celebrando el triunfo del ideal socialista, la apoteosis de la emancipación obrera»⁴⁷.

Este tipo de gestos ciertamente enriquecía las redes gremiales del POS, pero también fortalecía la moral y las esperanzas de que el ejemplo dado a los más jóvenes fraguara en una sociedad más equitativa. Era la idea que proyectaban los militantes porteños cuando afirmaban unos meses antes que los «niños y juventud de ambos sexos [...] pueden ser encaminados a apresurar la venida de la gran vida moderna del porvenir»⁴⁸. Estas palabras no sólo eran expresión de un deseo educativo, además tenían un sentido político, en tanto que una buena proporción de los niños de los sectores populares eran también trabajadores. En los niños y niñas se expresaban también los anhelos y pesares de los obreros, como quedó de manifiesto en la breve huelga de fines de 1915 que realizaron los niños obreros de la Compañía Chilena de Tabacos. La mayoría de estos huelguistas pertenecía a la Unión de Elaboradores de Tabacos de Ambos Sexos, organización donde el POS ejercía una importante influencia. Fueron estos mismos niños los que se manifestaron en contra de que su cuota de incorporación a esa sociedad de resistencia fuera inferior a la que cancelaban sus compañeros adultos. Fueron los mismos que persiguieron y golpearon a los niños rompehuelgas a la salida de la empresa. Y fueron los mismos que sufrieron la derrota de sus aspiraciones de mejores salarios y la aplicación de listas negras al finalizar el conflicto⁴⁹. No podía ser de otra manera. Eran también ellos proletarios.

Estos no eran los únicos conflictos que se experimentaban en este agitado ambiente. A comienzos de marzo de 1916, los obreros del Dique de Talcahuano sufrieron una rebaja de un 25% de sus salarios, vislumbrándose una nueva paralización⁵⁰. El 16 del mismo mes se declararon en huelga los mineros del carbón de Curanilahue, solicitando un alza de un 30% en sus salarios. Ambos movimientos fueron fuertemente reprimidos por las fuerzas policiales⁵¹. Estos conflictos se produjeron a días de la llegada a Concepción de uno de los dirigentes más importantes del POS, Ramón Sepúlveda L., que en un corto tiempo logró organizar la sección socialista en dicha ciudad y fundar el periódico La Libertad.

Siguiendo el ejemplo de sus colegas rancagüinos, los fundidores de Caleta Abarca, en Viña del Mar, se declararon en huelga a comienzos de julio. A diferencia del conflicto de marzo ocurrido en Rancagua, los fundidores viñamarinos lograron en tan sólo dos días de huelga abolir el trabajo a trato, un aumento del 30% en los jornales, la contratación de más ayudantes y mejoras higiénicas en el establecimiento⁵². El rápido triunfo de esta huelga demuestra, por un parte, que la industria metalúrgica comenzaba a experimentar un repunte tras la crisis de 1914 y, por otra, que la experiencia de la huelga de marzo había sido internalizada por los obreros. En marzo, cuando los fundidores rancagüinos se habían declarado en huelga, los administradores intentaron encargar a otras fundiciones los trabajos pendientes, encontrando solamente respuestas negativas por parte de las demás empresas metalúrgicas. Esta actitud de los empresarios se debía a que los fundidores de los demás centros industriales amenazaron con paralizar las faenas si se recibían dichos encargos. En la huelga de los fundidores rancagüinos, la solidaridad obrera funcionó, aunque demoró casi un mes en lograr el éxito de las demandas. En Viña del Mar, la espera fue considerablemente menor.

Las conmemoraciones del 1 de mayo, como siempre, son un buen lente para observar el estado del movimiento obrero y la influencia en este de los socialistas. En las manifestaciones de 1916, los socialistas participaron en Iquique, Antofagasta, Calama, Chuquicamata, Sierra Gorda, Taltal, Ovalle, Santiago, Valparaíso, Viña del Mar, Concepción y Punta Arenas. En la mayoría de estas ciudades, los militantes del POS fueron los principales promotores y oradores de la conmemoración.

En Calama, los socialistas formaron un comité que fue integrado también por el anarquista Pedro Ortúzar, de antigua cercanía con el POS. En esta ciudad, destacó el discurso del regidor municipal socialista Luis A. Benítez, que fue interrumpido por un grupo de «futrecillos» mientras realizaba una exposición sobre el estado de la lucha de clases en el país. En Unión, pueblo perteneciente al cantón Sierra Gorda, el partido fue el organizador de la conmemoración que se realizó en el local de la Sociedad Cooperativa de Consumos, en donde sobresalió el discurso del regidor socialista Guillermo Flores. En Valparaíso, la mayoría de los oradores fueron socialistas, a excepción del anarquista Juan O. Chamorro, a quien le correspondió la clausura de la manifestación. En Viña del Mar, la hegemonía del POS fue más evidente. En el mitin de ese día todos los discursos estuvieron a cargo de socialistas, además, la marcha tuvo una estación en la Refinería de Azúcar, empresa donde el POS realizaba una activa propaganda

desde el fin de la huelga general de octubre de 1913. En cambio, en Concepción la influencia de Sepúlveda L. todavía no lograba agitar el ambiente obrero, ya que a pesar de que tanto él como Abraham Quevedo realizaron sus discursos, el número de trabajadores que participó fue menor y la mayoría respondía a la convocatoria autónoma de la Gran FOCH⁵³.

De todas formas, la dirigencia nacional del POS evaluó esta jornada como de vital importancia, no tanto por el número de asistentes como por las señales de reactivación de la propaganda y organización obrera, en la cual reconocían que la responsabilidad principal correspondía a los socialistas.

3. 1916: el año de la expansión socialista por el país

Luego de la temprana fragmentación del POS ocurrida a mediados de 1916, entre la dirigencia se fortaleció la idea que el partido debía expandir su área de influencia hacia otras ciudades. Esta decisión se fundaba en la necesidad de ampliar el radio político del socialismo, es decir, consolidar secciones por el país que le permitieran al POS aumentar su número de votantes y disputarle a los partidos históricos su rol hegemónico en las justas electorales. Las iniciativas más destacadas en este sentido habían comenzado un tiempo antes, cuando dos de los más importantes dirigentes del partido se trasladaron a realizar propaganda y acción socialista: Ramón Sepúlveda L. se dirigió a Concepción y Víctor Roa M., a Taltal. Ambos dirigentes contaban con una larga historia política –tanto demócrata como socialista– que aseguraba su capacidad organizativa y vislumbraba una instalación exitosa del POS en dichas ciudades. Sin embargo, los logros inmediatos fueron desiguales.

A mediados de febrero de 1916, el CEN decidió enviar a Concepción a uno de sus dirigentes más importantes, Ramón Sepúlveda⁵⁴. Esta nominación fue una respuesta al resurgimiento de la propaganda demócrata en dicha ciudad⁵⁵. El 8 de marzo, en su local de Viña del Mar, el partido despidió a Sepúlveda. En aquella jornada, el zapatero viñamarino expresó que en Concepción «él sería el sembrador que iría a cultivar las conciencias adormecidas, despertándolas del letargo y abriendo el horizonte sublime del Socialismo»⁵⁶. Estas proféticas palabras no encontraron la acogida anunciada. Si bien en menos de un mes

Sepúlveda logró editar el periódico La Libertad y a fines de octubre se organizó la Unión General de Trabajadores, el apoyo a su labor no cumplió con las expectativas de los socialistas. La adversa realidad que encontró el POS en Concepción se hizo más patente hacia mediados de diciembre, cuando Sepúlveda retornó a Viña del Mar y, luego de veintiséis números, La Libertad deja de ser publicada⁵⁷. Sin embargo, este revés fue momentáneo, porque a comienzos de febrero de 1917 el dirigente viñamarino estaba nuevamente en Concepción participando en una manifestación de apoyo a los obreros del Dique de Talcahuano que se encontraban nuevamente en huelga. En este acto, Sepúlveda actuó como representante de la Gran FOCH⁵⁸.

Por otra parte, el traslado de Víctor Roa al puerto salitrero de Taltal ocurrió a fines de 1915. Este dirigente dejó Valparaíso, ciudad donde había realizado una destacada labor partidista desde 1912. Tal vez la llegada de Recabarren y Teresa Flores al puerto tras el Congreso de 1915, fue una de las causas para elegirlo como propagandista del POS en la provincia de Antofagasta. Mientras los tres dirigentes coincidieron en Valparaíso y Viña del Mar, la agitación se vio incrementada con dos o tres conferencias semanales en las afueras de las fábricas más importantes para la propaganda socialista. Recabarren y Flores reforzaron las actividades del gremio de tabacaleras/os y de los obreros de la Fábrica Hucke. Roa, en tanto, se dedicó a fortalecer la influencia socialista entre los obreros de la Maestranza de Ferrocarriles y entre el gremio marítimo⁵⁹. Recabarren y Roa estaban a cargo de El Socialista y eran los únicos trabajadores remunerados de la imprenta. Si bien la figura de Recabarren pudo eclipsar a Roa, lo cierto es que ambos compartieron los espacios donde los socialistas diseminaban su propuesta política y gremial. La permanencia de Flores y Recabarren en Valparaíso probablemente incidió en la decisión de enviar a Roa a Taltal, puerto salitrero donde no se había logrado consolidar una sección del partido. Esta designación es significativa, pues era la primera vez desde la fundación del POS que un dirigente de las ciudades del centro se dirigía a organizar el partido al norte salitrero. Demuestra, a su vez, la ponderación de Roa al interior del POS.

A poco de su llegada, Roa consiguió instalar una imprenta que vino a dar sus frutos el 7 de enero de 1916, fecha en que aparece el primer número de La Aurora, «Órgano del Partido Obrero Socialista y al servicio de los intereses materiales y morales de las clases pobres». Las palabras con que Roa inauguró el periódico fueron: «Vengo para que el Partido Obrero Socialista con sus uniones gremiales, hagan fuerza consciente en sus deberes y poderosa en sus derechos a

los trabajadores que hoy todavía son fuerzas débiles». La instalación del dirigente porteño revitalizó la propaganda y reorganizó el disperso grupo de socialistas locales en la sección de Taltal del POS, de la cual Roa quedó como Secretario General⁶⁰. En sus primeros meses en el puerto salitrero, publicó en el periódico una serie de artículos que denunciaban las deplorables condiciones de los trabajadores de las oficinas salitreras (expuestos a la permanente disminución de los salarios, al encarecimiento de la vida y al aumento de la cesantía), además de criticar al nuevo Gobierno, sordo a las demandas de los trabajadores. Justamente los temas predilectos en sus tiempos de dirigente socialista en Valparaíso.

Rápidamente se demostró su capacidad organizativa. En la mina Silesia se organizó en febrero una sección del partido con veinte integrantes, los cuales enviaron al CEN el 20% correspondiente a las cuotas, tal como había establecido el Congreso de 1915. En la sección de Taltal, los seis primeros integrantes habían enviado también su porcentaje a Valparaíso⁶¹. Si bien estos aportes pueden parecer modestos, las secciones de Taltal eran las únicas que enviaban regularmente sus cuotas e informaban constantemente sobre la acción realizada. La influencia de Roa, en este sentido, es incuestionable.

Otro logro de los primeros tiempos de su estadía en Taltal fue la creación de la Unión Obrera del Salitre en febrero de 1916. Siguiendo el mandato del Congreso de 1915, esta organización se constituyó a partir de secciones obreras por oficinas, cada una con recursos propios, pero bajo el alero del POS⁶². Esta institución tenía como fin organizar a los obreros en sus lugares de trabajo para luchar por las reivindicaciones bajo los presupuestos del programa del partido. Se formó a partir de cuatro secciones y a pesar de este bajo número, los socialistas de Taltal creyeron necesario promover la realización de un congreso obrero nacional que fuera la base para la futura fundación de una Confederación General del Trabajo⁶³, instancia que finalmente no se realizó.

La conmemoración del 1 de mayo de ese año fue calificada como todo un éxito por La Aurora, debido a que era la primera vez que en Taltal tenía un sentido claramente «doctrinario»⁶⁴. El viernes 12 de mayo, como una señal de rechazo al Gobernador de Arica por la prohibición de una conferencia del socialista argentino Lorenzo Loggia, los socialistas de Taltal realizaron un concurrido mitin. En esa ocasión, Roa protestó por los atropellos a la libertad de reunión y expresión. Aprovechó la ocasión para arremeter en contra del apoyo de la prensa demócrata al envío de barcos de la Armada a los puertos del norte, con la clara

intención de amedrentar a las organizaciones obreras⁶⁵. En un fiel representante de la cultura política socialista como Roa, no podía faltar la diferenciación respecto del PD. Las críticas a los demócratas venían ocupando un lugar importante en la actividad de Roa desde su llegada. En enero había refutado una editorial de La Voz del Obrero de Taltal donde se calificaba al PD como defensor de los trabajadores, denunciando el apoyo de Guarello a los banqueros en la discusión sobre la convertibilidad y la nula labor positiva para los intereses obreros de la acción de los diputados demócratas por el norte salitrero⁶⁶.

En una conferencia del 3 de septiembre explicó la necesidad de que los obreros se organizaran en sociedades de resistencias, criticando fuertemente a las sociedades mutuales al plantear que la asociación obrera debía propender a la solución de la «enfermedad permanente de la miseria, para curarla, y no asociarnos para enterrar muertos ni curar enfermos»⁶⁷. Un mes más tarde, el tema de la conferencia fue la lucha de clases, la cual, según su opinión, se había iniciado desde la Revolución francesa y en Chile había comenzado «desde la revolución política de la oligarquía nacional de 1810», intensificándose con el surgimiento de las mancomunales, «las que por falta de orientación sucumbieron, tocándole al Partido Obrero Socialista ser últimamente el encausador [sic] consciente de la clase obrera»⁶⁸. El 22 de octubre, el tema principal de su conferencia fue la labor de las cooperativas para abaratar el costo de la vida⁶⁹. Los temas de estas conferencias ofrecen una síntesis de los puntos centrales de la cultura política socialista, remarcando el necesario vínculo entre la lucha sindical y política.

La influencia que Roa había logrado entre los trabajadores salitreros quedó en evidencia a comienzos de noviembre, cuando un grupo de trabajadores particulares de la Oficina Moreno, recientemente paralizada, le entregó un poder legal para que negociara con la empresa la tasación del material extraído, la cual, según protestaban, no se apegaba a su valor real. Roa se enfrentó en los tribunales con los representantes de la Compañía Salitrera Alemana, obteniendo un pequeño triunfo cuando el juez a cargo decretó que la tasación del salitre debía ser realizada por expertos externos a la empresa⁷⁰.

La actividad realizada por Roa en Taltal permitió el afianzamiento de otros militantes, entre los cuales destacó el obrero salitrero Juan M. Peralta. Peralta comienza a publicar en La Aurora desde fines de 1916 y en la víspera del 1 de mayo de 1917 publica dos interesantes artículos. El primero de ellos planteaba una posición antimilitarista, conectando la circulación del capital, la explotación

obrero y la identificación del ejército con la oligarquía, prueba de la cual serían las matanzas obreras, tanto la que dio origen a la conmemoración como las ocurridas en Chile a principios de siglo. En el segundo artículo realizaba una revisión histórica de los logros del socialismo, con la finalidad de exponer que el «Socialismo no solamente es posible, sino necesario, porque el Socialismo es justicia, es progreso en marcha, es amor, es verdad y porque es sobre todo material». A partir del carácter histórico del socialismo, remarcaba la diferencia con el carácter «idealista» de la propuesta del anarquismo⁷¹. Apenas unos días antes, se había reorganizado la sección socialista de Refresco, pueblo donde residía Peralta. En la ocasión, los socialistas inauguraron un teatro, donde la conferencia principal le correspondió a este dirigente. Aquel 1 de mayo, los demócratas de Taltal también organizaron una conferencia que fue muy criticada por los socialistas, debido al nulo tratamiento de la cesantía que afectaba a los obreros salitreros y por el desconocimiento entre los oradores del origen trágico de la conmemoración. En su lugar, denunciaban los socialistas, los demócratas trataron el tema de las elecciones de 1918, sin siquiera conectarlo con algún tipo de solución para los trabajadores⁷².

El ascenso de Peralta influyó para que a comienzos de 1918 la imprenta de La Aurora fuera trasladada de Taltal hacia Refresco. A la fecha, Roa había dejado la dirección del periódico a cargo de Humberto Dianderas, el cual a mediados de septiembre de 1917 sufrió en Taltal un ataque que los socialistas adjudicaron a la policía y a los caciques políticos de la zona. Este atentado contribuyó también en la decisión de trasladar el periódico a Refresco⁷³.

Alejado ya del puerto salitrero, y en un claro reconocimiento por su labor desde fines de 1915, Roa fue elegido por sus compañeros candidato a diputado por Taltal y Tocopilla para las elecciones de marzo de 1918. Inmerso por segunda vez en una elección parlamentaria, Roa envió desde Santiago (donde un año más tarde publicaría el periódico socialista La Bandera Roja) una nota a sus compañeros expresando: «Nuestra pluma es la del titán que lucha en todo tiempo por ver realizado el programa del Ideal en que el dolor de las multitudes obreras desaparezcan, sin odios y sí con estricta equidad». Culminaba repitiendo su lema de las elecciones de 1915, «¡Solos y siempre solos!»⁷⁴, lo que le permitía reafirmar la autonomía partidaria y, a la vez, diferenciarse de los demócratas que integraban la Alianza Liberal. Sin embargo, los resultados nuevamente fueron adversos. Sólo obtuvo 20 votos, quedando en cuarto lugar. En Taltal y Tocopilla fueron elegidos diputados los candidatos del PR y PD, con 1.300 y 1.146 votos, respectivamente. De cualquier manera, la acción iniciada por Roa en Taltal a

finis de 1915 rindió sus frutos en las elecciones municipales de abril de 1918. En la comuna de Refresco fue elegido como regidor Pedro J. Alfaro y en Aguada, Manuel L. Martínez⁷⁵.

En Antofagasta, la tarea de fortalecer la propaganda y acción socialista recayó en el importante dirigente Luis Víctor Cruz, demostrando la importancia que tenía para el POS esta provincia salitrera. Recordemos el entusiasmo que le generó a Recabarren la acogida que recibió en esta provincia cuando estuvo de gira con Teresa Flores en 1913. Lo suyo también había realizado el mismo Cruz en Chuquicamata desde mediados de 1915, reforzando la labor socialista en la zona, que a la fecha contaba con el regidor por Calama Luis A. Benites. La campaña de denuncia de las deplorables condiciones de los trabajadores de la Chile Exploration Company que realizaba el periódico socialista La Unión Obrera, finalizó abruptamente en julio de 1915 cuando la policía y las autoridades judiciales acusaron a Cruz y a cuatro dirigentes del partido del robo de dinamita con el fin de ejecutar actos terroristas⁷⁶. Luego de un mes en la cárcel de Chuquicamata, los cinco dirigentes quedaron en libertad bajo fianza⁷⁷. A pesar de estas persecuciones políticas, los socialistas celebraron, con un importante apoyo obrero, su programa del 1 de mayo de 1917.

Cruz se dirigió posteriormente a Antofagasta, puerto que hacia 1917, según cifras del Ministerio del Interior, superaba al de Iquique en cuanto a exportación de salitre⁷⁸. Además, la provincia de Antofagasta experimentó, desde 1907 hasta 1940, una curva ascendente de crecimiento poblacional, que en su mayoría correspondía a trabajadores que se dirigían a las faenas mineras⁷⁹. En esta ciudad, Cruz fundó a fines de 1916 El Socialista, «Órgano de las Agrupaciones Socialistas del departamento y al servicio de los trabajadores». Este periódico se constituyó en la base de la acción socialista en la provincia, reuniendo la información del interior y apoyando a las organizaciones obreras.

En el norte salitrero se dio la más importante reactivación de la propaganda socialista entre los trabajadores. Fue también allí donde surgieron cada vez más secciones desde 1916. Ante este repentino auge organizacional, desde Concepción, Ramón Sepúlveda L. reclamaba a sus compañeros nortinos una mayor preocupación en los supuestos doctrinarios y menos «activismo», poniendo en duda el beneficio de fundar secciones sin una base de militantes que respetaran y siguieran los presupuestos básicos del partido⁸⁰. En este marco, se puede insertar también la crítica de Víctor Roa a la idea de un grupo de secciones antofagastinas de organizar un congreso provincial del POS. Según su

opinión, lo que hacía falta era «menos amor propio en todos los individuos y estudiar con más amor doctrinario el Programa General», lo que significaba organizarse en secciones gremiales para luego propender a una federación obrera que tuviera como base la propuesta socialista. «Menos palabras y más obra, estimados camaradas de Antofagasta»⁸¹, reprendía al finalizar.

La inestable organización socialista de la cual dan cuenta ambos dirigentes quedó de manifiesto al aproximarse la fecha pactada para el segundo congreso del partido. Tras el Congreso de 1915 se había acordado que en septiembre de 1916 debía realizarse la segunda reunión nacional del partido. Al acercarse dicho mes, el CEN envió notas a las secciones existentes para examinar el estado de la organización ante la proximidad del nuevo congreso. De las diecinueve secciones que formalmente pertenecían al partido, sólo seis respondieron. Frente a este escenario, el CEN decidió suspender el congreso hasta que se fortaleciera la orgánica partidista⁸². El plazo fue más largo de lo esperado y recién en 1920 se realizará en Antofagasta el segundo congreso nacional⁸³. A pesar de estas señales de desmovilización, en 1916 se había desarrollado al interior del POS una interesante discusión sobre la mejor forma de organización para los trabajadores, donde la perspectiva nacional cobraba cada vez más relevancia.

4. 1917: el año de la consolidación en el movimiento obrero

La fragilidad orgánica del POS tuvo un repunte gracias al papel que tuvo el partido en la iiª Convención Nacional de la Gran FOCH, efectuada en septiembre de 1917. Según Sergio Grez, esta convención habría confirmado el avance de las posiciones socialistas al interior de esta federación, influyendo en la resolución final de permitir el ingreso de cualquier organización obrera, lo que habría aportado al cambio en la orientación mutualista y sectorial que tuvo hasta esa fecha⁸⁴. Como sabemos, el grado de acercamiento entre el POS y la organización ferroviaria tuvo altibajos, por lo menos desde 1914. A partir de esta aseveración, vale preguntarse sobre la actuación del partido durante 1917, teniendo en cuenta las opciones que barajaron los socialistas para consolidar la organización obrera, sobre todo por las acciones y propuestas que se dieron en el proceso de expansión recién revisado. Por lo demás, el grueso de la organización de la Gran FOCH se encontraba en el centro-sur del país, donde los socialistas

contaban con un no despreciable peso organizativo que era constantemente asediado por los anarquistas y demócratas. Por lo tanto, las acciones realizadas en estos espacios urbanos debieron influir en el cambio de rumbo de dicha federación.

Desde comienzos de 1917, los socialistas reactivaron sus redes con el movimiento obrero del centro y sur del país, fuertemente golpeado por la experiencia de marzo de 1916. La campaña más significativa provino desde el gremio de panaderos, donde los socialistas tuvieron un importante rol en la configuración de una organización que rebasaría los límites provinciales. Como sabemos, el POS venía desde hace algún tiempo planteando la necesidad de ampliar los límites de las organizaciones obreras, tanto gremial como territorialmente. El primer paso lo dieron los panaderos de la sociedad de resistencia sección Retamo de Valparaíso, cuando a comienzos de enero de 1917 expresaron su intención de organizar un Congreso Obrero Panadero. La invitación se cursó a nivel nacional y, en un gesto inequívocamente ecuménico, especificaron que podían participar del congreso tanto las sociedades de resistencia como las mutualistas⁸⁵. Entre los precursores de esta iniciativa estaban los socialistas Manuel Zavala y Carlos Lafertte. Una semana después de este anuncio, C. Lafertte publicó un artículo donde repasaba las luchas obreras ocurridas en 1916, denunciando el papel de garante capitalista que cumplía el gobierno; por lo mismo, planteaba que «para ponerle atajo a esto es preciso formar un gran bloque de unión, donde se estudie y se vea la mejor forma de contrarrestar en algo el poco caso que hacen de los productores los caducos millonarios de esta tierra»⁸⁶.

A fines de enero, El Socialista publicó la convocatoria al Congreso Obrero Panadero, que contenía una proyección de los beneficios que esperaban lograr con dicha reunión: unificación nacional del gremio, creación de un órgano de prensa, fundación de escuelas y bibliotecas, discusión sobre los métodos para mejorar la marcha de las huelgas y mejoramiento económico de los afiliados y de las condiciones laborales (uniformar los salarios, jornada de ocho horas diarias, supresión del trabajo nocturno y mejoras higiénicas en las faenas)⁸⁷.

La influencia del POS en esta iniciativa se hizo más evidente cuando, a comienzos de marzo, los organizadores del congreso encomendaron una gira de propaganda y difusión por el centro y sur del país a una comisión compuesta por Manuel Zavala, Carlos Lafertte y Mariano Rivas (director de El Socialista). A Manuel Zavala le había correspondido, un par de meses antes, reorganizar al

gremio en San Felipe. En Santiago, los tres dirigentes socialistas combinaron las reuniones y las conferencias a los panaderos con las actividades estrictamente partidarias. En la capital, los beneficios de la organización rápidamente fueron evidentes. El 6 de marzo se reorganizó la sección Serrano con más de doscientos afiliados, consiguiendo en un par de días gestionar con éxito una mejora en los salarios. Unos días después, los panaderos organizaron una conferencia donde expusieron los socialistas C. Lafertte, M. Rivas, Leonardo Cifuentes y Carlos Sepúlveda. A este acto fue invitada también la Unión de Zapateros. El 11 de marzo, Rivas se dirigió a la Sociedad de Obreros Vidrieros Sol de Mayo, que había solicitado el concurso de conferencistas socialistas. El 17 de marzo, la sección panadera Serrano cambió su nombre al sugerente Los Libres, haciendo referencia y contraste con la organización patronal que existía hasta ese momento. En esa jornada, eligió una nueva mesa directiva y amplió su registro a cuatrocientos afiliados, además, solicitó a la Juventud Socialista de la capital una jornada de conferencias. Este grupo de socialistas santiaguinos desarrollaba desde hace un tiempo una serie de jornadas en el Parque O'Higgins, donde mezclaban las representaciones dramáticas con las conferencias doctrinarias.

El POS veía aumentada así su influencia. A mediados de marzo, Carlos A. Martínez fue enviado por la Junta Ejecutiva de la Gran FOCH a una gira de propaganda a Concepción, donde luego de su visita se organizaron los Consejos Federales de Chillán y Talcahuano⁸⁸.

Carlos Lafertte y Mariano Rivas continuaron su viaje hacia el sur, con estaciones en Rancagua, Rengo, San Fernando, Curicó, Talca y Concepción. En esta última ciudad, los nexos entre los panaderos y los socialistas habían sido cultivados por Ramón Sepúlveda L. La recepción a la delegación se realizó el 24 de marzo en el local del Centro Socialista. Las gestiones de estos dirigentes llevaron a la constitución de la Unión de Panaderos de Concepción, que inauguró sus registros con ciento veinte afiliados y con las respectivas conferencias de Sepúlveda L., Rivas y Lafertte. A comienzos de abril, los obreros panaderos comenzaron a experimentar los beneficios de la organización, cuando once panaderías firmaron el petitorio levantado por la Unión de Panaderos, sólo seis empresarios no respondieron. Las gestiones socialistas fueron retribuidas con la designación de Sepúlveda L. como Presidente Honorario de la Unión, título al que este declinó por ser contrario a la doctrina del partido, no sin antes ofrecer todo el concurso del POS para ayudar al gremio a conseguir sus demandas.

La comisión de propaganda se dirigió luego a Temuco, donde su visita echó las

bases para la primera sociedad de resistencia de panaderos. En esta ciudad, ante obreros panaderos y ferroviarios, Rivas dictó la conferencia «El sindicalismo a base múltiple», expresión de la nueva estrategia sindical que el POS desenvolvía ya con éxito. Tras casi dos meses, la gira concluyó en Valdivia⁸⁹. A los evidentes beneficios para los trabajadores se sumó la herencia que dejó esta exitosa experiencia para el partido, comprometido profundamente con la estrategia de vincular a los gremios en una organización de alcances nacionales, sustentada en la colaboración sindical entre los diferentes gremios (el sindicalismo a «base múltiple» expuesto por Rivas).

Las intenciones de unificar fuerzas también trastocaron las bases constitutivas de la cultura política del POS. Como se puede advertir, la estrategia del sindicalismo a «base múltiple» implicaba acercarse e intentar copar las sociedades mutuales, para luego orientarlas hacia la «resistencia», como lo había manifestado el llamado amplio del congreso de panaderos⁹⁰. Esta propuesta prefigura el acercamiento hacia la Gran FOCH. De cualquier manera, no era esta la primera vez que las sociedades mutuales y los socialistas acercaban posiciones. Recordemos lo acontecido en Santiago el 1 de mayo de 1913. En ese caso, sin embargo, la actuación conjunta de socialistas, demócratas y mutualistas fue leída como una claudicación y persistencia de actitudes que se creían dejadas atrás, principalmente porque los resultados no mostraron ningún acercamiento hacia una posición combativa. Ahora, la organización gremial a «base múltiple» implicaba una estrategia con un objetivo claro de reafirmación clasista y de enfrentamiento con el Estado y los empresarios. La mirada táctica implicaba, entonces, reconocer la penetración del mutualismo en la clase obrera chilena. Implicaba también, superar su poca capacidad para dirigir los conflictos a los cuales se habían visto enfrentados los trabajadores luego de la crisis de 1914. La huelga ferroviaria de 1916 había demostrado que la Gran FOCH, la organización obrera de orientación mutualista con mayor visibilidad, podía funcionar en un contexto de enfrentamiento directo por el mejoramiento salarial. De ahí que los socialistas intentaran ampliar su discurso y práctica sindical, sin que eso significara dejar de lado la constante crítica hacia los partidos históricos, ni menos abandonar la diferenciación con el PD, agente de importancia en la organización mutualista.

El ímpetu por ampliar las bases de la organización obrera llevó a los socialistas, incluso, a omitir por un breve momento la diferenciación con los anarquistas. La iniciativa se llevó a cabo en Valparaíso a comienzos de 1917, cuando se reunieron los redactores de la prensa obrera del puerto: La Batalla (periódico

anarquista), La Verdad (periódico radical), La Voz del Pueblo (órgano de la Federación de Carpinteros) y El Socialista. La finalidad de la reunión era «dar orientación en los métodos de organización de la clase trabajadora». Luego de una breve discusión, se decidió darle a esta instancia el nombre de Convención Obrera, para demostrar la convergencia que pretendía unificar desde organizaciones mutualistas hasta las sociedades de resistencia bajo la influencia socialista y anarquista⁹¹.

La primera concesión de los socialistas fue compartir con estos periódicos la denominación de «prensa obrera». Era esta una discusión de larga data, pues tanto La Defensa Obrera (1913-1915) como El Socialista (1915-1917) se habían arrogado excluyentemente ese título, enfrentando y desacreditando en distintos momentos a los demás periódicos que se autodenominaban «obreros». La Convención Obrera declaraba que la unificación de la acción de la clase trabajadora de Valparaíso serviría «para buscar su mejoramiento económico y moral por todos los medios que, sin privar a nadie personalmente de sus ideologías o creencias, tiendan, colectivamente, al acercamiento del proletariado y tengan un fin práctico para el desarrollo de las ideas reivindicatorias». Los socialistas reforzaban esta declaración, planteando que era su intención que esta instancia terminara de «una vez por todas, con el distanciamiento en que hoy se desenvuelven las agrupaciones obreras, que tanto obstaculizan su buena marcha, desarrollo y prosperidad»⁹².

Hacia fines de enero, participaban del debate sobre la Convención Obrera los delegados de las federaciones de carpinteros de Viña del Mar y Valparaíso, de la Federación de Pintores, de la Unión de Estibadores y Gente del Mar, de la Unión del Gremio de Panaderos, de la socialista Unión y Defensa del Trabajo de Viña del Mar y los redactores de La Voz del Pueblo, Mar y Tierra y El Socialista⁹³.

A pesar de las declaraciones de buenas intenciones, la Convención Obrera no logró convocar a las sociedades obreras, ni menos salvar las históricas diferencias entre mutualistas, anarquistas y socialistas porteños. Hacia marzo de 1917, El Socialista retomó su postura crítica hacia las sociedades mutuales y los anarquistas. Sin embargo, el impulso hacia la unificación obrera no se detuvo en esta iniciativa.

En Santiago, los socialistas lograron congregarse a quince sociedades obreras para formar en mayo de 1917 la Unión Federal Chilena. A diferencia de la amplitud declarada por la Convención Obrera, esta institución era calificada por una

editorial de El Socialista, en una clara referencia a la Gran FOCH, como la «nueva organización netamente obrera» encargada de dejar atrás los «núcleos incoloros, con nombres más o menos rimbombantes, que halagan los oídos de los trabajadores incautos, [...] limitando su acción a fomentar el falso patriotismo, a apuntalar las tradiciones religiosas y, lo que es peor, a despertar la vanidad y la ambición de individuos extraños al obrerismo». Con este diagnóstico en la mesa, expresaban su expectativa de que la Unión Federal Chilena terminaría con el «obrerismo disimulado, verdadero sindicalismo amarillo», para dar curso al «fomento del sindicalismo verdadero en Chile»⁹⁴. Por aquellos días, El Socialista dio un giro netamente formal, pero que indica la orientación que adoptaba en esos momentos el partido. La antigua sección «Movimiento Social y Obrero» del periódico, que informaba sobre las actividades y reuniones de las organizaciones de los trabajadores en distintos lugares del país, pasó a llamarse «Movimiento Sindical», en lo que era un intento por hacer aún más visible el nuevo ritmo de la lucha de los trabajadores.

A mediados de mayo, el directorio de la Unión Federal Chilena quedó encabezado por el socialista Evaristo Ríos⁹⁵, además de Francisco Pezoa como secretario de actas y Carlos Sepúlveda como vocal. Su declaración de principios invitaba a los trabajadores de ambos sexos a unirse a la institución «para suprimir las diferencias de condición, convertir a todos los hombres en una sola clase de trabajadores inteligentes, iguales y libres, y para implantar un régimen en que la producción sea un factor común y común también el goce de los productos; esto es, la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva o común»⁹⁶. En esta declaración de principios la influencia del POS era evidente, aunque todavía no se pensaba a la organización obrera como base de la organización de la sociedad, como sí se proyectó a la FOCH después de 1919⁹⁷. En agitación y propaganda, la Unión Federal Chilena combinó las jornadas netamente obreras con la adhesión a reivindicaciones más amplias, como el apoyo a los pequeños industriales en su reclamo por la derogación de la ley de patentes⁹⁸.

Hacia julio, esta institución declaraba estar constituida por diecisiete sociedades obreras que agrupaban, según sus cálculos, a cerca de ocho mil trabajadores, pero todavía se trataba de una organización netamente santiaguina⁹⁹. Su poca capacidad de movilización quedó de manifiesto a fines de dicho mes, cuando los trabajadores de los gremios marítimos se declararon en huelga como protesta a la medida del retrato obligatorio, tal como había sucedido con los ferroviarios en octubre de 1913. Esta vez, la huelga no alcanzó el carácter general. La Unión

Federal Chilena demostró su adhesión al movimiento, pero se permitía recomendar que por «grande que sea un gremio, necesita de los demás y hoy que hay una institución a base sólida [...] debieran las sociedades acreditar ante ella sus delegados»¹⁰⁰. Las previsiones de la Unión Federal se hicieron realidad cuando la huelga no logró concitar el apoyo de los gremios del puerto, ni menos de los de Santiago. Tras su impulso inicial esta organización declinó al no lograr aunar al conjunto de los gremios como pretendía, cediendo quizás ante el peso del cambio de orientación que se verificaba en la Gran FOCH.

Tal como había ocurrido en 1913, la protesta por el retrato obligatorio llevó a los obreros marítimos a plantear demandas estrictamente laborales, como la disminución de la jornada, el aumento de los salarios y la regulación de las faenas de carga. De acuerdo a la lectura del POS, en sintonía a lo expresado por la Unión Federal, el llamado a huelga era justo aunque apresurado, debido a que «nunca debe prescindirse de las opiniones que emitan los delegados obreros de las demás organizaciones, [...] tanto para que estas tomen precauciones, como para que envíen sus delegados con facultades amplias a las asambleas que habrán de acordar la huelga». En este sentido, los socialistas criticaron a la FORCH por su rol en la paralización, ya que habría desestimado lo que ellos comprendían como los elementos indispensables para el triunfo de cualquier movilización: caja de resistencia y acción uniforme¹⁰¹. Detrás de la crítica a la FORCH estaba la diferenciación con los anarquistas y también la reprobación de la actuación de Juan Onofre Chamorro.

Una vez finalizado el conflicto, con la evidente derrota de las aspiraciones de los obreros marítimos, una editorial socialista criticaba las actitudes que entendía como «prácticas viciosas», señalando que había que «matar el caudillaje que ciertos elementos quieren introducir por medio de sus ideas extremas».

Continuaba en un tono más explícito: «Es tiempo ya de decirlo, mientras el elemento que aquí se hace llamar ácrata pretenda tomar la dirección de la organización obrera, tendremos que ver la desorganización y el fracaso, pues ellos mismos, individualmente, son naves sin brújula, mentes sin control». En otro artículo de la misma edición, se denunciaba la responsabilidad que le cabía en el fracaso de la huelga tanto a Chamorro como al ex socialista Primitivo Ajagan Maruri, por oponerse ambos rotundamente a la propuesta del gobierno (calificada por los socialistas como una «buena proposición que tenía todos los caracteres de una transacción muy honrosa para los obreros») para luego deponer la huelga sin ninguna garantía para los trabajadores. Ante esta situación, los socialistas se preguntaban, denotando cierta benevolencia con el arbitraje

estatal, «¿Por qué se dejó morir la huelga manteniendo durante los quince primeros días a los trabajadores sin ninguna relación con el gobierno ni con los patrones?»¹⁰².

Tras el fracaso de la huelga de los obreros marítimos, se cerró el pequeño umbral ecuménico abierto por los socialistas a comienzos de año. Se cerró, sin embargo, sólo por el lado de los anarquistas, porque tras este conflicto los socialistas comenzaron a ver con buenos ojos a la anteriormente vilipendiada Gran FOCH, sin abandonar la crítica al mutualismo y al PD. Ante la cercanía de la ii^a Convención Nacional de esta federación, Ramón Sepúlveda L. planteaba que era necesario que esta institución incorporase la lucha social y económica, «porque si no ocurre esto, los gremios empiezan por organizarse a base múltiple [...], quitando fuerza a la Federación», como efectivamente ocurría con los carpinteros y panaderos penquistas, fuertemente influenciados por la acción de los socialistas. El esperado giro en la orientación de la Gran FOCH, debía ser acompañado por una modificación de los «estrechos marcos reglamentarios [...] que no dan lugar a los gremios para sus mejoras en las condiciones del trabajo y de salario». Estimaba además, en un claro contraste con la opinión de unos pocos años atrás, que la importancia de esta federación estaba en el «gran número de asociados con que cuenta [...], lo ostentoso de su esfera de acción, como en la calidad de los elementos que militan en sus filas»¹⁰³. Opinión esta última, basada en algunos dirigentes del Consejo Federal de Concepción, como los socialistas Belisario Sierra y Juan Berri, elegidos para representar a este consejo en la Convención Nacional.

Si tomamos las observaciones ideológicas de Sepúlveda L. como un prólogo a la Convención Nacional, se puede plantear que los socialistas fueron determinantes en el cambio de los reglamentos, que desde ese momento permitieron que a la federación se integraran obreros de todos los gremios y no tan sólo los ferroviarios. El giro que se observó tras la Convención fue recibido por los socialistas como «un paso para la liberación del proletariado del país», debido a la apertura hacia otros gremios. El cambio de los estatutos significaba, bajo la lectura socialista, que eran «cuatro mil quinientos obreros que rompen el estrecho círculo del mutualismo y de la personería jurídica, para orientarse sobre el más moderno sindicalismo a base múltiple», es decir, se trataba de un importante número de obreros que de cierta manera decidían seguir la propuesta del POS. Como sello del cambio efectivo se decidió quitar el «Gran» del título de la institución, pasando a ser desde ese momento Federación Obrera de Chile (FOCH)¹⁰⁴. El nuevo rumbo de la FOCH expresaba lo que los socialistas venían

planteando desde 1916. De ahí su regocijo y expectativas¹⁰⁵.

Tras los esfuerzos puestos en el fortalecimiento de la organización obrera y la preparación para la Convención de la FOCH, los socialistas se posicionaron para enfrentar el ambiente político que se aproximaba. Las elecciones de 1918 serían las segundas en que el POS se enfrentaría en un terreno hasta hace poco ajeno. La ampliación de su organización partidista, el rol que jugó el partido desde 1916 en la reactivación del movimiento obrero, el cambio de orientación de la FOCH y el debilitamiento de los anarquistas, otorgaban una posibilidad certera de conseguir logros en la arena política tan esquivada hasta el momento.

5. Las elecciones de 1918: ¿momento de cambio?

Como había sucedido en 1912 y 1915, las elecciones de 1918 fueron comprendidas por los socialistas como de vital importancia. Descontando el recurrente espíritu triunfalista típico del discurso socialista, estas elecciones encontraban al POS en mejor pie. La expansión y consolidación del partido en los principales centros urbanos del país, sumada a la ingente propaganda política en las oficinas salitreras, proyectaban esta vez un futuro más auspicioso en la arena política.

Como hemos analizado hasta aquí, las elecciones ocupaban un importante papel en la cultura política socialista. Tanto como espacio de constitución partidaria y lugar para desarrollar la diferenciación, las elecciones fueron una de las expresiones prácticas del sentido que los socialistas le otorgaron a la política. La opción política del POS excede la concepción de esta como un simple medio, pues implicaba tanto la politización clasista de los trabajadores a través de un partido político como la participación y uso de los espacios institucionales, donde las elecciones eran tal vez el momento más relevante o, por lo menos, uno de los que otorgaba mayor notoriedad. A partir de lo revisado hasta el momento, me parece que queda claro que la autodefinición del POS como un partido, además de político, «económico y social», tenía asiento en la realidad. Tampoco se puede comprender a los socialistas como agentes que desarrollaban actividades gremiales durante un tiempo, para luego transformarse en las elecciones en actores estrictamente políticos, pues era precisamente esta la

actitud que criticaban a los partidos históricos. Como hemos visto, esta crítica era la base de su diferenciación respecto de los demócratas.

En relación a las elecciones, Sergio Grez al analizar los modestos resultados del POS plantea que los socialistas, más que aspirar a ocupar las municipalidades o el parlamento para desarrollar una labor práctica, comprendían a estos espacios como un «medio» para realizar un trabajo de crítica, denuncia, agitación y propaganda anti-sistémica¹⁰⁶. Esta aseveración es sólo en parte correcta, debido a que, como veremos, el POS comprendió a las elecciones como una oportunidad certera para que los trabajadores ocuparan la institucionalidad no sólo para realizar propaganda, sino también para efectuar transformaciones en la sociedad que beneficiaran directamente a los sectores populares.

El fracaso de la huelga de los obreros marítimos de mediados de 1917, fue para los socialistas una oportunidad para configurar su posicionamiento político ante la proximidad de las elecciones de 1918. La criticada actuación de la FORCH, de orientación anarquista, como la incapacidad o falta de interés que demostró el PD en este conflicto aparecieron como el escenario propicio para que los socialistas arremetieran con fuerza en contra de sus dos adversarios en el mundo obrero. Así, una editorial de El Socialista de comienzos de septiembre de 1917 señalaba que ante «la testaruda locura de los ácratas, ante la inconsecuencia de los políticos actuales, el pueblo tiene abierto el camino para su liberación». El camino propuesto, entonces, era la «organización a base múltiple, secundada por una sincera política de clases que [...] haga labor parlamentaria»¹⁰⁷, es decir, la fórmula histórica de los socialistas, que luego del trabajo efectuado por el POS entre 1916-1917 se había consolidado en la reciente convención de la FOCH. Se anticipaba en este artículo la figura del «diputado federado» que se desenvolverá en la década siguiente, en referencia a los diputados que pertenecían a la FOCH y lograban ser electos con su apoyo.

Como hemos podido apreciar, el recurso de la diferenciación funcionaba en cualquier contexto, ya fuera gremial, político o ideológico, en tanto le permitía al POS posicionarse como un desplazamiento respecto de los anarquistas y demócratas. Sobre el posicionamiento del PD al interior de la FOCH, los socialistas criticaron la labor realizada por el futuro diputado demócrata Juan Pradenas Muñoz como director del periódico del Consejo Federal de Talcahuano, Adelante. Desde el puerto penquista, Pradenas calificó como un insulto la denuncia sobre el supuesto uso de la FOCH para levantar candidaturas demócratas, calificando a los socialistas como agentes divisionistas del

movimiento obrero. Los socialistas respondían de esta manera a la acusación de Pradenas: «Que dividimos, sí, lo decimos con hombría. Queremos que los agentes políticos de los partidos capitalistas se dividan del elemento explotado». Y para dejar clara su posición respecto al PD, le recordaban su pertenencia a la Alianza Liberal, en donde los demócratas actuaban «como instrumentos del dinero aliancista o de la clase capitalista»¹⁰⁸.

La desacreditación de la política demócrata tenía como finalidad destacar la actitud de los socialistas frente a las elecciones y a la política en general. La apelación a la capacidad moral de los socialistas era una característica que se remontaba hasta antes de la formación del POS, cuando los demócrata-socialistas de Iquique proclamaron la candidatura de Recabarren y dieron curso a la diferenciación. En 1918, los socialistas nuevamente echaron mano a este recurso, pero lo complementaron con la posibilidad latente de ejercer los cargos de representación bajo una orientación clasista. Desde Refresco, en el norte salitrero, se aclaraba que los socialistas no irían «a las Cámaras o a las Municipalidades [...] a dormirse, sino a defender los intereses de la clase obrera, que son sus propios intereses», labor práctica que podía lograr «reformas que redunden en beneficio de las clases obreras», además de ejercer la defensa «de los fondos comunales y nacionales, de las acechanzas de los logreros políticos»¹⁰⁹. En los cargos de representación los socialistas proyectaban una labor fiscalizadora y otra de tipo legislativa, que reformara el sistema en el sentido que buscaban los trabajadores organizados. ¿Cómo sería el carácter de estas transformaciones? De acuerdo a lo que planteaban los socialistas de Antofagasta, la realidad del país le exigía al partido «ser al mismo tiempo reformista y revolucionario, tratando de aplicar GRADUALMENTE, a medida del desarrollo general de la civilización, los puntos de su programa»¹¹⁰.

Un relato ficticio publicado en El Socialista de Antofagasta, expresa la capacidad legislativa que los socialistas esperaban de su labor parlamentaria. En el día de unas imaginarias elecciones, el imaginario diputado socialista «E. Mancipado», exponía ante sus compañeros su gestión como parlamentario:

El camarada Mancipado, da cuenta, en general, de la labor que le ha correspondido hacer, de acuerdo con las inspiraciones del partido. Ha proyectado numerosas leyes sociales que los partidos burgueses habían venido combatiendo desde largos años.

Son una hermosa realidad, el «salario mínimo» con un sistema que divide al país en tres zonas; los «bancos populares» que protegen el trabajo y el establecimiento de cooperativas; «Separación de la Iglesia y el Estado» y Protección del Estado a la «Agremiación Obrera»; reformatorio para niños, etc., etc.

111

¿Los candidatos socialistas compartían la labor imaginaria de E. Mancipado o solamente esperaban utilizar al parlamento como una caja de resonancia para la propaganda? Según los socialistas antofagastinos, esperaban de un futuro diputado socialista que fuera «enérgico» («que no se doble ante las sugerencias de los políticos burgueses»), con «empuje» («para iniciar campañas parlamentarias fecundas y sostenerlas con valentía») y «conocedor de la política» («que sepa sorprender y destruir las maniobras habilidosas de los politiqueros de oficio»)¹¹². Es decir, que en su cargo se dedicara a buscar leyes sociales y combatiera las prácticas de los partidos históricos. Apoyados en estas características, dicha sección eligió como candidato a Luis E. Recabarren, que luego de un año y medio en el extranjero retornaba al país.

En Valparaíso, el POS eligió como candidato a senador al obrero tarapaqueño Pedro J. Sandoval, y a diputado, al zapatero Ramón Sepúlveda. Ambos candidatos sostenían una plataforma electoral que contenía las reivindicaciones históricas de los socialistas porteños, como el establecimiento del libre cambio de la moneda, creación de impuestos progresivos a las tierras, abolición de los impuestos a los artículos de primera necesidad, igualdad de derechos civiles entre hombres y mujeres (incluyendo divorcio absoluto y reconocimiento legal de los hijos «ilegítimos»), establecimiento de las ocho horas diarias de trabajo, fijación del salario mínimo, legislación en torno al trabajo femenino e infantil, separación de la Iglesia del Estado, instrucción obligatoria y racionalista (ya no «laica», como años anteriores). Además, se sumaban en esta oportunidad leyes que fueran eliminando progresivamente la fabricación de alcohol, la transformación de la cárcel en sanatorio para alcohólicos, tuberculosos, sifilíticos y criminales y el reconocimiento legal de las sociedades de resistencia. Respecto al papel de los socialistas en el parlamento, el Comité Electoral del

POS porteño señalaba: «¡No queremos los puestos representativos para hacer de ellos escarnio de los derechos populares! ¡No! Los conquistaremos para defender nuestros intereses de clase y nuestra vida!»¹¹³. Una declaración a medio camino entre la concepción moral de la política («regeneración del sistema político») y la utilización de los puestos representativos.

Aclarando el panorama sobre lo que esperaban realizar los socialistas a través de la política, el redactor del El Socialista de Valparaíso, Ramón Lasa, planteaba que las leyes sociales no podían ser un fin en sí mismo, ya que, de no mediar una potente organización obrera que garantizara su puesta en práctica, serían más que nada letra muerta. Por lo tanto, las leyes sociales podían perfectamente no ser iniciativas de los trabajadores. La diferencia estribaba, entonces, en quién promovía dichas legislaciones y los socialistas jugaban ahí un papel fundamental, ocupando «las conquistas obtenidas en el campo político, mientras trabaja por conseguir las del derecho social». Más explícitos aún eran los socialistas viñamarinos: «Si las clases productoras quieren mejorar su situación, si quieren mayor bienestar, justo es, pues, que ayuden efectivamente con sus votos al Partido Obrero Socialista». Agregando que los socialistas irían al parlamento «a conseguir con su acción la dictación de leyes beneficiosas para las clases populares»¹¹⁴.



Ramón Sepúlveda Leal. El Socialista, Valparaíso, 23 de febrero, 1918

Las invocaciones políticas del POS no sólo se hacían bajo una clave clasista, también exhortaban a los trabajadores, en tanto ciudadanos de la República, a utilizar en su beneficio la lucha eleccionaria (aquel «acontecimiento solemne para la vida del pueblo»), debido a que era la única garantía que el Estado capitalista entregaba a la clase trabajadora. En la comprensión de esta capacidad positiva, el POS pretendía desarrollar su programa («la antítesis de la absorción capitalista») «basado en uno de sus medios de emancipación obrera», como comprendían a la lucha política y electoral. En este sentido, la política constituía el «único medio de hacer pesar la voluntad ciudadana del pueblo en las esferas del Gobierno», es decir, «como medio de arrancar leyes que por su liberalidad sean una garantía para el pueblo»

115.

Ocupar los cargos de representación que contemplaba la institucionalidad era también una posibilidad de cambiar el rumbo y orientación de los aparatos del Estado. Para los socialistas, justamente la conciencia que tenía la oligarquía de aquello era el fundamento que la llevaba a gastar grandes sumas de dinero para comprar el voto y mantenerse en el poder. Frente a esta situación, «el único camino que le queda al obrero, es unirse en toda la República, estudiar los problemas del trabajo y luchar ardorosamente para conseguir por sí mismos las leyes y medios de mejoramiento a que tiene derecho». Una demanda sensible para los trabajadores, como la reivindicación del salario mínimo, podía ser resuelta mediante «una ley que puede solicitar claramente un diputado obrero capacitado en las luchas pro mejoramiento popular»¹¹⁶.

A pesar de toda la puesta en escena del discurso socialista, marcada por argumentos éticos, exhortaciones clasistas, justificaciones cívicas y proposiciones prácticas, sumado a la exhaustiva propaganda y agitación propia de los militantes del POS, ninguno de sus candidatos fue elegido al parlamento. El socialista mejor posicionado fue el médico tarapaqueño Isidoro Urzúa, que a pesar del cohecho y el conteo fraudulento de las papeletas logró obtener casi dos mil votos, quedando en la quinta posición¹¹⁷. Las elecciones parlamentarias de

1918 demostraban, nuevamente, que para los socialistas resultaba muy difícil salvar los mecanismos extra institucionales que desplegaban los partidos históricos. Además, tampoco lograban movilizar en el sentido que esperaban a los trabajadores, que en cada votación se mostraban dispuestos a vender su voto por una no despreciable cantidad de dinero. Sin embargo, la propuesta socialista no claudicaba y ante la inminencia de unas nuevas elecciones, se activaban rápidamente.

Si los cargos parlamentarios habían sido esquivos para el POS, las elecciones municipales habían dado algunos triunfos que le permitían abrigar la esperanza de mejores resultados. Por desarrollarse en espacios más pequeños, las campañas municipales resultaban más accesibles, teniendo en cuenta los escasos recursos monetarios con que el partido disponía. Además, al involucrar temas cotidianos y problemas locales, el municipio era más cercano a la realidad de los trabajadores. Atendiendo a estas características, los socialistas comprendieron a estas elecciones como un momento para politizar la cotidianidad de los sectores populares, enfatizando en las mayores posibilidades ejecutivas de las municipalidades.

Debido a esto, las campañas municipales reforzaron la matriz práctica que contenía el discurso político socialista. Un ejemplo de esto fue la proclamación del candidato a regidor por Valparaíso, el mecánico ferroviario Luis A. González. Como no podía ser de otra manera, la justificación de su candidatura estuvo basada en su labor como dirigente obrero, especialmente, en su papel en la huelga ferroviaria de 1916, tras la cual González había sido perseguido y finalmente despedido de FF.CC. del Estado. En función de esto, representaba la figura del trabajador de los tiempos de la «cuestión social» y los socialistas presentaron su historial como un aliciente para la identificación de los obreros con su candidatura. Por lo mismo, debía conocer como ningún otro político de los partidos históricos las necesidades de los sectores populares porteños, que fue, en definitiva, lo que él mismo expresó al dar cuenta de lo que esperaba realizar como regidor municipal:

Mi programa [...] es el que todos los obreros llevan escrito con sangre en su corazón: progreso y bienestar de los oprimidos; anhelos de una vida mejor en una casita higiénica y confortable; mejoramiento de las condiciones de trabajo en los talleres por medio de reglamentos municipales que los higienicen;

nombramiento de obreros para inspectores de panaderías [...]; de choferes, que inspeccionen los autos, para evitar atrasos, perjuicios y desgracias.

En el orden económico [...] evitar muchos abusos de los expendedores de artículos de primera necesidad, abriendo ferias libres donde el campesino viniera a vender sus productos [...].

Las subvenciones de las cooperativas de consumos, que expendieran los artículos con un escaso recargo, [...] procurando que a establecimientos de esta índole se les eximiera del pago de patentes.

118

Ocupando la misma justificación sobre la identidad con la clase trabajadora, los socialistas viñamarinos eligieron al gasfiter Carlos Flores Ugarte como su candidato municipal. Flores se había destacado desde los comienzos del POS en Viña del Mar y luego de que Sepúlveda L. se trasladó al sur en labor partidaria, fue quien tomó las riendas de esa sección. Estuvo a cargo de la Unión y Defensa del Trabajo, organización gremial que pretendía agrupar a los trabajadores viñamarinos de todos los oficios y que hacia fines de 1917 estaba integrada por las secciones Fábrica de Soda, Unión Textiles de Ambos Sexos y Fábrica de Aceite Unidas¹¹⁹. Flores también había apoyado la última huelga de los obreros marítimos, instando a los gremios de Viña del Mar a unirse a este movimiento.



Luis A. González R.

El Socialista, Valparaíso,

6 de abril, 1918.



Carlos Flores Ugarte.

El Socialista, Valparaíso,

16 de marzo, 1918.

Su programa como candidato municipal, al igual que el de González, contenía acciones para disminuir los precios de los alimentos –como las ferias libres y almacenes municipales– y medidas para mejorar las condiciones de habitabilidad de los sectores populares. También promovería la creación de escuelas industriales y agrícolas gratuitas. Su propuesta se apoyaba en la existencia de la Ley de Atribuciones Municipales, que aseguraba facultades ejecutivas a los municipios en ciertos espacios públicos¹²⁰.

Estas características se repetían en la justificación de casi todos los candidatos que los socialistas presentaban a las elecciones, pero se exaltaban aún más en las elecciones municipales, debido al carácter ejecutivo y práctico de la labor que podían realizar los regidores. Una situación similar se observa en Calama, donde los socialistas eligieron al minero barretero Silvestre Segovia, que según sus compañeros era «poco conocido, por cierto, entre las cortinas de la clase media, pero que como obrero ha sido toda constancia dentro y fuera de ese mineral», pues se había «formado en el azar del sufrimiento de la lucha por la vida» y, por lo tanto, «al salir ungido tendrá su asiento en el municipio para precautelar los intereses generales de todos»¹²¹. Por su parte, el Comité Electoral del POS en Antofagasta, en una clave clasista, llamaba a los trabajadores a apoyar a este candidato siguiendo el ejemplo de la mítica Comuna de París: «Ciudadanos, imitemos al heroico pueblo francés y llevemos hasta los bancos de la comuna a [...] Silvestre Segundo Segovia, obrero minero que reside más de 12 años trabajando en estos minerales, reconocido por sus dotes de energía y honradez». Segovia presentaba un programa similar al de los candidatos del centro del país, pero con las exigencias particulares a la realidad de los campamentos mineros, particularmente afectados por las medidas coercitivas de la Chile Exploration Company. Su proclama terminaba con una frase que sintetiza la cultura política del POS: «La lucha de clases es lucha política»¹²².

Estos tres candidatos fueron finalmente derrotados. De acuerdo a las

informaciones de los socialistas, Silvestre Segovia consiguió «legalmente» 405 votos, lo que lo ubicaba en octavo lugar de nueve puestos disponibles. Sin embargo, las «gestiones» de los radicales ante la junta electoral permitieron que uno de sus candidatos subiera un puesto, en perjuicio de Segovia, que quedó finalmente fuera de la lista de regidores electos. Una situación similar ocurrió en Iquique, donde el perjudicado fue el futuro senador del PCCh Elías Lafertte¹²³. En Valparaíso, González fue derrotado, pero los socialistas aumentaron de 30 a 150 electores, en un notable avance. En Viña del Mar, Flores no consiguió los votos necesarios, pero también logró aumentar de 24 a 48 electores¹²⁴. En Pisagua, el POS reeligió a los regidores en ejercicio Serapio Vega y Lorenzo Crossley. En el departamento de Taltal, triunfaron los candidatos a las comunas de Refresco (Pedro J. Alfaro) y Aguada (Manuel L. Martínez)¹²⁵.

Un total de cuatro candidatos socialistas electos no era un número para sentirse conformes. Siempre teniendo en cuenta las artimañas que llevaban a cabo los partidos históricos, los resultados electorales de los socialistas eran realmente modestos. Los municipios donde lograron triunfar eran espacios pequeños, donde la fiscalización al cohecho y al conteo de votos podía ser más efectiva y, también, eran lugares donde los partidos históricos no demostraban mucho interés. Es por ello que en los principales centros urbanos las capacidades del partido no conseguían evitar las prácticas corruptoras. Teniendo esto en cuenta, resalta aún más la elección en 1913 de Manuel Hidalgo en Santiago. Hay que integrar también al análisis el real apoyo que los trabajadores dieron a los candidatos socialistas, ya que si bien a comienzos del siglo xx las prácticas políticas estaban fuertemente dominadas por mecanismos extra legales, en 1918 el POS no desarrolló campañas de protesta pública en contra de los resultados electorales, como sí lo hizo para reclamar por temas laborales.

De todas formas, las elecciones de 1918 confirmaron la permanencia de la postura socialista frente a la política. Una lectura donde el medio político institucional entrañaba una posibilidad certera de cambiar las condiciones de los trabajadores, ya fuera mediante leyes sociales y laborales o a través de la acción ejecutiva que se podía desarrollar en las municipalidades. En este sentido, desde su aparición en 1912 hasta 1918, existió una continuidad en la línea política del POS que no se vio alterada por las características propias del sistema político chileno, frente al cual los socialistas mantuvieron su crítica, especialmente dirigida al PD. Además en este período, frente al cuestionamiento permanente de los anarquistas, tampoco pusieron en duda su concepción de la política como un medio efectivo para lograr beneficios para los trabajadores. Entre 1912 y 1918,

las modificaciones estratégicas no se dieron en el plano político, sino en plano gremial, con la puesta en práctica del sindicalismo a base múltiple. El desarrollo político del POS se modificó recién en las elecciones de 1921, cuando el partido dejó de lado su autonomía y pactó con la Alianza Liberal para conseguir a sus dos primeros diputados (Luis V. Cruz y Luis E. Recabarren)¹²⁶. De esa coyuntura son las expresiones de Recabarren sobre la inutilidad de «ofrecer hacer leyes para parchar una organización ruinososa que debe abandonarse para dar paso a una nueva organización, que, como la organización obrera, trae en su seno, los gérmenes de la nueva vida»¹²⁷. Planteamiento influenciado por las expectativas en lo que podía realizar la FOCH y que rompía con la línea que el partido había seguido hasta esa fecha.

Tampoco la realidad internacional modificó la línea política seguida por el POS entre 1912 y 1918. Ni la caída del régimen zarista, ni las preliminares noticias que llegaban a fines de 1917 sobre las acciones que llevaba a cabo un grupo de socialistas para tomar la dirección de Rusia, alteraron la confianza en la institucionalidad política.

El «socialismo parlamentario» del POS se comprendió como revolucionario, en una época donde revolución podía significar tanto usar la violencia como medio para derrocar a los sectores dominantes como buscar a través de la política y la organización gremial la transformación de la propiedad privada en propiedad colectiva. Los socialistas eligieron la segunda opción.

1 Reproducido en El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 7 de octubre, 1916; en Ximena Cruzat y Eduardo Devés (comp.), Recabarren. Escritos de prensa. Tomo 3, 1914-1918 (Santiago, Nuestra América y Terranova Editores, 1986), pp. 99-101.

2 Matus y Garrido, op. cit., p. 24.

3 Ibíd., p. 31.

4 Isabel Jara, «Discurso sindical y representaciones públicas de ferroviarios chilenos, 1900-1930», en Mario Matus (ed.), op. cit., p. 143.

5 Francisca Durán, «Definiendo rumbos. La FOCH entre la acción sindical y la acción política», Izquierdas, 3, 2009. Disponible en Internet:

http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2011/07/duran_francisca.pdf> (revisado en junio de 2017).

[6 El Socialista, Valparaíso, 14 de agosto, 1915. Acusaciones en contra de Marín P. sobre el cobro de un 20% de los recursos obtenidos en sus gestiones ante la empresa y de donaciones prometidas y no efectuadas, en El Socialista, Valparaíso, 28 de agosto, 1915.](#)

[7 El Socialista, Valparaíso, 28 de agosto, 1915.](#)

[8 El Socialista, Valparaíso, 4 de septiembre, 1915.](#)

[9 El Socialista, Valparaíso, 15 de enero, 1916.](#)

[10 El Socialista, Valparaíso, 22 de enero, 1916.](#)

[11 Acción Obrera, Santiago, 1ª quincena de febrero, 1916.](#)

[12 El Socialista, Valparaíso, 4 de diciembre, 1915.](#)

[13 El Socialista, Valparaíso, 19 de febrero, 1916.](#)

[14 Ídem.](#)

[15 El Socialista, Valparaíso, 26 de febrero, 1916. La influencia del POS entre los caldereros se extendió por lo menos hasta 1918, año en que este gremio publica en Valparaíso El Calderero, que se imprimía en los talleres socialistas. Además, el militante porteño Guillermo Castro fue secretario de la Sociedad Unión de Caldereros.](#)

[16 El Socialista, Valparaíso, 4 de marzo, 1916.](#)

[17 Acción Obrera, Santiago, 1ª quincena de marzo, 1916.](#)

[18 Una de las denuncias iba dirigida en contra de un viejo enemigo de los socialistas, Eduardo Gentoso, acusándolo de obstaculizar la organización de la huelga a instancias de Guarello y bajo la promesa de asegurarle un cupo como candidato a diputado en las elecciones de 1918. El Socialista, Valparaíso, 26 de febrero, 1916.](#)

19 La Opinión, Santiago, 2 de marzo, 1916.

20 El Mercurio, Valparaíso, 27 de febrero y 2 de marzo, 1916 y El Mercurio, Santiago, 2 de marzo, 1916.

21 La Opinión, Santiago, 3 de marzo, 1916; El Mercurio, Santiago, 3 de marzo, 1916.

22 El redactor de El Mercurio de Valparaíso era Primitivo Ajagan Maruri, que al parecer ya no pertenecía al POS, pues el periódico socialista calificó su participación en esta asamblea con las siguientes palabras: «Ajagan Maruri hizo lo del perro, atacó a mordiscos a Sepúlveda porque puso en claro descubierto la falsa e hipócrita conducta de la prensa de la clase rica». El Socialista, Valparaíso, 11 de marzo, 1916.

23 Idem.

24 Acción Obrera, Santiago, 1ª quincena de marzo, 1916.

25 La Opinión, Santiago, 8 de marzo, 1916.

26 El Mercurio, Santiago, 9 de marzo, 1916.

27 La Opinión, Santiago, 13 de marzo, 1916. El discurso de T. Pinochet en La Opinión, Santiago, 9 de marzo, 1916. La editorial de El Mercurio de Santiago que desató la polémica en su edición del 12 de marzo, 1916. Las réplicas de La Opinión en las ediciones de 13 y 14 de marzo, 1916.

28 Acción Obrera, Santiago, 1ª quincena de marzo, 1916.

29 El Socialista, Valparaíso, 18 de marzo, 1916.

30 El Mercurio, Santiago, 14 de marzo, 1916.

31 La Opinión, Santiago, 16 de marzo, 1916.

32 El Mercurio, Santiago, 18 de marzo, 1916.

33 El Socialista, Valparaíso, 18 de marzo, 1916.

34 El Socialista, Valparaíso, 25 de marzo, 1916.

- [35 El Socialista, Valparaíso, 8 de abril, 1916.](#)
- [36 El Socialista, Valparaíso, 15 de abril, 1916.](#)
- [37 Acción Obrera, Santiago, 2ª quincena de marzo, 1916.](#)
- [38 El Socialista, Valparaíso, 21 de agosto, 1915.](#)
- [39 El Socialista, Valparaíso, 4 de marzo, 1916.](#)
- [40 La Defensa Obrera, Valparaíso, 1, 15 y 29 de agosto, 1914.](#)
- [41 Acción Obrera, Santiago, 1ª quincena de marzo, 1916.](#)
- [42 El Socialista, Valparaíso, 25 de marzo, 1916.](#)
- [43 Isabel Torres D., El imaginario de las elites y los sectores populares. 1919-1922 \(Santiago, Editorial Universitaria, 2010\), pp. 90-92.](#)
- [44 Víctor Muñoz C., Cuando la patria mata. La historia del anarquista Julio Rebosio \(1914-1920\) \(Santiago, Editorial USACH, 2011\); Camilo Plaza A. y Víctor Muñoz C., «La Ley de Residencia de 1918 y la persecución a los extranjeros subversivos», Revista de Derechos Fundamentales, 10, 2013, pp. 107-136. Las discusiones sobre la necesidad de una Ley de Residencia comenzaron a tomar fuerza desde 1916. Los socialistas denunciaron que este tipo de legislación sólo buscaba frenar y reprimir la propaganda y las reivindicaciones obreras. El Socialista, Valparaíso, 22 de abril, 1916.](#)
- [45 El Mercurio, Santiago, 2 de marzo, 1916.](#)
- [46 Acción Obrera, Santiago, 1ª quincena de mayo, 1916.](#)
- [47 El Socialista, Valparaíso, 20 de mayo, 1916.](#)
- [48 El Socialista, Valparaíso, 11 de septiembre, 1915.](#)
- [49 El Socialista, Valparaíso, 14 de agosto, 2 y 9 de octubre, 1915.](#)
- [50 El Socialista, Valparaíso, 18 de marzo, 1916.](#)
- [51 El Socialista, Valparaíso, 25 de marzo, 1916.](#)

[52 El Socialista, Valparaíso, 8 de julio, 1916.](#)

[53 Los datos de este párrafo corresponden a las informaciones publicadas en Acción Obrera, Santiago, 1ª quincena de mayo, 1916 y El Socialista, Valparaíso, 6, 13 y 20 de mayo, 1916.](#)

[54 El Socialista, Valparaíso, 26 de febrero, 1916.](#)

[55 El Socialista, Valparaíso, 22 de enero, 1916.](#)

[56 El Socialista, Valparaíso, 18 de marzo, 1916.](#)

[57 El Socialista, Valparaíso, 16 de diciembre, 1916.](#)

[58 El Socialista, Valparaíso, 8 de febrero, 1917.](#)

[59 El Socialista, Valparaíso, 21 y 28 de agosto, 4, 11, 17 y 25 de septiembre, 1915.](#)

[60 El Socialista, Valparaíso, 15 de enero, 1916.](#)

[61 El Socialista, Valparaíso, 26 de febrero, 1916.](#)

[62 El Socialista, Valparaíso, 12 de febrero, 1916 y La Aurora, Taltal, 1 de mayo, 1916.](#)

[63 La Aurora, Taltal, 18 de agosto, 1916.](#)

[64 La Aurora, Taltal, 5 de mayo, 1916.](#)

[65 La Aurora, Taltal, 19 de mayo, 1916.](#)

[66 El Socialista, Valparaíso, 22 de enero, 1916](#)

[67 La Aurora, Taltal, 8 de septiembre, 1916.](#)

[68 La Aurora, Taltal, 6 de octubre, 1916.](#)

[69 La Aurora, Taltal, 27 de octubre, 1916](#)

[70 La Aurora, Taltal, 3 y 10 de noviembre, 1916.](#)

[71 La Aurora, Taltal, 1 de mayo, 1917.](#)

[72 La Aurora, Taltal, 11 de mayo, 1917.](#)

[73 La Aurora, Taltal, 28 de septiembre, 1917.](#)

[74 La Aurora, Refresco, 28 de febrero, 1918.](#)

[75 La Aurora, Refresco, 20 de abril, 1918.](#)

[76 El Socialista, Valparaíso, 31 de julio, 1915.](#)

[77 El Socialista, Valparaíso, 21 de agosto, 1915.](#)

[78 Ministerio del Interior de Chile, El problema social-económico del Norte \(Santiago, Imprenta Nacional, 1919\), pp. 17-18. Citado en Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., p. 173.](#)

[79 Milton Godoy y Sergio González M., «Norte Chico y Norte Grande: construcción social de un imaginario compartido, 1860-1930», en Sergio González M. \(comp.\), La sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos \(Santiago, RIL editores, 2013\), p. 205.](#)

[80 El Socialista, Valparaíso, 14 de octubre, 1916.](#)

[81 La Aurora, Taltal, 7 de junio, 1916.](#)

[82 El Socialista, Valparaíso, 16 de septiembre, 1916](#)

[83 Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., pp. 156-159.](#)

[84 Ibíd., pp. 80-81.](#)

[85 El Socialista, Valparaíso, 11 de enero, 1917.](#)

[86 El Socialista, Valparaíso, 18 de enero, 1917](#)

[87 El Socialista, Valparaíso, 25 de enero, 1917](#)

[88 El Socialista, Valparaíso, 15 de marzo, 1917.](#)

89 Las informaciones de la gira en El Socialista, Valparaíso, 1, 8, 15, 22, 29 de marzo, 1917 y 5, 12, 19 de abril, 1917. Según apunta Julio Pinto, la idea del sindicalismo de «base múltiple» fue recomendada por Recabarren en un artículo enviado desde Buenos Aires, publicado en El Socialista, Valparaíso, 30 de diciembre, 1916. Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., p. 171.

90 Los socialistas santiaguinos también desarrollaban gestiones similares. Un ejemplo, en este sentido, es la conferencia «En la hora presente» que Carlos A. Martínez dictó en la mutualista Unión de Artesanos. Según explicaba el corresponsal, ante la sorpresa que podía despertar la presencia de Martínez en dicha sociedad mutualista, la instancia sería «un atracón a las sociedades de socorros muertos [sic], para que despierten y atiendan a la hora presente». El Socialista, Valparaíso, 3 de julio, 1917.

91 El Socialista, Valparaíso, 4 de enero, 1917.

92 El Socialista, Valparaíso, 18 de enero, 1917.

93 El Socialista, Valparaíso, 1 de febrero, 1917.

94 El Socialista, Valparaíso, 10 de mayo, 1917.

95 El paso del tipógrafo Evaristo Ríos por el POS tuvo un final tristemente célebre. Luego de ser uno de los socialistas santiaguinos más activos (entre 1915-1918), tanto en el plano sindical como político, a mediados de 1920 fue denunciado como policía infiltrado. Tras ser confirmada esta acusación, Ríos fue expulsado del POS y de las organizaciones obreras a las que pertenecía. Verba Roja, Santiago, 1ª quincena de julio, 1920. Otros testimonios sobre este tema, véase nota 280 de Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., p. 111.

96 El Socialista, Valparaíso, 24 de mayo, 1917.

97 Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., pp. 86-88.

98 El Socialista, Valparaíso, 31 de mayo, 1917.

99 El Socialista, Valparaíso, 14 de julio, 1917.

100 El Socialista, Valparaíso, 21 de julio, 1917.

[101 El Socialista, Valparaíso, 4 de agosto, 1917.](#)

[102 El Socialista, Valparaíso, 18 de agosto, 1917.](#)

[103 El Socialista, Valparaíso, 1 de septiembre, 1917](#)

[104 El Socialista, Valparaíso, 29 de septiembre, 1917.](#)

[105 La estrategia que siguió desarrollando el POS al interior de la FOCH hasta lograr hegemonizarla en la](#)

iii^a

Convención Nacional de 1919, es analizada en Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., pp. 81-88 y Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 171-184.

[106 Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., p. 70.](#)

[107 El Socialista, Valparaíso, 8 de septiembre, 1917.](#)

[108 El Socialista, Valparaíso, 6 de octubre, 1917.](#)

[109 La Aurora, Refresco, 15 de febrero, 1918.](#)

[110 El Socialista, Antofagasta, 2 de febrero, 1918. Mayúsculas en el original.](#)

[111 El Socialista, Antofagasta, 5 de febrero, 1918.](#)

[112 El Socialista, Antofagasta, 19 de febrero, 1918](#)

[113 El Socialista, Valparaíso, 23 de febrero, 1918.](#)

[114 Ídem.](#)

[115 El Socialista, Valparaíso, 2 de marzo, 1918.](#)

[116 El Socialista, Antofagasta, 2 de marzo, 1918.](#)

[117 El Socialista, Antofagasta, 6 de marzo, 1918.](#)

[118 El Socialista, Valparaíso, 16 de marzo, 1918.](#)

119 El Socialista, Valparaíso, 6 de octubre, 1917.

120 El Socialista, Valparaíso, 6 de abril, 1918.

121 El Socialista, Antofagasta, 30 de marzo, 1918.

122 El Socialista, Antofagasta, 2 de abril, 1918.

123 El Socialista, Antofagasta, 18 de abril, 1918.

124 El Socialista, Valparaíso, 20 de abril, 1918.

125 La Aurora, Refresco, 20 de abril, 1918.

126 Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., pp. 121-125 y Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., pp. 197-201.

127 El Socialista, Antofagasta, 23 de febrero, 1921.

Capítulo VII

Mujeres socialistas: de complementarias a compañeras

(1912-1922)*

El objetivo de este capítulo es indagar sobre el lugar que ocuparon las mujeres en la historia del Partido Obrero Socialista (POS). Con este propósito, examinaremos las acciones de las mujeres socialistas en su proceso de politización y, también, analizaremos las representaciones femeninas que el discurso de este partido difundió durante el período 1912-1922.

A pesar de que la política formal contenía un veto explícito para las mujeres (sin posibilidad de votar en todas las elecciones hasta 1949)¹, este no fue un espacio extraño a la actuación femenina ni tampoco a sus reivindicaciones. Desde comienzos del siglo xx es posible apreciar iniciativas que tenían como meta la instalación de las problemáticas femeninas en la opinión pública. Ya fuera desde los sectores dominantes (clubes de Damas o de lectura) o desde el mundo popular (sociedades obreras y mutuales), las mujeres aspiraban a lograr notoriedad pública para sus reivindicaciones. A pesar de estos esfuerzos, las empresas políticas femeninas fueron más bien escasas durante la primera década de 1900. En este sentido, es necesario analizar el papel que tuvo la mujer en el campo socialista, en tanto que el POS planteaba una visión igualitaria en el mundo del trabajo con la finalidad de proyectarla a la sociedad en su conjunto. Por tanto, si al interior del socialismo del período 1912-1922 se dio cabida a los temas femeninos, creemos posible integrar esta historia a las fuentes del feminismo de izquierda como una manifestación contra-hegemónica a la visión de género imperante en la sociedad chilena de comienzos del siglo xx.

En el mundo popular, la mujer debía coexistir con las dificultades propias de la escasez de recursos económicos, además de vivir bajo la presión de una sociedad marcadamente dominada por los hombres (y que muchas mujeres, a su escala, también reproducían). A pesar de las dificultades que estas condiciones

entrañaban, es posible observar la incipiente participación política de las mujeres hacia fines del siglo xix, principalmente a través de la sociabilidad artesanal y del PD².

Hacia la segunda mitad de la década del 1900 surgen, desde grupos de trabajadoras asociadas a la corriente socialista del PD, organizaciones que buscaban la integración femenina a las luchas de la clase obrera. Las autoras que se han ocupado del tema coinciden en que en estos casos es posible identificar a obreras con conciencia de clase, capacidad organizativa y con un alto grado de politización. Sin embargo, difieren en cuanto al fondo del discurso obrero femenino y sus proyecciones en la lucha de los trabajadores. Para Elizabeth Hutchison, la labor de las mujeres demócratas-socialistas estuvo determinada por la solidaridad de clase, es decir, subsumieron las reivindicaciones estrictamente feministas a las exigencias de la liberación de los trabajadores, sin cuestionar mayormente el paternalismo de la dirigencia masculina³. En cambio, María Angélica Illanes inscribe estas experiencias (las que denomina como «vanguardia femenina») como parte de un objetivo mayor, en tanto que la búsqueda del concurso de sus pares masculinos estaría en función de la emancipación histórica del conjunto de la clase obrera, y por lo tanto, de las mujeres populares⁴.

Respecto al tema específico de la relación entre las mujeres y el POS, Julieta Kirkwood plantea que el acercamiento del POS a la problemática femenina se efectuó en clave clasista, resaltando la importancia de las características sociales de la pampa salitrera y el rol de Luis Emilio Recabarren en este proceso⁵. Julio Pinto también ha destacado el papel movilizador que le cabe a Recabarren en cuanto a la integración del ala femenina al conjunto de las actividades partidistas, proceso que estaría marcado por los ideales anticlericales. Además, entre los socialistas de Tarapacá, la apelación a la mujer estuvo influenciada por una visión regenerativa de las costumbres obreras, espacio donde la mujer debía cumplir un papel fundamental. Con todo, Pinto destaca el rol del POS en la instalación de las reivindicaciones femeninas en una sociedad hegemonizada por los temas masculinos⁶. Por otro lado, y matizando el rol femenino, Sergio Grez plantea que la militancia socialista fue abrumadoramente masculina, lo que implicó que las mujeres tuvieran una «débil implantación» al interior del partido⁷. Por otra parte, Isabel Torres al estudiar el tratamiento que una parte de la prensa del POS dio a la problemática femenina señala su escasez para el período 1919-1922, y cuando este tema aparece –casi exclusivamente en intervenciones de Recabarren, otra vez–, la mujer es comprendida como un

sujeto pasivo y sometido a la movilización masculina ⁸.

A partir de estos trabajos surgen algunas interrogantes en relación al papel que tuvo la problemática femenina en el POS. Una de ellas tiene que ver con la importancia de los espacios sociales donde se desarrollaron los y las socialistas, pues buena parte de la literatura disponible sobre el tema se centra en lo sucedido en el norte salitrero, y casi exclusivamente en Iquique, lo que conlleva perder la perspectiva del socialismo como un fenómeno nacional y, por lo mismo, con diferencias locales. Unida a este punto, la exaltación de la figura de Recabarren reduce la politización socialista a la visión de uno de sus dirigentes, llevando el análisis del problema a sólo una de sus partes constitutivas. En otro sentido, la minimización del papel de las mujeres en el partido contrasta con las fuentes disponibles, pues si bien es cierto que no fue uno de los temas donde el POS invirtió sus mayores esfuerzos, igualmente estuvo presente desde su formación, ocupando una buena cantidad de páginas en la prensa partidista, lo que expresa, a su vez, la existencia entre sus filas de importantes esfuerzos por politizar a las mujeres populares. Por último, más que ser una característica del período 1919-1922, la complementariedad de las mujeres en las luchas obreras estuvo presente desde la creación del POS, generando un interesante debate justamente en esos años.

A partir de lo anterior, creemos que aún es necesario profundizar en los temas que las mujeres socialistas pusieron en discusión, así como también en las reivindicaciones que el partido respaldó y los ideales femeninos que intentó difundir. A través del examen de la prensa socialista, se puede conocer el rol que cumplieron las mujeres en la construcción de la cultura política socialista, además de establecer si participaron en el partido desde su formación o se integraron a él mediante la invocación de los militantes varones y, también, analizar cómo el POS trató el papel social de las mujeres y cómo comprendió el papel político que estas tenían que jugar en la persecución del socialismo.

1. El despertar de la mujer socialista, 1912-1915

En el centro de la actividad política del POS estaba el obrero, entendido como aquel sujeto explotado por el sistema capitalista que debía demostrar en el

espacio público su capacidad para redimirse y, luego, remediar las desigualdades sociales y económicas. La política, que fue comprendida por el POS como el espacio fundamental de la esfera pública, se conjugaba la mayor de las veces en masculino. Como parte integrante de su época, los socialistas expresaban también las características de una sociedad que negaba importantes espacios a las mujeres. A pesar de esto, la visión igualitaria de la propuesta política socialista se enfrentaba con el paternalismo dominante en la sociedad chilena. Y como un importante número de mujeres eran también trabajadoras, el discurso y la práctica socialista no podían dejarlas de lado.

El Despertar de los Trabajadores comienza el tratamiento de las problemáticas femeninas incluso antes de fundado el POS. A menos de un mes de existencia, se publicó allí un reportaje sobre el movimiento sufragista femenino en Estados Unidos, lamentando al mismo tiempo su proyección negativa para la realidad chilena, porque en el país «todavía, sinceramente, no lo hemos conseguido ni los hombres de verdad»⁹. La crítica al sistema electoral chileno, una constante en la prensa socialista, tiene en este artículo una aproximación novedosa. Aunque tratada todavía de manera parcial, la incorporación del sufragio femenino a los desafíos de la democratización es un interesante preámbulo a la incorporación de las mujeres a la acción socialista.

Como mencionamos, la «cuestión femenina» había surgido entre los demócratas-socialistas a comienzos del siglo xx, gracias a la iniciativa de las mujeres que publicaron los periódicos La Alborada (Valparaíso, 1905-1906 y Santiago, 1906-1907) y La Palanca (Santiago, 1908), de las cuales Recabarren era cercano. Esta afinidad queda de manifiesto en una de sus cartas, fechada en abril de 1913, donde solicitaba a sus compañeros de la capital que intentaran convencer a la tipógrafa Carmela Jeria –creadora de La Alborada– de trasladarse al norte salitrero, para desempeñarse como obrera en la imprenta del POS y también como propagandista socialista. Estimaba Recabarren que dado el avance del socialismo en el norte salitrero, «cada día que transcurre se hace necesario disponer aquí de mayores elementos de combate. Por esta razón se me hace necesario contar aquí con la Carmela»¹⁰. Como deja ver la carta, Recabarren veía a Carmela Jeria como un(a) igual, respetándola como obrera y agitadora, precisamente las características esperadas para la clase obrera consciente convocada por los socialistas. No obstante este temprano gesto de reconocimiento a la labor efectuada por las mujeres, hay que precisar que esta noción de mujer-obrera/mujer-agitadora no fue extendida en los comienzos del POS, dado que entre los socialistas surtía efecto el sentido común hegemónico

que exaltaba los rasgos sensuales femeninos y su supuesta debilidad.

Como ya hemos consignado, en las actividades partidistas rápidamente destacó la figura de Teresa Flores. A comienzos de 1913, Flores se dirigió junto a Recabarren a Antofagasta en una gira de propaganda, en la cual pronunció conferencias en diferentes oficinas salitreras, vinculando los temas de la mujer con el socialismo. Fue en ese contexto que ambos dirigentes socialistas compartieron con la reconocida conferencista anticlerical española Belén de Sárraga. Bajo el impulso que dejaron las conferencias de Sárraga, al regresar a Iquique, Flores organizó el Centro de Mujeres Librepensadoras, que posteriormente adoptaría el nombre de la intelectual española. En su invitación inaugural, este centro anunciaba que su objetivo principal sería «la emancipación de las conciencias [femeninas] del tiránico yugo eclesiástico que tantos males causa a la humanidad»¹¹. En la práctica, este centro funcionó como el ala femenina del POS iquiqueño¹² y, prontamente, comenzó a participar de otras instancias organizativas promovidas por los socialistas, como mítines y conferencias al interior de la pampa salitrera, la Cámara del Trabajo y la Sociedad Obrera Cooperativa de Pan, además de destacarse en las manifestaciones del 1 de mayo de 1913¹³.

No obstante la expectación que se creó en torno al Centro Femenino, los socialistas no comprendían todavía a las mujeres como pares y proyectaban su lugar en la lucha por el socialismo de forma complementaria a la labor de los obreros. Aún así se les reservaba un papel primordial en el plano cultural, bajo la idea de la necesidad de que las mujeres populares se alejaran de la influencia de la Iglesia. Es lo que expresaba José Zuzulich cuando hacía mención a la mujer como «aquella que las leyes y la Iglesia han relegado a ser esclava de los quehaceres domésticos y ser pasto del capricho y voluptuosidad de los hombres, esa mujer, esa esclava, se levanta hoy altiva y fiera, para disputar al dragón romano su libertad y dignidad por tantos siglos explotada». Si bien en el texto se infiere que Zuzulich comprendía la dominación masculina como un problema de género, se mantenía en su análisis una visión paternalista de la mujer; por ello, en un intento por destacar su valor, las definía como «ese Ser que endulza en el hogar nuestras horas de reposo, con sus cariños y cuidados, aquella madre que incansable lucha por dar a sus hijos los goces que lo hagan feliz»¹⁴.

En los primeros años del POS, la apelación a las mujeres estuvo estrechamente relacionada con los efectos de la religión. A pesar de esto, la actuación de las militantes socialistas excedió el plano anticlerical. Así lo dejó claro Teresa

Flores en una asamblea de la sociedad de resistencia de zapateros y aparadoras, en donde llamó a las trabajadoras de este gremio a esforzarse por sostener en el tiempo la organización obrera, para que, en conjunto con la educación, las mujeres se encaminaran hacia la independencia económica y cultural¹⁵.

La autonomía planteada por Flores no fue refrendada discursivamente por sus compañeros. En una exhortación que en 1913 *El Despertar de los Trabajadores* realizaba a las mujeres, se proponía un tipo de movilización obrera subordinada necesariamente a lo realizado por los hombres. Entendiendo al socialismo como «la única doctrina que transforma a los hombres», el periódico solicitaba a las mujeres realizar acciones para acercar a padres, hermanos, esposos e hijos al partido, porque a través de ese camino «vuestros sufrimientos se acabarán», como una de las consecuencias de la conversión socialista masculina¹⁶. Este efecto positivo del socialismo en las condiciones de vida de las mujeres, fue entendido de manera similar por los militantes puntarenenses, quienes veían en el trabajador socialista una personalidad culturalmente superior, afianzado en su núcleo familiar, ajeno al maltrato físico a su pareja e hijos y fuera del alcance del alcohol. Por lo mismo, señalaban que para «los socialistas, el hombre que maltrata a sus hijos, a su compañera, es un ser miserable, una bestia incapaz de sentir amor y de comprender la dignidad de la familia, al cual se debe separar de su seno por ser indigno de pertenecer a ella»¹⁷.

La integración de las mujeres populares a la vida pública debía no sólo salvar los escollos de una sociedad que las marginaba, sino que también debían enfrentarse a un discurso hegemónico que las veía como un apéndice del sujeto masculino y del cual los obreros organizados no escapaban del todo. Sin duda, las acciones de las mujeres socialistas contribuyeron a ir derribando los prejuicios machistas presentes entre sus mismos compañeros. Este fue uno de los propósitos de la movilización femenina del POS, la cual tuvo diferentes características según las particularidades locales de los movimientos obreros a los cuales se vinculaba.

A fines de 1913 un grupo de mujeres socialistas creó en Valparaíso la Sociedad *El Despertar de la Mujer*, la cual, con un discurso con menos tintes anticlericales y un signo más clasista que en Iquique, se proponía «albergar en su seno a la mujer obrera para emanciparla de los prejuicios sociales de que es víctima por la sociedad burguesa»¹⁸. El discurso que pronunció a fines de enero de 1914 su vicepresidenta, la militante socialista Lucila Aravena de Vergara, reafirmó la orientación clasista de esta organización. En su disertación, Aravena concebía al trabajo como una instancia propia tanto de hombres como de mujeres, situación

que históricamente había decantado hacia la subordinación de las segundas. Denunciaba también la doble explotación que afectaba a las mujeres trabajadoras. No se trataba de la doble explotación femenina en la fábrica y en el hogar, sino de una referencia a la prostitución, uno de los principales focos críticos de las/los socialistas y en la que identificaban la sumisión extrema de la explotación capitalista. Para solucionar esto, Aravena señalaba la necesidad de «que nos levantemos airadas, para exigir justicia a los acaparadores de la riqueza social»¹⁹. Es decir, insubordinarse en contra de la dominación de la burguesía. La naciente organización femenina porteña fue secundada desde sus inicios por Víctor Roa, quien expresaba que la «sociedad burguesa se sentirá inquieta cuando la dócil sierva se rehúse al dogma y a la servidumbre, proclamando en cambio la libertad del pensamiento y el derecho a la honra que se le niega». Por lo mismo, para Roa era necesario promover la organización de las mujeres, «porque su libertad importa la muerte de la sociedad presente y el triunfo de la sociedad futura»²⁰.

Siguiendo este impulso organizativo, hacia febrero de 1914 se creó en Viña del Mar otra sección de El Despertar de la Mujer. Era esta una plaza importante para el POS, debido a que en este polo industrial trabajaba una gran cantidad de mujeres. Tras la huelga general de octubre de 1913 en Valparaíso y Viña del Mar, los socialistas advirtieron prontamente la relevancia de los trabajadores de la Refinería de Azúcar y de la Fábrica de Tejidos Gertry (conocida como Fábrica de Paños y Tejidos). Bajo este diagnóstico intentaron aumentar su influencia en estas industrias –especialmente entre las obreras textiles–, promoviendo la organización gremial de las/los trabajadores e intensificando las conferencias en las cercanías de estas fábricas. Durante este período fue común la participación de las militantes socialistas como oradoras en los mítines de desocupados y de protesta política que se desarrollaban en Valparaíso, como fue el caso de Soledad Zurriaga²¹.

En este contexto, los socialistas porteños publicaron un artículo de Isolina Bórquez²², en donde señalaba que las mujeres eran esclavas de la religión, del capital y del matrimonio, situación que debía transformarse al alzar estas su voz para reclamar por sus «legítimos derechos, nunca tenidos en cuenta y eternamente desconocidos por los usurpadores (Sanguijuelas) del proletariado». Pese a esta inicial invocación clasista, Bórquez centraba su crítica en la Iglesia y en el papel que le cabía en la subordinación femenina. Y si bien reprochaba al matrimonio por situar a la mujer «como objeto de placer, como máquina de hacer hijos o esclava doméstica, sin derecho a manifestar gustos ni opiniones»,

de igual forma adoptaba un discurso de exaltación maternal, al exigir a sus compañeras el cumplimiento de la «alta misión de formar hombres libres, de iniciativa y de gran impulso intelectual»²³. Una idea similar expresaba la anteriormente nombrada Lucila Aravena en un discurso pronunciado en marzo de 1914. En aquella oportunidad, esta dirigente identificaba que «todo el engranaje del régimen burgués» operaba para reprimir el avance social y cultural de las mujeres, las cuales debían situarse «al lado de nuestros esposos y nuestros hijos que con el corazón firme llevan en sus fornidos brazos los estandartes de la paz y la justicia», en ardua lucha «contra los prejuicios, contra la mentira religiosa y política»²⁴.

Similares argumentos había ocupado un tiempo atrás la socialista iquiqueña Rosario Vargas de Barnes, cuando planteaba, en el contexto de las discusiones sobre una futura organización femenina, que «sin perturbar su gran misión en el hogar, la mujer puede y debe cooperar a la obra de su propia emancipación moral y material»²⁵. A través de estos ejemplos, podemos apreciar que la correlación entre la crítica anticapitalista y la apelación al carácter complementario de la mujer en la lucha obrera era bastante extendida y no sólo se encontraba presente entre los socialistas varones.

A pesar de estos esfuerzos, la organización de las mujeres trabajadoras no avanzaba en todas partes con la misma intensidad. A fines de 1914, Eloísa Pérez escribía al director de El Socialista de Punta Arenas reclamando por la falta de organización entre las trabajadoras. Argumentaba que a muchas de ellas «les importa un comino que en los talleres las exploten, no piensan jamás que también nosotras, al igual que los obreros, podemos organizarnos en sociedades de resistencia y exigir por nuestro trabajo una más justa remuneración». A su juicio, esa situación se debía a que ninguna organización se preocupaba de «proteger a la mujer obrera de los desmanes de sus explotadores». Frente a esto, interpelaba al director socialista: «¿por qué la Federación Obrera [de Magallanes], que tantos beneficios ha conseguido para sus asociados, no se preocupa de nosotras? ¿Y los socialistas, que nos reconocen y luchan porque tengamos los mismos derechos económicos y políticos que los hombres, [por qué] no toman la iniciativa?»²⁶. La crítica de Eloísa Pérez hacía eco de la actuación de la FOM, que tras la huelga general de 1912 había conseguido firmar convenios colectivos anuales, en donde se aseguraban reajustes salariales y condiciones mínimas para sus asociados, que en su mayoría se desempeñaban en las estancias ganaderas, una labor exclusivamente masculina. Además, Pérez apelaba a la declaración de principios de los socialistas puntarenenses, que

contenía una reivindicación explícita a la igualdad civil entre ambos sexos²⁷, dejando de manifiesto a su vez la distancia que percibían las mujeres cercanas al movimiento obrero entre el discurso y la práctica socialista y, también, la debilidad de la agrupación de Punta Arenas frente a la hegemonía de la FOM.

A la luz de nuestros tiempos es posible que la postura de los y las socialistas no deslumbre, pero contrastada con las de otros grupos sociales de la época aparece como un avance notable respecto a las posiciones que existían en torno a la problemática femenina. La revista *Familia*, publicación mensual dirigida a las mujeres de la élite chilena, divulgaba por aquella época un discurso que asociaba las preocupaciones de las mujeres con la moda, las labores domésticas y el «deber ser» de la esposa. Su edición de septiembre de 1914 hacía alusión al feminismo, definiéndolo como una moda pasajera frente a la cual muchas chilenas se encontraban discutiendo «las más graves cuestiones para sacudir el yugo». La editorialista recomendaba a sus lectoras que, en lugar de seguir esta «moda», se mantuvieran ocupadas en las labores domésticas, pues «la felicidad verdadera de la mujer está en el hogar». Por lo mismo, debían esforzarse por «ser siempre la buena y cariñosa compañera del marido», «ser la que lo consuele, [ya que] en ella debe refugiarse para que lo aliente y con gracias y ternuras debe hacerle olvidar sus preocupaciones»²⁸.

Este tipo de visión no era un atributo exclusivo de la élite oligárquica, sectores cercanos a los grupos medios también difundían la necesaria vinculación de la mujer con las labores domésticas, maritales y maternas. La sección «Página Femenina» del diario del Partido Radical *La Razón* (publicada entre marzo y abril de 1913), difundía artículos que exaltaban estas características. «¡Que se eleve la humilde, la más digna de apoyo, la obrera, hasta ser la madre ideal del hombre honrado!»²⁹, se lee en uno de ellos. En una reproducción de una conferencia dirigida al público femenino, se señalaba que «si queremos poblar el mundo de grandes hombres, sabios, conscientes y buenos, instruyamos a la mujer»³⁰. Otro ejemplo en este sentido es la *Revista Industrial Femenina* (1912-1914), publicación de la Escuela Profesional Superior, institución que perseguía capacitar a las futuras obreras industriales. Sin embargo, una rápida revisión de los tópicos tratados por esta revista deja de manifiesto su intención de reforzar las labores domésticas y maternas entre las mujeres populares³¹.

Al igual que en el caso de los socialistas, en estos ejemplos encontramos una visión complementaria de la labor social de las mujeres, pero con profundas diferencias en cuanto a los fines de ese apoyo. Aunque parcial, una comparación

como esta nos permite vislumbrar el distanciamiento del sentido común de la época y los alcances políticos del discurso socialista respecto de las mujeres que, junto al tratamiento que los anarquistas realizaban, constituían las vertientes más radicales de la crítica sobre el estado de la mujer en la sociedad chilena de comienzos del siglo xx³².

La preocupación por los derechos civiles de las mujeres fue también un tema común entre los socialistas de todo el país. Ejemplo de ello fue el programa mínimo de los socialistas de Punta Arenas publicado a mediados de julio de 1913, que establecía como uno de sus objetivos primarios la igualdad civil entre hombres y mujeres. Si bien puede parecer una declaración de principios abstracta, los puntarenenses iban más allá y se declaraban partidarios de una ley de divorcio, de la protección legal de la maternidad, de la igualdad legal entre hijos «legítimos» e «ilegítimos» (nacidos dentro y fuera del matrimonio legal, respectivamente) y del derecho a la investigación de la paternidad, medidas que buscaban contrarrestar el recurrente desconocimiento de esta entre los hombres³³. Similares objetivos se planteaba, unos meses después, la plataforma electoral del candidato socialista a senador por Santiago, Juan de la Cruz Rojas, agregando a la igualdad civil, la igualdad política para las mujeres. Su programa ahondaba también en el tema de la paternidad, al proponer su declaración forzosa y la obligación del padre de dar una pensión para alimentos y proporcionar educación a los hijos ilegítimos³⁴.

A lo anterior hay que agregar el trabajo intelectual sobre la condición social y política de las mujeres que realizaban algunos socialistas como Luis Zuloaga. Como señalamos, en su tesis para conseguir el título de abogado Zuloaga desarrolló interesantes argumentos sobre la conexión entre el trabajo doméstico (mayoritario femenino) y los derechos políticos, debido a la imposibilidad de estas/os trabajadoras/es de ejercer su derecho a sufragio³⁵.

A pesar de estos esbozos de igualdad política para las mujeres, entre los socialistas continuó operando la noción de la mujer como un apoyo del obrero organizado políticamente, además del énfasis puesto en su labor como madre y su papel en la formación de las generaciones venideras. Tampoco Recabarren escapaba a esta orientación. En un artículo de abril de 1914, señalaba que en el futuro la labor de las mujeres estaría marcada por su rol como madres formadoras de los próximos luchadores: «El mañana es de la mujer. Porque ella es la que mecerá en su seno los seres componentes de la Humanidad Futura, cuyo esplendor ya divisamos y nos satisface siquiera concebirla. Madre-mujer, tu

frente será el Sol futuro. [...] Tu regazo será el lecho perfumado del Hombre creador de la nueva vida»³⁶.

Es probable que, al comprender la participación de las mujeres en las elecciones como un escenario demasiado lejano, los socialistas no articularan con mayor proyección las demandas femeninas estrictamente políticas y se enfocaran en resaltar las labores culturales que en el ámbito privado y doméstico podían realizar las mujeres bajo una orientación socialista. La exaltación de las características maternas, en esta primera etapa, pudo ser también una estrategia para acercar a las mujeres populares a la causa socialista, intentando poner a disposición de estas referentes sociales más afines y de fácil comprensión, mezclándolos a su vez con la promesa igualitaria del socialismo. Así también ocurrió con el discurso ético con que el partido buscó acercarse hacia los trabajadores hombres en sus primeros años, marcado por la exaltación del rol proveedor, de la honestidad y la valentía.

Respecto al escaso tratamiento del sufragio femenino, también hay que considerar la evaluación crítica de los socialistas sobre los vicios del sistema electoral y los efectos que tenían en él fenómenos como el cohecho y la intervención del Ejecutivo. No obstante ello, en sus primeros años, el POS propició la organización de las mujeres obreras y, en los gremios donde trabajaban tanto hombres como mujeres, las sociedades de resistencia bajo influencia socialista siempre llevaron la ampliación genérica «Ambos Sexos». Es decir, el foco del discurso y de la acción socialista estuvo en la organización de las mujeres en tanto trabajadoras, con un fuerte énfasis en los temas anticlericales y una casi inexistente apelación como sujeto electoral.

A pesar de que no podían votar, las mujeres socialistas no se mantuvieron al margen de la agitación electoral que realizaba el POS. En las elecciones de 1915, los socialistas iquiqueños vinculaban el bienestar de las mujeres con el avance del socialismo y la influencia que tendría este en el espacio doméstico. Así, cotidianamente invitaban a las mujeres «progresistas», si querían «ver más feliz y dichoso su propio hogar», a trabajar por el triunfo de los candidatos socialistas al Parlamento, ya que el POS era el único partido «que firmemente combate todos los vicios que producen las desgracias»³⁷. Y no eran pocas las acciones que las socialistas realizaban para alcanzar estos fines. Hacia febrero de aquel año, Ana Gutiérrez, Ilia Gaete, Josefina Gaete, Adela de Laferte, Idia Osorio, Mercedes Roco, Clarisa Riveros, Catalina Agüero y Teresa Flores eran conferencistas frecuentes en las jornadas de agitación electoral que organizaba el

partido en la pampa salitrera³⁸. En un escenario como este, y a poco, días de las elecciones, las militantes del Centro Femenino Belén de Sárraga instaban a sus congéneres a apoyar a los candidatos del POS: «Si queremos acción al verdadero liberalismo y moralidad, trabajemos por el triunfo del socialismo»³⁹. Aunque no podían votar, el día de la elección las socialistas de Iquique salieron a la calle con carteles en los que se leía «Vender el voto es vender la familia», «No votéis por tus patrones», «Los pobres debemos unirnos», y mientras un pequeño grupo las aplaudía, «la inmensa mayoría de proletarios, ebrios de abyección, las insultaba groseramente»⁴⁰.

Similar situación se vivía en Valparaíso, en donde el obrero ferroviario Luis A. González R. pronunció un discurso señalando la necesidad de «educar a la mujer», cuyo primer paso en ese sentido debía ser el apoyo a los candidatos socialistas⁴¹. En otro mitin, la futura militante comunista Carmen Serrano declamó una poesía dedicada a los candidatos socialistas. En tanto, en La Defensa Obrera se publicaba una delimitación política, aclarando que las mujeres que se interesaran por el «bienestar positivo del pueblo, deben hacer propaganda por los candidatos socialistas»⁴².

En síntesis, en sus primeros tres años el POS propició la participación política de las mujeres a través de la movilización obrera y anticlerical, con un discurso que enfatizaba el rol suplementario que les cabía en la lucha obrera de tipo socialista. Esta última característica era compartida por distintas capas sociales –como la élite y los sectores medios–, pero con la diferencia que el discurso socialista integraba la participación femenina en la construcción de una nueva sociedad para superar el capitalismo y sus consecuentes desigualdades, entre ellas, obviamente, las que afectaban directamente a las mujeres. A pesar de que a comienzos de la década de 1910 los espacios de participación femenina en la política institucional eran inexistentes, los socialistas comprendieron a las mujeres como un grupo esencial en la construcción de la sociedad futura. Es probable que la prohibición legal para que las mujeres participaran en las elecciones, haya influido en el carácter complementario que el discurso del POS les asignó a sus partidarias. Sin embargo, como hemos visto, las militantes socialistas participaron activamente en la política formal (elecciones), intervención que fue aceptada e impulsada por sus compañeros. Este tipo de práctica política situó a las socialistas en el espacio público de una manera distinta a lo manifestado por las mujeres de la elite. Las formas de participación política de las mujeres socialistas estaban en consonancia con la cultura política del POS, es decir, un proyecto rupturista basado en una visión clasista de la

sociedad, pero con aspiraciones de desarrollarlo al interior del sistema institucional a través de las acciones de un partido político. A partir de estas variables, las mujeres socialistas se situaron en el espacio político y gremial, ya fuera participando en la movilización electoral del POS o en las organizaciones obreras promovidas por el partido.

En los años venideros, y con el afianzamiento de la estructura partidaria, la problemática femenina continuó integrando el aparataje discursivo socialista, surgiendo nuevas temáticas y aspiraciones.

2. 1915-1917: entre el discurso de la complementariedad femenina y la profundización del discurso clasista

Tras las elecciones de 1915 y el Primer Congreso del partido (mayo de 1915), los socialistas reforzaron sus energías en el ámbito gremial, situación que se vio vigorizada además por el traslado a Valparaíso de importantes dirigentes nortinos. En este puerto, el POS disputaba palmo a palmo la hegemonía del movimiento obrero con los anarquistas y, como vimos, ya había logrado instalar la temática femenina con un discurso marcadamente obrerista, diferenciándose del énfasis anticlerical que se difundía en el norte salitrero.

Desde la publicación de El Socialista de Valparaíso, la problemática femenina se volvió más común en el discurso partidista. El primer número de este periódico (31 de julio de 1915) incluía dos artículos que incitaban a las mujeres a unirse a la lucha de los trabajadores. En el primero de ellos, se planteaba que uno de los objetivos fundamentales de la prensa obrera debía ser la concientización de las mujeres proletarias, emprendiendo «una campaña contra la explotación del trabajo femenino [...] que a la vez señale a las obreras el camino de la unión y de la asociación como único remedio contra la explotación». El segundo artículo, llamaba a las trabajadoras a «instruirse, organizarse, leer [...] para que entren a fraternizar, a discutir, a razonar y a darse cuenta de lo que les pertenece». De producirse esto, «llegará la mujer a colocarse en el verdadero terreno que le corresponde como productora y contribuyente al progreso en todas sus manifestaciones»⁴³. Nos interesa destacar en estos escritos la instalación en la prensa oficial del partido de un discurso que estimulaba la autonomía gremial

y política de las mujeres, pues no se hace referencia en ellos a la labor de la mujer como acompañante de la lucha del hombre trabajador. En ambos escritos se apela directamente a las mujeres trabajadoras, enfocándose en los desafíos comunes de la lucha obrera.

Estos artículos fueron el preámbulo para la formación, una semana después, de una nueva sociedad de resistencia que agruparía a los obreros de la Compañía Chilena de Tabacos y que adoptó el nombre de Unión de Elaboradores de Tabacos de Ambos Sexos. La sesión inaugural fue presidida por Recabarren y el acta constitutiva fue firmada por 26 mujeres y 36 hombres, ocupando el cargo de vocal la obrera Laura Urbina⁴⁴. La organización de este gremio estuvo en el centro de las actividades de la segunda mitad de 1915 de la sección socialista de Valparaíso, poniendo especial cuidado en las conferencias semanales realizadas en las cercanías de la fábrica. A mediados de agosto, Recabarren se dirigió a las mujeres tabacaleras, destacando el rol que cumplía la organización en el mejoramiento de las condiciones laborales, sin la cual las mujeres terminarían a merced de «las fábricas y talleres que tragan insaciables, vida y belleza de jóvenes mujeres dignas de mejor suerte». Para remediar estos males, invitaba a las mujeres a unirse a la nueva sociedad de resistencia⁴⁵. A la agitación del gremio tabacalero concurrieron también importantes dirigentes como Teresa Flores, Víctor Roa M. y Ramón Sepúlveda L., este último organizando una sección viñamarina⁴⁶. A mediados de octubre, la Unión de Elaboradores de Tabacos de Ambos Sexos contaba con más de doscientos afiliados, en su mayoría mujeres (además de hombres y niños del gremio)⁴⁷, y su balance arrojaba un saldo positivo de \$443, más de la mitad por concepto de cuotas de los/las asociadas⁴⁸.

La problemática femenina en el ámbito socialista se inauguró en 1916 con un artículo de Julia Arévalo, titulado «El derecho femenino» y publicado en Punta Arenas. En él, la autora hacía referencia a la igualdad parcial de la ley, que castigaba de forma equivalente a hombres y mujeres, imponiéndoles a estas deberes que no eran replicados equitativamente con sus derechos, entre ellos, la posibilidad de participar en la aprobación de las mismas leyes que las castigaban. Arévalo instigaba a sus lectores a declararse como «feministas», entendiendo por ello una declaración en contra de la supremacía de un género por sobre otro. Agregaba que, si detrás de las intenciones de los socialistas estaba «la elevación moral e intelectual del pueblo», era necesario que se situara «a la mujer en el mismo nivel que al hombre» y, así, al pasar aquella a ser «dueña de sus derechos, conseguiremos la redención del pueblo»⁴⁹.

La conexión entre los derechos de las mujeres y la acción socialista no era nueva. Tras las elecciones de marzo de 1915, la militante socialista Ana Gutiérrez pronunció en Iquique una conferencia titulada «Los derechos de la mujer», en donde reclamaba la igualación de derechos para ambos sexos, impedida, según su interpretación, por la educación religiosa y la inferioridad que socialmente se le asignaba a las mujeres. Usando el ejemplo de la Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana (redactada en 1791 por Olympe de Gouges como respuesta a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano), incitaba a las mujeres a asociarse para dar «de una vez el golpe de gracia a esas rancias y funestas costumbres que se oponen a nuestra libertad, a nuestra verdadera emancipación total». Según la lectura de Gutiérrez, la unión de las mujeres debía fundarse «en los modernos moldes del socialismo, único faro que ha de llevar a la Humanidad a su más amplio perfeccionamiento, a su más absoluta libertad». Al finalizar retomaba, como era costumbre, la apelación al carácter maternal de las mujeres: «Ya lo sabéis mujeres, [...] si queréis que vuestros derechos de madre sean respetados, cobijaos bajo esa bandera roja que trémula por todo el Orbe con esta enseña: SOCIALISMO!»⁵⁰. Se puede apreciar nuevamente aquí la extensión del anticlericalismo entre las socialistas de Tarapacá, quienes, a diferencia de sus pares del centro y sur, hacían mayor hincapié en la influencia negativa que ejercía la religión sobre las mujeres. A pesar de que este era un tema común entre los socialistas, en los lugares donde el movimiento obrero era más diverso y mayormente concentrado en las ciudades (como en Valparaíso), el énfasis anticlerical cedía terreno al discurso obrerista.

Debido a que hacia mediados de la década de 1910 la movilización obrera femenina en Santiago había decaído respecto a la década anterior, Esther Valdés de Díaz (experimentada militante demócrata-socialista y directora del periódico *La Palanca* publicado en 1908) realizaba a comienzos de 1916 una crítica tanto a la inacción femenina como al papel que les cabía a los varones asociados, en relación a la falta de participación de las mujeres en la organización obrera. Recriminaba a estos el desinterés por promover el estudio de los problemas sociales entre las mujeres y la participación femenina en las sociedades, conferencias y bibliotecas obreras⁵¹. Unas semanas después arremetía nuevamente en contra de los varones organizados, señalando que «no es dejando a la mujer al cuidado de los quehaceres domésticos [...] como los hombres llevarán a cabo su programa de acción, de mejoramiento económico, moral e intelectual que señala como fundamento de existencia la organización obrera masculina»⁵². Las críticas de Valdés ponían en tela de juicio la coherencia entre

el discurso y la práctica de los socialistas. Crítica que al parecer no fue internalizada con la debida profundidad por sus compañeros. Por ejemplo, Carlos A. Sepúlveda recogía positivamente las palabras de Esther Valdés y señalaba que la «mujer proletaria es la que recibe con más fuerza el azote de esta deficiente organización social» y, por lo mismo, debía «marchar a la vanguardia de nuestras organizaciones». Pero a pesar de esta declaración inicial, más adelante planteaba, estereotipadamente, que la mujer era necesaria en la lucha obrera «porque ella es la que con su juventud lo alegra todo, porque ella es la que prepara al hombre y a la mujer del futuro, [...] porque ella es la que dirige el hogar, porque ella es la que se entiende con todos los gastos diarios»⁵³. Las palabras de Sepúlveda expresan la tensión que existía en los socialistas entre el reconocimiento de las mujeres como agentes políticos y el rol primordial que se les asignaba en el ámbito doméstico, justamente lo que criticaba Esther Díaz.

En Valparaíso, en tanto, se verificaba un aumento de la influencia socialista en el movimiento obrero. A modo de preparación para la conmemoración del 1 de mayo de 1916, Teresa Flores publicó un artículo donde situaba conjuntamente a hombres y mujeres en la lucha obrera. Según su apreciación, estas últimas exigían, «con justo derecho, la necesidad de participar de los beneficios que conquiste la acción proletaria»; sin embargo, advertía que «para reclamar este derecho es preciso también que la mujer participe en la lucha redentora». De esta forma, reconocía la urgencia de que el movimiento de reivindicaciones laborales integrara a las mujeres, una inclusión que debía darse por la acción femenina misma y ya no como un derivado de la lucha de los obreros hombres: «Hay centenares de problemas que afectan íntimamente a la mujer obrera, en los cuales tienen un lindísimo campo donde dar impulsos y resoluciones a estos problemas, sólo falta para esto que sea ella misma la incitadora». Para lograr beneficios, la mujer proletaria debía participar de las manifestaciones obreras, con la intención de «sacar el mayor provecho de estas conmociones públicas donde se alza el grito dolorido de toda una raza que gime bajo el imperio capitalista»⁵⁴. Quizás influenciada por el ambiente obrero de Valparaíso, en donde era una de sus más activas animadoras, Teresa Flores apelaba a las mujeres en tanto trabajadoras, dejando de lado su anterior preocupación anticlerical y, más importante aún, el rol complementario en la lucha obrera que les asignaba el discurso socialista del período 1912-1915.

A diferencia de lo ocurrido en años anteriores en Valparaíso, la conmemoración del 1 de mayo de 1916 muestra un visible aumento de la participación de militantes socialistas en esta importante fecha. En el mitin organizado por el

partido, Tránsito Meneses de Castro planteó, ante unos cuatro mil manifestantes, que los pobres tenían sólo dos caminos: «O rebelarnos contra la tiranía y la explotación que soportamos; o seguir aplastados por el despotismo y el hambre». También hablaron en dicha jornada Ana Gutiérrez, a nombre del Centro de Estudios Sociales, y Soledad Zurriaga, en representación de El Despertar de la Mujer. Esta última reclamó por la falta de participación femenina en una fecha tan importante para los trabajadores como el 1 de mayo, ya que según su opinión la mujer debía participar en las manifestaciones obreras «para que se acostumbre a la lucha y se capacite en ella»⁵⁵.

Como hemos demostrado, hacia 1916 el POS comenzó un proceso de expansión por el país, que llevó a que importantes dirigentes de Valparaíso se dirigieran al norte salitrero y a Concepción. En junio de ese año, Víctor Roa publicó en el periódico La Aurora de Taltal un sentido llamado a la mujer proletaria: «¡Luchar! Esa es tu vida, ¡luchar para la vida! Sí. Luchas obrera en el taller, dejando tus pulmones, tu inteligencia y hasta tu pundonor en manos del que explota tus juveniles energías». Aclaraba, además, que su invocación era clasista, dado que la liberación que proclamaba era estrictamente para la mujer obrera. Finalizaba exponiendo sus intenciones de ver a la mujer obrera «libre de la explotación y el engaño [...] grande, muy grande, luchando con conciencia para la vida, para la vida realmente feliz en la organización de tu clase y de tu sexo»⁵⁶. Un mes antes, y con motivo de la conmemoración del 1 de mayo, su esposa, Sara Vergara de Roa, había publicado un saludo a las mujeres trabajadoras, el que finalizaba recordando la importancia de la prensa obrera: «Pensemos las obreras y busquemos en nuestros periódicos el valor de este día florido para los pobres»⁵⁷.

Lo realizado por Roa en Taltal buscaba reforzar el todavía débil desarrollo del POS en Antofagasta, donde Luis Víctor Cruz publicaba desde 1916 El Socialista, periódico en el que aparecían artículos que abordaban el tema de la mujer con una visión menos emancipadora y enfocando el problema en la educación anticlerical y el apoyo que la mujer debía prestar al trabajador organizado. Ejemplo de esta orientación es un artículo de febrero de 1918 que sostenía que la «mujer no sólo debe ser para el hombre la compañera que le dé hijos; debe ser [también] la esposa consciente que, con su inteligencia, secunde las obras del marido, y entonces el marido seguirá su marcha; y el porvenir sonreirá a todos; y será el engrandecimiento de las naciones; y habrá Paz y Justicia para todos»⁵⁸. Como vemos, en el norte salitrero la visión de la problemática femenina continuaba apegada al rol complementario asignado a las

mujeres obreras y la influencia que ejercía en estas la educación religiosa. A este respecto, es importante destacar el discurso que Roa difundía en Taltal, comprendiendo el problema femenino desde una óptica clasista, más acorde con el enfoque que tenían los/las socialistas de Valparaíso.

Como fuera, con más o menos énfasis, en casi la totalidad del discurso socialista se destacaba el rol maternal de la mujer y su función cultural y política en relación a la educación de los hijos. Esto último no conducía necesariamente a asignarle a la mujer un rol secundario o prescindible en la acción socialista, sobre todo porque la maternidad era un referente social cercano para la mayoría de ellas a comienzos del siglo xx y, por lo tanto, una madre politizada podía ejercer una función de concientización que resultaba fundamental.

La orientación clasista del discurso socialista entre las mujeres obreras de Valparaíso quedó de manifiesto en el llamado que en mayo de 1917 efectuó a sus compañeras de trabajo Luzmira Carril, obrera textil. Frente a los reiterados reclamos por las negativas condiciones laborales de las obreras de la Fábrica de Paños y Tejidos, Carril proponía a sus compañeras que lo «práctico sería que nos uniéramos todas y formáramos una sociedad defensora de nuestros intereses y de nuestra existencia, y lucháramos todas juntas por nuestro bienestar y el de nuestra familia; así unidas nos haríamos respetar y no seríamos víctimas de tanta explotación y escarnio»⁵⁹. De igual manera, Iván Ardif, socialista porteño, relacionaba la crítica a la pasividad femenina con la necesidad de que ellas mismas fueran quienes cambiaran su posición subordinada. «La mujer, por iniciativa propia nunca indaga, nunca analiza lo que le presentan sus falsos educadores [religiosos] como verdad», y cuando llegaba a hacerlo, «la sociedad la condena, por desertora del regimiento oscurantista, al desprecio y al silencio». Así, el «problema que tienen que resolver las mujeres del presente es el de su educación, y deben hacer todo lo posible por alcanzar una educación racionalista», pues la «mujer que logra romper con todos los prejuicios, estudia, piensa y pone en práctica su idea de justicia y libertad, es una mujer de progreso». Según sus palabras, los socialistas secundaban a «las mujeres que se rebelan al medio ambiente mantenedor de los prejuicios, pasando por sobre todo hasta lograr imponerse»⁶⁰. Es decir, de acuerdo a esta visión y la de Luzmira Carril, y parafraseando una cita de Marx que llamaba poderosamente la atención de los socialistas, la emancipación de las mujeres debía ser obra de ellas mismas.

Reforzando lo anterior, A. de Guafra dedicó dos artículos a reprochar el papel masculino en la lucha por la emancipación femenina. Dando una larga lista de

ejemplos históricos donde la mujer había desempeñado un rol fundamental, de Guafra se lamentaba que en su época la mayoría de las personas comprendiera a las mujeres «como algo accesorio [...] sin importancia, sin voluntad propia, sin criterio». Según su interpretación, esta situación se fundaba en el desconocimiento de las capacidades de las mujeres, principalmente por parte de los hombres. Por lo mismo, a «la mujer no la comprenderá jamás aquel que pasa y la empuja», ni tampoco quien «llega a conocerla en los burdeles», ni «el macho ahíto de placer», debido a que estos «saben sólo que es voluble, caprichosa, sensual» e ignoraban a la mujer «verdadera, a esa que es inteligente, espiritual, apasionada». Recordaba que la mujer «verdadera» se había destacado en el ámbito político, gremial, cultural y artístico, y como reconocimiento tanto a su papel histórico como a su labor reivindicativa, proclamaba: «¡Paso al Feminismo, que triunfe definitivamente»⁶¹.

Estos ejemplos, tanto los más conservadores como los más progresistas, dan cuenta de la existencia de una tensión al interior del POS respecto a la emancipación de las mujeres populares, mediada por la participación femenina en las organizaciones obreras y en el espacio político de la segunda década del siglo xx, aspectos fundamentales para los socialistas. En el norte salitrero, el rol complementario que se les asignó fue lo más frecuente. En cambio, en Valparaíso esta visión transitó hacia un discurso que les exigía el desarrollo de un camino autónomo, ya fuera en las reivindicaciones laborales o en su desarrollo cultural. No obstante, y teniendo en cuenta las particularidades de la vinculación del partido con los movimientos obreros en distintas ciudades, es posible observar que en estos primeros años el conjunto de las y los socialistas comprendió a la mujer como un sujeto importante para la construcción de la nueva sociedad a la que aspiraban (quizás no el primordial), ya fuera que realizara sus acciones autónomamente o como refuerzo de las realizadas por el obrero varón.

3. Del reflujo al reconocimiento político de las mujeres socialistas, 1918-1922

Las elecciones de 1918 revelan un alejamiento del papel político de las mujeres socialistas. Como vimos, en 1915 la apelación al papel femenino en las

elecciones fue una constante en las secciones socialistas, situación que no se repitió en 1918. Si bien en el centro del país las plataformas electorales de las secciones de Santiago y Valparaíso integraban el reconocimiento de la igualdad civil de ambos sexos, en ninguna de las dos se incluía el derecho a voto para las mujeres⁶². Y cuando se invocó a las mujeres, el discurso retornó hacia la apelación de las obreras como reservorio moral de la familia: «Obreras! Vosotras, las víctimas sufridas, las madres, las esposas, las hermanas, las hijas, todas deberéis preguntar a aquellos que comercian con su voto: ¿si vendéis vuestra conciencia acaso no vendéis la felicidad de todos nosotros?»⁶³. Para las elecciones de 1918, la participación femenina en los actos de propaganda disminuyó considerablemente. Por ejemplo, en Iquique y Antofagasta los encargados de los discursos en las proclamaciones y conferencias electorales fueron exclusivamente hombres, y en Valparaíso y Viña del Mar sólo en dos ocasiones participó una militante (Isolina Albuquerque)⁶⁴. Además, si bien la mayoría de los escritos de la prensa del partido tenía como fin exponer temas relacionados con las elecciones, las artimañas del gobierno o la venta del voto, en ninguno de ellos se hacía mención a la reivindicación del sufragio femenino.

El alejamiento de la problemática femenina probablemente respondió al reforzamiento de la organización sindical en que se comprometieron los socialistas desde 1916 (y que se intensificó entre 1917-1918), en un intento por reunir a los trabajadores en organismos con mayor alcance gremial y territorial, proceso que culminó en 1919 cuando el partido alcanzó un rol hegemónico al interior de la Federación Obrera de Chile (FOCH). Quizás por estos motivos es que las únicas menciones de los socialistas porteños hacia el papel de las mujeres en 1918 vengan del ámbito laboral. Una pequeña nota que informaba sobre el triunfo de la huelga de los obreros zapateros de Santiago, otorgaba a las mujeres el papel clave del éxito del movimiento⁶⁵. El otro ejemplo es un artículo publicado en febrero de 1918 en El Calderero, órgano de la Sociedad Unión de Caldereros, que denunciaba las condiciones laborales a las que se exponían las obreras industriales y culpaba a los obreros varones por no comprometerse profundamente con la emancipación femenina y con su organización sindical⁶⁶.

A lo anterior se sumaron una serie de factores que debilitaron al POS y, por ende, influyeron en el descenso de su preocupación sobre la problemática femenina, principalmente en el norte salitrero. Uno de ellos fue la intensificación de la represión en contra de las agrupaciones socialistas, tanto por parte de la policía como de instancias extra-estatales, como las Ligas Patrióticas, que retomaron sus actividades delincuenciales en Tarapacá y Antofagasta hacia fines de 1918. Si

bien estas organizaciones paramilitares fundaban su acción en la persecución y hostigamiento de los extranjeros residentes en el norte salitrero (principalmente peruanos y bolivianos), también actuaron en contra de los que comprendían como enemigos de los valores nacionales, entre los cuales se encontraban los socialistas, pacifistas e internacionalistas por convicción. En función de estos ideales, y también de la utilización de las Ligas por parte de los sectores dominantes, los socialistas iquiqueños sufrieron en enero de 1919 la destrucción de la imprenta de El Despertar de los Trabajadores⁶⁷. Así también, la movilización obrera en Antofagasta fue entendida como una amenaza para el orden público, justificación que utilizó la justicia para ordenar en febrero de 1919 la detención de varios dirigentes del POS y el cierre de la imprenta de El Socialista.

Dentro de los factores que debilitaron la acción socialista, hay que considerar también la crisis salitrera que comenzó en 1918 y que disparó la cesantía, iniciando así un nuevo período de agitación obrera y emigración masiva de trabajadores hacia el centro y sur del país⁶⁸. Una de las consecuencias socio-políticas de esta crisis fue la creación de la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (AOAN), surgida al alero de la FOCH y donde el POS estuvo profundamente involucrado, llegando a ocupar el cargo de Presidente de la Mesa Directiva el socialista santiaguino Carlos A. Martínez⁶⁹.

Los esfuerzos puestos tanto en el sostenimiento de la estructura partidaria (fuertemente golpeada por la emigración de los obreros salitreros) y en los resguardos frente al incremento de la represión, como también en la organización sindical y social (FOCH y AOAN), transformaron las temáticas tratadas por los socialistas hasta 1918 e incidieron negativamente en el peso que había alcanzado en el partido la problemática femenina.

A pesar de que en el norte salitrero la preocupación por los temas femeninos languidece, no desaparece del todo. A comienzos de febrero de 1918, los socialistas iquiqueños publicaron un reportaje sobre el papel jugado por las mujeres trabajadoras en el mantenimiento de la producción industrial en la Primera Guerra Mundial⁷⁰. Unas semanas después, otro artículo informaba sobre el reconocimiento del derecho a voto de las mujeres en Inglaterra, acontecimiento considerado como «algo comparable a una liberación de esclavos», ya que, aunque «con menor rigor aparente, esa es también la suerte de la mujer en las naciones modernas que les niegan el voto». El aspecto que llamaba positivamente la atención del articulista, era la actitud del Partido

Laborista inglés frente a este hecho, que en vísperas de las elecciones con un nuevo padrón había convocado a las mujeres en general y no sólo a aquellas que eran obreras⁷¹. Al parecer, la intención de este artículo era internalizar una futura estrategia electoral, porque el mismo no se hace cargo de la situación de las mujeres chilenas ni reivindica el derecho a voto para ellas.

Como vimos más atrás, para la coyuntura electoral de 1918 en Antofagasta, la apelación a la mujer seguía circunscrita a temas como la educación anticlerical y el apoyo que la mujer debía prestar al obrero organizado. En el periódico de esta agrupación, sólo es posible apreciar un pequeño llamado que se repite en múltiples ediciones de 1918: «Es un asunto de mucha importancia que El Socialista sea leído por el mayor número posible de mujeres que pertenezcan a las clases pobres»⁷². ¿Por qué la lectura de un periódico socialista por parte de las mujeres pobres era un asunto de suma importancia? No se explicita allí, ni tampoco los socialistas antofagastinos dedicaron espacio adicional para explicarlo.

Recién a mediados de 1919 reflota la presencia de los temas femeninos, cuando desde la pampa salitrera de Antofagasta se publica una convocatoria para formar la Sociedad Protección y Cultura de la Mujer⁷³. Esta organización dio a conocer sus estatutos en agosto y su declaración introductoria consideraba a la mujer como «el pedestal de toda civilización y sociedad», lo que no tenía correlación con el tratamiento que recibía, cercano al de una esclava, además de ser considerada incapaz de «compartir con el hombre las libertades que la naturaleza ha otorgado a los dos sexos». Para revocar estas desigualdades, esta organización invitaba a integrarse a «toda mujer obrera sin distinción de nacionalidad» y, entre sus puntos principales, se planteaba el objetivo de luchar por la obtención del voto femenino, porque así como la mujer podía desempeñarse en distintas labores, también podía ocupar «puestos legislativos y en los municipios»⁷⁴. En esta sociedad es innegable la influencia del discurso socialista, ya que además de la proyección electoral y política, apelaba expresamente a la mujer obrera, sumando también la crítica anticlerical y el reproche a las mujeres que se dedicaban a la prostitución.

A pesar de que los socialistas secundaron esta iniciativa, el repunte de la organización femenina los tomó por sorpresa. Por ello, a la vez que saludaban con regocijo la creación de una Sociedad Femenina de Oficios Varios, declaraban no haber incidido en ella. No obstante, aprovecharon esta noticia para publicar un llamado a todas las mujeres trabajadoras a integrarse a ella⁷⁵. En un

contexto de debilitamiento de la movilización femenina en el partido respecto a lo ocurrido entre 1915 y 1918, teniendo en cuenta, además, la represión oligárquica en contra del movimiento obrero, la aparición de esta organización se transformó en un importante hito para la revitalización política de las mujeres socialistas.

A partir de este hecho la situación cambiaría, llevando al POS a preocuparse nuevamente por el elemento femenino, giro que fue más bien propiciado por la movilización de las propias obreras que por acciones específicas del partido. En noviembre de 1919, Isabel Díaz comunicaba a El Socialista que la Sociedad Protección y Cultura de la Mujer había decidido convertirse en Federación Femenina, contando ya con aproximadamente 250 socias y con más de \$300 en fondos disponibles. Además, declaraba que esta decisión se había tomado con la intención de reforzar la organización y también para contrarrestar la actitud de «algunos compañeros [que] no reconocen nuestro ideal y quieren coartar la libertad que tenemos nosotras las Mujeres»⁷⁶. Por esos días, el destacado dirigente socialista Manuel A. Silva dio una conferencia en Calama, donde invitó «al elemento femenino a secundar esta grandiosa obra de mejoramiento económico, político y social de la clase trabajadora», es decir, integrarse a la FOCH y al partido, y por extensión, a la Federación Femenina⁷⁷. La movilización aumentaba. El 9 de noviembre se creó la Federación Femenina Obrera de Chile-Sección Chuquicamata, con más de 40 afiliadas. Esta importante iniciativa de las obreras perdió en autonomía cuando se fusionó con la sección masculina, quedando a su alero en términos económicos⁷⁸.

La activación de las mujeres obreras en el interior de la provincia de Antofagasta fue acompañada por la reposición del discurso que las veía como acompañantes de la organización masculina. No obstante, se produjeron algunos importantes cambios, principalmente en el tipo de exhortación hacia las obreras. En agosto de 1920, desde Calama un militante expresaba que era un gran error pensar que la mujer no estaba capacitada para la lucha, aunque reconocía que la mayoría de ellas no participaba en la organización obrera, lo que se debía «a la desidia de los padres de familia, tutores, hermanos y esposos»⁷⁹. Un mes después, un nuevo artículo refrendaba la crítica hacia los hombres, pero avanzaba más allá, señalando que los «compañeros [...] no pueden ya impedir que ellas hagan su Federación y empiecen una campaña de propaganda a favor de su emancipación»⁸⁰. ¿Quiere decir esto que los socialistas fueron un obstáculo para la organización de las obreras? No hemos encontrado ejemplos concretos que prueben esta afirmación, pero la permanencia de esta crítica en la prensa

socialista indica, a lo menos, que los trabajadores varones no fueron los más activos promotores de la organización obrera femenina.

Un hecho que funcionó como catalizador de la activación de las mujeres en la organización obrera y socialista fue la Revolución bolchevique de 1917. Las acciones de las revolucionarias rusas era el fundamento de la exhortación que «Una federada» realizaba a sus compañeras, señalando: «debemos guiarnos y tomar como ejemplo la acción de la Rusia [...] que ya empieza a conmoverse al impulso de las nuevas ideas de regeneración social»⁸¹. Esta idea fue acompañada con el incremento en la prensa socialista de las informaciones del proceso revolucionario ruso y de textos bolcheviques alusivos a las mujeres.

En un avance notable en la forma en que los socialistas habían tratado el tema de los derechos políticos de las mujeres en Chile, un artículo de octubre de 1920 planteaba que estas tenían el «perfecto derecho a ser tomadas muy en cuenta y consultadas en lo que atañe a la acción moralizadora del Gobierno y de las leyes que al respecto se promulguen», dado que a la fecha la mujer tenía conciencia «de cuánto puede, cuánto vale y cuánto pesa en la lucha renovadora en que estamos empeñados». Por lo mismo, era necesario «devolverle todos los derechos y prerrogativas políticas y jurídicas que le corresponden y que nuestras leyes le tienen usurpadas»⁸². Así, por vez primera los socialistas antofagastinos articulaban abiertamente el reconocimiento de las mujeres como sujetos políticos. Esta opinión se apoyaba, sin duda, en el crecimiento de la organización obrera en general y también femenina en Antofagasta, que tenía en el Consejo Femenino de Yungay (FOCH) uno de sus más activos representantes, con 297 socias hacia noviembre de 1920⁸³.

El crecimiento de la organización de las mujeres obreras, que comenzó en 1919, se coronó en enero de 1921, cuando las socialistas de Antofagasta decidieron formar el Partido Obrero Socialista Femenino, sustentado en un programa que contenía la aspiración de educación obligatoria para las mujeres, igualación de derechos civiles y políticos, combate al cohecho, mejoramiento de los salarios femeninos y, por último, prohibición del trabajo infantil. Este partido declaraba que realizaría «todas aquellas medidas de orden político o económico que las necesidades y la experiencia aconsejen, mejorando siempre la condición moral y material del proletariado», sumándole las acciones para llevar a cabo «un programa máximo y progresivo hasta obtener la dictadura del proletariado, o sea, la república comunista, de los soviets»⁸⁴. Además del imaginario que se abría tras el triunfo de la Revolución bolchevique, la intención de las mujeres socialistas se

enfocaba no tan sólo en la creación de una sección femenina del POS, sino que en la puesta en marcha de un partido autónomo con formas de acción propias que reforzaran las propuestas socialistas específicamente femeninas. Se trataba de un desplazamiento desde la anterior comprensión de las mujeres como refuerzo de la acción masculina, a la posibilidad de una articulación política estrictamente femenina y con demandas específicas. Sin duda, este cambio se apoyaba en el crecimiento de la organización obrera de las mujeres antofagastinas, específicamente al interior de la FOCH y del POS.

La intensificación de la movilización obrera que se verificó en el período 1919-1921, donde hay que anotar la elección como diputados del POS de Luis E. Recabarren y Luis V. Cruz (marzo 1921), transformó la percepción de los hombres socialistas. De la visión complementaria de los primeros años, la mujer pasó a ser comprendida como una parte fundamental del partido. Las acciones desarrolladas por las obreras pampinas en esta nueva etapa llamaron profundamente la atención de sus compañeros varones, llegando a expresar uno de ellos que «ha cambiado tanto que ahora parece que fuera otra mujer, muy distinta a la de ayer». A los ojos de los socialistas, este cambio implicaba que la obrera «se ha renovado completamente, moral y materialmente, llenando su espíritu con la luz de hermosos anhelos y más bellos ideales, y se ha consagrado por entero a la causa de la emancipación proletaria, a la lucha por el triunfo de la Revolución Social». En la práctica, las mujeres sobresalían «prestando su concurso para todo, en la tribuna, en la reunión, en la huelga, ansiosas, siempre de conseguir triunfos y progresos para la organización federal de los obreros»⁸⁵. Es esta una constatación que llama la atención, porque lejos de ser prácticas novedosas, las mujeres socialistas llevaban casi una década de actividad política y gremial. Más bien, lo que se estaba modificando era la percepción de sus compañeros varones, abiertos ahora a reconocer dicha actividad.

Un punto interesante a destacar, es que el aumento de la movilización femenina se registró en un período de alta conflictividad social y represión en contra del movimiento obrero⁸⁶. Es probable que, además de manifestar una situación real, los socialistas se volcaron discursivamente hacia las mujeres como una estrategia para enfrentar las arremetidas patronales y estatales en contra de las organizaciones obreras, intentando con ello salvar las persecuciones a los dirigentes más conocidos. Con todo, es innegable que el POS –y, bajo su dirección, también la FOCH– modificó su discurso hacia las militantes y su aproximación hacia las mujeres obreras⁸⁷.

El avance de la organización femenina fue tal, que a mediados de 1921 una militante proponía que en el futuro Congreso de la FOCH, a realizarse en diciembre de aquel año en la ciudad de Rancagua (evento donde esta federación se incorporó a la Profintern o Internacional de los Sindicatos Rojos, símil sindical de la IIIª Internacional), la mujeres federadas sesionaran autónomamente para tratar temas estrictamente femeninos. Entre estos se encontraban: el mejoramiento de las condiciones sociales de las mujeres, la creación de un Comité Nacional Central que coordinara las acciones de las federadas, la publicación de un periódico feminista, el establecimiento de un programa con las acciones que debían seguir las mujeres para lograr la Revolución Social, una declaración sobre la «inutilidad» del matrimonio legal burgués y la formación de una organización infantil de ambos sexos. Todo esto estaba en función de «darse una orientación que acelere la marcha de nuestra revolución emancipadora»⁸⁸. No es casual que esta propuesta se publicara en la sección «Algo de Feminismo» del periódico socialista de Antofagasta, un apartado difícil de imaginar unos años atrás.

El autonomismo que presenta el ejemplo anterior, se ve reforzado con una articulación más elaborada que es visible entre las/los socialistas sobre el estado de las relaciones de género en la sociedad chilena de la época. Un artículo enviado desde Calama definía a la mujer como un sujeto que tenía al conjunto de la sociedad en su contra. La autora señalaba que la explotación de la mujer proletaria era mayor que la de su par masculino, debido a que aquella tenía que ocuparse de las labores domésticas. Denunciaba el sistema patriarcal al que se veían enfrentadas las mujeres en las relaciones familiares, al que se sumaban exigencias culturales que aumentaban simbólicamente la explotación femenina, como el requisito de la virginidad sexual u «honor». Además de la inexistencia de derechos políticos. La solución proyectada era clara: «Cuando el socialismo imponga su doctrina [...], entonces recién la mujer podrá gozar de los derechos que el hombre por egoísmo le niega a ejercerlos»⁸⁹.

«Hasta hoy no se ha dado la preferencia que merece a la acción de la mujer en el movimiento sindical comunista», comenzaba críticamente una editorial de El Socialista de febrero de 1922, a poco más de un mes de la decisión de transformar al POS en PCCh. Según el editorialista, si bien era claro que la mujer socialista había logrado un espacio en las acciones del partido y también que se había avanzado en el reconocimiento de las condiciones femeninas, la realidad dictaba que se mantenían ciertas trabas que impedían su desarrollo político y gremial, las cuales se incubaban en la práctica de sus compañeros

varones. Por lo mismo, exigía que «cuando las compañeras demanden nuestro concurso para emprender [...] un paso más en la lucha social, se encuentren con nuestra más decidida cooperación y no con nuestro egoísmo o nuestro espíritu de absorción». La editorial concluía recomendando la necesidad de «que todos los trabajadores piensen mucho en esto. Que recapaciten mucho, hasta comprender el interés de la acción femenina»⁹⁰.

Esta editorial es una buena síntesis del camino de politización seguido por las mujeres socialistas entre 1912 y 1922. Por una parte, manifiesta su reconocimiento como sujeto político, y por otra, da cuenta de la persistencia entre los militantes varones de ciertas actitudes propias de una relación de género no igualitaria. Al mismo tiempo, indica la incomodidad, no siempre expresada, que provocaban entre los socialistas (ahora comunistas) las conductas contrarias a la igualdad en que se basaba su programa. Se trataba de una relación compleja, no exenta de conservadurismo y discriminación, pero que en último término era reconocida como una tarea no consumada. Convivían, por tanto, rasgos de avance y resistencia. Tras una década de internalización de la problemática femenina, igualitarismo y conservadurismo estaban todavía presentes en la cultura política socialista, dando cuenta así de una tensión en desarrollo, la misma a la que esperaba un largo camino en los próximos años.

Con este capítulo intentamos poner de manifiesto las prácticas y discursos tanto de las mujeres socialistas como de sus compañeros varones. Igualmente, buscaba establecer la existencia en el primer cuarto del siglo xx de acciones políticas llevadas a cabo por las mujeres, a pesar de su exclusión legal y de las trabas sociales y culturales a las que se enfrentaban. De esta manera, esperamos haber contribuido al estudio de la historia de las mujeres trabajadoras que se inclinaron por la construcción del socialismo, quienes fueron las que dieron los primeros impulsos al feminismo de izquierda que se desarrollaría durante el resto del siglo y que, con tópicos contemporáneos, extiende sus luchas hasta nuestros días.

1* Este capítulo corresponde a una versión revisada y corregida del artículo «El lugar de la mujer en el Partido Obrero Socialista, 1912-1922», publicado con anterioridad en *Izquierdas*, 28, julio 2016, pp. 162-190.

Sobre el desarrollo histórico del sufragio en Chile, véase Nazer y Rosemblit, op. cit.

2 Es lo que se puede extraer de las reseñas biográficas de mujeres recogidas por López, op.cit.

3 Elizabeth Hutchison, Labores propias de su sexo. Género, política y trabajo en Chile urbano, 1900-1930 (Santiago, Lom ediciones, 2006), pp. 121-149.

4 María Angélica Illanes, Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente (Santiago, Lom ediciones, 2012), pp. 13-26

5 Julieta Kirkwood, Ser política en Chile (Santiago, Lom ediciones, 2010), pp. 83-85.

6 Pinto, «Socialismo y salitre», op. cit., pp. 360-362; Pinto, «El despertar del proletariado», op. cit., pp. 707-745; y Pinto y Valdivia, op. cit., pp. 44-46. El planteamiento de Pinto y Valdivia respecto al anticlericalismo y su labor en el acercamiento de las mujeres al POS (propiciado por la figura de Recabarren), coincide con lo expuesto por Julieta Kirkwood, op. cit., pp. 82-83.

7 Sergio Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., pp. 72-75.

8 Isabel Torres, op. cit., pp. 156-159.

9 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 30 de enero, 1912.

10 AHN-ER, carta de Luis E. Recabarren a Carlos A. Martínez, Iquique, 20 de abril, 1913.

11 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 15 de abril, 1913.

12 Julio Pinto, Luis Emilio Recabarren, op. cit., p. 128.

13 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 3 de mayo, 1913.

14 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 10 de mayo, 1913.

15 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 20 de mayo, 1913.

16 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 9 de septiembre, 1913.

17 El Socialista, Punta Arenas, 31 de enero, 1915.

18 La Defensa Obrera, Valparaíso, 22 de noviembre, 1913. Quizás motivada por la similitud en el nombre con la organización iquiqueña, Elizabeth Hutchison atribuye erróneamente a Recabarren y Teresa Flores la fundación de esta sociedad obrera femenina. Hutchison, op. cit., p. 154.

19 La Defensa Obrera, Valparaíso, 31 de enero, 1914.

20 La Defensa Obrera, Valparaíso, 31 de enero, 1914.

21 Sobre la participación de esta integrante de El Despertar de la Mujer en una manifestación organizada por la Sociedad Pro Carpinteros Desocupados y en otra a favor de la instrucción pública, organizada por la Federación de Estudiantes de Valparaíso, véase El Chileno, Santiago, 10 de noviembre, 1914 y La Unión, Valparaíso, 18 de enero, 1915, respectivamente.

22 Se trata de una activa propagandista en temas relativos a las mujeres. En esa calidad, publicó artículos en diarios socialistas y anarquistas, por lo mismo, no ha sido posible establecer fehacientemente su militancia. En este caso, más allá de si Bórquez fue o no socialista, importa el hecho de que los socialistas porteños publicaron sus artículos, haciéndose parte de su interpretación. Los textos de Isolina Bórquez publicados en la prensa anarquista en Adriana Palomera y Alejandra Pinto (comp.), Mujeres y prensa anarquista en Chile (1897-1931) (Santiago, ediciones Espíritu Libertario, 2006), pp. 95-96 y 103-104.

23 La Defensa Obrera, Valparaíso, 7 de marzo, 1914.

24 La Defensa Obrera, Valparaíso, 13 de marzo, 1914.

25 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 15 de abril, 1913.

26 El Socialista, Punta Arenas, 27 de diciembre, 1914.

27 El Socialista, Punta Arenas, 12 de julio, 1913.

28 Familia, Santiago, septiembre, 1914.

29 La Razón, Santiago, 1º de marzo, 1913.

30 La Razón, Santiago, 12 de abril, 1913.

31 Sobre la labor de la Escuela Profesional en esta época, ver Hutchison, op. cit., pp. 190-195. La Revista Industrial Femenina fue digitalizada por la Biblioteca Nacional de Chile y se encuentra disponible en <<http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0024230.pdf>>.

32 Sobre las relaciones entre las mujeres y el anarquismo, véase Palomera y Pinto (comp.), op. cit.; Sergio Grez, Los anarquistas y el movimiento obrero, op. cit., pp. 147-157; Adriana Palomera, «Subjetividad e identidad política y social de la mujer en la prensa anarquista de comienzos del siglo XX», en Olga Ulianova (ed.), Redes políticas y militancias (Santiago, Ariadna-USACH, 2009), pp. 31-58.

33 El Socialista, Punta Arenas, 12 de julio, 1913.

34 La Voz Socialista, Santiago, 20 de octubre, 1913.

35 Luis Zuloaga, op. cit.

36 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 30 de abril, 1914. Reproducido en Cruzat y Devés (comp.), op.cit., pp. 27-28.

37 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 27 de febrero, 1915.

38 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 28 de febrero, 1915.

39 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 28 de febrero, 1915.

40 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 9 de marzo, 1915.

41 La Defensa Obrera, Valparaíso, 6 de febrero, 1915.

42 La Defensa Obrera, Valparaíso, 27 de febrero, 1915.

43 El Socialista, Valparaíso, 31 de julio, 1915.

44 El Socialista, Valparaíso, 7 de agosto, 1915.

45 El Socialista, Valparaíso, 21 de agosto, 1915.

46 El Socialista, Valparaíso, 4 de septiembre, 1915.

47 De acuerdo a las cifras reunidas por Elizabeth Hutchison (Tabla 11), en la industria del tabaco, entre 1912 y 1917, las mujeres ocupaban el 64% de los puestos de trabajo. Hutchison, op. cit., p. 68.

48 El Socialista, Valparaíso, 9 de octubre, 1915.

49 El Socialista, Punta Arenas, 6 de enero, 1916.

50 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 30 de mayo y 2 de junio, 1915. Mayúsculas en el original.

51 Acción Obrera, Santiago, 1ª quincena de febrero, 1916.

52 Acción Obrera, Santiago, 2ª quincena de febrero, 1916. Cursivas en el original.

53 Acción Obrera, Santiago, 1ª quincena de marzo, 1916.

54 El Socialista, Valparaíso, 29 de abril, 1916.

55 El Socialista, Valparaíso, 6 de mayo, 1916.

56 La Aurora, Taltal, 30 de junio, 1916.

57 La Aurora, Taltal, 1 de mayo, 1916.

58 El Socialista, Antofagasta, 2 de febrero, 1918. Un artículo similar en la edición del 14 de febrero, 1918.

59 El Socialista, Valparaíso, 17 de mayo, 1917.

60 El Socialista, Valparaíso, 21 de julio, 1917.

61 El Socialista, Valparaíso, 18 de agosto y 1 de septiembre, 1917.

62 El Socialista, Valparaíso, 23 de febrero y 2 de marzo, 1918.

63 El Socialista, Valparaíso, 16 de marzo, 1918.

64 El Despertar de los trabajadores, Iquique, 22, 24, 27 y 28 de febrero, 1918; El Socialista, Antofagasta, 6 y 15 de marzo, 11 y 13 de abril, 1918; El Socialista,

Valparaíso, 2 de marzo, 1918.

65 El Socialista, Valparaíso, 1 de mayo, 1918. Sobre la huelga de los zapateros en la capital, véase DeShazo, op. cit., pp. 216-220.

66 El Calderero, Valparaíso, 3 de febrero, 1918.

67 Sergio González M., Carlos Maldonado y Sandra McGee, «Las Ligas Patrióticas», Revista de Ciencias Sociales, 2, 1993, pp. 54-72. A esta ola represiva, hay que sumarle la promulgación de la Ley de Residencia, en noviembre de 1918.

68 Pinto, «Crisis salitrera y subversión social: los trabajadores pampinos en la post Primera Guerra Mundial (1917-1921)» y «Donde se alberga la revolución: la crisis salitrera y la propagación del socialismo obrero (1920-1923)», op. cit.

69 Sobre la AOAN, véase DeShazo, op. cit., pp. 231-238; Salazar, Del poder constituyente de asalariados e intelectuales (Chile, siglos XX y XXI), op. cit., pp. 40-51; Grez, Historia del Comunismo en Chile, op. cit., pp. 91-101.

70 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 3 de febrero, 1918.

71 El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 22 de febrero, 1918.

72 Publicado en múltiples ediciones, por ejemplo, El Socialista, Antofagasta, 5 de junio, 1919.

73 El Socialista, Antofagasta, 12 de junio, 1919.

74 El Socialista, Antofagasta, 10 de agosto, 1919.

75 El Socialista, Antofagasta, 15 de agosto, 1919.

76 El Socialista, Antofagasta, 10 de noviembre, 1919.

77 El Socialista, Antofagasta, 11 de noviembre, 1919.

78 El Socialista, Antofagasta, 14 de noviembre, 1919.

79 El Socialista, Antofagasta, 10 de agosto, 1920.

[80 El Socialista, Antofagasta, 7 de septiembre, 1920.](#)

[81 El Socialista, Antofagasta, 10 de octubre, 1920.](#)

[82 El Socialista, Antofagasta, 18 de octubre, 1920.](#)

[83 El Socialista, Antofagasta, 22 de diciembre, 1920.](#)

[84 El Socialista, Antofagasta, 9 de enero, 1921. Los estatutos en la edición del 10 de enero, 1921. La formación del POS Femenino tuvo como base el Centro de Mujeres Socialistas \(creado en 1916\), que en diciembre lo conformaban alrededor de 140 militantes \(El Socialista, Antofagasta, 22 de diciembre, 1920\).](#)

[85 El Socialista, Antofagasta, 6 de abril, 1921.](#)

[86 En febrero de 1921 se produjo la matanza obrera en la oficina salitrera de San Gregorio, en la provincia de Antofagasta. Sobre esta matanza, véase el trabajo de Floreal Recabarren, crítico de la actuación en este hecho de federados y socialistas, La Matanza de San Gregorio. 1921: crisis y tragedia \(Santiago, Lom ediciones, 2010\).](#)

[87 En estas fechas comenzó a experimentarse un importante avance femenino al interior de la FOCH. Tanto así que en 1923 existían en el país 47 Consejos Federales integrados por mujeres, 7 de ellos de ambos sexos y 40 exclusivamente femeninos. Boletín de la Oficina del Trabajo. Los organismos técnicos del trabajo \(Santiago, Imprenta Santiago, 1923\), pp. 188-192.](#)

[88 El Socialista, Antofagasta, 1 de mayo, 1921.](#)

[89 El Socialista, Antofagasta, 28 de julio, 1921.](#)

[90 El Socialista, Antofagasta, 11 de febrero, 1922.](#)

Conclusiones

El objetivo principal de esta investigación fue analizar la etapa formativa de la cultura política del POS (1912-1922) y sus aportes a la configuración en el mundo obrero de la opción por la política institucional con una lectura clasista. Esta fue una etapa de formación de prácticas y elementos ideológicos-políticos de suma importancia para la historia de la izquierda chilena.

El proceso que comenzó a mediados de 1912 con la creación del POS en Tarapacá y que posteriormente se extendió hacia el sur del país, tuvo como consecuencia la formación de una cultura política novedosa para el Régimen Parlamentario chileno (1891-1925). Se basaba en una concepción clasista de la organización de la sociedad, en donde los trabajadores eran injustamente explotados por la burguesía y donde, además, el Estado estaba estrechamente identificado con los intereses de la clase dominante. En ese sentido, la política, entendida como la administración de los destinos del país, era ajena y contraria a los sectores populares. En la lectura de los socialistas, la política tenía el potencial para modificar la realidad, en la medida que fuera desarrollada como una expresión de los intereses de la clase trabajadora. En el caso de los socialistas, esta concepción estaba fuertemente influenciada por la militancia en el PD de muchos de sus fundadores. La novedad estuvo en el quiebre con la práctica política de ese partido, es decir, en la autonomía partidista que propagaban los socialistas y que los demócratas habían dejado de lado hacía tiempo. Esta autonomía política, además, era comprendida como una expresión de la necesaria autonomía de clase.

La apelación del POS a la clase obrera tenía sentido con la composición social de sus militantes. Si bien existieron socialistas que no eran estrictamente obreros, la mayoría de ellos presentaban esta característica. Dadas las condiciones económicas y sociales del país a comienzos del siglo xx, inmerso en el modo de producción capitalista, los socialistas legitimaron su partido a través de su condición de clase. Eran obreros y apelaban a la clase trabajadora como sujeto de su política.

La postura que se fraguó en el norte salitrero encontró adhesión en el centro y sur del país. Tanto en Santiago como en Valparaíso, rápidamente se formaron

secciones socialistas que desarrollaron una actividad, de alguna manera, autónoma a lo que sucedía en el extremo norte. En estos dos centros urbanos, grupos de trabajadores desencantados con el PD formaron las secciones socialistas. Las características de los militantes del centro del país difieren un tanto de sus compañeros nortinos. En Santiago, el POS fue conformado por obreros, trabajadores del comercio, profesionales y antiguos artesanos. En Valparaíso, la matriz obrera fue más clara y en Viña del Mar, casi la totalidad de los militantes eran obreros y obreras de las importantes fábricas que compartían el espacio con los balnearios de la oligarquía. En Santiago y Valparaíso, los programas políticos que levantaron los socialistas contenían particularidades propias de su realidad local. En ambos lugares, la eliminación de la ficha-salario no ocupó la centralidad que tuvo en el norte salitrero. De ahí que en estas ciudades se ampliara el programa político del POS, incorporando medidas que no formaban parte de las aspiraciones de las secciones nortinas, como por ejemplo, propuestas para transformar las condiciones sociales de los campesinos. Por lo tanto, la integración de las secciones socialistas de Santiago y Valparaíso al estudio del POS aporta para comprender particularidades que hasta ahora no habían sido consideradas.

Por otra parte, el estudio de la acción socialista en las dos ciudades más importantes del centro del país amplía el análisis sobre la conformación política de los movimientos obreros organizados, lo que viene a complementar los estudios sobre este tema de Julio Pinto, Verónica Valdivia y Sergio Grez. También, modifica el planteamiento de Peter DeShazo de que la politización de filiación socialista fue un fenómeno estrictamente tarapaqueño.

De acuerdo a lo que hemos analizado en este trabajo, la cultura política socialista estuvo marcada por el pasado demócrata de muchos de sus militantes. Esta característica fue ajena a la conformación del ala puntarenense del POS. En el extremo sur del territorio, la herencia demócrata no formó parte de la cultura política de los socialistas. Por lo mismo, los socialistas de Punta Arenas no desplegaron la diferenciación respecto del PD, porque, por una parte, no necesitaban reforzar el quiebre con un pasado negativo y, por otra, dadas las particularidades políticas de esa ciudad –donde no existía la competencia electoral– no era viable una diferenciación «política» al interior del movimiento obrero. Por otro lado, la hegemonía que tuvo la FOM entre los trabajadores magallánicos impedía desarrollar un discurso basado en este tipo de diferenciación, debido a la orientación apolítica de esta federación. La escasa presencia del anarquismo en Punta Arenas entre 1911 y 1916, no exigía tampoco

llevar a cabo un discurso que contrastara ambas propuestas.

Claramente, este no fue el caso de Santiago y Valparaíso. En estas ciudades, la fuerte y activa presencia de militantes anarquistas, exigió de los socialistas importantes esfuerzos para diferenciar las posturas y disputar las organizaciones obreras. De acuerdo a los antecedentes que recogimos, ninguno de los dos grupos logró imponerse como hegemónico entre los trabajadores. Entre 1912 y 1916, los anarquistas lograron asentar su propuesta en un importante grupo de trabajadores (más en Santiago que en Valparaíso), pero aquello no significó la derrota de los socialistas en el mundo obrero, como sostiene el trabajo de Peter DeShazo.

Por último, el desarrollo del POS entre 1916 y 1917 estuvo marcado por el esfuerzo de ampliar su área de influencia. Con esta intención, enviaron a importantes militantes a construir secciones socialistas a las provincias de Antofagasta y Concepción. Con una organización mejor consolidada y con mayor capacidad de proyectar su inserción en el movimiento obrero, los socialistas se embarcaron en la estrategia del sindicalismo a base múltiple, lo que fue la fase previa de la conquista de la FOCH en 1919. A través del análisis de las acciones del POS en 1916-1917, pudimos dar cuenta de que el cambio de opinión sobre la FOCH comenzó antes de 1919, fecha en que el partido consolida su posición al interior de esta federación. Entre estos años, los socialistas desplegaron la diferenciación con el PD para reforzar su propuesta sindical, pero también tuvieron concesiones con las organizaciones mutuales y anarquistas, que duraron un corto tiempo debido al éxito que comenzó a tener la propuesta del POS entre el movimiento obrero.

En todo el período que abarca este trabajo (1912-1922) es posible apreciar la acción de la estrategia de diferenciación respecto de anarquistas y demócratas al interior del movimiento obrero. Con los primeros, la beligerancia comienza a decaer cuando los socialistas logran mayor influencia en las organizaciones obreras, sobre todo en la FOCH hacia 1917. Con los demócratas, al contrario, se mantiene tanto en los contextos eleccionarios (1912, 1915 y 1918), como en el momento en que el POS ocupa posiciones de importancia en la FOCH (1917). El recurso discursivo predilecto de los socialistas fue el ataque a la «mistificación» popular y obrera de los demócratas.

En la base de la estrategia de diferenciación estaba la acción socialista, concepto que agrupa a las actividades prácticas de los militantes del POS. Las reuniones

partidistas (enfrentamientos para determinar cierta línea política y sindical, que en no pocos casos terminaron en querellas y divisiones), la participación en las organizaciones obreras para intentar dirigir las de acuerdo a los supuestos socialistas, las iniciativas para formar orgánicas sectoriales o de mayor alcance gremial, el apoyo a huelgas o a movilizaciones reivindicativas de derechos para los sectores populares, la publicación y difusión de periódicos socialistas, el uso del espacio público para difundir su propuesta programática y la puesta en marcha de campañas electorales para conseguir puestos en la institucionalidad, fueron las expresiones prácticas del «socialismo parlamentario». Todas estas acciones estuvieron en función de diferenciar al POS del resto de los agentes políticos de su época, tanto de los partidos históricos (incluido el PD) como de los anarquistas.

Respecto a la politización femenina durante el período 1912-1922, ha quedado de manifiesto que fue uno de los puntos que el partido integró y promovió al interior del mundo obrero. No se trató, sin embargo, de un proceso unívoco. Las particularidades del movimiento obrero en las diferentes ciudades donde el partido se desenvolvió, incidieron en su aproximación a la problemática femenina. Influyó también la actuación de las mujeres socialistas. Así, en aquellos lugares donde el espacio laboral fue mayoritariamente ocupado por hombres, la temática femenina estuvo vinculada al anticlericalismo y se adoptó una postura que comprendió la movilización de las mujeres como un refuerzo de la lucha de los obreros varones. Este fue el caso del norte salitrero. En cambio, en centros urbanos como Valparaíso, el anticlericalismo no ocupó por completo los esfuerzos de las mujeres socialistas como sí lo hizo la construcción de organizaciones gremiales y políticas.

Un aspecto común en los primeros años de la acción socialista fue la exaltación del rol cultural que debía jugar la mujer en tanto formadora de las generaciones venideras, crucial para despertar en los sujetos el espíritu de justicia social. La referencia a la maternidad puede expresar la persistencia entre los socialistas de la comprensión del hogar como el espacio femenino por excelencia, pero también pudo ser el referente discursivo más a mano para vincular a las mujeres con los desafíos que conllevaba el socialismo. De ahí, entonces, que se relacionara constantemente la maternidad con la politización.

El crecimiento que experimentó el movimiento obrero hacia fines de la década de 1910 y la influencia que ganó el POS en él, tuvieron como consecuencia la modificación del papel de las mujeres al interior del partido. El caso más

llamativo fue el de Antofagasta, donde las mujeres pasaron de ser una preocupación secundaria a ocupar cada vez más espacios al interior del partido. Ejemplo de ello fueron las iniciativas orgánicas estrictamente femeninas y, también, el incremento de noticias y artículos de opinión sobre este tema en la prensa partidista. De esta forma, la sección antofagastina pasó de tener en sus primeros años un discurso marcadamente conservador a convertirse en el puntal de la propaganda a favor del avance de las posiciones feministas, articulándose desde allí interesantes acercamientos a las relaciones de género y al derecho a voto de la mujer.

A partir de todos estos elementos, creemos que queda claro el significativo aporte del período formativo de la cultura política socialista (1912-1922) a la cultura política de la izquierda chilena del siglo xx. La lectura clasista de la sociedad, la idea de que mediante la participación política se pueden obtener mejoras para los trabajadores y la estrecha conexión entre la organización gremial y el partido, son características observables en buena parte de la izquierda chilena por lo menos hasta 1973. Y si bien la influencia de la iii^a Internacional Comunista va a ser decisiva en muchas de las decisiones estratégicas de las siguientes décadas, la cultura política que se forjó al alero del POS en la segunda década del siglo xx continuó siendo la base del grueso de la izquierda chilena.

No obstante lo planteado en este y en las investigaciones anteriores, el estudio del POS todavía no se agota. Quedan diversos temas abiertos. Por ejemplo, los vínculos de importantes militantes socialistas de Santiago con las sociedades mutuales, los conflictos entre la visión ilustrada de los socialistas y la cultura popular (la religión, la festividad popular y las prácticas de entretenimiento), la relación entre la FOCH y los partidos políticos (la identidad partidista y gremial, los «diputados federados» o el sindicalismo autónomo versus el «fochista»), entre otros.

Con este trabajo, quisimos dar cuenta de la importancia que tuvieron los socialistas en el período de formación de la cultura política de la izquierda chilena. Sus aportes, ideas, reivindicaciones y prácticas, fueron fundamentales para posicionar a los sectores populares como sujetos «de» y «en» la política.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

a. Compilaciones y archivos manuscritos:

Cruzat, Ximena y Eduardo Devés (comp.). 1986. Recabarren. Escritos de prensa. Tomo 3, 1914-1918. Santiago: Nuestra América y Terranova Editores.

Epistolario Recabarren. Archivo Histórico Nacional. Fondos Varios, vol. 1157.

b. Prensa:

Acción Obrera, Santiago, 1916.

Chile Austral, Punta Arenas, 1912-1914.

El Calderero, Valparaíso, 1918.

El Chileno, Santiago, 1913-1915.

El Comunista, Talcahuano, 1912.

El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 1912-1916.

El Diario Ilustrado, Santiago, 1914-1915.

El Ferroviario, Valparaíso, 1926.

El Libertario, Ovalle, 1907.

El Magallanes, Punta Arenas, 1912-1916.

El Mercurio, Santiago, 1913-1916.

El Mercurio, Valparaíso, 1916.

El Obrero, La Serena, 1907-1908.

El Productor, Santiago, 1912.

El Socialista, Antofagasta, 1916-1921.

El Socialista, Punta Arenas, 1913-1917.

El Socialista, Santiago, 1909.

El Socialista, Valparaíso, 1915-1918.

El Surco, Iquique, 1917-1919

El Trabajo, Punta Arenas, 1911-1915.

Familia, Santiago, 1914.

La Aurora, Taltal, 1916-1917.

La Aurora, Refresco, 1918.

La Bandera Roja, Santiago, 1919.

La Batalla, Santiago, 1913-1915.

La Defensa Obrera, Valparaíso, 1913-1915.

La Internacional, Santiago, 1913.

La Locomotora, Santiago, 1913-1915.

La Luz del Pueblo, Linares, 1906-1907.

La Opinión, Santiago, 1915-1916.

La Razón, Santiago, 1912-1914.

La Semana Roja, Iquique, 1914.

La Unión Obrera, Chuquicamata, 1915.

La Unión, Punta Arenas, 1913-1915.

La Unión, Valparaíso, 1913-1915.

La Voz Socialista, Santiago, 1913.

Las Últimas Noticias, Santiago, 1915.

Sucesos, Valparaíso, 1913-1915.

Verba Roja, Valparaíso, 1918-1919.

Zig-Zag, Santiago, 1912-1913.

c. Otras:

López, Osvaldo. 1912. Diccionario biográfico obrero. Santiago: Imprenta y Encuadernación Bellavista. Disponible en Internet:
<<http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0066481.pdf>> (revisado en junio de 2017).

Oficina del Trabajo. 1923. Boletín de la Oficina del Trabajo. Los organismos técnicos del trabajo. Santiago: Imprenta Santiago.

Partido Obrero Socialista. «Programa y Reglamento del POS». Disponible en Internet:
<<http://www.archivochile.com/Homenajes/Recabarren/MShomenajreca0007.pdf>> (revisado en junio de 2017).

Recabarren, Luis Emilio. «El socialismo ¿Qué es y cómo se realizará?». Disponible en Internet: <<http://www.archivochile.com/Homenajes/Recabarren/MShomenajreca0005.pdf>> (revisado en junio de 2017).

Bibliografía

a. Libros:

Almond, Gabriel y Sidney Verba. 1963. The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations. Princeton NJ: Princeton University Press.

Artaza, Pablo. 2006. Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900-1912. Concepción: ediciones Escaparte.

Artaza, Pablo et al. 1998. A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique. Santiago: DIBAM-Lom ediciones-Universidad Arturo Prat.

Artaza, Pablo, Susana Jiles y Sergio González M. 2009. A cien años de la masacre de Escuela Santa María de Iquique (1907-2007). Santiago: Lom ediciones.

Barría S., Jorge. 1971. El movimiento obrero en Chile. Santiago: ediciones de la

Universidad Técnica del Estado.

Barros, Luis y Ximena Vergara. 2007. El modo de ser aristocrático. Santiago: Ariadna ediciones.

Camarero, Hernán y Carlos M. Herrera (eds.). 2005. El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Coutinho, Carlos Nelson. 2011. Marxismo y política. Santiago: Lom ediciones.

DeShazo, Peter. 2007. Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile, 1902-1927. Santiago: DIBAM.

Devés, Eduardo. 1997. Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907. Santiago: Lom ediciones.

Espinoza, Vicente. 1988. Para una historia de los pobres de la ciudad. Santiago: ediciones SUR.

Fernández, Enrique. 2003. Estado y Sociedad en Chile, 1891-1931. Santiago: Lom ediciones.

Garcés, Mario. 2003. Crisis social y motines populares en el 1900. Santiago: Lom ediciones.

Godoy, Eduardo. 2014. La Huelga del Mono. Los anarquistas y las movilizaciones contra el retrato obligatorio (Valparaíso, 1913). Santiago: Quimantú.

Godoy, Lorena, Elizabeth Hutchison, Karin Roseblatt y M. Soledad Zárate (eds.). 1995. Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX. Santiago: SUR-CEDEM.

Gómez, Juan Carlos. 2004. La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile, 1925-1973. Santiago: Lom ediciones.

González V., José S. 1996. Cuando era muchacho. Santiago: Editorial Universitaria.

Grez T., Sergio. 1998. De la «regeneración del pueblo» a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890). Santiago: DIBAM.

. 2007. Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de «la Idea» en Chile, 1893-1915. Santiago: Lom ediciones.

. 2011. Historia del Comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924). Santiago: Lom ediciones.

. 2016. El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización

política popular (1887-1927). Santiago: Lom ediciones.

Guajardo, Ernesto. 2013. Valparaíso, la memoria dispersa. Crónicas históricas. Santiago: RIL editores.

Gutiérrez, Leandro y Luis Alberto Romero. 2007. Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Heise, Julio. 1982. El período parlamentario, 1861-1925. Tomo II. Santiago: Universitaria.

Hobsbawm, Eric. 2013. Cómo cambiar el mundo. Buenos Aires: Crítica.

Hutchison, Elizabeth. 2006. Labores propias de su sexo. Género, política y trabajo en Chile urbano, 1900-1930. Santiago: Lom ediciones.

Illanes O., María Angélica. 2012. Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente. Santiago: Lom ediciones.

Iriarte, Gregorio. 1915. La organización Obrera en Magallanes. Punta Arenas: Imprenta «El Trabajo».

Iturriaga, Jorge. 2015. La masificación del cine en Chile, 1907-1932. La conflictiva construcción de una cultura plebeya. Santiago: Lom ediciones.

Jobet, Julio César. 1973. Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos. Santiago: Editorial Prensa Latinoamericana.

Kirkwood, Julieta. 2010. Ser política en Chile. Santiago: Lom ediciones.

Lafertte, Elías. 1971. Vida de un comunista (Páginas autobiográficas). Santiago: Empresa Editora Austral.

Ljubetic, Iván. 2012. Elías Lafertte Gaviño. Líder, combatiente y compañero. Santiago: Editorial USACH.

Lobato, Mirta. 2009. La prensa obrera. Buenos Aires y Montevideo, 1890-1958. Buenos Aires: Edhasa.

Massardo, Jaime. 2008. La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Santiago: Lom ediciones.

. 2009. Luis Emilio Recabarren. Santiago: Editorial USACH.

Matus, Mario. 2012. Crecimiento sin desarrollo. Precios y salarios reales durante el Ciclo Salitrero en Chile (1880-1930). Santiago: Editorial Universitaria.

Moyano, Cristina. 2009. MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años

fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973). Santiago: ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Muñoz C., Víctor. 2011. Cuando la patria mata. La historia del anarquista Julio Rebosio (1914-1920). Santiago: Editorial USACH.

Núñez, Luz Á. 2006. El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia, 1909-1929. Bogotá: ediciones Uniandes.

Ortega, Luis y Hernán Venegas. 2005. Expansión productiva y desarrollo tecnológico. Chile: 1850-1932. Santiago: Editorial USACH.

Ortiz L., Fernando. 2005. La cuestión social en Chile. Antecedentes, 1891-1919. Santiago: Lom ediciones.

Palomera, Adriana y Alejandra Pinto (comp.). 2006. Mujeres y prensa anarquista en Chile (1897-1931). Santiago: ediciones Espíritu Libertario.

Pinto, Julio. 1998. Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. Santiago: Editorial USACH.

. 2013. Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica. Santiago: Lom ediciones.

Pinto, Julio y Verónica Valdivia. 2001. ¿Revolución proletaria o querida

chusma? Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932). Santiago: Lom ediciones.

Ramírez N., Hernán. Historia del Movimiento Obrero en Chile. Antecedentes-Siglo XIX (1956), en Hernán Ramírez N. 2007. Obras escogidas, Vol. I. Santiago: Lom ediciones.

. Origen y formación del Partido Comunista de Chile (1984), en Hernán Ramírez N. 2007. Obras escogidas, Vol. II. Santiago: Lom ediciones.

Recabarren, Floreal. 2010. La Matanza de San Gregorio. 1921: crisis y tragedia. Santiago: Lom ediciones.

Recabarren, Luis Emilio. 2010. Ricos y pobres. Santiago: Lom ediciones.

Rodríguez, Manuel Luis. 2004. Colonos, gañanes y peones. Historia del trabajo y los trabajadores en Magallanes y la Patagonia. Punta Arenas: s/e.

Salazar, Gabriel. 2000. Labradores, peones y proletarios. Santiago: Lom ediciones.

. 2009. Del poder constituyente de asalariados e intelectuales (Chile, siglos XX y XXI). Santiago: Lom ediciones.

Santa Cruz, Eduardo, Análisis histórico del periodismo chileno, Santiago:

Nuestra América ediciones, 1988.

Santa Cruz, Eduardo y Carlos Ossandón. 2001. Entre las alas y el plomo: la gestación de la prensa moderna en Chile. Santiago: Lom ediciones.

. 2005. El estallido de las formas: Chile en los albores de la «cultura de masas». Santiago: Lom ediciones.

Scott, James C. 2000. Los Dominados y el arte de la Resistencia. México D. F.: ediciones Era.

Silva, Miguel. 2012. Recabarren en vivo y directo. Santiago: Quimantú.

Suriano, Juan. 2001. Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910. Buenos Aires: ediciones Manantial.

Tarcus, Horacio. 2013. Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Torres D., Isabel. 2010. El imaginario de las élites y los sectores populares. 1919-1922. Santiago: Editorial Universitaria.

Urtubia, Ximena. 2016. Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924-1933. Santiago: Ariadna Universitaria. Disponible en Internet:

<<http://ariadnaediciones.cl/images/pdf/Hegemonia.y.Cultura.Politica.del.PCCh.pdf>

Varas, José Miguel. 1998. Chacón. Santiago: Lom ediciones.

. 2010. Los tenaces. Santiago: Lom ediciones.

Vitale, Luis. 1980. Interpretación marxista de la Historia de Chile. Tomo V. Barcelona: Editorial Fontamara.

Williams, Raymond. 1980. Marxismo y literatura. Barcelona: ediciones Península.

Womack, John Jr. 2007. Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros. México D.F.: FCE-COLMEX.

Yáñez A., Juan Carlos. 2008. La intervención social en Chile. 1907-1932. Santiago: RIL editores.

Zapata, Francisco. 1993. Autonomía y subordinación en el sindicalismo latinoamericano. México D. F.: COLMEX-FCE.

b. Artículos y capítulos de libros:

Álvarez, Rolando. 2012. «Reflexiones finales, la herencia de Recabarren en el Partido Comunista de Chile: los casos de Orlando Millas y Salvador Barra Woll», 493-534. En Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (ed.): 1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos. Santiago: IDEA-USACH.

Artaza, Pablo. 2014. «De lo social a lo político en el movimiento social salitrero: el caso de la Mancomunal de Obreros de Iquique, 1900-1909». Atenea 509, 139-158.

. 1998. «El impacto de la matanza de Santa María de Iquique. Conciencia de clase, política popular y movimiento social en Tarapacá». Cuadernos de Historia 18, 169-227.

Baker, Keith M. 2006. «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa». Ayer 62, nº 2, 89-110.

Brito, Alejandra. 1995. «Del rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad popular femenina Santiago de Chile, 1850-1920», 27-69. En Lorena Godoy, Elizabeth Hutchison, Karin Roseblatt y M. Soledad Zárate (eds.): Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX. Santiago: SUR-CEDEM.

Castro D., Pablo. 2011. «Cultura política: una propuesta socio-antropológica de la construcción de sentido en la política». Región y sociedad, vol. XXIII, nº 50, 215-247.

Cavarozzi, Marcelo. 1978. «El orden oligárquico en Chile, 1880-1940». Desarrollo Económico vol. 18, nº 70, 231-263.

Devés, Eduardo. 1991. «La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico». Mapocho 30, 127-136.

Durán, Francisca. 2009. «Definiendo rumbos. La FOCH entre la acción sindical y la acción política». Revista Izquierdas 3. Disponible en Internet: <http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2011/07/duran_francisca.pdf> (revisado en junio de 2017).

Durán, Luis. 1988. «Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile: 1903-1973», 341-372. En Augusto Varas (comp.): El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario. Santiago: FLACSO.

Escobar C., Alejandro. 1959. «Chile a fines del siglo xix», Occidente 119, año XIV, 5-16.

. 1960. «La organización política de la clase obrera a comienzos de siglo». Occidente 122, año XV, 5-14.

Fediakova, Evguenia. 2000. «Rusia soviética en el imaginario político chileno, 1917-1939», 107-140. En Manuel Loyola y Jorge Rojas F. (comp.): Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos. Santiago: s/e.

Garrido, Eugenia. 2004. «Los orígenes de Viña del Mar y su proceso de industrialización. Un caso específico: Lever, Murphy y Cía.». Archivum año V, nº 6, 74-87.

Godoy, Milton y Sergio González M. 2013. «Norte Chico y Norte Grande: construcción social de un imaginario compartido, 1860-1930», 195-211. En Sergio González M. (comp.): La sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos. Santiago: RIL editores.

González M., Sergio, Carlos Maldonado y Sandra McGee. 1993. «Las Ligas Patrióticas». Revista de Ciencias Sociales 2, 54-72.

Grez T., Sergio. 2005. «Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida?». Política, vol. 44, 17-31.

. 2012. «Reglamentarios y doctrinarios, las alas rivales del Partido Democrático de Chile (1901-1908)». Cuadernos de Historia 37, 75-130.

Harambour, Alberto. 2004. «La Sociedad de Resistencia Oficios Varios y el “horizonte anarquista”. Santiago de Chile, 1911-1912». En Lucía Stecher y Natalia Cisterna: América Latina y el Mundo. Exploraciones en torno a identidades, discursos y genealogías. Santiago: CECLA-Universidad de Chile.

Illanes, María Angélica. 1990. «Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)». Propositiones 19, 90-120.

. 2003. «La revolución solidaria. Las Sociedades de Socorros Mutuos de Artesanos y Obreros: un proyecto popular democrático. 1840-1887», 267-366. En María Angélica Illanes: Chile Des-centrado. Formación socio-cultural

republicana y transición capitalista (1810-1910). Santiago: Lom ediciones.

Jara, Isabel. 2009. «Discurso sindical y representaciones públicas de ferroviarios chilenos, 1900-1930», 127-180. En Mario Matus (ed.): Hombres del Metal. Trabajadores ferroviarios y metalúrgicos chilenos en el Ciclo Salitrero, 1880-1930. Santiago: ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

Jofré C., Rodrigo. 2009. «“Porque hay que exigir y no mendigar: seamos hombres”. Representaciones de género en los trabajadores ferroviarios y metalúrgicos de Santiago y Valparaíso, 1917-1925», 207-236. En Mario Matus (ed.): Hombres del Metal. Trabajadores ferroviarios y metalúrgicos chilenos en el Ciclo Salitrero, 1880-1930. Santiago: ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

Krotz, Esteban. 1985. «Hacia la cuarta dimensión de la cultura política». Iztapalapa 12, 121-127.

Lechner, Norbert. 1987. «El Nuevo Interés por la Cultura Política», 9-14. En Norbert Lechner (ed.), Cultura política y democratización. Santiago: Editorial FLACSO-CLACSO.

Matus, Mario. 2013. «Fulgor y muerte del jornal salitrero en Chile, 1899-1930», 503-534. En Sergio González M. (comp.): La sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos. Santiago: RIL editores.

Matus, Mario y Sergio Garrido. 2009. «Trabajadores ferroviarios y metalúrgicos al despuntar el siglo XX en Chile», 13-45. En Mario Matus (ed.): Hombres del

Metal. Trabajadores ferroviarios y metalúrgicos chilenos en el Ciclo Salitrero, 1880-1930. Santiago: ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

Moreno, Rodrigo y Fernando Wilson. 1999. «Los Dreadnoughts y el Acorazado Almirante Latorre: los años en que Chile fue potencia naval». Archivum año I, nº 1, 34-39.

Navarro L., Jorge. «La fundación del Partido Obrero Socialista y el papel de la “regeneración del sistema democrático” en la formación de la conciencia de clase de los trabajadores de Tarapacá, 1908-1912». Inédito.

. «El Partido Obrero Socialista y su opción por la política al interior del movimiento obrero. Chile, 1912-1921». Inédito.

Nazer, Ricardo y Jaime Rosembli. 2000. «Electores, sufragio y democracia en Chile: una mirada histórica». Mapocho 48, 215-228.

Palma, Daniel. 2004. «Historias de cangalleros. La sociedad minera y el robo en Atacama, 1830-1870», 17-56. En Colectivo de Oficios Varios, Arriba quemando el sol. Estudios de Historia Social Chilena: Experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830-1940). Santiago: Lom ediciones.

Palomera, Adriana. 2009. «Subjetividad e identidad política y social de la mujer en la prensa anarquista de comienzos del siglo XX», 31-58. En Olga Ulianova (ed.): Redes políticas y militancias. Santiago: Ariadna-USACH, 2009.

Pinto, Julio. 1999. «Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista». Historia, vol. 32, 315-365.

. 2007. «Discursos de clase en el ciclo salitrero: la construcción ideológica del sujeto obrero en Chile, 1890-1912», 13-73. En Julio Pinto: Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923). Santiago: Lom ediciones.

Plaza A., Camilo y Víctor Muñoz C. 2013. «La Ley de Residencia de 1918 y la persecución a los extranjeros subversivos». Revista de Derechos Fundamentales 10, 107-136.

Rojas F., Jorge. 2000. «Historia, Historiadores y comunistas chilenos», 1-79. En Manuel Loyola y Jorge Rojas F. (comp.): Por un rojo amanecer. Santiago: s/e

Salazar, Gabriel. 1994. «Luis Emilio Recabarren y el municipio popular en Chile (1900-1925)». Revista de Sociología 9, 61-82.

. 2003. «Luis Emilio Recabarren: Pensador Político, Educador Social, Tejedor de Soberanía Popular», 136-164. En Simon Collier et al.: Patriotas y ciudadanos. Santiago: Centro de Estudios para el Desarrollo.

Sewell, William H. 1999. «Los conceptos de cultura» (traducción de Gilberto Giménez), 35-61. En Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (ed.): Beyond the Cultural Turn. California, Berkeley y Los Angeles: University of California Press. Disponible en Internet: <<http://www.paginasprodigy.com/peimber/sewell.pdf>> (revisado en junio de 2017).

. 2006. «Por una reformulación de lo social». *Ayer* 62, 2, 51-72.

Stabili, María Rosario. 1991. «Mirando las cosas al revés: Algunas reflexiones a propósito del período parlamentario», 157-169. En Luis Ortega (ed.): *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*. Santiago: USACH.

Ulianova, Olga. 2005. «Primeros contactos entre el Partido Comunista de Chile y Komintern, 1922-1927», 93-109. En Olga Ulianova y Alfredo Riquelme: *Chile en los archivos soviéticos, 1922-1991. Tomo 1: Komintern y Chile, 1922-1931*. Santiago: DIBAM.

Urbina, María Ximena. 2003. «Chalets y chimeneas: los primeros establecimientos industriales viñamarinos, 1870-1920». *Archivum* año IV, nº 5, 173-196.

Valenzuela, J. Samuel. 1995. «Orígenes y transformaciones del sistema político en Chile». *Estudios Públicos* 58, 5-80.

Varas, Augusto. 1988. «Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Komintern», 17-63. En Augusto Varas (comp.): *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*. Santiago: CESOC-FLACSO.

c. Tesis y Memorias de títulos:

Aránguiz, Santiago. 2012. «Rusia Roja de los Soviets. Recepciones de la Revolución Rusa, del bolchevismo y de la cultura política soviética en el mundo obrero revolucionario chileno (1917-1927)». Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile.

De Petris, Héctor. 1942. «Historia del Partido Democrático». Memoria para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales. Santiago, Universidad de Chile.

Estenssoro, Fernando. 1992. «La temprana valoración de la Revolución bolchevique en Chile, 1918-1920 (estudio sobre un sector de la opinión pública)». Memoria para optar al grado de Licenciado en Historia. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Lillo, Leandro. 2008. «Los lejanos ecos de una gran revolución. La Rusia soviética en el discurso del anarquismo y socialismo-comunismo chilenos (1917-1921)». Informe de Seminario para optar al grado de Licenciado en Historia. Santiago, Universidad de Chile.

Navarro L., Jorge. 2010. «El Partido Obrero Socialista y la formación de la conciencia de clase de los trabajadores de Tarapacá (1912)». Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia y Ciencias Sociales. Santiago, Universidad ARCIS.

Zuloaga, Luis. 1911. «De la prestación del trabajo en general y particularmente por los criados domésticos». Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile, Santiago.